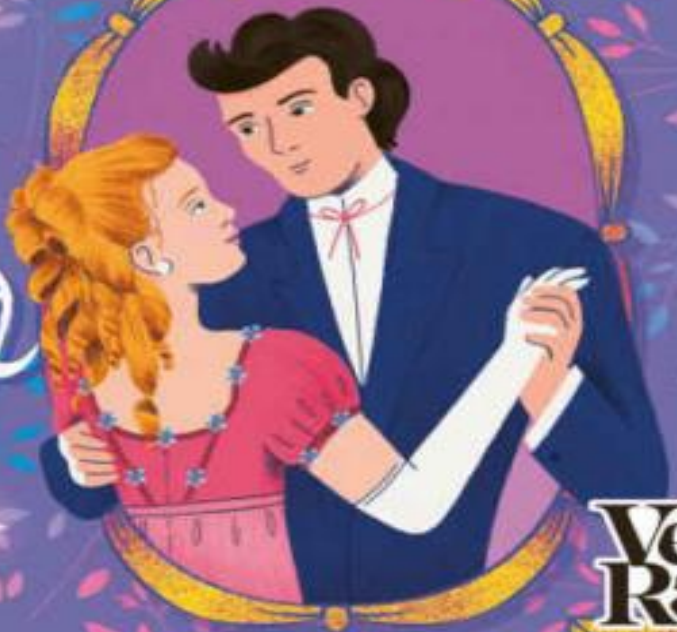
SISSÍ CATALÁ

Tú y yo a través del tiempo







VeRa



Lóndres.

Año 1810, Alexander Bramwell, marqués de Walton, favorito de la alta sociedad inglesa, está a punto de casarse... hasta que tropieza con Haley Becket.

Haley no es como las demás; viene del año 2019. Y este lugar con corsés incómodos, guantes de encaje y normas de conducta estúpidas no le va, pero para nada. ¡Que aquí no hay ni discotecas ni móvil! Pero, sin internet y sin opciones, se verá obligada a adentrarse en la nobleza londinense en busca de un camino de vuelta a su tiempo.

Pero se topará con varios obstáculos, el mayor de ellos, el engreído, odioso y prepotente marqués que no deja de mirarla intensamente con sus brillantes ojo verdes. Es un incordio, muy atractivo, pero sobre todo un incordio.

Romance, intriga y mucha tensión...
a través del tiempo.



Sissí nació en una ciudad costera en 1998 y se licenció en ADE. Aunque lo que más le gusta es crear personajes y pasear por escenarios ficticios. ¡Y quedar con sus amigas! Enamorada de la vida, sus dos gatas y chilla de emoción con los romances, especialmente si tienen comedia.

Tú y yo a través del tiempo es su debut literario, así que no tiene mucha biografía, pero sí un montón de sueños

Podéis seguirla en redes sociales
@sissicatala

SISSÍ CATALÁ

Tío y yo a través del tiempo



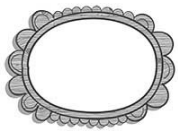




Vé Ra

Para aquellos que alguna vez desearon detener el tiempo, sabed que siempre nos quedarán los recuerdos.

A mi madre, por formar parte de los mejores de los míos.



Soy la antagonista

HALEY

Año 2019

La chica lo observaba con timidez, como si no se atreviera a mirarlo a los ojos por si ese simple gesto le fuera a arrebatar la virginidad. La cortina que formaba su pelo negro ébano ocultaba sus onduladas facciones. Desde luego, Sarah Evans no destacaba por nada en particular, salvo por ser sumisa, afable y reservada. Sin embargo, creo que esos adjetivos eran las cualidades que la hacían tan admirable e inaccesible.

—Deja de mirarlos, vas a amargarte la noche tú sola —me dijo Mia con tono de reproche. Había dejado a un lado su cerveza para observar la situación—. Aunque entiendo que te sientas incomoda, así que si quieres que nos vayamos…, dímelo.

No iba a irme de la fiesta. Mia no se merecía volver a casa por culpa de mis problemas amorosos.

—Estoy bien.

Dejé de mirar a Sarah Evans y a mi exnovio.

—¿Necesitas hablar? —Mia subió los pies al sofá y se acercó a mí. La peluca rosa hacía resaltar su tez morena y las cadenas doradas que le había pegado a las alas de ángel del disfraz brillaban bajo la luz de la lámpara colgante del techo—. Entiendo que quieras aparentar que estás bien, Hal. Pero no quiero que esto te afecte y estés toda la fiesta comiéndote la cabeza. Puede que hablando del tema te desahogues y disfrutes un poco de lo que queda de noche.

—Pues sí, tienes razón; necesito hablar.

Mia y yo nos habíamos saltado la clase de baile para ir a la fiesta de disfraces que organizaba mi prima Claudia por su cumpleaños. Iba a ser mi segunda salida después de pasarme dos semanas en casa llorando porque Scott, mi novio (actual exnovio) me había dejado con un triste mensaje de texto alegando que «ya no sentía lo mismo por mí». Dos días después, tuve que soportar el aluvión de comentarios informativos sobre el interés repentino de Scott por Sarah Evans. ¿Fue una casualidad que me dejase a mí y dos días después ya estuviera saliendo con Sarah Evans? Era obvio que no. Y evidenciaba algo más: mi cornamenta.

Seis meses. Eso había durado mi comedia romántica, con final dramático y todo. Y esa había sido mi relación más larga. ¡Todo un logro!

—Muy bien, empieza a soltar por esa boquita. —Mia, entre trago y trago, se detenía a observar a Sarah Evans.

—No es que me duela verlos. A ver, me escuece un poco, pero lo que más me jode es que ha hecho que me infravalore, ¿sabes? —Crucé los brazos sobre mi pecho—. ¿Qué tiene ella que no tenga yo?

—Cualquier otra amiga te diría que tú eres mucho más guapa y popular, y es lo que pienso, pero no creo que ese haya sido el motivo. Aunque al mismo tiempo creo que sí, ese ha sido exactamente el motivo… —Mia se percató de que no estaba entendiendo una mierda, así que añadió—: Creo que te ve como a la antagonista. Parecemos ese tipo de chicas.

—¿Antagonista? ¿Qué es eso? —Alcé una ceja perfilada—. No me jodas… ¿Te refieres a la mala de la película?

—Conozco a Sarah Evans y, si lo piensas bien, parece una Blancanieves contemporánea: amable, tierna, reservada… Creo que nunca la he escuchado decir un taco, como mucho una vez la escuché decir «granujilla». —Mia flexionó un poco sus codos y examinó su cuerpo con una ceja en alto—. Nosotras nos parecemos a las chicas malas de los 2000.

Me llevé las manos a la boca fingiendo estar conmocionada.

—¿A lo Regina George? Eso es estereotipar. —Descrucé los brazos y le di un trago a la cerveza—. No puedes decir eso. No puedes «pensar» eso.

—El protagonista nunca se queda con la chica popular, rica y guapa… Siempre se va con la dulce y buena que no ha roto un plato en su vida. —Mia resopló exageradamente—. Nos consiguen como si fuéramos un trofeo y luego nos dejan por otra con la que puedan tener una relación más «cómoda». Los tíos son así.

—Pero yo no me considero mala persona…

—No digo que lo seas, simplemente digo que lo aparentamos… —Mia se terminó su cerveza y empezó otra que estaba dentro de un cubo con hielos sobre la mesa—. Somos complicadas, y la gente hoy en día busca no complicarse. —Los ojos de Mia centellearon—. Haley, tú eres demasiado para ese chico… Y no te lo digo solo porque soy tu amiga. Cualquiera con dos dedos de frente llegaría a esa conclusión.

«Tú eres demasiado para ese chico». En las últimas dos semanas, había escuchado esa frase una media de veinte veces al día. El problema era que yo no opinaba lo mismo. Estaba tan obsesionada con que me hubieran dejado, y encima por otra, que buscaba respuestas a un montón de preguntas absurdas. Hasta me pregunté si tal vez me merecía lo que me había hecho Scott. Por suerte, deseché esa estúpida idea tan pronto como llegó. Ni yo, ni nadie, se merecía unos cuernos y la humillación pública.

—Haley y Mia juegan —dijo alguien detrás de mí.

Mia, que nunca rechazaba nada cuando llevaba una cerveza en la mano, se levantó del sofá y

fue a la mesa cuadrada del comedor en la que había cuatro chicos.

—Vamos, Hal. —Mia dejó su cerveza sobre la mesa de madera y me miró de soslayo—. Mueve el culo. Vamos a divertirnos un rato.

Era lo que necesitaba. Aquella noche había salido con la esperanza de pasármelo bien, porque hasta yo creía que me había olvidado de mi ex. Lo que no esperaba era encontrármelo en la fiesta con su nueva novia. Y yo que pensaba que, tal vez, Scott lo estaría pasando un poco mal… ¡Qué tonta!

Me levanté del sofá gris perla y avancé hasta la mesa robusta para jugar a lo-que-fuera. Un chico de ojos pardos vestido de bombero puso una botella sobre la mesa y la giró. Mi corazón dio un vuelco.

—No me jodas que esto es el juego de la botella. —Miré a Mia, pero estaba tan absorta mirando a la botella que no se percató de mi mirada asesina.

—Es beso, reto o verdad —dijo el bombero, y la botella se detuvo con el cuello apuntando a Mia.

—Vamos, si te encanta jugar a esto. —Mia me guiñó un ojo—. ¡Verdad!

—¿Verdad que te liaste con Anna Williams cuando ella tenía novio? —preguntó otro tío. Me sonaba su cara de verlo por la facultad de Derecho.

—Venga, todos sabemos que eso es una verdad absoluta. —Mia bebió de mala gana—. Fue en público, en un bar y su novio estaba presente.

—Este juego es para beber, querida Mia —dijo el bombero de ojos pardos—. Es evidente que te vamos a preguntar cosas que ya sepamos que son verdad. Al menos, de momento.

Hizo girar la botella de nuevo y esta vez se detuvo frente al chico de mi facultad, que levantó la cabeza. Su pelo castaño oscuro le llegaba por encima de los hombros y se había apartado los mechones que le caían encima de la cara con un moño desaliñado. Su barba perfectamente recortada y perfilada le hacía la cara más angulosa, y aunque a todas las chicas (y a varios chicos) les encantase, no era mi tipo. Iba vestido de motero, claro. «Es que te van los principitos», me dijo Mia una vez. Llevaba razón.

—Beso.

Genial.

—Besa a Haley. —No tan genial—. Un beso de unos… ¿veinte segundos?

Me hubiera negado en rotundo si no hubiera tenido ganas de besarlo, pero en realidad me daba igual. Solo era un beso y no quería montar una escena por un simple morreo. Además, no estaba nada mal darle a Scott un poco de su propia medicina.

¡A la mierda!

—Diez —atiné a decir. El chico que tenía delante no era de mi estilo, pero tenía que admitir que era guapo. Muy, muy guapo.

—Quince —dijo el bombero.

Solté una sonora carcajada.

—¡Veinte! —exclamé al final.

—¡Si eso es lo que había propuesto yo desde un principio! —Sacudió la cabeza y yo alcé un hombro con indiferencia.

El chaval se me acercó. Llevaba una chupa de cuero, unos tejanos raídos y una camiseta con un logo de una calavera. No sabía de qué iba disfrazado exactamente pero, desde luego, no era muy novedoso. Aunque, para ser honestos, el mío tampoco estaba para que me dieran un premio a la originalidad. Me había disfrazado de ángel. Con alitas blancas, aureola y un vestidito corto de color blanco que era una invitación de visita a todas las gripes que deambulaban por los alrededores. Eso sí, el vestido era divino y me quedaba de infarto.

—¿Cómo te…?

El chico juntó sus labios con los míos antes de que pudiera formular la típica pregunta de: «¿Cómo te llamas?». Me besó con tanta intensidad que me di con el borde de la mesa en el culo. Sus labios eran suaves y, al mismo tiempo, su barba me raspaba la piel. Su lengua desenvuelta se enredó con la mía y sentí sus manos agarrándome por la cintura. No fue un beso lleno de sentimientos, fue un beso violento y carnal. Había besado a piedras con más afán, no lo voy a negar. Cuando nuestros labios se separaron, me miré con la cámara interna del móvil para cerciorarme de que el labial permanente seguía intacto. «Perfectamente pintados hasta debajo del agua», eso era lo que aseguraban y cumplían con su palabra. Ni siquiera un pequeño restregón granate por la barbilla. Cuando guardé el móvil en el bolso me topé con la sonrisa diabólica de Mia y sus ojos entrecerrados. Le saqué la lengua y ella se aguantó la risa. Creo que estaba más entusiasmada de que me hubiera liado con otro tío que yo.

Mientras el motero como-se-llame volvía a su sitio, al lado del bombero, Mia se tomó la libertad de mover la botella. Por fin había llegado mi turno y no se me ocurrió nada más que decir:

—Reto.

—Muy bien. —El bombero de ojos pardos sonrió mostrando todos los dientes—. Hay un cementerio cerca de la finca, en la arboleda de delante de la casa principal. Ve y sácate una foto con una de las tumbas.

—¡Y una mierda!

—¿Es que crees en fantasmas? —El chico entrecerró los ojos—. Según Claudia, hubo un incendio allí hace muchos años y murieron muchas personas. Y se dice que sus espíritus calcinados rondan por la arboleda a altas horas de la madrugada.

—¡Claro que no creo en esas cosas!

Mia frunció ligeramente el ceño. Mis tíos, los dueños de esta casa, nos tenían terminantemente

prohibido acercarnos a la arboleda. De pequeña me llevé varias reprimendas por intentar desobedecerlos, pero tanto Claudia como yo aprendimos la lección. El cementerio era un sitio vetado, sagrado. Lo construyeron en 1800 y los antepasados de mi tía quisieron conservarlo porque, según ella, «hay que dejar que los muertos descansen».

—Pues no te importará ir, ¿no? —El bombero alzó un brazo para indicarme dónde estaba la puerta principal, como si yo no conociera la distribución de la casa de mi propia tía.

—Claro que no… —Agarré la correa de mi bolso plateado, que colgaba de mi hombro a modo de bandolera, y me giré para ir al cementerio.

Me deslicé entre los invitados con la agilidad de un gato. Lo último que necesitaba era chocar con alguien. Cuando llegué al estrecho recibidor, decorado con una sencilla mesa con un cuenco para dejar las llaves y un jarrón azul, abrí la puerta y salí. La arboleda se extendía hasta donde alcanzaba la vista, y estaba más oscura que el cielo que se cernía sobre mí. El frío hizo que se me encogieran hasta las ideas. Todas excepto la de no ir a ese cementerio. Había actuado antes de pensar, como siempre. Pero tuve la buena suerte de recapacitar antes de llegar más lejos. Fruncí el ceño, ofuscada por haber cedido ante algo tan absurdo, y me di la vuelta para volver a entrar en la casa; me bebería la cerveza por no haber completado el reto y así me ahorraría la caminata a oscuras. La cuarta cerveza de la noche. Una más y acabaría yo en el lugar de la maldita botella, sobre la mesa, bailando como si fuera una tarima de discoteca. Era un buen plan, así que volví a entrar en la casa con el rabo entre las piernas.

—¿Me explicas ese espectáculo? —La voz de Scott me crispó.

Mi querido exnovio estaba en el recibidor con los brazos cruzados, mirándome con unos ojos tan gélidos que podrían congelar el infierno. Yo era más bajita que él, y me lo hizo notar porque, en ese momento, me sentí tan diminuta como el anillo dorado que llevaba en el dedo meñique.

—¿Me explicas por qué me hablas? —Mi voz sonó firme.

—Acabas de besar a otro tío delante de mí.

Su pelo rubio estaba revuelto y sus mofletes salpicados de rojo. No sabía si se debía a los efectos del alcohol, pero en cuanto sus palabras llegaron a mis oídos solté una carcajada trémula. No me lo podía creer.

—¿Tú también estás jugando a algún juego? —Me apoyé en el mueble del recibidor—. ¿Alguien te ha retado a preguntarme esa gilipollez?

Por su expresión supe que no era ningún reto absurdo y que me lo estaba diciendo en serio.

—Lo sabía, eres una zorra cualquiera. A la que me doy la vuelta ya te estás liando con otro —me dijo. Mis ojos buscaron a Sarah Evans; estaba apoyada en el marco de la puerta del salón—. Menos mal que te dejé…

—Ahórratelo. —Lo interrumpí con soberbia. Ese desgraciado no merecía ni que le diera la hora.

Scott no se hizo a un lado para dejarme pasar, y yo no me iba a quedar ahí parada dándole explicaciones ni brindándole un minuto más de mi valioso tiempo. Lo rebasé por completo sin llegar a rozarlo, pero en cuanto alcancé a ver a Mia, sentí una mano agarrándome del brazo. Lo que me faltaba.

—A mí no me des la espalda.

Moví el brazo abruptamente y me libré del agarre de Scott. Me giré un poco y lo miré por encima del hombro; de haber nacido con superpoderes, mis ojos lo habrían fulminado.

—Ni me toques.

En ese momento, un brazo se posó sobre mis hombros y al momento capté una fragancia masculina.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó Eric Black a nadie en particular—. Si se reparten besos, yo también quiero uno.

Eric Black era la idiotez masculina hecha persona. Admito que yo actuaba sin pensar, pero él hacía de eso un arte. Conseguía que las cosas más insólitas se convirtieran en sandeces, y su humor dejaba mucho que desear. Y es que el sentido del humor de Eric Black, como el de la gran mayoría de los hombres (con excepción de algunos pocos afortunados), era básico. Simple hasta el punto de reírse si alguien soltaba un eructo o un pedo. Ese era el grado máximo de complejidad que podía alcanzar.

Conocí a Eric a través de Scott. El padre biológico de Eric se casó con la madre de Scott poco tiempo después de divorciarse de su mujer. Eric y Scott habían mantenido una rivalidad constante desde que se conocieron y lo único que sabían hacer era machacarse continuamente. Amor fraternal, desde luego, no era lo que sentían el uno por el otro.

—Recuerda que estás hablando de mi exnovia, Eric —le advirtió Scott a su hermanastro entre dientes, y cerró sus manos en puños.

—Exacto, tú lo has dicho. —Cogí el dedo índice de Eric con dos dedos, imitando a un gancho de una máquina recreativa, para que me quitara el brazo de encima de los hombros desnudos. Pero el cabrón se resistía. No intenté disimular mi cara de asco—. Soy tu exnovia, así que deja de meterte en mi vida y dale la brasa a la chica con la que estás. Conmigo ahórrate los berrinches, psicópata.

Mia se acercó a mí haciendo que la suela de sus botas negras resonase con fuerza sobre el parqué.

—¿Algún problema? —Quiso saber.

Eric, que le tenía un respeto especial a Mia por un par de encontronazos que habían tenido en el pasado, retiró su brazo en cuanto la vio aparecer a mi lado.

—Scott tiene el ego muy subido —dijo Eric Black, y el aludido dio un paso hacia delante.

—Ni se te ocurra tocar a mi exnovia, Eric.

—Yo solo te digo que pienso ser tu relevo, querido Scott.

Claro, como si no tuviera mil opciones más y mejores que él.

—Cállate, te lo advierto —dijo Scott.

Estaba tan harta de su absurda competición para ver quien la tenía más grande que me giré para regresar a la mesa robusta con Mia. Sin embargo, no pude evitar detenerme al escuchar a Eric decir:

—Pues no haberle puesto los cuernos, campeón.

Y ahí estaba: Eric Black lo había vuelto a hacer. Había actuado sin pensar en las consecuencias. Scott alzó el brazo y le propinó tal puñetazo que la nariz de Eric se convirtió en una fuente de sangre. El rifirrafe no se detuvo ahí, porque Eric Black acababa de conseguir lo que estaba buscando: cabrear a su hermanastro.

Eric se abalanzó sobre él y le dio tal empujón que hasta oí a la pared quejarse. Un montón de personas, atraídas por el espectáculo como los zombis por los vivos, se arremolinaron alrededor de los dos chicos y empezaron a grabarlos con los móviles mientras gritaban: «¡Pelea!».

Como nadie intervino para separarlos, me metí de lleno en medio para detenerlos. Eran imbéciles, pero no iba a dejar que acabasen en el hospital. Cuando vi a Scott agarrar el jarrón que había sobre el mueble del recibidor, me subí a su espalda y tiré de él para que lo soltara.

—¡Para! —grité. Scott luchó por mantener el equilibrio conmigo encima dándole puñetazos en el brazo y en la mano con la que sostenía el jarrón—. ¡Si le das con eso lo matas!

Eric, que se estaba limpiando la sangre de la nariz con la túnica de su disfraz de gladiador, levantó la cabeza y pude ver la furia en sus ojos. Lanzó un puñetazo hacia Scott que le dio en el costado. Los pies de mi exnovio trastabillaron y fui yo la que amortiguó el golpe contra el mueble blanco del recibidor. La hostia me hizo soltarme y caer de culo. El dolor fue tan intenso que sentí bilis subir por mi garganta.

Mia, que me vio tirada en el suelo, los esquivó y llegó hasta a mí. Iba a decirme algo, pero las inoportunas palabras de mi prima Claudia la interrumpieron:

—Haley, ¡fuera de aquí! ¡Vas a conseguir que me destrocen la casa!

—¡Ella no ha tenido nada que ver! —vociferó Mia en mi defensa.

—Claro que ha tenido que ver —intervino Sarah Evans. En vez de estar intentando que Scott no perdiera un diente, estaba a mi lado—. Esta pelea ha empezado porque tú has provocado a mi novio.

Mia abrió los ojos, incrédula, con la expresión de quien acaba de oír a un burro hablar.

—Esta pelea ha empezado porque quieren saber cuál de los dos tiene menos neuronas —repliqué, furiosa, y mi dignidad y yo nos levantamos del suelo.

—Haley, me da igual. ¡Quiero que te vayas de mi casa! —Claudia hizo un ademán hacia los dos chicos peleándose—. ¡Y ellos también! —Volvió la vista a Sarah Evans—. ¡Y tú!

—Claudia, pero yo… —Intenté explicarle la situación, pero su mirada me dejó claro que no quería escuchar ni una palabra que saliera de mi boca.

Mia sacudió la cabeza, miró hacia la puerta y después se giró hacia el salón. Supuse que estaría mirando a Eric y a Scott. Por fin alguien los estaba separando.

—Hazle caso a Claudia —me dijo Mia.

—¿Tú también? —Sus palabras me dolieron más que el golpe que me había dado contra el mueble. Sentí como si se me encogiese el estómago—. Muy bien, pues me voy.

Abrí la puerta principal con furia y empecé a correr por el jardín en dirección a la carretera. Mia se había ofrecido a ir a la fiesta en su coche y dejarme en casa después, así que no tenía transporte para volver a la ciudad. Pensé en llamar a un taxi en cuanto llegase a la calzada, pero antes debía atravesar la arboleda. Un camino de tierra atravesaba aquel grupo de árboles larguiruchos. Pero era demasiado largo, así que decidí ir en línea recta pasando entre los árboles. Dejé de correr nada más rebasar las dos primeras palmeras que indicaban el inicio del camino de tierra y la arboleda porque estaba exhausta y a punto de echar un pulmón por la boca.

Oí el sonido de una rama seca partiéndose entre los árboles. Alumbré con la linterna del móvil el foco del sonido, pero no veía gran cosa… Solo había troncos y sombras. Ya me había desviado del camino de tierra y la calzada de la carretera de asfalto no debía estar demasiado lejos. Seguí caminando en línea recta, pero otro ruido hizo que me crispara de nuevo. Esta vez era el sonido de unas pisadas. Volví a correr como si mi vida dependiera de ello y, cuando me aseguré de estar lo suficientemente lejos volví a detenerme. Apagué la linterna del móvil y me escondí detrás de lo que parecía ser una roca. Cuando mi vista se adaptó a la oscuridad, gracias a la luz de la luna, pude ver un poco mejor el paisaje. Y debo decir que no era nada alentador, me encontraba en el maldito cementerio. Me incorporé con brío para ver mejor la roca mohosa en la que había estado apoyada: era una tumba con un nombre y fecha de defunción grabados. Un escalofrío subió por mi columna vertebral y pegué un salto hacia atrás.

—Muy bien, tranquilízate —me dije a mí misma con voz temblorosa—. Es un simple cementerio macabro con mucho moho. No es como para ponerte histérica.

Y entonces me vino a la mente el recuerdo de Mia minutos antes. Justo antes de decirme: «Hazle caso a Claudia». Ella no había estado mirando el salón por Eric y Scott, sino porque nuestras chaquetas y su bolso con las llaves del coche estaban ahí. Me llevé las manos a la cabeza. Había sido una estúpida al pensar que Mia iba a dejarme tirada. Claro que iba a marcharse conmigo, cuando hubiera recogido nuestras cosas. Desbloqueé el móvil para llamarla mientras salía de ese horrible cementerio cuando oí la voz de mi amiga entre los árboles.

—¿Haley?

Volví a encender la linterna del móvil y corrí en dirección a su voz. Tropecé varias veces porque mis piernas se movían con más rapidez de lo que mi cerebro se podía permitir bajo los

efectos de la cerveza.

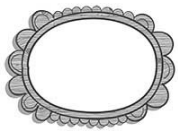
—¡Mia, estoy aquí! —grité, y moví las manos para que ella pudiera ver la luz de mi linterna.

—Hal, vamos. —La voz de Mia estaba cerca, muy, muy cerca.

—¿Dónde estás? —Miré en todas las direcciones mientras seguía corriendo a trompicones—. ¿Mia?

—Estoy aquí.

Eso fue lo último que oí antes de chocar con algo y caer.



El pozo

HALEY

Año 1810

El piar de los pájaros me despertó bruscamente. Estaba acostumbrada al sonido del motor de los coches y las motos, pero no al de las aves. La luz del sol me daba directamente a los párpados, aún cerrados, y solo veía un fondo de un rojo oscuro.

Abrí los ojos con dificultad y me asusté mucho al verme en el fondo de un agujero arenoso. Deduje que me había caído en un pozo, o algo así, y di las gracias por seguir viva. Sentía la cabeza embotada y tenía las extremidades entumecidas por el frío. Me quité las alas de ángel y la aureola y me levanté del suelo sin sentir ningún dolor repentino, lo cual me extrañó porque si había perdido el conocimiento, lo lógico era pensar que me había golpeado la cabeza durante la caída. Sin embargo, no me dolía (solo me encontraba mal por la resaca de la cerveza) y no recordaba haberme dado ningún golpe.

—¿Hola? —pregunté al aire—. ¿Hay alguien?

Lo primero que me vino a la mente fue la imagen de mis padres. Teniendo en cuenta que ya era de día y que no había regresado a casa, debían de estar muy preocupados. Y también pensé en la pobre Mia; estaba convencida de que se habría pasado toda la noche buscándome por la arboleda y la casa de mi prima. Así que cogí el móvil para llamarlos, pero no tenía cobertura.

—¡Eooo! —grité a pleno pulmón. Tenía los brazos congelados y apenas sentía las piernas. Por algún milagro no tenía hipotermia a pesar de haber pasado la noche a la intemperie vestida de angelito.

Miré hacia arriba y vi que, en efecto, estaba dentro de un pozo. La salida estaba a unos siete pies por encima de mi cabeza y las paredes no parecían muy estables. Pero como ya no aguantaba más el frío, decidí salir. Encontré una roca que me sirvió como punto de apoyo; coloqué una bota encima y cogí impulso para empezar a trepar. Me fui agarrando a las piedras salidas y a algunas raíces que parecían resistentes. Me raspé las rodillas y las manos, pero cuando por fin apoyé el antebrazo en el borde del pozo, me envolvió una intensa alegría. La sensación fue muy parecida a la que sentía cuando aprobaba un examen difícil: orgullo.

Me incliné hacia delante y clavé los dedos en la tierra sin importarme echar a perder la manicura. Mejor dicho, «casi» sin importarme, porque lo primero que hice en cuanto estuve

fuera del pozo fue mirar mis uñas rosa con degradado blanco, y solté un suspiro de alivio al ver que seguían intactas. Repté por el suelo, exhausta, hasta llegar a un tronco cercano. Me apoyé en él y me concentré en hinchar mis pulmones de aire. Trepar por ese nauseabundo agujero había terminado de machacarme. Ahora el problema no era que no sintiera las piernas, sino que me pesaban demasiado.

Volví a comprobar la cobertura; no tenía ni una miserable raya. Siseé y guardé el móvil en el interior del bolso con impotencia, levanté un poco la vista y me fijé en el pozo de piedra mohoso por el que había caído, cerca había un cartel de madera en el que habían tallado: NO PASAR. Sonreí con ironía; ya podría haber visto el dichoso cartelito antes de caer dentro del maldito pozo. Tenía tanto frío que los pezones iban a acabar perforando el vestido. Iba a pillar un resfriado que me tendría dos semanas fuera de la universidad.

Me levanté a duras penas y empecé a caminar hacia la dirección en la que pensaba que se encontraba la casa de mi magnífica prima Claudia. Fui a buscar el sendero de tierra para ubicarme, pero por muchas vueltas que daba, no lo encontraba. Salté por encima de ramas, arbustos y rocas. Hubiera saltado sobre un foso de serpientes si con eso hubiese dado con la puñetera casa.

—Menuda mierda —musité, y le di una patada a una piedra.

Un ruido detrás de mí hizo que me diera la vuelta y centrara mis sentidos en un arbusto cercano. Normalmente hubiera huido de un ruido extraño, pero estaba tan harta que corrí hacia allí como una desesperada. Confiaba en que serían mis padres o mis tíos; también me imaginé a Claudia arrastrándose y pidiéndome perdón. Pero no fue una persona lo que apareció tras el arbusto, sino un perro grande y delgado de pelaje negro y brillante. Era un galgo inglés.

—Mmm, hola… —le dije al perro en voz baja, él se acercó para olfatearme—. ¿Está por aquí tu dueño? —Evidentemente, el perro no me respondió—. Por favor, dime que tienes dueño… También me vale que me hagas una señal con una pata o yo qué sé.

De pronto, el perro empezó a ladrar y yo pegué un brinco hacia atrás. Les tenía bastante respeto a los animales, nunca había tenido mascota y no sabía muy bien cómo tratarlos. Me alejé del animal por si acababa mordiéndome.

—¿Qué has visto, chico? —preguntó una voz masculina que sonó relativamente cerca.

«¡Gracias a Dios, estoy salvada!», pensé. «Voy a darme la ducha caliente más larga de toda mi vida y pondré la estufa al máximo. Seguro que si le lloriqueo a mi madre y le cuento lo mal que lo he pasado me perdonará y me dejará cenar en mi habitación mientras veo una película en el portátil».

El perro se alejó de mí y yo lo seguí con cautela. No iba a perder mi billete de vuelta a casa tan fácilmente. Corrí tras el perro y se detuvo frente a unos pies. Unos pies enfundados en unas botas horribles y superanticuadas. Los pies estaban unidos a unas piernas con unos pantalones sueltos

de color marrón, y esas piernas, a su vez, estaban unidas a un torso ancho ataviado con una camisa blanca y una chaqueta tostada. Mis ojos no llegaron a ver la cara de mi salvador porque estaban demasiado ocupados mirando el arma que llevaba en la mano. Parecía una escopeta.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó la voz masculina.

Levanté la mirada y vi a un chico rubio con ojos marrones observándome con expresión confundida. La sangre coloreaba sus mejillas de un rojo pálido y sus patillas eran largas y perfilaban sus pómulos. Debía de ser uno de los invitados de la fiesta de Claudia que más en serio se había tomado lo del disfraz. El arma parecía casi auténtica.

—¿Se encuentra bien? ¿La han despojado de sus ropas? —Vale. No me lo había currado tanto, pero sí que iba vestida. Y con el frío que hacía yo no estaba para bromitas tontas—. No me diga que la… ¿han ultrajado? —El chico empalideció y yo sacudí la cabeza enérgicamente—. Oh, discúlpeme. ¿El lugar donde practica su oficio está por aquí cerca?

¿Pensaba que era una prostituta? No es que esa profesión tuviese nada de malo, y quienes la practicaban merecían todo el respeto del mundo, pero me sorprendió un poco. Mi disfraz no era tan… revelador.

—No, no me dedico a eso. —Me reí, incómoda—. Es que anoche salí corriendo y me olvidé el abrigo. ¿Sabes dónde está la casa de Claudia? Suelo orientarme bastante bien, pero creo que me he perdido.

El chico frunció el ceño, con expresión de besugo. Y yo empecé a cansarme de la pantomima. Puse los brazos sobre las caderas, impaciente.

—Desconozco el camino que lleva a ese lugar, pero puedo acompañarla a otro sitio. ¿Podría ser tan amable de decirme otro lugar al que quiera ir?

Esta vez la que frunció el ceño fui yo. Ese chico seguía bajo los efectos del alcohol, de las drogas, o de ambos.

—¿Me puedes dejar tu teléfono para llamar a mis padres? —Me abracé a mí misma para evitar tener más frío.

—Me temo que no entiendo a qué se refiere.

—Oye, creo que la bromita está llegando demasiado lejos.

—Disculpe mi ignorancia, pero desconozco lo que es un «teléfono» —dijo la palabra con cuidado—, pero le puedo asegurar que no me mofo de usted, señorita.

—Por Dios, ¿podrías dejar de hablar como si te hubieran metido un palo por el culo? —Lo fulminé con la mirada y él abrió la boca, pero no dijo ni una palabra—. Te estás pasando. Creía que ibas a ayudarme, pero ya veo que lo único que buscas es reírte de mí. Y cierra la boca, que te van a entrar moscas.

—No me río de usted, solo estoy intentando ayudarla. —Se removió, incómodo—. ¿Qué le parece si la guio hasta la salida de la arboleda?

Asentí con la cabeza. «¡Por fin, vuelta a la civilización!», me dije. El chico se quitó su chaqueta tostada y me la puso sobre los hombros con torpeza. Me la coloqué bien y emití un ruidito al sentir el calor que había desprendido el muchacho sobre la tela y que ahora calentaba mi piel.

—Muchas gracias. —Los dientes me seguían castañeando—. Pero ahora tú… ¿No pasarás frío?

El chico sacudió la cabeza y me sonrió.

—No debe preocuparse por mí, señorita. Y ahora, ¿podría indicarme otro lugar conocido al que desee ir?

No me podía creer que el chico no supiera dónde estaba la casa cuando nos encontrábamos dentro de la propiedad, pero estaba tan hastiada que cedí.

—Londres —dije al fin—. Necesito llegar a la ciudad.

—De modo que Londres —dijo el joven, y empezó a caminar. Yo lo seguía como un patito—. Le sonríe la fortuna, señorita.

—¿Por qué?

El muchacho rubio sonrió mostrando sus dientes blancos. Me resultó increíblemente guapo, tanto que me quedé mirándolo con cierto descaro, y creo que se dio cuenta porque dejó de sonreír de repente.

—Me dirijo a Londres por asuntos personales y debo ir ahora que no hay nieve y los caminos vuelven a ser transitables. —El chico me extendió una mano firme y cálida para ayudarme a saltar una rama caída—. No me gustaría que creyera que soy un entrometido, pero… ¿es posible que quiera ir a Londres para la temporada?

Sofoqué una risa. El chico se tomaba lo de ir disfrazado de caballero demasiado en serio.

—¿Qué?

—¿He errado?

¡Menudo vocabulario! ¿Cómo era posible que hablara tan formal con tanta naturalidad?

—Exacto, voy a Londres para la temporada. Has acertado. —Me apoyé en el tronco de un árbol para descender por una pequeña pendiente—. Debe de gustarte mucho Jane Austen, seguro que has visto *Orgullo y prejuicio*. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—James. Y… ¿usted es?

—Soy Haley. ¿De verdad no sabes quién soy? —Fruncí ligeramente el ceño—. Mucha gente me conoce por el Instagram, y si ayer estuviste en la fiesta de Claudia es que la conoces. Soy su prima, James.

—Discúlpeme, pero no la conozco.

Y seguía con el teatro…

James se detuvo al pie de la pendiente y extendió su brazo para ayudarme a bajar, pero, negué

con la cabeza, podía hacerlo sola.

—Tranquilo, apártate un poco. No vaya a ser que te haga daño al bajar.

Me solté del tronco del árbol y empecé a bajar por la pendiente. Aunque no era muy empinada, el relente hacía que la hierba resbalase. Y fue esa puñetera humedad lo que provocó que mi pie patinase y acabara besando el suelo a los pies de James. La hostia no me dolió tanto como el orgullo. «No vaya a ser que te haga daño al bajar». Menuda gilipollez.

—¡Señorita!

Al momento sentí las manos de James agarrándome por las muñecas. Me levanté de golpe como si no hubiera pasado nada y le sonreí.

—Estoy bien, tranquilo —me reí mientras intentaba ocultar la mueca de dolor. La hostia había sido monumental.

Seguimos caminando en silencio. James no se atrevió a decir nada más y yo estaba tan cansada de andar que, en cierto modo, agradecí el silencio. Entre el frío, el sueño, el hambre, la caída y que necesitaba urgentemente un baño, mi mala leche había alcanzado niveles estratosféricos.

Cuando atravesamos la última línea de árboles, yo ya no sentía ni los pies. Aún no nos habíamos topado con ninguna verja que delimitase las tierras, por lo que supuse que seguíamos en el terreno de mi familia. Nunca hubiera imaginado que fuera tan inmenso.

Deseché esa suposición tras encontrarme de lleno con un caserón de mínimo diez habitaciones y cinco baños. La fachada era de ladrillo rojo y la puerta era de madera robusta. Había dos grandes árboles flanqueando la puerta principal y pude contar ocho ventanas solo en la fachada principal.

—Debemos de haber andado mucho, no recuerdo haber visto nunca esta casa —dije mientras observaba el caserío. El perro me dio un coletazo y salió corriendo en dirección a la casa.

—Unas dos millas.

Podía escuchar a mi padre en mi cabeza: «Haley, esta casa es una hermosura. Desde luego, toda una joya… Sería una adquisición que, en el caso de alquilarla, aumentaría mucho nuestra renta». Yo no veía una casa imponente ni preciosa, solo una casa de campo muy grande que podría estar repleta de fantasmas. O hasta tener a un psicópata escondido en alguna de las tantas habitaciones.

—¿Esta es tu casa? —pregunté con curiosidad, señalándola con un dedo.

James sacudió con la cabeza y alzó la mirada. Me esperaba un timbre y cámaras de seguridad, pero lo que había en su lugar eran dos aldabas con forma de león doradas. James llamó a la

puerta dando un par de golpes y a los dos segundos, una mujer joven con un vestido largo y un gorrito muy gracioso nos abrió.

—¿Podría hacerle saber a la señora Griffiths que ya he vuelto de la cacería? —inquirió James con tono sereno, y la mujer me miró de reojo. Agachó un poco la cabeza y volvió a meterse en el interior de la casa.

—¿De la cacería? —Miré a James y le guiñé un ojo—. Pues menuda presa has cazado.

Él abrió la boca y la cerró. Entendió el comentario, y juraría que volvió a sonrojarse. Pero era un chico tan tímido que evitó seguirme el juego y entró dentro de la casa.

—Bienvenida sea, señorita, a Green Hill.

James me guio hasta un salón decorado al más puro estilo *vintage*. Las paredes eran de un amarillo cálido y en todas ellas había cuadros con marcos dorados recargados de ornamentación. Un sofá de color salmón lleno de cojines con bordados elaborados y coloridos era el protagonista de la sala. También había una alfombra brocada que cubría tres cuartas partes del suelo, y, sobre ella, una mesa de madera baja con un jarrón repleto de coloridas flores silvestres.

Al ver el interior de la casa entendí que el chico no venía de la fiesta de Claudia. Lo que pasaba aquí era obvio: las personas de esta casa eran fanáticos de la época victoriana, georgiana o la yo-que-sé. Podía ser que incluso fueran *influencers*, famosos por su extravagante estilo de vida.

—James, ¿de verdad no tienes móvil? —Se lo volví a preguntar—. Ya sabes, la maquinita esa con la que puedes llamar a personas o, no sé, descargarte aplicaciones.

—Lamento decirle que no dispongo de tal… artilugio.

Chasqueé la lengua y estudié su expresión. «Pobrecito, tal vez es como los amish y vive ajeno a todas las nuevas tecnologías».

—¡Querido James! —exclamó una voz femenina.

—Señora Griffiths.

—Querido James, le tengo dicho que me llame por mi diminutivo: Neila. Sigue con los formalismos, aunque prácticamente fui yo quien lo crio. Dígame qué ha cazado esta vez… ¿Otra liebre? —Tras una pequeña pausa la voz sonó más cercana—. ¡Un jabalí!

Casi me da un ataque al corazón cuando vi a una mujer ataviada con un traje de corte imperio y mangas largas ajustadas. Entró al salón pisándose la cola del vestido y balanceando un bastón. La señora llevaba el pelo rubio canoso recogido de manera estratégica con trenzas. Se detuvo antes de llegar a James y giró su cabeza hacia algo que había captado más su atención: por desgracia, era yo.

—Me temo que no he logrado cazar nada, señora Griffiths. —James se acercó a mí con las manos cogidas detrás de su espalda—. No obstante he dado con una señorita que necesitaba ayuda. La he encontrado cerca del antiguo pozo en unas condiciones nefastas.

La señora Griffiths era rolliza y sus ojos grises estaban enmarcados por unas prominentes ojeras violetas. No me cabía la menor duda de que esa mujer había sido hermosa tiempo atrás, pero los años le habían pasado factura. Supuse que debía de ser la mente maestra de la operación *vintage*, la que conocía el mundo exterior y la tecnología. Ella debía de saber la verdad.

—Pobre muchacha, seguro que ha sufrido un terrible percance. —La señora Griffiths apoyó el bastón sobre un mueble y me miró las piernas desnudas; se acercó a mí con las manos levantadas mientras las movía con suavidad, como si intentara calmar a un gatito asustado—. ¿Tiene familia, querida?

—No es lo que parece, señora Griffiths —dijo James en voz baja—. Se ha caído…

—Varias veces, debo admitir. —Concluí la frase que había empezado James—. Gracias a Dios sigo en pie. Congelada pero en pie.

La señora Griffiths suspiró y se llevó una mano a su generoso pecho.

—Pobrecita.

—La señorita se dirige a Londres, señora Griffiths.

—Ha debido de ser el destino —dijo. Pude inhalar su fragancia a flores silvestres conforme se iba acercando a mí—. ¿Puedo saber su nombre?

—Soy Haley, señora Griffiths.

—¿Haley? Espléndido, querida. —La señora Griffiths movió las manos con una desenvoltura despampanante y la chica que nos había abierto la puerta dio un paso al frente. Debía de tratarse de la lengua de signos—. Estaba esperando a que James concluyera su cacería para partir de inmediato a la ciudad, pero pediré que le preparen un baño para que pueda asearse y entrar en calor —me dijo la mujer. La chica, que estaba vestida como una sirvienta, asintió con la cabeza y me miró—. ¿Y el apellido de su familia? Es posible que si son personas acaudaladas las conozca…

—Señora Griffiths, en ningún momento la señorita ha hecho ningún comentario sobre la fortuna de su familia… —Y James le lanzó una mirada furtiva. Solo le faltó añadir: «No sea entrometida, por favor. Preguntar con tanta despreocupación sobre esos temas es muy grosero».

—Os agradezco mucho vuestra amabilidad y hospitalidad, pero no creo que los conozca. Hay muchas personas que viven en Londres.

«Y dudo que mis padres conozcan a una mujer que va disfrazada todo el día como si fuera un personaje de Dickens».

—Vaya, es una pena… —dijo la señora Griffiths, y sus ojos centellearon.

—Pero podría… —Metí las manos en los bolsillos de la chaqueta de James—. Podría presentároslos… En el caso de que quisierais pasar por mi casa. Mis padres deben de estar muy preocupados y seguro que querrán agradeceros vuestra ayuda…

—Nos encantará acompañarla a casa, ¿verdad, James? —La señora Griffiths dirigió una

mirada veloz a James—. Ver dónde vive y esas trivialidades.

—Claro —dijo James con una sonrisa encantadora con la que a cualquier chica a menos de una milla se le hubieran caído las bragas.

—¿A qué zona debemos llevarla? —La señora Griffiths volvió a mirarme a los ojos.

—Cerca de Hyde Park. —Pude ver un brillo esperanzador en los ojos de la señora Griffiths.

—Eso es maravilloso, y dígame… ¿Su familia dispone de algún título?

—¿Un título? —repetí, extrañada. La señora Griffiths asintió con la cabeza, y a mí me pareció de un poco de mal gusto que quisiera saber si mis padres tenían estudios. Pero necesitaba la ayuda de esta rara familia—. Sí, claro, mi padre. Y yo espero tener uno muy pronto.

—¿Ha oído, James? ¡Un título! Eso es fantástico, querida. —La señora Griffiths hizo un ademán con la mano hacia la joven que había abierto la puerta y luego me miró—. Anne la acompañara para que pueda asearse. Le prestaré algo de ropa. ¡Me encargaré personalmente de escoger algo que le sirva!

No rechisté. Tenía demasiado frío como para no coger todo lo que la señora Griffiths me ofreciera. Y se la veía tan emocionada que preferí dejarla disfrutar de su felicidad.

Anne me guió hasta la parte de atrás de la casa. Al lado de la cocina había una habitación con una bañera vacía, un tocador y una chimenea sin leña. Ese pequeño «baño», si es que se podía llamar así, era sin duda la zona más fría de toda la casa. Casi se estaba mejor dentro del pozo. Anne se marchó y cerró la puerta detrás de ella. Aproveché que la empleada no estaba para quitarme la chaqueta de James con cuidado, y también el bolso, las botas, el vestido, el tanga y el sujetador. Lo puse todo sobre el tocador. Después de desnudarme, busqué el grifo de la bañera o la alcachofa de ducha, pero no los encontré.

—¿Cómo quieren que me duche? —La puerta se abrió detrás de mí y Anne entró con un jarro de agua, un trapo y una bata azul celeste. En cuanto me vio, agachó la cabeza con inocencia y sus mofletes se encendieron. Yo me quedé mirando el jarro de agua, atónita—. Dime que eso no es el agua para bañarme, por favor… —Anne se limitó a asentir con la cabeza—. Muy bien, acabemos con esta pesadilla…

Anne llenó un pequeño barreño con parte del agua que contenía el jarro, metió el trapo en el interior y después empezó a limpiarme la espalda con él. No me había sentido tan incómoda en toda mi vida y, para terminar de empeorar la situación, el agua estaba helada.

—Anne, ¿podrías darme el trapo? —le pedí. Ella obedeció al instante y en cuanto lo tuve en mis manos, empecé a limpiarme con más brío. Si seguía ahí desnuda, con el frío que hacía y lo gélida que estaba el agua, acabaría pillando una neumonía de verdad.

Para terminar de limpiarme, cogí el jarro de agua fría y me lo eché por encima. «¡Qué fría está, coño!», grité en mi interior mientras daba saltitos. Anne me miró con sus labios separados, después reaccionó y cerró la boca; se acercó a mí y me puso por encima la bata azul.

—Muchas gracias —le dije, tiritando. Extendí el brazo para coger mi ropa interior y volví a ponérmela. En cuanto me puse el sujetador, Anne me miró con ojos examinadores—. ¿Qué pasa? ¿Tengo algo?

Me examiné el cuerpo con un nudo en la garganta, pero por suerte solo tenía algunos arañazos en las piernas y en las manos que apenas eran visibles después de limpiar la sangre seca. Suspiré aliviada. Por lo menos no me iba a morir desangrada.

Me quedé mirando el vestido de ángel, indecisa. Decidí embutirlo dentro de la bata azul y me calcé las botas blancas que ahora estaban llenas de barro. Menuda pinta llevaba. Suspirando, salí para buscar a James y la señora Griffiths.

No había dado ni un paso cuando me di de bruces contra un cuerpo esbelto y duro que me hizo caer de espaldas. Iba a ser mi tercera caída en menos de veinticuatro horas (¡un récord incluso para mí!), pero entonces sentí una mano firme agarrándome el brazo. James me atrajo hacia su cuerpo con fuerza y choqué con su pecho. Él se separó al momento y miró al techo como si fuera lo más fascinante del mundo. Lo observaba con tanta fascinación que yo también levanté la cabeza: era solo una superficie blanca de yeso.

—Señorita, ¿ha terminado? —La señora Griffiths avanzó hasta mí con un plato con algo de fruta y un poco de pan—. He pensado que estaría hambrienta; coma algo mientras la visten —me dijo. Cogí el plato y me metí una uva en la boca mientras la señora Griffiths me llevaba a una de las habitaciones del piso superior—. Siento disponer de tan poco servicio en estos momentos… La mayoría de mis sirvientes se marcharon ayer a Londres para ultimar los preparativos de mi casa en Chelsea; aquí solo dispongo de ocho que se quedarán cuidando de las tierras y la casa de campo mientras dura la temporada.

Pensé que me estaba vacilando.

—No hay ningún problema, señora Griffiths.

Anne entró a la habitación y en las manos llevaba un vestido rojo con un corpiño en la zona del busto y una falda larga fruncida. También sacó unas medias y unos calcetines. La señora Griffiths se quedó mirándome mientras Anne me ayudaba a vestirme, y, después de observarme durante un rato que me pareció eterno, me dijo:

—Es usted preciosa, señorita. James ha sido muy afortunado al encontrarla.

—Lo cierto es que si no hubiera sido por él no sé qué habría hecho.

—Mmm… Mmm…. —La señora Griffiths dio una vuelta a mi alrededor—. ¿Piensa buscar marido esta temporada o ya está comprometida?

Por Dios, que tenía veintiún años y todo un futuro como abogada por delante; casarme era lo último que se me pasaba por la cabeza ahora mismo.

—No necesito un marido.

—Querida, un marido es lo único que necesita. —La señora Griffiths soltó una risita y asintió

con la cabeza—. Es cierto que juega con desventaja si aún no ha llegado a Londres para la temporada, pero todavía le quedan los meses más candentes y emocionantes. Según las cartas que recibo, los aristócratas más apuestos y acaudalados aún no se han comprometido. Con su belleza no me cabe la menor duda de que conseguirá robar muchos corazones, querida. Lo único que necesita una joven hermosa es un hombre rico.

Pero ¿en qué siglo vivía esta mujer?

—No se preocupe, yo me encargaré de ser mi propio «hombre rico», señora Griffiths.

La señora Griffiths soltó una sonora carcajada.

—Su sentido del humor es deslumbrante, querida. —Sentía que me iban a estallar las tetas de lo subidas y apretadas que las llevaba—. Ya comprendo por qué James lleva todo el día con una sonrisa en el rostro.

Cuando Anne terminó la ardua tarea de vestirme, se alejó y dejó que la señora Griffiths admirase su gran trabajo. Reparó en mi cabello suelto y lo acarició con cuidado, como si a mi pelo le fueran a salir dientes que pudieran arrancarle un brazo de un mordisco.

—Me lo lavaré en casa —informé, y la señora Griffiths me sonrió.

—Yo tenía una hija con el pelo igual de largo —dijo la señora Griffiths con voz sosegada, y soltó mi mechón de pelo—. El vestido que lleva era suyo. Me recuerda tanto a usted…

—Ella…

Se me hizo un nudo en el estómago.

—Se casó. —La señora Griffiths lo dijo con la misma entonación con la que se suelen dar las malas noticias. Yo respiré, aliviada. Me había imaginado algo peor.

—¿Lo siento? —aporté.

La señora Griffiths rio.

—¿«Lo siento»? Simplemente desternillante.

Mi cara cuando vi el medio de transporte en el que iban a llevarme a Londres fue una mezcla entre el horror y… el horror. ¡No me lo creía! Lo que tenía delante era un jodido coche tirado por caballos. Esa gente llevaba su atracción por el estilo de vida del año de la pera al puñetero extremo.

James, que se había cambiado la ropa de caza por unos pantalones de color crema y una chaqueta azul con muchos botones, me tendió la mano para ayudarme a subir. Me tomé la molestia de deleitarme con sus facciones mientras subía al coche. Sus ojos marrones brillaban con fuerza y su cabello rubio reflejaba la luz diurna como un diamante. Sus labios eran muy

bonitos y cada vez que sonreía sentía el impulso de abalanzarme sobre él y darle unas cuantas lecciones para que perdiera el apocamiento.

—Señorita, déjeme decirle, si me lo permite, que está verdaderamente hermosa con este vestido y con cualquier otra cosa que hubiera decidido ponerse.

Me quedé petrificada. ¿Alguien podía explicarme dónde se había dejado la jodida timidez? Esa frase había sido todo un milagro, sobre todo viniendo de alguien que estaba tan bueno. Lástima que no estuviera muy cuerdo. A lo máximo que llegaría con él sería a compartir una magdalena de las que compraba mi madre cuando llegáramos a mi casa. Estaba deseando contarle a Mia esta odisea, ¡se iba a quedar muerta!

Me senté junto a James dentro del coche porque la señora Griffiths ocupó casi todo su asiento con una bolsa llena de comida. Era obvio que se trataba de una estrategia para que me sentase al lado del muchacho. «Vaya con la señora Griffiths».

—Llegaremos a Londres al ocaso. Si tienen hambre pueden comer de lo que hay en la bolsa. Hay frutos secos, algo de pan y queso. —La señora Griffiths fingió un bostezo y se acomodó en su asiento—. Yo aprovecharé para descansar.

Reprimí mis ganas de llorar cuando me enteré de que iba a pasar horas en ese espacio estrecho y tan incómodo que, con cada pequeño movimiento, me daba la sensación de que iba a salir volando por una de las ventanas.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó James, y yo sacudí la cabeza. No, claro que no me encontraba bien. Quería llegar a mi casa, darme una ducha DE VERDAD con agua caliente y ver Netflix—. Creo que será mejor que descanse, señorita. El viaje será largo.

Me desperté en varias ocasiones con la espalda molida y el culo aplastado, pero el viaje se me hizo más corto de lo que había esperado. Abrí los ojos con dificultad y sentí que estaba apoyada sobre algo blando pero firme al mismo tiempo. Y era suave. Levanté un poco la cabeza y me percaté de que me había quedado dormida sobre el musculoso bíceps de James. Me incorporé de golpe y mi espalda crujió. Me sorprendí a mí misma, no esperaba dormirme allí. Aunque, siendo honestos, yo podía echarme una siesta encima de una alfombra de clavos.

—Ya hemos llegado a Hyde Park —dijo la señora Griffiths sonriéndome.

—¡Por fin estoy en casa! —exclamé sin poder contener mi entusiasmo. Las ventanas estaban tapadas y ya no quedaba comida en la bolsa de la señora Griffiths.

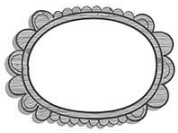
«Agua caliente, chocolate, cargador del móvil, televisión… Ya casi os tengo, pequeños míos», dijo una vocecita en mi cabeza. En cuanto el cochero abrió la portezuela salí de un salto

ignorando el escaloncillo, llena de emoción. Esperaba ver coches, casas, personas y el parque, pero lo que me encontré… Sí que eran coches, casas, personas y un parque, pero no los que yo esperaba. ¡Oh no! Abrí los ojos de par en par y empecé a dar vueltas sobre mí misma. Lo que tenía delante no era Hyde Park, era una jodida selva. Todo el mundo vestía como James y la señora Griffiths, recién salidos de una miniserie de la BBC. Y todos los vehículos con ruedas… eran carruajes tirados por caballos. El paisaje me pareció desolador. No había calzada y el sol se escondía entre unas pocas casas enormes con jardines exuberantes. «Dios, esto no puede ser posible. Esto no puede estar pasándome a mí», pensé. «¡¿Dónde estoy?!». Empecé a hiperventilar. Sentí mis brazos inertes y las piernas me dejaron de responder. Mi corazón se desbocó y se me tensó el cuerpo entero. «Un infarto. ¡Debe de ser un infarto!».

—Haley…

La voz preocupada de James sonó muy lejos, aunque lo tenía justo al lado. No logré oír todo lo que me dijo porque un pitido ensordecedor me invadió el cerebro. Solo veía sus labios moviéndose, su ceño fruncido y, después… nada.

Todo se volvió negro.



La chica del otro mundo

HALEY

Anhelé con todas mis fuerzas que al despertar todo hubiera sido una pesadilla. Un sueño catastrófico y horrible que no volvería a tener nunca más. Pero cuando moví la mano encima de la sábana y no sentí la montaña de cojines ni a mi osito de peluche gigante, supe que no estaba en mi preciosa cama. Dejé escapar un gemido lastimero y me resigné a abrir los ojos.

—¿Señorita? —dijo una voz dulce a mi lado. Moví la cabeza y vi a una muchacha de rasgos inmaculados con la misma ropa insulsa que llevaba Anne—. Avisaré al señor de que está despierta. —La chica desapareció de mi campo de visión, y regresó con la misma celeridad con la que se había marchado—. En estos momentos está reunido, señorita. Yo me haré cargo de usted.

Me incorporé con la cabeza embotada y la boca seca. El recuerdo de un Londres de otra época distinta a la mía seguía latente. La empleada me quitó las pesadas sábanas de encima y me ayudó a levantarme con mucho cuidado. Igual se pensaba que si me movía me iba a partir por la mitad o algo.

—¿Esto es la casa de James?

—Sí, señorita —dijo la empleada—. La ayudaré a quitarse el vestido para que puedan lavarlo y le traeré algo más cómodo.

La muchacha salió de la habitación, y yo divisé un tocador con un espejo al lado de una ventana con las cortinas echadas. Me vi reflejada en el espejo y salté del susto. Los últimos vestigios del rímel se habían agarrado con uñas y dientes a mis ojeras, y mi pelo, normalmente sedoso y brillante, estaba apagado. Me quité los restos del maquillaje con los dedos y un poco de saliva.

Oí el sonido que hizo la puerta al abrirse; la muchacha entró con una bata de seda rosa. Me quité el vestido con un poco (bastante) de ayuda y me puse la bata atándola con una cinta en la cintura.

—¿Sabes cuándo acabará James de estar con los invitados?

—Estaban marchándose cuando he subido por las escaleras, señorita. —La chica estiró las sábanas de la cama.

Pero yo no podía acostarme otra vez; no sin haber hablado antes con James.

—Tengo que hablar con él. —Me lancé hacia la puerta y la abrí de par en par.

—¡Señorita, no puede salir así! —La empleada me persiguió por los pasillos como si fuera

Freddy Krueger y yo fuera su pobre víctima.

Pasé de largo varias puertas hasta que di con unas escaleras. Bajé los escalones de dos en dos y cuando llegué al piso inferior empecé a buscar a James. La casa era colosal. Me estaba empezando a desesperar cuando lo encontré en una habitación a la derecha de las escaleras de mármol blanco.

Era una biblioteca bien iluminada por lámparas de gas que hacían que el cabello rubio de James reluciera como el sol de la mañana. «Lámparas de gas en lugar de luz eléctrica», me repetí. Me llevé las manos a la cabeza y busqué interruptores y cables como una histérica. «¡¿Dónde están las bombillas?!».

—¿Cómo se encuentra? —James dejó a un lado una pila de papeles y la pluma en cuanto me vio—. Ha perdido el conocimiento nada más llegar a Hyde Park. Es un alivio ver que ya ha despertado. El médico ha dicho que necesitaba descansar.

La pobre empleada me alcanzó con la respiración entrecortada, la cara roja y el moño despeinado. Parecía que acabara de hacer una carrera de fondo.

—Lo siento mucho, le he dicho que no podía bajar así —dijo ella después de recobrar el aliento.

James sonrió y sacudió la cabeza, meciendo su pelo.

—Muchas gracias por su trabajo, Sarah. —James se levantó de su sillón y vino hasta mí—. No hay ningún problema. Señorita Haley, puede pasar.

No sabía que necesitaba su permiso para poder entrar a la biblioteca.

—Muy bien, gracias. —Crucé los brazos sobre mi pecho y me acerqué a James.

—¿Desea sentarse?

Sacudí la cabeza, y James se quedó de pie frente a mí. Era más alto que yo y podía notar cómo se tensaba cada vez que me acercaba a él.

—James… ¿Podrías decirme dónde estamos?

—En mi residencia de Londres.

—¿De verdad esto es Londres? —Levanté la cabeza y me enfrenté a su mirada.

—Por supuesto.

—¿En qué…? —Me aclaré la garganta. La pregunta me parecía tontísima—. ¿En qué año estamos?

—En 1810.

—¿Estás seguro? —Empecé a andar por la biblioteca y sonreí para camuflar mis ganas de llorar o saltar por la ventana.

—Completamente.

—¿Quién ocupa el trono de Inglaterra? —Intenté hacer memoria de mis clases de Historia y me respondí a mí misma—: ¿Jorge III? —Él asintió y yo volví a llevarme las manos a la cabeza

—. Dios, ¡esto no me puede estar pasando!

—¿Cómo dice? —James dio un paso hacia delante y el aire que había entre nosotros se caldeó.

Era demasiado guapo y atractivo.

Mis hormonas entraron en conflicto con mis pensamientos racionales. Venció la lógica y me separé de James para pensar en qué demonios estaba ocurriendo. Acabé sentándome en un sofá de color amarillo que había frente una vitrina repleta de libros antiguos y empecé a menear la pierna, nerviosa.

—¿Estás seguro de que el rey de Inglaterra es Jorge III?

«También conocido como el Rey Loco», recordé.

—Sí, lo es. —James volvió a recorrer la distancia que nos separaba y se agazapó junto a mí—. ¿Se encuentra bien? Me temo que se ha puesto pálida.

No. No me encontraba nada bien. ¡Estaba al borde del colapso! Solté una trémula carcajada y eso provocó que el ceño fruncido de James se arrugase aún más.

—Necesito descansar, creo que será lo mejor. —Me levanté con rapidez y me dirigí a la puerta.

«El pozo», dijo una voz silenciosa en mi cabeza. «¿Me caí en el pozo y acabé en el pasado? Es absurdo».

—¿Debería llamar al médico otra vez?

—No será necesario. —Me volteé para mirar a James y moví una mano entre nosotros, como si estuviera golpeando el aire—. Mañana estaré como nueva.

«Y me despertaré en mi puñetera casa».

—Muy bien… En cualquier caso, no dude en informarme de cualquier imprevisto. Sarah se encargará de usted esta noche, por precaución.

—Muchas gracias por todo, James —dije colocándome un mechón suelto detrás de la oreja—. Mañana por la mañana regresaré a casa para no ocasionarte más molestias.

—No es molestia alguna, señorita Haley. —James esbozó una sonrisa ladeada—. Mañana por la mañana debo ocuparme de unos asuntos fuera de casa. Pero en el caso de que quiera regresar, sepa que Sarah irá por la mañana al mercado. Si no desea regresar sola en el coche, puede pedirle que la acompañe.

Asentí y lo observé con la intención de que su físico se quedase guardado en mi retina. Era tan guapo que no quería olvidarme de él.

—En ese caso, esto es un adiós, James.

—Puede que nos veamos en alguna fiesta de la temporada, y sepa que, en ese caso, le pediré un baile. —James hizo un movimiento con la cabeza que derrochaba elegancia—. Buenas noches.

«Dudo que nos volvamos a ver, querido. El único sitio en el que tengo pensado bailar es una

discoteca del siglo XXI con Mia después de beberme un par de cervezas».

—Buenas noches. —Moví la mano a modo de despedida y levanté las comisuras de mis labios.

Me fui de la biblioteca consciente de que James me seguía mirando, y puede que moviera un poco la cadera al andar. Pero solo un poco.



El plan en mi cabeza era perfecto: primero, acompañar a Sarah al mercado; segundo, buscar a alguien que pudiera llevarme de vuelta al pozo; y tercero, saltar. Creía que iba a ser simple, pero cuando llegué al mercado casi me dio un soponcio. El olor a pescado y a estiércol era insoportable. La gente vivía en casas que podrían derrumbarse en cualquier momento y tiraban un líquido pestilente (probablemente orina) por las ventanas al grito de: «¡Agua va!». Aunque eso solo lo decían algunas personas; otras, en cambio, abrían sus ventanas y directamente lanzaban el contenido de las jarras sin avisar. Pobre del desafortunado que estuviera debajo.

—Necesito ir ahí —dijo Sarah señalando una caseta dos puestos más a la derecha en la que había pollos colgando.

Era mi oportunidad para desaparecer entre la multitud y buscar a alguien con transporte. Me valía un carromato tirado por un burro pulgoso. Así que asentí a Sarah y esperé a que se despegase un poco de mí para poder escabullirme.

—¡Pescado fresco! —exclamó un hombre cerca de mi oído. Me alejé de él huyendo del olor nauseabundo de su mercancía.

—¡Intestinos de cerdo! —gritó otro señor, y también me separé de él todo lo que pude.

Encontré un carromato cerca de la intersección que formaban los puestos, y me deslicé entre el gentío que luchaba por las mejores ofertas. Ya casi podía tocar el carro…

«¡Isobel!», gritó alguien. Eludí el aullido y seguí con la marcha.

—¡Isobel! —volvieron a gritar a pleno pulmón.

«Por Dios, la tal Isobel debe de estar sorda para no oír que la llaman». Sentí que alguien me cogía por el hombro y tiraba de mí, obligándome a darme la vuelta.

—Isobel, no sabía que vendría al mercado —dijo el señor de tez oscura. Su ropa no se asemejaba al resto de los conjuntos insulsos que se veían por allí; era ropa de noble—. Veo que ya no intenta lanzarme saetas de sus labios.

—Disculpe, creo que se equivoca de persona.

El hombre esbozó una mueca y sacudió la cabeza. Tenía el pelo canoso y rizado y su mirada parecía divagar. Él intentó sujetarme la mano, pero yo la aparté con ahínco.

—¿Sigue enfadada, Isobel? —El hombre agachó un poco la cabeza—. Mi esposa está muy disgustada… No pretendía humillarla de tal modo. Pero permítame decirle que ya he hablado con ella y está dispuesta a disculparse con usted.

Retrocedí unos pasos, temerosa, y fruncí el ceño. «¿Qué?».

—Caballero, de verdad que no tengo la menor idea de lo que me está diciendo. —Él volvió a acercarse, y yo volví a retroceder.

—Isobel, discúlpenos.

Nuestras miradas se cruzaron y vi la tristeza en sus ojos; también alcancé a ver esperanza.

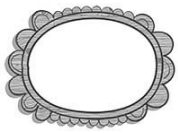
—Lo siento, pero insisto en que…

—¡Agua va! —gritó alguien por encima de mi cabeza.

Me giré con el corazón en un puño y no vi el poste que tenía justo delante. La hostia resonó por todos los recovecos de mi cabeza y sentí el golpe hasta en los dedos de los pies.

Por suerte, esquivé el chorro de desechos antes de que me bañara. ¿Cómo podía la gente ser tan guarra? ¡Qué ascazo!

¡Puto siglo de mierda!



El retrato sobre la chimenea

HALEY

Sentí un dolor punzante en el cuero cabelludo. Me llevé una mano allí y sentí algo áspero que no era mi pelo: un vendaje. Palpé con los dedos un huevo que había aparecido cerca de mi sien. «Llevo tres desmayos, esto empieza a ser patético…». Me incorporé con cuidado y me estremecí al verme en una habitación extraña inundada por la luz del día. Me levanté de la cama y recorrí los ocho pies de distancia que me separaban de la puerta. La habitación era inmensa y estaba opulentamente decorada, como la casa de James. Una paz me abordó de dentro hacia fuera cuando pensé que tal vez estaba otra vez en la mansión del guaperas de James, pero mi fantasía se esfumó cuando oí a una mujer al otro lado de la puerta, diciendo:

—Marqués, yo misma la he vendado. Es idéntica.

—Edward ha ido demasiado lejos. —La voz masculina resonó con fuerza—. Su demencia es cada vez más evidente, y no puedo seguir ocultándola.

—No intento defender a mi esposo, pero es normal que la haya confundido.

—Edward ha traído a una muchacha desmayada a mi casa, y, según cuentan los sirvientes que la han visto, sus ropas son propias de alguien de alta alcurnia. Querida hermana, entiendo tu sufrimiento, pero hay que hacer algo con Edward.

—¿Qué quieres que haga? ¿Deshacerme de mi esposo?

—No te pido tal cosa. Pero le prohibiremos ir al mercado por las mañanas; y, si se opone, lo mandaré de vuelta al campo. En Deganwy House estará bien atendido y no supondrá ninguna molestia para el resto de la familia mientras estemos en Londres.

—Sabes que se opondrá. El problema es que nunca recuerda que la mañana anterior ya fue al mercado a comprar las aceitunas preferidas de… —Haley oyó a la mujer callarse de golpe. Y entonces el hombre suspiró.

—Puedes nombrarla.

—Isobel —dijo después de una pausa—. Es solo una racha.

—Llevamos con la racha cuatro días. Dile a Edward que Isobel está muerta.

Entrecerré los ojos y pegué la oreja a la puerta. «¡Me han confundido con una muerta!».

—¡No puedo decirle a mi esposo que la marquesa está muerta! No lo soportará y le volverá a dar un ataque de locura, Max. Mi hijo y su esposa van a pasar aquí la temporada, me niego a que vean a Edward así —respondió la mujer. El supuesto marqués no se pronunció—. Y entra de una vez para ver a la muchacha. Puede que sea la hija de uno de tus conocidos; así conseguiríamos

resolver esta situación.

Me separé de la puerta abruptamente y traté de volver rápidamente a la cama. No lo conseguí. Cuando ellos dos entraron yo estaba a un pie de mi objetivo con las manos levantadas y un pie en el aire: era mi posición de salto. Me di la vuelta poco a poco para mirarlos, me observaban con detenimiento.

El caballero me doblaba la edad. Su cabello era de color bronce, salpicado con destellos blanco platino. Sus ojos eran dos agujeros negros desoladores; podía ver cómo absorbían todo lo que encontraban a su paso, incluida la luz; y su nariz aguileña se encontraba sobre unos finos labios entreabiertos.

La dama, por otro lado, era bajita, de complexión delgada pero con una cara redonda. Su cabello también era cobrizo, y sus ojos marrones, enmarcados por unas lentes redondas, me escrutaban con fascinación.

—Sinceramente —me atreví a decir mientras adoptaba una postura normal—, esperaba llegar a la cama antes de que entrarais.

El hombre y la mujer se miraron el uno al otro.

—Te lo he dicho —replicó la mujer mientras volvía a inspeccionarme—. Es normal que Edward la haya confundido con Isobel.

El marqués se acercó a mí. Me cogió del mentón y me observó con atención científica. En cuanto pude reaccionar me aparté de él. Olía a puro y a brandy.

—Se mira, pero no se toca —farfullé, y me crucé de brazos—. Y ahora que habéis visto que sigo viva, gracias a Dios… Tengo que irme.

—Hasta la voz es parecida —comentó la mujer caminando en mi dirección.

—Pero no es Isobel —dijo el marqués—. La marquesa murió.

—Es posible que solo sea una muchacha que se le parece. —Por un momento se olvidaron de que yo seguía delante de ellos—. ¿Es la hija de algún noble?

—No la conozco. —El marqués volvió a mirarme fijamente—. Jovencita, ¿cómo se apellida?

—No vais a conocer a mi familia, aunque os diga el apellido. —Me quité la venda de la cabeza y la enrollé en mi brazo para no ensuciar la habitación. —Mi familia vive muy muy lejos.

—Podríamos acompañarla como gesto de disculpa —propuso la señora.

—No es necesario. La culpa fue mía. Yo fui la que chocó con un poste de madera. Pero hasta agradezco que el tal Edward me confundiera, sino habría acabado aplastada por el gentío del mercado o bañada en estiércol —dije, lo que provocó que la señora alzara las cejas, muy sorprendida—. Sí, admito que he escuchado a escondidas toda vuestra conversación. Lo siento…

—Señorita —dijo el marques mientras yo lo rebasaba para llegar hasta la puerta de salida—. ¿Cuán lejos está su familia?

Giré un poco la cabeza para mirarlo y esbocé una sonrisa ladeada.

—Ufff… Tardaré por lo menos un par de siglos en llegar a casa.

Me hizo gracia mi propia broma.

—¿Haley?

Miré al marqués patidifusa.

—¿Cómo has dicho? —preguntó la mujer con los ojos como platos.

—Eso. —Giré el cuerpo hacia ellos tratando de recordar si, en algún momento, les había dicho mi nombre—. ¿Cómo has dicho? —repetí.

—Eres Haley, ¿verdad? —El marqués se llevó las manos a la boca y empezó a caminar por la habitación de un lado a otro—. ¡Cielo santo, eres tú!

—¿De qué me conoce? —le pregunté con curiosidad.

—¡Lo ha reconocido! —exclamó la mujer, llevándose una mano al pecho, se bajó las lentes para mirarme por encima de ellas, pero se las recolocó al instante.

El marqués se volvió a acercar a mí.

—Si eres Haley… Significa que eres… —Su pequeña pausa se me hizo eterna—. El legado de una llama que prendió en el pasado —agregó con voz trémula.

«¿Eh?».

—No he entendido ni una palabra.

El marqués me miró con sus ojos oscuros que ahora brillaban emocionados, una pizca de pena y una pátina de esperanza. Esos ojos estaban tratando de decirme algo.

—Es normal que te sientas confusa, pero puedo explicarlo. —El marqués resopló con fuerza y movió las manos como si intentara calmar a un caballo desbocado—. Te puedo decir por qué estás aquí.

—¿En tu casa?

—En nuestra época —El marqués entrecerró los ojos—. Porque tú deberías estar en el futuro y no aquí, ¿no es cierto? —me preguntó. Abrí la boca con la intención de decir algo, pero la volví a cerrar. No necesitaba más preguntas, solo respuestas. Mi corazón latía desbocado pero, al mismo tiempo, sentí un poco de seguridad entrar en mi pecho—. Acompáñame. Quiero mostrarte algo.

Seguí al marqués por los laberínticos pasillos hasta una sala con una chimenea inmensa sobre la que descansaba un cuadro tan alto como él. La habitación parecía un salón de estar (para muchas personas), con sofás de color azul celeste, una mesa baja de madera y varias columnas de mármol que le daban un aire sofisticado. El marqués señaló el cuadro, la indiscutible estrella de la habitación, que mostraba a una mujer de piel olivácea muy clara y pómulos definidos. Sus labios en forma de corazón eran carnosos y sus ojos brillaban con un azul tan intenso como el mar del Caribe. Sus cejas, perfectamente delineadas, eran del mismo rubio cenizo oscuro que su pelo, recogido con relucientes joyas.

—Dios, se parece a mí… —exclamé.

—Esta es la marquesa Isobel —dijo la señora con lentes que también nos había seguido.

«La famosa Isobel. Normal que me hayan confundido».

—Sí, ella es Isobel y tú… Verás… —balbuceó el marqués. Fruncí el ceño esperando a que se atreviera a soltar lo que estaba pensando—. Eres mi hija, Haley —acabó con voz temblorosa—. Sé que te resultará confuso, pero…

«Eres mi hija».

—¿Que soy tu qué? —Solté una carcajada y sacudí la cabeza. Por lo visto, el tal Edward no era el único demente de la familia—. Marqués, yo tengo un padre y… no eres tú.

—Puedo explicarlo —insistió él.

—Seguro, todos los locos creen que tienen razón —dije.

—¿Crees que la locura explica cómo has acabado en esta época? —repuso.

Y no pude más que cerrar la boca. El marqués enajenado estaba en lo cierto: no había ninguna razón lógica para explicar cómo había acabado aquí. Y si él conocía una, estaba dispuesta a escuchar hasta el final.

—Muy bien, explíquemelo —dije con una firmeza fingida; en el fondo me iba a dar algo.

—Al igual que tú, mi Isobel no pertenecía a este tiempo. —El marqués dejó de mirar el cuadro —. Ella venía de otro siglo.

—¿El siglo XX? —aventuré, y el marqués sacudió la cabeza.

—Finales del siglo XXII.

Lo miré boquiabierta.

—¡Yo soy de principios del XXI! ¿Isobel era del siglo posterior al mío?

—Sí. —El marqués volvió a mirar el cuadro de la marquesa.

—¿Y cómo murió? —Me arrepentí al momento de lo que acababa de preguntar—. Perdóname eso ha sido muy…

—La asesinaron. —Sus palabras sonaron afiladas.

—Aquella época fue… una caza de brujas —dijo la mujer mientras se subía un poco las lentes.

—¿Y…? —No me atreví a repetir las palabras del marqués.

—Asesinaron a muchas mujeres, entre ellas a… —Se le quebró la voz.

—Y según vosotros yo soy la hija de Isobel… y tú. —Miré al marqués de soslayo, y pude ver cómo asentía con la cabeza lentamente.

—Naciste en Deganwy House, a unas millas al norte de Londres. Fueron unos días muy felices pero no duraron… —El marqués tensó la mandíbula y se aclaró la garganta—. Verás, en su tiempo, Isobel trabajaba en el proyecto Tempus cuyo objetivo era desentramar el enigma sobre los viajes espaciotemporales. Como puedes comprobar, tuvo éxito. Y entonces empezaron las persecuciones… Muchos ansiaban poder viajar a través del tiempo. —El marqués apretó las

manos en un puño—. Todas las personas que trabajaron en el proyecto Tempus se vieron obligadas a huir de su presente para no ser descubiertas y proteger sus conocimientos.

—¿Por eso Isobel acabó aquí? —pregunté, y el marqués asintió.

—Pero la encontraron. A ella y a otros. Fue terrible. —El marqués se tomó un momento para respirar—. Sin embargo, la directora del proyecto, Casiopea Sarastro de Orión, trató de ayudar a tantos trabajadores de Tempus como pudo. Llegó tarde para Isobel, pero Casiopea salvó a nuestra descendencia y la escondió en otro tiempo.

Era algo insólito en mí, pero me quedé sin palabras. El marqués se sentó en el sofá y consultó la hora en su reloj de bolsillo.

—Jamás pensé que volvería a verte. Había hecho las paces con la situación, prefería pensar que estabas a salvo aunque estuvieras lejos de mí. —Alzó la vista y me miró con emoción en las pupilas—. Sé que no te lo parecerá, pero te prometo que estás a salvo y mientras estés aquí, yo, como tu padre, te protegeré.

Me di la vuelta.

—Esto no es una película de *Star Wars* en la que me entero de quién es mi verdadero padre. Yo tengo mi vida y no pertenezco a este lugar. Soy de la época del wifi gratis y los conciertos del Glastombury —mascullé. Miré de reojo al marqués y vi que se le habían hundido los hombros. Sentí una punzada de culpabilidad. Estaba soltando comentarios de niña malcriada y estaba hiriendo a los extraños que querían ayudarme. Menuda egoísta estaba hecha. Suspiré—. Vuelvo a pedirle disculpas… Es que estoy muy alterada.

Él asintió.

—¿Cómo has acabado aquí?

—Un error en *Matrix*. —solté. El rostro del marqués se transformó en un *gif* de ceño fruncido. Tenía que apuntarme que el humor para salvar la incomodidad no se traducía en el siglo XIX—. Caí en un pozo y aparecí aquí. Desde entonces estoy tratando de volver a ese lugar para poder regresar a mi casa.

—El pozo —asintió como si fuera lo más normal—. ¿Quieres ir allí? Yo puedo llevarte, Haley. —Asentí enérgicamente con la cabeza.

Se abrieron los cielos. Casi podía oír música angelical de fondo y ver una aureola sobre la cabeza del marqués.

—¿De verdad?

—Claro. Sin embargo, esta semana no dispongo de tiempo libre. —El marqués se levantó del sofá y estiró su chaqueta marrón entallada—. Pero podemos ir la siguiente.

El cielo se oscureció, la música celestial cesó y al marqués se le cayó la aureola.

—¿La semana que viene? Yo no estoy de vacaciones, he acabado aquí por error. —Sacudí la cabeza—. Marqués, no lo entiende. Mi manicura no aguantará cinco días, necesito mi

acondicionador para el cabello y puede que el estrés me adelante la regla. ¿Qué hago entonces? ¡No sobreviviré aquí una semana!

En el fondo, sabía que mi problema no eran las uñas, ni el pelo. Lo que de verdad me preocupaba y no quería compartir delante del marqués (mi supuesto padre biológico que al parecer tuvo que renunciar a mí para salvarme la vida), era que mis padres debían de estar muy preocupados. No solo mis padres, sino también mis abuelos, mis tíos y mis amigos. Dios mío, la pobre Mia debía de estar pasándolo muy mal sin mí. Y más le valía haber escogido una foto buena si me había dado por desaparecida.

—Haley, solo es una semana.

—¡Tengo que volver!

—Y lo harás; ten un poco de paciencia. —dijo con un tono condescendiente bastante paternal.

—¿Por qué no me dejas un caballo y voy yo?

—Ninguna señorita debería hacer un viaje tan largo sola a caballo. Podría pasarte cualquier cosa. No, es mi responsabilidad acompañarte. —El marqués se giró hacia su hermana—. Susannah, encárgate de que Haley tenga todo lo que necesita en mi ausencia.

El marqués empezó a caminar en dirección opuesta a la mía, y yo me crucé de brazos y lo seguí.

—¿Piensas irte en un momento así? ¡Acabas de decirme que soy tu hija perdida, que mi madre es una científica del futuro que viajaba en el tiempo y que mis padres no son mis padres!

—Tienes razón. Yo he tenido veinte años para reconciliarme con la idea, pero, no te preocupes, si eres como Isobel te acostumbrarás enseguida. —El marqués se arregló un poco el pelo con los dedos—. Haley, querida, llego muy tarde a la Cámara de los Lores, pero te dejo en buenas manos. Además, esta noche hay un baile en la casa de los Anderson; Susannah y tú deberíais asistir. Hija, aprovecha la temporada para hacer algo que no puedes hacer en tu época.

Alcé las manos, desesperada.

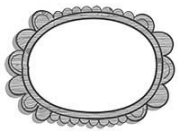
—¡Suelo ser la reina de ver el lado bueno de las cosas, pero ahora mismo, debo reconocer, que lo veo todo fatal!

—Susannah te llevará a la modista o… al parque. —El marqués se puso un sombrero negro, un empleado le dio un bastón y, antes de salir por la puerta principal, me dijo—: ¡y recuerda que aquí tenemos modales, querida!

Y se fue. Se largó.

—NO. ME. LO. PUEDO. CREER.

«¿Se puede saber qué coño acaba de pasar?».



La temporada

HALEY

Las indicaciones que le había dado a la modista eran muy simples: que el corte imperio de mi vestido no fuera justo al acabar el pecho, sino cinco centímetros por debajo para que se pudiera apreciar mi bonita silueta, y que no utilizara tela rígida para hacer la falda. Me aseguró que me enamoraría de su trabajo y yo la creí, así que Susannah le pidió veinte vestidos en total: diez de fiesta, cinco de día y otros cinco para tomar el té. No tendría tiempo para ponerme tantos vestidos.

—Mira que pedirle unos pantalones a la modista —volvió a decir Susannah, y se intentó poner derecho el broche. Puse los ojos en blanco—. Menos mal que se ha negado. Ya verás cuando Max se entere de esto… Tu padre te ha pedido que te comportaras.

El coche traqueteó y casi se me desencajó la cabeza del sitio. Pero solo casi. La verdad es que me hubiera dado mucha rabia que mi perfecto peinado se arruinara por el incesante movimiento del coche. Susannah había puesto mucho ahínco en lavarme el pelo y hacerme un elaborado peinado. Y tengo que decir que esa fue nuestra primera trifulca del día: ella quería rizarme el pelo con unos lazos y yo me negué porque no quería parecer un caniche. Al final hicimos los tirabuzones a mi modo con un truco que aprendí en Instagram.

—Pienso usar los pantalones de Max para estar por casa —insistí—. Y tiene mucha suerte de que al final haya accedido a ir al baile de los Anderson después de cómo me ha soltado las cosas esta mañana. Necesitaré un copazo para relajarme.

El marqués Maximilian Conwy (Max para los amigos y parientes) se había tirado todo el día alardeando de que su «hermosa hija, Haley, había regresado a la ciudad después de vivir durante años en Francia con una tía lejana» y que tenía «una cuantiosa dote de ochenta mil libras». No había vuelto a ver a Max desde nuestra rápida conversación de por la mañana, pero muchos conocidos suyos y de Susannah habían tenido la amabilidad de acercarse a la mansión del marqués solamente para verme. «¡Max solo ha dicho lo de mi dote para ir alardeando de dinero! ¡Él sabe que yo no estoy pensando en casarme!», le dije a Susannah durante la merienda, después de que todos los curiosos se hubiesen marchado. «Alardear de dinero y sociedad son sinónimos, Haley», me respondió ella.

—Tu postura y belleza son inigualables, Haley. Lo único que tienes que hacer es no abrir la boca. Y, si lo haces…, por favor, no tutees a las personas. Habla con propiedad.

—¡A sus órdenes! —Me llevé la mano enguantada a la frente a modo de saludo militar y

sonreí.

El carruaje se detuvo frente a una bonita casa de piedra blanca y grandes columnas sobre las que se apoyaba todo el piso superior. Los invitados iban ataviados con ropas de seda y plumas; era como si hubieran sacado el vestuario de una película de época. Estaba totalmente maravillada por la extravagancia y el lujo. Me sentía envuelta en una nube rosa fantasiosa. Me aseguré de que mi vestido blanco con escote redondo luciera tan bien como el del resto de las chicas y volví a mirarme la cara en un espejo de mano que llevaba conmigo. Susannah me miró exasperada, y justo antes de bajar del coche me dijo:

—Si te quedas sola en algún momento durante la noche, búscame.

—Eso ya me lo has dicho.

—Y otra cosa más antes de irnos…

—Dime.

—No te acerques al duque de Norwich. Nuestras familias no se llevan bien.

—Ni siquiera lo conozco, Susannah. —Alcé los hombros con indiferencia—. Pero puedes estar tranquila, no me acercaré a él.

Bajamos del carruaje y entramos en la mansión. El interior de la casa era más espléndido por dentro que por fuera. Todo estaba lleno de luces, comida, plumas y gente riendo y bailando. Susannah se deslizó por el bullicio de personas sedientas de chismes y vio a una mujer de más o menos su misma edad que se encontraba al lado de otra muchacha mucho más joven. Supuse que debía tratarse de madre e hija.

—¡Susannah Breton! —gritó la señora, pero apenas se la oyó por la inquietud del ambiente.

—Lady Shefford —dijo Susannah, y me cogió de la mano enguantada para arrastrarme junto a ellas.

—No me lo puedo creer… ¿Es ella? —preguntó lady Shefford con sus enormes ojos marrones clavados en mí.

—Condesa y lady Alice, les presento a mi sobrina, lady Haley. —Susannah me soltó la mano y se dirigió a mí con una sonrisa deslumbrante.

—Los nobles hoy no hablaban de otra cosa —dijo lady Shefford—. Que la hija del marqués de Conwy había regresado a Londres después de estar en Francia durante tantos años. Creía que al final se quedaría allí, lady Haley.

—Ya, es que verá…

Susannah me interrumpió.

—Decidimos que tras la muerte de la marquesa se criaría mejor lejos de aquí, con la hermana de su madre. Como el marqués no tuvo hijos varones, el título pasaría al siguiente varón de la familia, y vimos absurdo traer a Haley de regreso. Además, ella detesta Londres, así que le hicimos un favor.

Miré a Susannah por encima del hombro. «¿Desde cuándo detesto yo Londres?».

—Creía que la ibais a comprometer con el marqués de Walton cuando era más pequeña. Hubiera tenido un marido maravilloso. —Lady Shefford frunció el ceño—. De hecho, ambas marquesas eran íntimas, ¿no?

—Eso fue lo que se pactó, pero cuando murió la marquesa los planes se desbarataron.

—¿Me ibais a comprometer? —intervine, llevándome una mano al pecho—. Si era solo un bebé.

Susannah me fulminó con la mirada y yo decidí cerrar el pico.

—Eso es algo frecuente, lady Haley. —Lady Shefford se alisó su vestido de seda color crema y sonrió—. ¿Y por qué ha decidido volver? ¿Ha cambiado de opinión y desea un marido inglés?

—No, querida. —Susannah volvió a contestar por mí—. Solo viene de visita para ver a la familia. Regresará a Francia.

—Vaya, es una pena… —Lady Shefford miró a la muchacha que estaba a su lado con el vestido blanco de plumas. Me sonaba que se llamaba Alice—. Lady Haley, no conoce a mi hija. Permítame que las presente.

—Es un placer, lady Haley —dijo lady Alice con una voz melodiosa y aterciopelada digna de una princesa.

Era una muchacha de cabello castaño y ojos marrones muy grandes. Era más bajita que yo y un poco rolliza.

—El placer es todo mío, lady Alice.

—Jovencitas, deberían dar una vuelta por la casa. Es la primera temporada de mi hija y necesita encontrar a un buen marido. —Susannah sonreía por fuera, pero sé que por dentro estaba gritando: «¡No se te separes de mi lado!»—. Vamos, niñas, id.

Lady Alice no tardó en agarrarme del brazo y tirar de mí. Nos alejamos de lady Shefford y Susannah antes de poder decir: «necesito una copa». La gente nos observaba con descaro, sobre todo las mujeres. Movían sus abanicos con una desenvoltura despampanante y todos sus vestidos eran coloridos y brillantes. Lady Alice se detuvo en una de las estancias más amplias de toda la casa (y también la más concurrida), la que estaba entre la sala de baile y el saloncito.

—Cuénteme, ¿por qué no quiere un marido inglés? —Lady Alice me sonrió mostrando todos sus dientes.

—Porque quiero volver a Francia, para empezar. —Ella batió sus pestañas y fijó sus ojos marrones sobre los míos—. Y usted, ¿tiene ya algún pretendiente?

Ella asintió con la cabeza. No era algo que me sorprendiese. Era una chica muy guapa de cara y parecía muy simpática.

—Pero ninguno de ellos me gusta lo suficiente —suspiró—. Es muy difícil encontrar un marido. Dudo que lo consiga en mi primera temporada.

—Creo que quería decir que «es difícil encontrar a un marido que esté a su altura» —comenté, y Alice se sonrojó—. Parece una joven avispada y viene de buena familia, cualquiera querría estar con usted.

—Me halaga demasiado. Soy una chica sin gracia ni nada destacable… Y encima los hombres más guapos de la temporada están fuera de mi alcance.

Lady Alice giró la cabeza hacia un grupo de personas que había alejado de nosotras. Todos vestían ropas increíblemente elaboradas, sobre todo las mujeres. Era como si el foco de luz alumbrara expresamente a ese grupo tan extraordinario. Y, en el centro del grupo, destacaba un hombre muy guapo. Guapo se quedaba corto: era un dios. El joven era indecorosamente alto y su cuerpo se apreciaba atlético y musculoso aun vestido de traje. Sus ojos eran de un verde intenso, su cabello negro azabache era algo más largo por arriba que por los lados y su prominente mentón hacía juego con sus afilados pómulos. Pero lo que más me gustó de él fueron sus labios, pues eran tan carnosos como apetecibles.

—Por Dios, ¿quién es ese hombre que es tan… apuesto? —quise saber con impaciencia.

—Es uno de los solteros de oro de esta temporada, querida lady Haley. Es una sorpresa que se encuentre entre nosotros, pues él nunca está en Londres. Aunque viene muy de vez en cuando a ver a su madre. Ella reside aquí durante la temporada.

Aparté la vista de él para mirar a la dulce Alice, y empecé a abanicarme con la mano. «Mierda, tenía que haberme traído el abanico. Ahora entiendo que lo lleven a estos bailes; la gente necesita abanicarse cuando le entran estos calores».

—¿Cuántos años tiene? ¿Lo sabes?

—Tiene veintiocho.

—Una edad maravillosa. ¿Es virgen? Por favor, dígame que no.

Volví a mirarlo de refilón, pero giré abruptamente la cabeza hacia Alice cuando la escuché decir:

—¿Cómo dice?

—¿No sabes lo que es eso?

Ella negó con la cabeza y yo le sonreí.

—No importa…

—Lo conozco bien. Es lo que todos definen como un «mujeriego». Mi madre dice que debería intentar acercarme a él, pero además de que me rechazaría nada más intentarlo… Le gustan demasiado las mujeres. Aunque se dice que está encaprichado con una muchacha que vendrá esta temporada para comprometerse con él… Pero nadie se cree nada.

—Oh, pobre y pequeña lady Alice. —Acaricié uno de los rizos que le caía sobre la frente y la miré con ojos sinceros—. Hasta el golfo más golfo deja de ser un golfo cuando se enamora. Y, si no, que me lo digan a mí.

—Disculpe, pero no he logrado entenderla.

—Tranquila, querida. Ya irás aprendiendo. —Me removí—. ¿Y quién más, según usted, está fuera de su amplio alcance?

—El duque.

—¿El duque?

—El mismo.

—¿Dónde está? —Empecé a buscar con la mirada a alguien, como si yo fuera a saber quién era él si llegara a encontrarlo. A no ser que tuviera la palabra «duque» tatuada en la frente, no podría reconocerlo.

—Me temo que aún no ha llegado. Espero poder hablar con él. Una vez me dijo: «Perdone, se le ha caído un pendiente». ¡Y se agachó a recogerlo!

«No te acerques al duque de Norwich. Nuestras familias no se llevan bien», me había advertido tía Susannah. Me giré para mirar a Alice y fruncí ligeramente el ceño.

—Por curiosidad, es el duque de…

—El duque de Norwich —dijo Alice, y yo me quise morir.

—Bueno, lady Alice… Ha sido un placer, pero creo que debería regresar con…

—¡Es el duque! —gritó alguien cerca de mí, y Alice me agarró de un brazo con tal fuerza que temí que me lo partiera en dos.

Los aristócratas y nobles giraron sus cabezas en dirección a la entrada. Yo intenté verlo, pero había demasiadas madres desesperadas llevando a sus hijas a rastras formando un tapón en la puerta que daba a la otra estancia.

—Lady Haley, acompáñeme —me suplicó Alice, y yo vacilé.

—Perdone, señorita. ¿Tiene espacio en su tarjeta de baile? —me preguntó uno de los muchachos que estaba en el grupo extraordinario al que pertenecía el hombre *hot.*

—Lo siento, pero hoy no bailaré con nadie —le respondí. El chico se marchó con la cabeza agachada como un perrito al que acababan de regañar y yo me giré hacia Alice—. No puedo ver al duque de Norwich.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Sinceramente, no lo sé, pero creo que…

Alice me soltó el brazo de repente y se crispó. Sonreía de una manera tan extraña que consiguió preocuparme.

—Duque —dijo Alice mientras intentaba mejorar su sonrisa. Esta vez la que se crispó fui yo. «Mierda, debo de tenerlo detrás». No me giré, seguí dándole la espalda—. Es maravilloso volver a verlo. Hoy llevo los dos pendientes.

—Encantado de verla, lady Alice.

Mi corazón dio un vuelco cuando oí la voz firme y gentil del duque. «Yo conozco esa voz».

—Por favor… Salude al duque… —me dijo Alice, pero yo estaba en *shock*.

—No se preocupe, lady Alice. Estoy convencido de que la señorita tendrá una razón de peso para darme la espalda de esa…

Me giré muy poco a poco y lo miré con el corazón en un puño y una sonrisita nerviosa.

—James… Qué casualidad encontrarnos en un baile…

Él me miraba con sus ojos gentiles, como si acabara de ver a un ángel. «¡No lo tutees, Hal! ¡Habla con propiedad!», me dije.

—No me lo puedo creer —dijo James con una amplia sonrisa—. Recuerde que me prometió un baile.

—¿Conoce a lady Haley, duque? —inquirió Alice en voz baja.

—Nos conocimos hace poco por casualidad. —James me miraba atentamente, y la pobre Alice pasó a un segundo plano—. Y agradecí su compañía el poco tiempo que estuve con ella.

—Gracias a usted sigo con vida, duque.

—De modo que ya habla con formalismos. —James esbozó una sonrisa traviesa—. También supongo que pudo regresar a casa con su familia.

—Sí, así es.

—Lady Haley, ¿está bien? —me preguntó Alice—. Se ha puesto un poco pálida. Igual deberíamos volver con su tía, no me gustaría que le ocurriera algo grave… El marqués se pondría muy furioso con su tía si llegara a pasarle algo bajo su tutela.

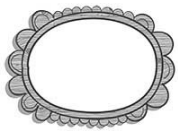
—¿Marqués? —inquirió James aún con su sonrisa perfecta en el rostro.

—Lady Haley es una de las hijas del marqués de Conwy.

Sentí que la tensión podía cortarse con una espada láser.

—De modo que eres una Conwy… —La sonrisa de James se evaporó como un charco de agua en un día soleado de verano—. Lady Alice tiene razón, deberían volver junto a la hermana del marqués. —Su voz sonó fría, glacial—. Disfruten del resto de la noche.

Al final el que se marchó a otra sala fue él y no yo.



El puñetero marqués

HALEY

Lady Alice encontró entretenimiento mucho más rápido de lo que esperaba. Susannah, que estaba preocupada por mí, vino a buscarme junto a lady Shefford, la madre de Alice. Mientras ellas hablaban sobre los solteros de oro y las chicas casaderas con los mejores atributos para cazar pretendientes, yo divisé la ponchera a lo lejos.

El camino hasta la zona del alcohol fue duro; en mi camino me topé con muchos obstáculos: un baronet, un vizconde y un coronel. Todos querían un baile y con todos me negué. Conseguí llegar al tesoro y pude sentir la gloria que emanaba de la ponchera con mis propias papilas gustativas. Pero no solo me conformé con el ponche, sino que también bebí vino blanco.

Regresé junto a mi tía con la sangre agolpada a las orejas cuando me percaté de algo maravilloso: el hombre que estaba buenísimo estaba con ellas. Bueno, no solo estaba el chico guapo, sino también todo el séquito de chicas desesperadas por echarle el lazo. Y no eran pocas.

—Oh, condesa —dijo una chica de aspecto risueño y pelo castaño—. Debe invitarnos a su residencia en Londres esta temporada.

—No lo dude, querida —respondió lady Shefford.

—¿Alexander, la ha escuchado? —quiso saber la joven risueña, y el *playboy* asintió con la cabeza.

«Así que el chico del pelo oscuro se llama Alexander…».

—De hecho, antes nos hemos encontrado a su madre, marqués —añadió lady Shefford—. Están invitados a Abbey House para cenar mañana.

—Alexander, ¿y si bailamos? —le propuso la chica risueña del pelo castaño cogiéndolo de la chaqueta e impidiendo que él pudiera contestar.

—Haley, tenemos que hablar —dijo mi tía Susannah enfadada.

—¿Qué? —pregunté, muy confundida, mientras apartaba la vista del chico guapo hacia la cara ceñuda de mi tía.

Las chicas se rieron y a mí me costó no ponerme a reír también de la vergüenza.

—Haley, deja ya de beber —me susurró mi tía Susannah.

Levanté un poco la cabeza para mirarla cuando mis ojos se cruzaron con los del chico de pelo negro. Me estaba observando.

—No he bebido tanto —le dije justo cuando acababa de echarme otra copa.

—No sé cómo serán las cosas en Francia —dijo mi tía Susannah con un doble sentido; en

realidad lo que quería decir era: «No sé cómo serán las cosas en tu siglo»—, pero aquí no está bien visto que una señorita beba tanto.

—Lady Haley, ¿es usted francesa? —me preguntó la chica risueña de pelo castaño.

—No, pero me he criado allí —respondí con una sonrisa arrolladora.

—Ya sé de qué me sonaba su nombre —dijo Alexander. Era la primera vez que oía su voz y era justo como me la había imaginado: potente y seductora.

—¿Me lo dice a mí? —inquirí, y me señalé con el dedo.

—Eres la niña con la que querían casarme mis padres hace años.

«¿Niña? ¿Se puede saber qué tengo yo de niña?».

—Creo que no estoy al tanto —mentí.

La chica risueña me fulminó con la mirada y habría jurado que otra de ellas estaba a punto de echarse a llorar. Sí que era un Golfo, y con la primera letra en mayúscula.

—Y parece que tampoco está al tanto de cómo tener modales.

—¿Cómo ha dicho? —Fruncí ligeramente el ceño.

—Su tía lleva razón, debería dejar de beber. Es grosero.

Levanté las cejas sorprendida, y el resto de la gente nos observaba en silencio mientras movían sus cabezas, como en un partido de tenis. «Este tío es imbécil», pensé.

—Creo que lleváis las cosas al extremo. No he bebido tanto.

—La he observado durante toda la noche y me atrevería a decir que sí. Sí ha bebido tanto.

Nos fulminamos mutuamente con la mirada.

—Diría que me agrada que haya estado tan pendiente de mí «durante toda la noche», pero he de decir que no es el caso.

—Podrían haberle enseñado algo de modales en Francia. Es un alivio que su madre no esté aquí para verla…

—Marqués, eso ha estado fuera de lugar —replicó mi tía Susannah. Lo cierto es que, aunque no llegué a conocer a mi madre biológica, sus palabras me dolieron hasta a mí.

—Siento la falta de tacto que he tenido con usted, señora Breton. Pero tengo que confesaros que es lo que pienso.

Alexander se merecía una patada en los huevos como mínimo.

Me obligué a tragarme el nudo que se me había formado en la garganta y le dediqué una mirada desafiante.

—Y encima se muestra orgulloso de ser como es —rugí—. A mí me daría asco ser como usted. —Me acerqué a Alexander con seguridad y vertí el contenido de mi copa sobre su maravilloso pelo negro. Las chicas empezaron a gritar y pude ver en la mirada de Alexander cómo se encendían sus instintos asesinos hacia mí—. Ya no me queda más vino, así que dejaré de beber por esta noche. Supongo que ya estará contento.

—Maldita niña malcriada… —dijo Alexander con una rabia desgarradora.

—¡Alexander, te ayudaré a limpiarte! —gritó la muchacha risueña acercándose a él.

Ambos se marcharon de la estancia y yo me giré con una sonrisa triunfal en el rostro. En cambio, mi tía Susannah, lady Shefford, lady Alice y otro par de chicas que no conocía me miraban horrorizadas. Mi tía Susannah, aparte de horrorizada, también parecía enfadada.

—No me miréis así —les dije con una ceja en alto—. Se lo tenía merecido.

—Le has tirado una copa encima —replicó mi tía Susannah con el ceño fruncido y los ojos a punto de salirse de sus órbitas.

—Media copa —la corregí.

—Lady Haley… —susurró Alice—. Se ha pasado.

—¿Yo me he pasado? —Crucé los brazos sobre mi pecho—. Él se ha metido con mi madre muerta.

—Los actos siempre sobrepasan las palabras, querida —dijo lady Shefford.

—Te disculparás ante él —sentenció mi tía.

—No, no lo haré.

—Haley, escúchame bien. —Mi tía se acercó a mí, furiosa—. Tú solo estarás aquí una semana, pero los demás vivimos aquí. Los Bramwell son importantes para nosotros desde hace años y no quiero que tus rabietas acaben con esa relación. —Mi tía frunció el ceño aún más—. Te disculparás ante él.

El puñetero marqués de las narices no aparecía por ningún sitio. Lo había buscado por todas las habitaciones de la casa y ya solo me quedaba mirar en el jardín, donde me extrañaba mucho que estuviera porque no había ni un alma.

—Señorita, tenga cuidado por estos lugares tan oscuros… No está bien que una muchacha vaya sola —me advirtió una mujer que estaba entrando a la casa con un señor.

—Sí, muchas gracias por su advertencia. —Y seguí caminando.

Encima hacía un frío de mil demonios. Era insoportable. Si hubiera bebido tanto como me habían acusado de haberlo hecho, estaría más calentita.

Recorrí los parterres con el ceño fruncido y una mala hostia que llegaba «hasta el infinito y más allá». Despotriqué contra unos pobres rosales que me encontré por el camino y volví hacia la casa. Solo me quedaba revisar el jardín trasero. Rodeé la mansión y cuando estaba llegando a la esquina de la casa oí un grito desgarrador. Como era propio de mí, no pensé y directamente actué. Me quité ambos tacones, que, por cierto, eran nuevos y preciosos, y corrí hacia el lugar de

donde yo pensaba que provenía el grito.

En la oscuridad de la noche aprecié una silueta encorvada mucho más alta y corpulenta que yo, y delante de ella, otra mucho más fina y pequeña. Eran un hombre y una mujer que parecían estar besándose en un rincón. No me lo pensé: arrojé un zapato a la cabeza del hombre con fuerza y oí un gemido ronco. Más que un gemido fue una queja.

—¡Apártate de ella, psicópata! —grité, y cargué el brazo con el otro zapato—. ¡No le toques ni un pelo!

La silueta empezó a cobrar forma. El hombre al que había confundido con un violador se incorporó con una mano en el cuello, justo donde le había dado con el zapato, y se giró. Por desgracia, mi otro zapato llegó a su cara antes de que pudiera reconocerlo.

La muchacha se recompuso la ropa con mucha rapidez y agachó la cabeza. Alexander, con su frente roja por el golpe de mi zapato, se acercó a mí con una rapidez inconcebible.

—¡¿Acaso pretende matarme, mala bestia?! —rugió el marqués, y debo admitir que me estremecí.

—¿Ella no ha gritado? —le pregunté, y la muchacha sacudió la cabeza.

—Yo no he gritado… Por favor, lady Haley, no diga nada. —La muchacha me cogió de las manos y me miró con sus ojos vidriosos—. Estoy comprometida con un coronel y si se enterase de esto rompería el compromiso y…

—Edwina, márchate. Yo me encargo —dijo Alexander, furioso.

La muchacha pasó una mano por sus anchos hombros y se marchó a paso ligero hacia el interior de la casa.

—Creía que la estaba obligando —me justifiqué. Él era más alto y corpulento que yo, y me lo hizo notar acercándose a mí y elevando un poco el mentón. Por si tenía alguna duda—. Yo solo…

Sentí la mano de Alexander sobre mi hombro derecho, y de un momento a otro me tenía acorralada contra la pared. Era un abusón.

—Cállese y abra bien las orejas. —Alexander me inmovilizó pegando mis muñecas a la pared y acercó su cara a la mía—. No le contará a nadie lo de Edwina, ¿es capaz de comprender mis palabras?

—No diré nada —prometí, y Alexander me soltó las muñecas. Aunque seguía temerariamente cerca de mí. Olía al perfume de Edwina—. Pero si ella no es la que ha gritado, ¿entonces quién…? —Aparté a Alexander de un empujón y él se giró más cabreado aún, si es que eso era posible, para mirarme. «Ha sido otra persona», me dije—. He oído a alguien gritando.

Alexander alisó su chaqueta y arqueó una ceja oscura con altanería.

—Ese no es mi problema.

Siseé. Alexander era un capullo.

—Ya podría ser menos guapo y más humilde —solté sin pensar—. Imbécil —añadí entre dientes justo antes de salir corriendo descalza hacia el jardín trasero de la casa.

Cuando llegué, había varios invitados arremolinados alrededor de un cuerpo. Intenté ver qué estaba ocurriendo, pero con tantas personas lo único que alcancé a ver entre tantos pantalones y faldas fue la tela de un vestido sobre el césped y una mano enguantada. La víctima era una mujer. Lady Shefford y Susannah se acercaron a mí en cuanto me vieron para, según ellas, «consolarnos» a Alice y a mí por haber presenciado tal atrocidad. Aunque en realidad yo no había visto nada.

—Seguro que la han violado —supuso Susannah—. Y… después… han puesto fin a su vida.

—Seguro que ha sido algún pobre —soltó lady Shefford mientras nos alejábamos.

—Yo creo que ha sido un rico. Siempre tienen mucho más que perder. —Crucé los brazos sobre mi pecho—. Puede que la hayan asesinado para no dejar cabos sueltos.

Mi tía Susannah se giró para mirarme con una ceja en alto.

—Eso ha sido una suposición muy peligrosa y al mismo tiempo inteligente, lady Haley —dijo lady Shefford, impresionada.

«He visto demasiadas películas y leído demasiados libros, lady Shefford. Y si he sacado algo de todo eso es que la realidad siempre superará a la ficción».

Entonces oí una voz masculina a mis espaldas. La reconocí al instante; era como la calma antes de la tormenta.

—Lady Haley.

Me giré con el corazón en un puño.

—Oh, marqués —dijo mi tía Susannah—, dígame que mi sobrina ya se ha disculpado con usted. Quiero que sepa que la condesa y yo hemos sido muy estrictas con ella, y después de una charla, mi sobrina ha salido de la sala con la intención de disculparse. Estaba tan arrepentida…

Miré a mi tía y después a Alexander. Se me había olvidado completamente que, en realidad, había salido de la casa para buscarlo y pedirle disculpas por haberle tirado el vino blanco por encima; pero entre el grito y confundirlo con un violador… Se me había olvidado pedirle disculpas.

—Sí, he logrado hablar con ella —dijo Alexander con una sonrisa arrogante—. Pero no tanto como me hubiera gustado porque nos hemos alarmado tanto al oír el grito que nos hemos visto en la obligación de salir corriendo para ayudar a la pobre desdichada.

Chasqueé la lengua y lo fulminé con la mirada. ¡Era un embaucador! ¡Un hipócrita! Pero lo que más me sorprendió no fue su mente avispada y veloz para abordar situaciones complejas, sino que había mentido por mí. Yo no le había pedido disculpas en ningún momento; de hecho, en vez de eso, le había tirado mi calzado a la cabeza.

—Sabe que un hombre y una mujer —dijo mi tía Susannah con una sonrisilla desquiciante—

no deberían estar a solas sin testigos, pero lady Shefford, lady Alice y yo caminaremos un poco alejadas de ustedes para que puedan concluir con su conversación.

—Se lo agradezco de corazón, señora Breton. —Alexander volvió a sonreír mostrando su hilera de dientes blancos y perfectos—. Y quiero que sepa de mis labios, que le he pedido disculpas a su sobrina por mi hiriente comentario sobre… la marquesa. Usted llevaba razón, señora Breton; ha estado fuera de lugar. Lo lamento.

Pronunció aquellas palabras con tal sentimiento que casi consiguió que me creyera su disculpa.

—¿No es fantástico, querida? —me preguntó lady Shefford—. Usted sí que es un hombre caballeroso y gentil, marqués.

«Por Dios, menuda jugada maestra se ha marcado». Abrí la boca en cuanto las tres se distanciaron lo suficiente como para no oír lo que tenía que decirle al hipócrita de Alexander. Yo seguía con los brazos cruzados y me las apañé para adoptar un tono de voz indiferente.

—Es impresionante —admití— lo que consigue solo con sonreír y decir cuatro palabras estratégicas. Lástima que yo no sea tan impresionable como ellas. —Nuestros ojos se encontraron y lo enfrenté con la mirada—. ¿Por qué me ha cubierto? Podría haberle dicho a mi tía que no me he disculpado.

—Un favor por otro.

Alexander esbozó una sonrisa ladeada, mucho más cautivadora que las que solía mostrar.

—¿Qué favor querría pedir usted a una «maldita niña malcriada»?

—¿Tanto le han molestado mis palabras?

—Me han dicho cosas peores. —Bufé—. Responda.

—No quiero que se acerque a mi familia ni a mí, lady Haley.

Fruncí ligeramente el ceño. «¿Solo eso? No hacía falta ni que me lo pidieras».

—Creía que el favor sería guardar silencio sobre lo de Edwina —confesé.

—No, ese silencio me lo debe.

Incrédula, alcé una deja en alto.

—¿Se lo debo?

—Por la copa de vino que ha derramado sobre mi cabeza.

—¿Y lo de «es un alivio que su madre no esté aquí para verla»?

—En cuanto a eso, ya le he pedido disculpas delante de su tía.

—Cuestiono sus disculpas —repliqué.

—Pues han sido sinceras —dijo Alexander, y sacó algo que escondía en el interior de los bolsillos de su elegante chaqueta azul: mis tacones—. Son una prueba de la veracidad de mis palabras.

Descrucé los brazos y me acerqué a él para cogerlos; justo en ese momento, cargó el brazo y

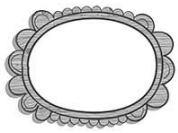
los lanzó lejos de mí. Los zapatos acabaron cerca de lady Shefford y tía Susannah. Ambas se giraron extrañadas al ver los zapatos volando muy cerca de ellas. Di un pisotón al suelo con mi pie descalzo y cerré las manos en puños.

—¡¿Y a ti qué narices te pasa?!

A la mierda hablar con propiedad.

—En ningún momento le he dicho que se los fuera ofrecer en bandeja. —Alexander me rebasó chocando su hombro con el mío con prepotencia—. Y dé gracias por no habérselos tirado a la cara como usted ha hecho conmigo.

—¡Imbécil!



Flores y cuchillos

HALEY

Había pasado la peor noche de mi vida con diferencia. El dolor de la garganta era intenso, de esos que, aunque estés profundamente dormido, interrumpe tu placentero sueño para joderte la mañana incluso antes de que haya podido empezar. No era el mismo dolor que sentía cuando me daban las anginas, sino más bien un picor intenso que me rascaba por dentro. Como si un león se me hubiera colado por la boca y me perforase la garganta desde dentro.

Me levanté de la cama y busqué mi bolso por toda la habitación. Dentro había un par de pastillas por si me bajaba la regla, un condón, el móvil y un pintalabios permanente de color rojo pasión. Lo primero que hice fue tomarme una pastilla y, lo segundo, bajar a por algo de comida. Iba a ser mi tercer día oficial en el siglo XIX, y, aunque la modista no tenía listos todos mis encargos, le había dado tiempo a confeccionar un vestido de día para no tener que ir «desnuda por la casa del marqués de Conwy». El vestido era de color amarillo pastel con pajaritos de hilo bordados en la falda, de manga larga y escote redondo. Gracias a Dios, la modista me había hecho caso: había evitado usar telas demasiado rígidas e hizo el corte del vestido un pelín más abajo del pecho. Pero tampoco muy abajo.

Cuando bajé a la planta inferior, me encontré con Edward en el pasillo principal, el hombre que continuamente me confundía con mi difunta madre Isobel.

—Buenos días, Isobel —me saludó con timidez—. ¿Sigue usted enfadada?

—No, ya no. —Sonreí, y él suspiró de alivio.

—Tenía la intención de ir al mercado esta mañana en el caso de que su rabieta continuase. —El hombre no recordaba que la mañana anterior ya había ido al mercado. Según tía Susannah, eran rachas; de vez en cuando había días de lucidez, pero otros días dejaba que la demencia hablase y actuase por él—. Aunque si lo desea puedo ir igualmente para traerle aceitunas.

—No será necesario, pero muchas gracias.

Tía Susannah me había pedido por favor que no le dijera la verdad porque podría causarle un «episodio de histeria» y con la llegada de su hijo y su nuera, no quería tal cosa. De modo que decidí seguirle la corriente. Era una mentira piadosa.

—La veo de muy buen humor esta mañana.

En realidad, estaba de un humor de perros, pero sabía ocultarlo muy bien. Además, tenía la intención de hacer algo por lo que podrían encerrarme durante toda la semana, por eso necesitaba disimular y hacer como si todo fuera como la seda. Tenía planeado ir a casa del duque para

aclarar las cosas. No quería que me despreciase y necesitaba que supiera que yo no lo despreciaba a él. Después de lo bueno y atento que había sido James conmigo no podía hacer otra cosa.

—Sí, es que me voy a dar una vuelta y después iré al parque. —Otra mentira. Bueno, mentira a medias.

—¿Piensa marcharse y dejar aquí a todos los invitados? —preguntó Edward con la frente arrugada.

Supuse que era una confusión por su parte debido a su demencia y decidí no darle importancia. Pero cuando vi de refilón a un grupo de hombres dos salas más a la derecha, supe que no era ninguna confusión.

—¿Son amigos del marqués de Conwy? —le pregunté.

—No me suena ninguno de ellos, pero mi hijo también ha venido hoy del campo con su esposa para pasar lo que resta de la temporada y la esperan en el salón. —Edward elevó las comisuras de los labios—. Yo he pedido que me excusaran un segundo para poder acudir personalmente a buscarla. Quería saber si estaba de humor, pero por suerte veo que ya se le ha pasado el enfado. Así que vayamos juntos al salón.

Retrocedí unos pasos y sonreí.

—Verá, es que aún no he desayunado. Anoche llegamos muy tarde del baile y me temo que…

—No hay problema, marquesa. —Edward llamó a un sirviente y se acercó a nosotros—. La marquesa desayunará en el salón principal. Por favor, traiga la mermelada y bollería que le gusta.

El sirviente alzó las cejas cuando Edward se refirió a mí como «marquesa»; aun así, por suerte el buen hombre no dijo nada y se marchó en dirección a la cocina.

—No creo que sea de buena educación comer delante de otros invitados —dije con voz trémula.

—Sandeces, usted es la marquesa. Puede hacer lo que se le antoje. —Edward era demasiado insistente. Me agarró el brazo sin mi consentimiento y me llevó hasta el salón—. Santo cielo, cuántas personas.

No sabía si veía doble o triple, pero mi salón —el salón del marqués de Conwy— estaba lleno de caballeros bien vestidos que derrochaban lujo y simpatía. El salón azul estaba lleno de flores. Había cestas de rosas por el suelo, jarrones con amapolas sobre el pianoforte, macetas con margaritas amarillas y hortensias sobre la enorme repisa de la chimenea. Y, sentado en el sillón bajo el gigante cuadro de la marquesa, estaba el marqués, mi padre biológico, manteniendo una conversación enérgica con otros tantos invitados. Se notaba a millas que estaba en su salsa. Le encantaba que todos le lamieran el culo.

—Mi hijo y su esposa están en el sofá —dijo Edward, y tiró de mí para acercarnos—. Será un placer para ellos saludaros.

En cuanto el marqués de Conwy me vio aparecer en la sala, se levantó del sillón con su sonrisa risueña y vino hacia a mí sin quitarle los ojos de encima a Edward.

—Edward —dijo el marqués—. Debería acompañarme al jardín. Hace una mañana maravillosa para admirar el cielo.

Miré por la ventana. Estaba nublado. Iba a diluviar, y cualquiera con un poco de vista podía verlo.

—Pero si fuera va a llover —informó Edward, y el marqués le pasó un brazo sobre los hombros.

—Solo serán unas gotas. Llovizna, Edward.

Ambos se fueron del salón, y cuando estaba a punto de irme yo también a casa de James, los once hombres se acercaron a mí. Todos querían hablar conmigo a excepción de mi primo y su esposa, que estaban sentados en un sofá hablando entre ellos. «Y una mierda llovizna. Esto ha sido una encerrona».

—Lady Haley, ¿cómo está? —me saludó uno de ellos, bajito y regordete, y cogió mi mano—. Soy el vizconde Lucio Smith.

Aparté mi mano y, tratando de ocultar mi incomodidad por encontrarme sola en ese campo de nabos, sonreí con falsedad.

—Lo cierto es que me siento débil esta mañana. —Vi al sirviente de antes con la bandeja plateada del desayuno en la mano y le hice un gesto para que no entrase. Después hice un gesto hacia el techo. Intentaba que llevase el desayuno a mi habitación, y lo conseguí—. ¿Todos están aquí por…?

—Para conocerla, lady Haley —dijo el vizconde. Dios mío, era el mismo que me abordó en el baile mientras iba de camino a la mesa del alcohol.

—Eso deberá esperar, caballeros. —Mi sonrisa y el tono borde con el que había entonado la frase no casaban—. Verán, me he levantado con dolor de garganta esta mañana. El médico —otra mentira— me ha recomendado descanso.

—Eso es terrible… —dijo el vizconde con el ceño fruncido. Yo no podía parar de mirar sus patillas largas y su bigotillo castaño—. Vaya a descansar, nosotros la esperaremos aquí hasta que mejore.

—¿Aquí, dice? —Alcé una ceja en alto—. ¿En mi salón?

—Por supuesto. No me iría tranquilo sabiendo que no se encuentra bien.

—Vizconde…, puede que no salga de la habitación en todo el día...

—Entonces simplemente esperaré aquí lleno de dicha sabiendo que usted se encuentra en la misma casa que yo.

Les sonreí a todos y asentí con la cabeza. Me di la vuelta cagándome en todo mientras dejaba detrás de mí a todos mis pretendientes y subí a mi habitación.

Sobre la cama estaba la bandeja de plata con el pan, la mermelada y un bollo. Me lo comí con esfuerzo porque me costaba mucho tragar y después me relamí los dedos. Estaba más bueno de lo que pensaba.

—Muy bien, Hal —dije en voz alta al aire—. Pensemos. La puerta principal está al lado del salón donde se encuentran los pretendientes, así que por ahí no podemos pasar. Y en la puerta de atrás están Edward y el marqués admirando la mierda de día que hace. —Me llevé la mano al mentón y pensé en silencio—. Solo nos queda la ventana.

Examiné la ventana de mi habitación. Era amplia y no parecía estar a demasiada altura (al menos no la suficiente como para morir escalabrada) del césped. Además, la hierba amortiguaría la caída. Me miré al espejo y aseguré el lazo azul que llevaba en el pelo como complemento con más fuerza. Me asentí a mí misma mirándome al espejo y me dirigí a la ventana. La abrí de par en par y miré hacia abajo. «Si me tiro por aquí, me mato». Era una mala idea. Volví sobre mis pasos y regresé a la cama. Cuando vi las mantas y las sábanas no se me ocurrió otra cosa más que probar a hacer lo que siempre hacían en las películas: anudar las sábanas, atarlas a la pata de una silla y usarla para descolgarme por la ventana como si fuese una cuerda.

—Vale, manos a la obra. —Aparté de un manotazo el pelo suelto que caía por mi hombro y empecé a quitarle las sábanas a la cama. En total fueron tres, y con eso tenía que bastar.

Até con un nudo el extremo de una sábana blanca a la pata del sillón de mi tocador y lancé el otro extremo por la ventana. Tiré mis tacones por la ventana para que me resultase más fácil agarrarme a la cuerda y me senté sobre el alféizar de la ventana. Olía a tierra mojada. Las nubes grises cubrían todo el cielo y casi podía oírlas decir con cada trueno: «Es una mala idea». Pero, ea, yo no hacía caso. Me agarré a la sábana y dejé caer el cuerpo con cuidado.

En mi cabeza el plan era perfecto: la silla cedería a mi peso y chocaría con la pared para detenerme justo antes de tocar el suelo. Así ni siquiera tenía que descolgarme por la cuerda, simplemente tenía que esperar a que mi peso hiciera todo el trabajo sucio. Lo que no esperaba era que la sacudida que provocaría la silla al chocar con la pared fuera a ser tan intensa. Lo suficiente como para que mis manos soltasen la cuerda y caer. No pude sofocar el grito que emitió mi garganta al precipitarme por la ventana. La hostia fue colosal. Caí de culo y fue un milagro que no me lo partiera en dos. Puede que porque ya estaba muy cerca del suelo cuando solté la cuerda, pero aun así se me saltaron las lágrimas.

—Un desenlace previsible —dijo una voz a mis espaldas. Una voz que conocía muy bien—. ¿Está bien?

—¿Cuánto tiempo lleva ahí? —Me sequé las lagrimas y volteé la cabeza para mirarlo. No veía el momento de levantarme del suelo. Me dolía demasiado el culo.

—Desde que ha tirado el «intento» de cuerda por la ventana. —Alexander levantó la cabeza y miró las sábanas anudadas.

—¿Lleva ahí desde el principio y no me ha ayudado?

—Sinceramente, quería ver si lo conseguía. —Alexander volvió a mirarme a los ojos—. Y si hubiera visto que necesitaba ayuda, se la hubiera brindado. Pero estaba muy cerca del suelo y no lo he visto necesario.

—¿Lo de salvar a muchachas hermosas en apuros no lo comparte?

—Es que no veo a ninguna muchacha hermosa por aquí —dijo con sequedad, y yo fruncí el ceño. Él no pudo evitar soltar una carcajada que me dejó bastante sorprendida. No sabía que Alexander, el marqués de Walton, fuera capaz de reír—. No he visto a ninguna muchacha hermosa que necesitara mi ayuda, quiero decir. Sabe apañarse muy bien sola.

«No sé si lo ha hecho adrede o no es consciente de ello, pero eso ha sido un cumplido… No, claro que lo sabe. Es demasiado calculador como para decir algo sin pensar».

—¿Qué hace aquí? —atiné a preguntar—. No creo que haya venido junto al resto de los pretendientes.

—Oh, no. Claro que no, querida. —Alexander alzó las comisuras de sus labios—. Su primo es muy buen amigo mío y llegaba hoy; simplemente he venido para saludarlo. Y en cuanto a usted… ¿No sabe que existen las puertas?

Alexander me ofreció la mano para ayudarme a levantarme, pero le di un manotazo y me puse de pie sola. Sentía que me había fracturado el coxis. Oculté mi dolor lo mejor que pude y le sonreí con sorna.

—Ha sido un placer. —Me agaché y cogí los tacones—. Adiós.

—¿Huye?

—Al contrario, voy directa al peligro. Yo no huyo —respondí. Alexander ensanchó su sonrisa, y malditas fueran las nubes por no permitirle al sol salir para verla. Le di la espalda a esa radiante sonrisa y me puse los tacones para irme de una vez.

—Pues en ese caso, haga el favor de no acabar descuartizada o algo similar en su enfrentamiento.

Me giré un poco y lo miré por encima del hombro.

—No me diga que se está preocupando por mi vida, marqués. Eso es no es propio de usted.

—No sea estúpida, querida —respondió. No pude evitar arquear una ceja—. Me preocupa que el marqués de Conwy o su tía tengan que pagar el sufrimiento que supondría si llegase a pasarle algo.

—Estaré bien. —Oí sus pasos alejándose—. Y marqués… ¿Puedo contar con que…?

—Aunque usted no lo crea, me considero un caballero. Y le doy mi palabra de caballero de que no diré una palabra de lo que ha ocurrido aquí esta mañana —me aseguró. Relajé los músculos de mi cuerpo, miré al frente, hacia la verja de la casa, y empecé a caminar. Ambos nos alejábamos del otro caminando en direcciones opuestas, pero tuve que volver a detenerme

abruptamente cuando oí a Alexander decir—: Y no olvide que es un favor.

—¿Nunca da nada a cambio de nada o qué?

Me giré para mirarlo, y él hizo lo mismo conmigo. Nuestros ojos ardían en cólera; no sabría decir quién de los dos fulminaría antes al otro.

—Me temo que no.

Asentí con resignación y me marché. Ya había perdido demasiado tiempo y la lluvia estaba empezando a apretar.

Sarah me abrió la puerta con una amplia sonrisa en el rostro. Sus ojos marrones se fijaron en mi ropa y después en mi cara. Su rostro se iluminó cuando logró reconocerme. Cosa que no sé cómo consiguió porque llevaba el vestido empapado, el pelo revuelto y mojado y la nariz roja del frío. Había empezado a llover y como no me fiaba de pedir un carruaje por si mi padre se enteraba de mi escapada ilícita, decidí ir caminando. A todo el mundo que me encontraba por la calle le preguntaba: «¿Sabe cómo ir a la casa del duque?». Muchas mujeres me ayudaron porque conocían el camino mejor que un GPS. La lluvia me sorprendió cuando estaba a diez minutos de distancia y tuve que correr para no calarme hasta los huesos, pero me mojé igual.

—¡Señorita! —Sarah se apartó para dejarme pasar y cerró la puerta una vez estuve dentro de la mansión—. ¡Se pondrá muy enferma!

«Ya he pillado un catarro, no puedo pillar otro».

—No se preocupe, será poco tiempo. ¿Está el duque?

—Claro, iré a avisarlo de que está aquí.

No hizo falta que Sarah se moviera del sitio, porque James apareció por la puerta de la biblioteca.

—Diríjase hacia ella como lady Haley, Sarah —le dijo James mientras se dirigía hacia nosotras. Su cabello rubio brillaba bajo la luz de las lámparas del pasillo y caminaba con firmeza y seguridad. Sus pisadas eran pesadas y resonantes, muy distintas a las mías, ligeras y silenciosas.

—Vengo en son de paz.

—Y con la ropa empapada. No puedo dejar que pase o me mojará el salón. —James cruzó los brazos sobre su pecho. Yo fruncí el ceño y tensé la mandíbula.

—He venido hasta aquí andando y bajo la lluvia, pero tranquilo, ya me voy; no vaya a ser que moje su preciado salón. —Abrí la puerta de mala manera y me envalentoné para salir.

—Espere —dijo James con un tono de voz menos amenazador—. Sarah, haga el favor de traerle una toalla a lady Haley para que se seque. —Me quedé en la puerta con las manos cerradas en puños—. Vamos, pase.

Volví a entrar en la casa del duque y esperé a Sarah pacientemente en el recibidor. Cuando llegó me puse la toalla por encima y me sequé un poco el pelo.

—Lady Haley, ¿desea comer algo? —me preguntó Sarah con voz serena.

—No, gracias. —Sacudí la cabeza—. Ya comeré algo en casa. He venido para decir algo e irme.

—Tengo trabajo. —James exhaló un suspiro pesaroso y se apoyó en la pared de color marfil. Ni siquiera me invitó a pasar al salón—. ¿Qué podría querer de mí la hija del marqués de Conwy? —preguntó con indiferencia.

Me aclaré un poco la garganta ignorando el dolor que me producía emitir cualquier sonido y le dije:

—Sigo pensando que estoy en deuda con usted, duque. Como ya sabrá por los rumores, me he criado en Francia y no estoy al tanto de los problemas que incumben a nuestras familias. —Lo miré fijamente a sus ojos marrones como el café—. Así que me gustaría que supiera que yo estoy al margen de todo eso. No tengo nada que ver con mi familia y no pienso nada malo de usted.

—Veo que sigue hablando con formalismos, ¿su familia ya la ha regañado? —inquirió James.

—Eso no viene al caso…

—Sí viene al caso. Demuestra que, aunque usted tenga un pensamiento distinto al de su familia, al final actuará en su favor. —James frunció el ceño—. Y en el remoto e hipotético caso de que me estuviera diciendo la verdad y su personalidad fuera más fuerte que los deseos de su familia, debo decir que yo no soy como usted. Los Conwy son una familia venenosa de la que es mejor estar alejado. A mayor distancia, más tranquilidad.

—¿Es más fuerte el odio que siente por mi familia que cualquier vestigio de aprecio que pueda llegar a sentir por mí? Me cae bien, soy una persona muy extrovertida e instintiva y me gustaría que algún día llegásemos a ser amigos. Me quedaré poco tiempo en Londres, pero el tiempo que pase aquí quiero que sea de calidad.

—No puedo ser amigo de una Conwy.

—No quiero enemistarme con un duque… y mucho menos si usted es el duque.

—¿Es mero interés entonces? —preguntó él, y yo entrecerré los ojos.

—¿Tú me escuchas cuando hablo?

Pude ver que las comisuras de los labios de James se levantaban un poco. Pero cuando él se dio cuenta de su propia falta se obligó a fruncir los labios y a mostrarse más adusto aún. Entonces comprendí que le gustaba que le hablara sin formalismos, que me tomase confianzas con él.

—La escucho alto y claro, lady Haley.

—¿Entonces no cogerás la mano que te estoy ofreciendo?

—No.

—Muy bien, ha sido un placer no hacer negocios con usted. —Y volví a los formalismos.

Me fui de la casa dando un portazo. Odiaba que me rechazaran en cualquier ámbito, y el

duque lo había hecho. Igual si le hubiera ofrecido un polvo hubiera aceptado la idea de no ser mi enemigo. Podría haberle propuesto ser una buena amiga con derechos; así mi semana infernal se hubiera pasado muy rápida. Aunque James no parecía ese tipo de hombre al que se puede dominar solo con llevarlo a la cama. Y tampoco esperaba que fuera bueno en lo referente a follar. Era tan correcto e inexpresivo que tenía pinta de ser lo contrario a un experto del sexo. Seguro que me hubiera tocado enseñarle y eso era un rollo. Como a mi exnovio. Tantos meses explicándole dónde tenía que tocar y el movimiento que tenía que hacer para que luego me dejase. Menudo grado de incompetencia. El egoísta de mierda (y dos terceras partes de la población masculina) debería matricularse al máster de «Aprender a cómo complacer a una mujer». Lo que yo necesitaba era un hombre, no un niño. Lo malo era que eso era tarea difícil porque los hombres escaseaban.

Cuando quedaba poco para salir de las calles de la ciudad empezó a diluviar con mucha más intensidad. Acabé refunfuñando bajo la lluvia de regreso a casa. Mi vestido se me pegaba al cuerpo y era incomodísimo, y en lo que aún no había pensado era en cómo entrar a casa sin que todos mis indeseados pretendientes, y Alexander, me vieran. Menuda mierda de día. Y encima me encontraba como una patada en el culo.

—Señorita —dijo alguien a mi derecha. Me giré un poco y vi a una mujer hermosa de cabello negro observándome desde el interior de un coche. Se detuvo en el camino que había a las afueras de la ciudad, a mi lado—. ¿Desea que la lleve a algún sitio? Con esta lluvia pescará un resfriado —se ofreció. Alcé las cejas y sacudí la cabeza. Los labios rojos pasión de la mujer se curvaron—. Insisto.

—¿No le importa? Empaparé sus asientos.

La extraña sacudió la cabeza y abrió la portezuela del coche.

Terminé subiendo al coche de la desconocida y me senté en el asiento que había frente a ella. La extraña me miró con sus ojos ambarinos y me dijo:

—Dígame dónde vive y se lo haré saber al cochero. —La mujer se inclinó un poco hacia mí.

—En la casa del marqués de Conwy, señora.

Ella levantó las cejas sorprendida.

—¿En la casa del marqués? ¿Es usted pariente?

—Sí, soy su hija. Me llamo Haley, es un placer conocerla, señora…

—Llámeme Mary. —La señora se acomodó en el asiento después de dar dos golpes secos al techo del coche. No le dio ninguna indicación al cochero—. Por lo que comentó Max, creía que estaba usted en Francia.

—¿Conoce a mi padre?

—Desde hace muchos años.

—Eso sí que no me lo esperaba. —Me quité la toalla que me había dado James porque estaba

más empapada que yo—. Pues verá, sí que estaba en Francia, pero llegué aquí hace unos tres días.

—No me diga… ¿Viene por la temporada?

Sofoqué una risa y sacudí la cabeza.

—No, he venido para ver a mi familia y volveré a Francia en unos días. Por cierto, ¿el cochero sabe adónde nos dirigimos?

—Nos dirigimos a Crystal Hall, querida. Mi casa está mucho más cerca y no pienso dejar que el marqués la vea de tal modo mientras está conmigo. ¿Qué pensaría él si la llevo en tan nefastas condiciones?

La señora me sonrió como si me quisiera comer viva. Vestía de manera distinguida y su pelo estaba recogido en un moño con perlas. «Seguro que esta mujer es una de sus amantes. Tiene toda la pinta», pensé.

La casa de Mary era de piedra blanca. Había un gran invernadero de cristal que se comunicaba con la casa y que se podía apreciar nada más entrar a la propiedad. Más que el jardín, lo imponente era la gran superficie de cristal que cubría limoneros, manzanos, rosales, arbustos de hortensias de todos los colores… Y en el centro del invernadero había una fuente con nenúfares. Según Mary, aquel era su rincón favorito de la casa, algo más que comprensible, porque si por mí fuera hubiera cogido mi cama y me la hubiera llevado allí para transformar ese espacio en mi habitación. Después de ver su invernadero, me hizo un *tour* por la casa. Al ser una casa alejada del centro como la mía, era mucho más grande que el resto de las que se veían por Chelsea, Hyde Park o los alrededores.

Mary, preocupada porque pudiera enfermar, me dejó un vestido de color rojo con estampado floral en hilo dorado. Según ella, era uno de los vestidos que más se ponía cuando era mucho más joven. Aunque no aparentaba tener más de treinta y tantos, su comentario me hizo pensar que tenía más de cuarenta.

—¿Tiene hambre? —preguntó ella mientras hacía un ademán con la mano hacia uno de los sillones del salón—. Espero que no sea molestia, pero creo que debería permanecer aquí hasta que amaine. Después pediré que la lleven en un carruaje.

—Lo cierto es que no me apetece comer nada, pero muchas gracias. —Me senté en el sillón que Mary me había indicado.

—Con el pelo revuelto y el vestido empapado debo admitir que me ha recordado mucho a alguien. —Mary se sentó en el sillón rojo que había frente al mío y me miró fijamente con sus

ojos ambarinos—. Pero ahora, con el pelo seco y esa ropa, debo admitir que me recuerda mucho más a ella. Es evidente que hablo de su madre Isobel. El parecido es fascinante.

—¿También la conoció? —inquirí, desconcertada—. Entonces… ¿No es una amante de mi padre…?

Mary soltó una sonora carcajada y sacudió la cabeza.

—Cielos, no —exclamó ella, espantada—. Ni se me habría ocurrido. ¿Usted creía que sí? —inquirió. Asentí con la cabeza lentamente y ella volvió a reír—. Pues está usted equivocada, lady Haley. A decir verdad, conocí a los marqueses hace ya muchos años, cuando me mudé aquí desde España para casarme con el que iba a ser mi esposo. Dios lo tenga en su gloria.

—Vaya, lo siento mucho…

—No debe disculparse, querida. Supongo que son cosas que ocurren. —Mary se acomodó en su sillón—. ¿Usted está ya casada o comprometida? No veo una alianza en su dedo…

—No. La verdad es que no tengo pensado casarme. Puede que algún día, pero no es algo que tenga pensado para hacer a corto plazo. —Mary volvió a reír escandalosamente. No entendía qué le hacía tanta gracia.

—Santo cielo, habla como Isobel.

—¿Por el tono de voz?

—No, por sus ideas. —Mary le indicó a un sirviente que encendiera la chimenea—. Ella vino aquí hace ya veinticinco años con la idea de no casarse nunca y marcharse a China a hacer una expedición.

Me incliné un poco hacia delante y mostré interés. «Supongo que lo de marcharse a China sería una excusa como lo mío con Francia».

—No se fue a China, ¿no?

—Cielos, no. —Mary sacudió la cabeza—. Se quedó en Londres. Yo fui la primera amiga que tuvo aquí y, según ella, su favorita; por eso me atrevo a decir que sus ideas eran descabelladas.

—¿Y por qué no se fue a China al final?

—Se enamoró.

—¿Se enamoró? —repetí, de forma automática. La marquesa elevó las comisuras de los labios, y yo hice una mueca para expresar mi desagrado ante la idea—. De mi padre, supongo.

—No, de otra persona. Pero eso quedó en el pasado. Y seguro que a usted le ocurrirá lo mismo.

—Que me enamore puede ser, pero aquí no.

—¿En Londres, dice?

«En este siglo».

—Sí, en Londres. —Puse los ojos en blanco—. Verá, es que llegué hace solo tres días y ya me ha pasado de todo. Anoche fui a un baile, al baile de los Anderson, y una nueva amiga mía que

se llama Alice me fue indicando a «los solteros de oro de la temporada».

—Casualidades por doquier, querida, yo también asistí anoche a ese baile. Y por si no fuera suficiente, estuve hablando un buen rato con lady Shefford y su tía, la señora Breton. Comentaron que la hija de Max había vuelto, pero no sabía que se referían a usted. —Mary frunció ligeramente el ceño—. Desgraciadamente, tuve que irme cuando encontraron el cuerpo de esa pobre muchacha…

«¿Pues a qué otra hija se iban a referir?».

—La verdad es que fue horrible. Yo oí el grito y estaba dispuesta a ir en su ayuda, pero tuve la mala suerte de encontrarme con alguien indeseable…

—No me diga que solo lleva aquí tres días y ya tiene a un «indeseable». ¿De quién se trata?

—A decir verdad, tengo dos indeseables. Pero a uno lo detesto más que al otro. —El simple hecho de pensar en Alexander y James hacía que la sangre de las venas me bullese de la rabia—. Aunque Alexander es el que se lleva la palma. —Me tapé la boca con las manos—. Lo siento, no está bien que diga su nombre.

La marquesa hizo una expresión que me confundió. Al principio levantó las cejas y después sonrió.

—¿Os referís al marqués de Walton? —preguntó. Asentí lentamente con la cabeza y alejé las manos de mi boca—. He oído los rumores de su mala fama. Y dígame… ¿Qué os hizo para despreciarlo tanto?

—No quiero hablar de ello…

—Cielo santo, no me diga que…

No sé qué se le pasaría por la cabeza a Mary, pero seguro que algún disparate.

—No, no. Simplemente nos peleamos.

—Tengo entendido que él a veces es un poco…

—¿Grosero, sádico y calculador?

—Frío. —Mary sofocó una risita—. ¿Qué fue lo que ocurrió para que piense de esa manera?

—Me humilló —respondí, con sequedad. Mary abrió mucho los ojos—. Y luego lo humillé yo a él. Intenté pedirle perdón, pero acabé tirándole mis tacones. Eso lo enfureció más y acabó tirando mis tacones muy lejos, y yo tuve que ir a buscarlos.

—Cielos, sí que se llevan mal… —Mary alzó una ceja en alto—. ¿Y cuándo lo conoció?

—Anoche. Todo fue anoche. —Entonces recordé mi altercado con él esa misma mañana y sentí que salía vapor a presión por mis orejas. Imaginé su sonrisa burlona y sus comentarios de sobrado—. Ah, no. Pero es que esta mañana también me lo he encontrado. —La rabia hizo que empezara a gesticular con las manos, y Mary no podía parar de mirarme y sonreír, como si le estuviera contando algún chiste—. ¿Y sabe lo que ha pasado?

—No, dígame, ¿qué ha ocurrido?

—El idiota me ha visto cayéndome por una ventana y ni se ha molestado en venir a ayudarme.

Mary cruzó las piernas, con toda su atención puesta en mí.

—No me lo puedo creer… ¿Qué pasó entonces?

Me levanté del sillón y me senté en el suelo para hacer una pequeña representación de lo que había ocurrido por la mañana.

—Yo estaba así sentada en el suelo. Y él, en vez de venir corriendo como cualquier persona normal hubiera hecho, ha venido hasta mí caminando con toda la parsimonia del mundo y me ha dicho: «Un desenlace previsible». —Fruncí el ceño y Mary volvió a reír—. ¡¿Cómo que un desenlace previsible?! ¡Lo odio! Alexander se cree que por ser guapo y estar bueno las tiene a todas comiendo de su mano. Aunque, pensándolo bien…, sí que las tiene a todas comiendo de su mano… Bueno, el caso es que precisamente por eso me trata con esa arrogancia. De verdad que me deja muerta.

—De modo que cree que es «guapo» y «está bueno».

—A ver, Mary, tengo ojos. —La miré desde el suelo y señalé mis ojos azules. Ella no pudo evitar reír mientras daba palmadas—. El caso es que nunca en mi vida me había topado con una persona que me llevara tan bien la contraria. Es frustrante. Siempre tiene algo que decir para irritarme. —Cerré las manos en puños. Sentía el calor de la chimenea en mis pómulos—. Ninguno de los dos nos soportamos y, sinceramente, espero no encontrármelo… Cosa que no veo complicada, porque me marcharé dentro de nada.

—Es una pena que no quiera encontrárselo, lady Haley. Según lo que me cuenta creo que son muy parecidos.

—¿Nosotros? ¿Parecidos? —Solté una sonora carcajada—. Ya le gustaría parecerse a mí, aunque solo fuera un atisbo, Mary. Por lo menos que se le pegase algo de…

Entonces, una voz masculina me interrumpió:

—Madre, ya estoy en casa.

La reconocí al instante y sentí que me quería morir. Era uno de esos momentos de «tierra trágame».

Miré a Mary con la boca abierta. No podía parar de reírse descaradamente. Oí los pasos del individuo aproximándose al salón y me replanteé esconderme debajo de una mesa. Pero no lo hice, y no porque no quisiera esconderme, sino porque no me dio tiempo. Alexander apareció por la puerta del salón con su cabello negro húmedo y su abrigo empapado por la lluvia. En cuanto atravesó el umbral, miró hacia la alfombra y después hacia la cosa pequeña y encorvada que había al lado de la chimenea. Clavó sus ojos verdes sobre mí y juraría que desprendían más calor sus pupilas que la llameante chimenea que tenía al lado.

—Querido, tenemos una invitada. —Mary se levantó y yo me quedé ahí, petrificada—. He encontrado a la hija del marqués vagando bajo la lluvia. ¿No es una grata casualidad? Es tan

bella y divertida… ¿La conocías ya?

A Alexander solo le bastó una mirada encantadora de su madre para saber qué es lo que sabía y qué no. Era como si le estuviera leyendo los pensamientos. Y en cuanto terminó de hacer su análisis de cálculo, posó sus ojos verdes sobre mí otra vez. «No quiero que se acerque a mi familia ni a mí, lady Haley», me había advertido la noche anterior.

—Te juro que no sabía que era tu madre —dije antes de que sus instintos asesinos crecieran considerablemente. Me levanté y me dirigí hacia él. Pude apreciar cómo se movía un músculo de su mandíbula—. Yo mejor me voy ya… Iré caminando, Mary… O sea…, lady Bramwell.

—De ninguna manera, querida. No dejaré que se vaya bajo la lluvia y con el frío que hace. Se quedará con nosotros.

El silencio de Alexander me daba miedo. Prefería verlo escupiendo fuego por la boca antes que escucharlo decir ni media palabra. ¿En qué narices estaría pensando?



Lady Haley Conwy

ALEXANDER

Las vistas eran increíbles: Haley, la hija del marqués, agarrada con uñas y dientes a una especie de cuerda blanca que había dejado caer por la ventana. Cuando me percaté de que la cuerda no daba más de sí y ella la soltó sin querer, intenté llegar a ella antes de que su cuerpo tocase el suelo, pero la gravedad fue más rápida. El golpe resonó en mis huesos. Me planteé darme la vuelta y hacer como si nada hubiera sucedido, pero ya estaba demasiado cerca de ella y supuse que había sentido mi presencia en su nuca.

—Un desenlace previsible —le dije con indiferencia fría y fingida—. ¿Está bien? —añadí. Solo me faltaba, después del desencuentro de la noche anterior, que se hubiera quebrado la espalda y me culpase a mí de su caída.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí? —Ella se giró con el ceño fruncido y sus ojos azules resplandeciendo con fuerza. Me sorprendió que no llorase. Cualquiera en su piel estaría berreando. Aunque era evidente que debía de dolerle el trasero, por muy decidida que estuviera a ocultármelo.

—Desde que ha tirado el «intento» de cuerda por la ventana.

—¿Lleva ahí desde el principio y no me ha ayudado?

Parecía cabreada. Solo le faltaba erizarse como un gato.

—Sinceramente, quería ver si lo conseguía. Y si hubiera visto que necesitaba ayuda, se la hubiera brindado. Pero estaba muy cerca del suelo y no lo he visto necesario. —Era mentira. Yo había intentado ayudarla, pero no había llegado a tiempo.

—¿Lo de salvar a muchachas hermosas en apuros no lo comparte?

—Es que no veo a ninguna muchacha hermosa por aquí. —Puse mis ojos sobre los suyos, y su ceño se volvió a fruncir. No pude evitar reírme al descubrir todo lo que le podían llegar a molestar ciertos comentarios—. No he visto a ninguna muchacha hermosa que necesitara mi ayuda, quiero decir. Sabe apañarse muy bien sola.

«Y sinceramente, me hubiera dado pavor cogerla en brazos por si lo acababa viendo como una ofensa. Seguro que de ser así me hubiera acabado arrancando la cabeza de cuajo con los dientes».

—¿Qué hace aquí? No creo que haya venido con el resto de los pretendientes.

«¿Cómo uno de sus pretendientes? Ya le gustaría a ella».

—Oh, no. Claro que no, querida. —Volví a sonreír—. Su primo es muy buen amigo mío y

llegaba hoy; yo simplemente he venido para saludarlo. Y en cuanto a usted… ¿No sabe que existen las puertas?

Extendí una mano para ayudarla a ponerse en pie y ella me dio un zarpazo. Era una bestia con cuerpo humano, siempre refunfuñando y haciendo de las suyas.

—Ha sido un placer. Adiós.

Haley recogió sus tacones del suelo y empezó a caminar. Me estaba evitando. A mí, al marqués.

—¿Huye?

—Al contrario, voy directa al peligro. Yo no huyo.

—Pues en ese caso, haga el favor de no acabar descuartizada o algo similar en su enfrentamiento. —Se detuvo y me miró por encima del hombro lanzándome una mirada furtiva; también logré ver una sonrisita desquiciante en su precioso rostro.

—No me diga que se está preocupando por mi vida, marqués. Eso no es propio de usted.

—No sea estúpida, querida —dije. Haley arqueó una ceja y lanzó un siseo silencioso—. Me preocupa que el marqués de Conwy o su tía tengan que pagar el sufrimiento que supondría que llegase a pasarle algo.

Le di la espalda y empecé a caminar hacia el interior de la estancia. «Si esa niñata cree que va a irse antes que yo y dándome la espalda, lo lleva claro».

—Estaré bien. Y marqués… ¿Puedo contar con que…?

Me detuve y la miré de reojo.

—Aunque usted no lo crea, me considero un caballero. Y le doy mi palabra de caballero de que no diré una palabra de lo que ha ocurrido aquí esta mañana —le aseguré. Oí sus pasos alejándose—. Y no olvide que es un favor.

—¿Nunca da nada a cambio de nada o qué? —resopló ella. Vi por el rabillo del ojo que Haley se había girado. Tenía un carácter endemoniado. Me giré para enfrentarla y entrecerré los ojos.

—Me temo que no.

Ella asintió con la cabeza y se dio la vuelta refunfuñando. «Qué criatura más endiablada, por Dios».

El sobrino del marqués y su esposa eran un claro ejemplo del «matrimonio perfecto». Nunca discutían y siempre estaban felices. Al menos eso era lo que mostraban. Uno nunca puede fiarse; de puertas hacia dentro todo suele ser muy distinto a lo que podemos ver de puertas hacia fuera. Pero George Breton parecía un hombre simple. Desde que éramos pequeños se había mostrado

dócil e intentaba no ocasionar molestias. Como hijo único de Susannah y Edward Breton, lo tuvo todo durante su niñez, y sus padres buscaron una esposa que estuviera a su altura: de entre ellas, George escogió a Elisabeth. La dulce y perfecta Elisabeth Parker, que pocos meses después del inicio de su cortejo se transformó en Elisabeth Breton. Yo estaba encantado de que mi amigo de la infancia hubiera tenido el privilegio de casarse con una mujer tan buena y cariñosa. ¿Qué más podía pedir?

—Perdona por tener reunirnos con tanta gente extraña deambulando por aquí —se disculpó George.

Había muchísimos hombres dentro de la mansión del marqués. Todos ellos venían de buenas familias o tenían títulos bastante aceptables. Me acomodé en el sofá y le sacudí la cabeza a mi buen amigo George. «Estos deben de ser los pretendientes a los que Haley se refería».

—No es ninguna molestia, George. —Miré a mi alrededor—. ¿Dónde está Anthony?

—Sigue en el campo —respondió mi amigo.

Deslicé la vista por el salón decorado con cientos de flores de distintas formas, tamaños y colores. No entendía qué le veían a esa chiquilla. Todos ellos se habían quedado en su salón para esperar hasta que se dignara a bajar. Lo que ninguno de ellos sabía era que su querido objetivo se había escapado por la ventana como un ladrón.

—¿Cómo te va la temporada? —preguntó Elisabeth con su tono de voz dulzón.

—Es agotador tener que soportar a las madres. Y mucho peor es tener que lidiar con las hijas. —Puse los ojos en blanco—. Todas saben que no estoy interesado en comprometerme porque ya estoy interesado en otra mujer. Aun así, insisten e insisten. Son incansables…

—Tú debes aguantar a las mujeres casaderas y mi prima a su centenar de pretendientes. —George fulminó a los hombres con la mirada—. Unos machitos sin cerebro.

No pude evitar soltar una carcajada y moví la cabeza hacia atrás. Algunos hombres se quedaron mirándome con curiosidad. Cuando fui a volver la cabeza hacia George me fijé en el enorme cuadro que el marqués tenía en su gran salón azul. Era el retrato de la difunta marquesa Isobel.

—Era hermosa, ¿verdad? —inquirió Elisabeth admirando el cuadro—. Ojalá la hubiera conocido. A George se le llena la boca cada vez que habla de ella.

—Y lo que me ha sorprendido mucho ha sido el increíble parecido físico de mi prima. —George se inclinó un poco hacia delante y su camisa violeta se arrugó—. No he podido hablar con ella porque la pobre se encontraba muy mal…, pero debo admitir que ha sido asombroso.

—Yo tampoco he tenido el placer de hablar con ella esta mañana —intervino Elisabeth Breton —, pero si su personalidad iguala a su físico, cualquiera querría casarse con ella.

«Estoy de acuerdo, Elisabeth. La cuestión es que su personalidad ni siquiera se acerca a su físico».

—¿Nunca la habíais visto ninguno? —inquirí.

—No, ha vivido en Francia durante toda su vida —dijo George mientras cruzaba las piernas— y llegó a Londres por primera vez hace tres días. Anoche fue su primer baile de la temporada y mira cuántos pretendientes…

Volví a mirar a los hombres, que seguían esperando. En cierto modo me resultaba cómico ser el único de la casa que sabía la verdad, que sabía que Haley no estaba en su habitación.

Una sonrisilla escapó de mis labios antes de ser consciente de ella.

—Esperamos verla esta noche durante la cena —comentó Elisabeth.

—¿Ellos también van a cenar? —Miré a los depredadores con una mueca divertida y Elisabeth rio.

—Esperemos que se marchen dentro de poco. Llevan aquí horas —dijo George con el ceño fruncido.

—¿De veras están interesados en tu prima? —Me resultaba insólito.

—Todos ellos —respondió George.

—Pobres —dije con sequedad—. El problema es que en el caso de que alguno de ellos pudiera conseguirla, no sabrían ni qué hacer con ella.

—¿Cómo dices? —preguntó la dulce Elisabeth.

Mierda. Me había permitido divagar.

—Confieso que anoche conocí a tu prima —dije, al fin, y ellos alzaron las cejas.

—¿Conociste a Haley? —quiso saber Elisabeth—. ¿Cómo es?

—Es… —No sabía cómo describirla. Intentaba escoger entre difícil, temeraria o desquiciante —. Una muchacha…

—Vamos, Alexander —replicó George—, nunca sueles darles tantas vueltas a las cosas. Si quieres decir que es preciosa no me molestaré. Todos sabemos eso.

—Es difícil, temeraria y desquiciante —respondí. No pude escoger solo una opción.

George soltó una sonora carcajada y sus mofletes enrojecieron. Elisabeth, por el contrario, frunció el ceño y se cruzó de brazos. Luego dijo:

—¿Cómo puedes decir eso de una señorita?

—Es mi opinión. —Tragué saliva—. Nunca he conocido a una persona que me llevase la contraria tan bien como ella. Es frustrante y agotador.

—¿Alexander, frustrado? —preguntó George entre risas—. Eso tengo que verlo.

—Muy gracioso —rechisté.

—No me digas —dijo George con una sonrisa de oreja a oreja— que una joven ha conseguido fastidiarte tanto como para criticarla públicamente delante de sus propios familiares…

—Tú solo espera que no vuelva a encontrármela porque una más de sus rabietas y acabo con ella. Es insoportable.

—¡Alexander, abstente de decir esas cosas sobre la prima de George! —exclamó Elisabeth, y un mechón castaño y rizado que rozaba su mejilla se movió un poco.

—Cuando ella se abstenga de atentar contra mi vida. Ya la conoceréis y me daréis la razón…

—¿Haley se parece en algo a su hermana mayor? —preguntó George.

—Son como la noche y el día. —Estiré mi chaqueta de color verde pino—. Una es dulce, amable y buena. Y la otra es impertinente, impulsiva y maleducada. Es increíble que sean hermanas.

—Haley ha sido la que más alejada de la familia se ha mantenido. —George volvió a mirar el cuadro de Isobel.

—Haley solo es una cara bonita que necesita un cerebro a juego.

—¡Alexander! —Elisabeth me miró con ganas de querer matarme y George volvió a reírse.

Quedaban tan solo unos minutos de sol. Ya estaba anocheciendo y tenía que regresar a Crystal Hall pronto. Habíamos quedado en ir a la casa de los condes de Shefford para cenar con ellos. La condesa, lady Shefford, tenía la gran suerte de ser íntima amiga de mi madre y por eso me vi en la obligación de aceptar la invitación. Pero mis ganas de cenar en esa mansión eran nulas. Inexistentes. Entré en casa con el pelo y el abrigo empapados por las cortinas de lluvia que caían y oí voces que provenían del salón principal.

—Madre, ya estoy en casa —anuncié mientras me acercaba a la puerta que daba al salón.

Antes de entrar, me fijé en que había un cuerpo sentado sobre la alfombra cerca de la chimenea.

—Querido, tenemos a una invitada. He encontrado a la hija del marqués divagando bajo la lluvia. ¿No es una grata casualidad? Es tan bella y divertida… ¿La conocías ya?

«No. Puede. Ser».

Me quedé paralizado cuando me encontré con ese cabello largo que llegaba hasta la curva de su trasero y esos ojos azules como el mar mirándome fijamente. Haley llevaba un vestido de mi madre. Un vestido rojo que apretaba su pecho y lo alzaba más de lo que ya lo tenía. Sus pómulos se enrojecieron y entreabrió la boca. Por primera vez se había quedado sin palabras. Posé mis ojos sobre los suyos e intenté calcinarle los huesos con la mirada, pero por desgracia no surtió efecto. «Tú solo espera que no vuelva a encontrármela porque una más de sus rabietas y acabo con ella. Es insoportable», le había dicho a George esa misma tarde. Haley se estaba ganando a pulso que la envenenase. Y estaría siendo benevolente.

—Te juro que no sabía que era tu madre. —La descarada me tuteó; terminó de levantarse y

empezó a caminar hacia mí. Esa mujer no le tendría miedo a la muerte ni aún viéndola venir de frente—. Yo mejor me voy ya… Iré caminando, Mary… O sea…, lady Bramwell.

—De ninguna manera, querida. No dejaré que se vaya bajo la lluvia y con el frío que hace. Se quedará con nosotros.

Haley me seguía mirando desde una distancia prudencial.

—En ese caso, madre, la llevaremos a casa del marqués de Conwy cuando vayamos de camino a Abbey House. —Pude sentir cómo sus músculos se relajaban debajo de ese vestido rojo y su respiración se normalizaba—. ¿Qué opina? —Volví la mirada hacia mi madre.

—Oh, querido, no podemos hacer tal cosa… —suspiró mi madre—. Llegamos tarde a Abbey House y si hacemos lo que propones temo que la condesa se ofenda por la impuntualidad. Las casas están demasiado alejadas la una de la otra. Deberíamos llevarla con nosotros a Abbey House y a la vuelta dejarla en su casa. Creo que será lo más correcto.

—Le pido disculpas, lady Bramwell —dijo Haley mientras se colocaba un largo mechón detrás de la oreja, llena de pendientes pequeños y brillantes que se repartían desde el lóbulo hasta el cartílago. Me resultaron originales—. Pero verá, no me encuentro muy bien hoy y podrían preocuparse en casa.

Claro, los pretendientes seguían esperando en su salón a que la hermosa y deslenguada lady Haley bajase para verlos. Incluso George y Elisabeth se habían creído que estaba indispuesta y la esperaban para cenar. Menudo mal bicho era.

—Oh, en eso lleva razón, querida. —Mi madre caminó hacia la puerta para salir del salón—. Le diré a alguien que avise al marqués de que está aquí.

—No es necesario, madre —dije, atropelladamente. Haley levantó la vista y me miró con desconfianza—. Yo mismo le dejaré mi coche para que la lleven a su casa. Y compartiré el suyo, madre, para ir a Abbey House.

—Alexander, no dejaré que la hija de Isobel se vaya sola en coche hasta su casa con la que está cayendo. Vendrá con nosotros. —Los ojos de mi madre brillaban cada vez que la miraba. Haley la había embrujado.

Giré la cabeza hacia Haley esperando que leyera lo que le decía con la mirada: «¿Qué le has contado a mi madre?». Ella hizo lo propio y empezó a batir sus largas pestañas negras. Solo le faltó ponerse a silbar. Era evidente que su rostro decía: «¿Yo? Si yo no he contado nada». Mentirosa. Eso es lo que era.

Abbey House estaba a una hora en coche de Crystal Hall. Era un caserón de ladrillo rojo

desgastado por la humedad. La condesa esperaba con impaciencia nuestra llegada en la puerta principal, junto a uno de sus hijos, el más pequeño.

Alrededor de Abbey House había varias casas más, igual de grandes y espaciosas, y detrás de ellas había un parque en el que los hijos de lady Shefford solían jugar muy a menudo. En las dos veces contadas que me vi obligado a visitar Abbey House, por petición de mi madre, fui al parque con los más pequeños. Henry era el menor de los cuatro hermanos, tenía cinco años y una mente capaz de imaginar dragones y ejércitos inmensos, y yo jugaba con él a las espadas siempre que podía.

El coche se detuvo frente a lady Shefford y sus labios violetas se curvaron cuando me vio salir del coche.

—Marqués, al final ha decidido venir —dijo lady Shefford mientras hacía un ademán a un sirviente.

—¡Alexander! —gritó Henry en cuanto me vio, y se lanzó a pegarme en el estómago. Tensé los músculos cuando intentó darme un puñetazo en el abdomen—. Está muy duro. —Henry agitó la mano y se sopló sus pequeños dedos.

—Mucho deporte, Henry. Le aconsejo que usted también practique algo.

—Qué alegría verla, lady Bramwell. —Lady Shefford frunció ligeramente el ceño cuando vio a una tercera persona bajar del coche—. ¿Lady Haley?

—Lady Shefford, disculpe por haber traído a la hija del marqués sin previo aviso, pero ha sucedido un infortunio inesperado —dijo mi madre mientras se acercaba a lady Shefford—. Verá, la he encontrado bajo la lluvia esta tarde en una de las calles principales de la ciudad… Ni siquiera sabía que era ella; a mi hijo Alexander se le olvidó comentarme que conocía a la hija menor del marqués.

«No, no se me olvidó. Simplemente preferí ocultártelo».

—Oh, pobre muchacha… Lloviendo y todo… Si su tía, la señora Breton, llegara a enterarse de esa catástrofe… —dijo lady Shefford, afectada—. ¿Por qué no ha cogido un coche?

«Porque ha salido de su casa sin que nadie lo supiera para ir a Dios sabe dónde y ha dejado plantados a casi una docena de pretendientes».

—Verá, me apetecía caminar —mintió Haley, y lady Shefford se acercó a ella.

—Está muy demacrada, querida —se compadeció lady Shefford—. Habrá pasado un día nefasto. Vayamos al comedor.

El comedor de Abbey House era amplio y simple. Sin adornos recargados ni objetos inútiles. Solo había una mesa larga y rectangular en el centro con platos vacíos y un par de candelabros. Lady Alice llevaba su pelo castaño recogido con lazos y un collar tan pesado que temí que se le fuera a doblar el cuello. Sus dos hermanas menores estaban manteniendo una vigorosa conversación con su padre, el conde de Shefford.

—Marqués —dijo el conde a modo de saludo. En sus patillas empezaban a apreciarse algunas canas—. Qué alegría tenerlos aquí.

Las hijas del conde se acercaron a saludarme, todas ellas con timidez, excepto lady Alice, que hizo una reverencia y se quedó cerca de mí sin decir ni una palabra.

—Conde —dijo lady Shefford—, tenemos una invitada más.

El conde se giró con las cejas alzadas hacia la jovencita del vestido rojo. Lady Alice elevó las comisuras de los labios al ver a Haley entrando por la puerta del comedor y después volvió a mirarme a mí con la misma sonrisita. Debía de estar muy sorprendida de vernos llegar juntos teniendo en cuenta que la noche anterior Haley y yo habíamos reñido delante de todos los invitados del baile de los Anderson.

—¿Quién es? —quiso saber el conde.

—Lady Haley, la hija del marqués de Conwy. —Lady Shefford acercó a Haley hacia su marido y él la observó con detenimiento.

—Es un placer conocerla, lady Haley —dijo el conde.

—El gusto es mío, conde —respondió ella, y se separó de él para volver junto a mi madre.

Haley se comportaba de una manera extraña. No decía cosas que estuvieran fuera de lugar y en cuanto la alejaban un poco de mi madre, a los pocos minutos regresaba a su lado para buscar cobijo como un perrito perdido y asustado. No era propio de ella.

—Sentémonos a cenar —dijo lady Shefford, y el conde y sus hijos obedecieron.

El conde y la condesa se sentaron en uno de los extremos, presidiendo la mesa, y los demás nos repartimos por las otras sillas. Yo me senté entre el conde y mi madre. Haley, entre mi madre y una de las hijas del conde. Lady Alice se situó enfrente de mí y, a su lado, Henry y su otra hermana.

—Lady Haley —oí decir a mi madre, y se levantó de la mesa—, hágame el favor de cambiarme el sitio para estar más cerca de la condesa de Shefford. Lady Shefford y yo tenemos que ponernos al día de muchas cosas.

Para mi sorpresa, Haley se levantó sin rechistar y se sentó a mi lado. Posó sus ojos azules sobre la sopa que nos acababan de servir y empezó a comer en silencio.

—Hoy ha hecho muy mal día —dijo el conde con el ceño fruncido—. No he podido ni salir a pasear. ¿Usted piensa ir a algún sitio después, marqués?

—Lo cierto es que tengo planeado ir al White.

—¿Irá al club de caballeros con este tiempo?

—El tiempo no es un impedimento para pasarlo bien, conde.

—¿Cree que habrá muchos caballeros en St James´s Street?

—No me cabe ni la menor duda, conde. —respondí. Lady Alice me miraba de reojo—. Además, últimamente es mucho más divertido. Hay varios hombres que planean en voz alta sus

conquistas de la temporada y escucharlos es demasiado cómico. Otros, en cambio, alardean sobre lo que ya han conquistado.

—Eso es porque serán tan pocas sus conquistas que se ven obligados a alardear para no ir dando pena por las esquinas —dijo Haley mirándome de reojo.

—¿Escuchar las palabras «hombres» y «alardear» en la misma frase hace que se ofenda? —pregunté con tono de voz despectivo.

—No es eso. Es que me extraña que pueda usar las palabras «hombres» y «conquistas» en la misma frase.

—Pues podrían ser sinónimos —le espeté. Ella me miró fijamente y empezó a reír mostrando sus dientes blancos.

—¿No me diga? —me preguntó ella mientras luchaba por sofocar su risa—. Entonces deberíamos cambiar el significado de la palabra «conquistar», marqués —enfatizó esa última palabra.

—Ya me reiré yo cuando a usted la conquiste uno de esos pretendientes que hoy aguardaban su regreso en su salón. —Elevé las comisuras de mis labios y ella arqueó una ceja.

—¿Ha estado con ellos? ¿Es que al final no se han ido de mi casa en todo el día?

—Oh, no. Sobre todo el vizconde —dije conteniendo una risa malvada e imaginando al vizconde con sus mofletes rojos y su cara arrugada. Podría ser su padre—. Al pobre hombre se le veía tan ilusionado… Imagínese casándose con él. Sería usted tan afortunada. Pasarían unas noches de escándalo, ¿no cree? —ironicé.

Haley enrojeció. No supe si fue por el comentario bochornoso, por la rabia o por ambas cosas.

—¿Por qué las noches? —inquirió lady Alice con la mirada confusa, y el conde se giró para mirarla. Yo podía sentir los ojos abrasadores de Haley puestos sobre mi oreja.

—Pues porque las noches son más… —El conde no tenía ni idea sobre qué decir.

—Lady Alice, ¿qué cree que ocurre por las noches en un cuarto en el que hay un hombre y una mujer? —inquirió Haley con una ceja levantada.

—Pues que duermen —dijo lady Alice con inocencia.

—¿Duermen? —repitió Haley con una sonrisa ladeada, y el conde se puso rojo como un tomate. Lo cierto es que resultaba divertido ser un mero espectador y escuchar los comentarios indecentes de Haley—. ¿No oyes ruidos por las noches? Ya sabe…, como gritos…

—¿Eso quiere decir que se pelean por las noches? —inquirió Alice, y Haley soltó una carcajada. Yo también me reí.

—Exacto, por las noches se discute —suspiró el conde, y miró su plato vacío—. ¿Os ha gustado la sopa?

Haley y yo nos miramos de reojo, luchando por contener la risa.

—Estaba exquisita, conde —dije con una sonrisa traviesa.

Trajeron un filete de carne y empezamos a comernos el plato en absoluto silencio. Ninguno de los tres (Haley, el conde y yo) nos atrevíamos a abrir la boca.

—¿Ahora podemos jugar en el parque? —preguntó Henry mirando la ventana.

—¿Con el día que hace? —inquirió el conde.

—Ya ha parado de llover —informó Henry.

—Pero el terreno estará embarrado —dijo el conde—. Y lady Alice iba a tocar el arpa para nosotros esta noche.

—Pero esta tarde me has prometido jugar fuera si me portaba bien. Y tú siempre me dices que un caballero nunca rompe sus promesas —replicó el pequeño Henry.

—Henry —dijo Haley con un tono de voz dulce y calmado que me estremeció hasta los huesos—. Se llama así, ¿no? —El niño asintió con timidez—. Una dama también cumple sus promesas. Si quiere, su padre puede cederme su promesa y yo la cumpliré por él.

Me quedé mirándola como un estúpido.

—Lady Haley, no es necesario… —dijo el conde disminuyendo el sonido de su voz—. Henry debe aprender que algunas promesas también pueden romperse.

—Insisto —dijo Haley con una sonrisa agradable. Muy agradable—. Henry, iremos a jugar fuera después de cenar.

—Muy bien, jugaremos a los exploradores. El parque será El Cairo y el estanque el río Nilo. —Henry levantó un dedo—. Y luego mataremos a la serpiente gigante que se esconde en el río. —Haley soltó una sonora carcajada y asintió con la cabeza—. ¿De qué se ríe?

—Dudo que en el río Nilo haya una serpiente gigante. Igual en otro río más grande…

—¿A cuál se refiere?

—Vamos, Henry, ¿para qué vas a explorar el Nilo cuando puedes explorar el río más grande del mundo? —Haley le sonrió y le guiñó un ojo con coquetería.

—¿Ese era…? —Henry miró a su padre—. Necesito mi atlas.

—El Amazonas —dijimos Haley y yo al unísono. Ella me miró y apartó la vista.

—Pues exploraremos ese si la señorita lo desea. Puede que allí encontremos una serpiente gigante. —Haley asintió con la cabeza y Henry posó sus ojos ambarinos sobre mí—. Alexander vendrá con nosotros.

—Oh, me temo que el marqués preferirá quedarse para escuchar música—le excusó el conde después de tragarse un trozo jugoso de carne—. Y no creo que quiera ensuciarse si después tiene pensado ir al White.

—¿Antes que venir a explorar? —preguntó Henry con el ceño fruncido.

Lo cierto es que antes preferiría que me empalasen los oídos a tener que escuchar a lady Alice cantando y tocando el arpa. Nunca la había escuchado, pero según lo que nos había contado mi madre a Haley y a mí mientras íbamos de camino a Abbey House, resultaba algo «complicado».

—El marqués prefiere escuchar música… No lo atosigue, Henry —dijo Haley con una media sonrisa.

Sabía lo que estaba intentando hacer. ¡Intentaba librarse de mí empujándome hacia la empaladora de oídos! Era despiadada…

—No los dejaré solos en plena noche cerca de un estanque —dije con el ceño fruncido, y Haley me lanzó una mirada furtiva.

—¿Los acompañará? —inquirió el conde.

—Henry es muy pequeño aún y lady Haley no conoce la zona. No me queda más remedio…

—Oh, marqués —dijo lady Alice—. Es usted un ángel.

Haley juntó sus cejas dejando entrever que no estaba de acuerdo con ese cumplido. Nuestra conversación llegó a los oídos de lady Shefford y mi madre.

—¿No escucharéis a Alice tocar el arpa mientras canta? —quiso saber lady Shefford.

—Querida, Henry ha tenido una rabieta y lady Haley ha decidido consentirlo —respondió el conde—. Y el marqués también.

—Bueno, a un heredero siempre hay que consentirlo —dijo mi madre con una sonrisa afilada —. Henry algún día será conde.

—En eso lleva razón, pero no queremos que sea arrogante —dijo lady Shefford—. Lo verdaderamente importante es la educación.

—En eso estoy de acuerdo, lady Shefford. —La voz de mi madre sonó firme y orgullosa—. Alexander ha sido instruido desde muy pequeño y fue a la universidad de Oxford para completar sus estudios.

—Es un hombre inteligente —afirmó lady Shefford—. He oído que le enseñó español.

—Sí. De hecho, su primera palabra fue «*caballo*».

—Es maravilloso. Nosotros quisimos que nuestros hijos aprendieran las lenguas modernas. Sin embargo, el español les costó bastante. —Lady Shefford miró a Alexander por encima de las velas—. ¿Nos deleitaría con unas frases en español?

—No creo que quieran escucharme hablando en otro idioma —dije mirando a la condesa. «Es absurdo hablar en español solo por gusto».

Oí una risita desquiciante. Era Haley. Cómo no. Seguro que pensaba que no era capaz de hablar con desenvoltura un idioma que no fuera el mío de nacimiento y que lo único que hacía era fanfarronear. Lo tenía escrito en la cara. Era una maleducada. Así que le dije en español:

—*Reírse de temas ajenos que desconoce es de mala educación, ¿lo sabía?*

Esperaba que ella se quedara callada y avergonzada, que no entendiera ni una sola palabra de lo que le había dicho, pero en vez de eso me respondió en el mismo idioma:

—*¿Tan interesado está por mí que no puede parar de observarme para ver qué estoy haciendo?*

Me quedé helado. Podría haber dicho alguna palabra suelta, pero lo que mostró fue una desenvoltura que me dejó sin aliento. Tragué saliva. Y a mi pesar también tuve que tragarme mi intento de reírme de ella.

Henry se levantó de la mesa e hizo una reverencia a Haley.

—Henry, lady Haley aún no ha terminado de cenar —dijo el conde.

—No se preocupe, conde… No tengo demasiado apetito. —Haley se levantó de la mesa con torpeza y siguió a Henry al exterior.

—Si me disculpan… —Me levanté con elegancia y los seguí.



La alta sociedad

ALEXANDER

El estanque estaba en la parte trasera de la casa. Las nubes tapaban la luna y de forma pasajera dejaban entrever su brillo blanquecino. Hice una mueca cuando mis botas se hundieron en el barro. Eran nuevas y las había estrenado esa misma mañana. Oí un sonido agonizante que provenía del interior de la casa. Debía ser lady Alice cantando. «Te compadezco, madre».

Henry tiraba de Haley con emoción y ella, como no tenía ni idea de adónde se dirigían, se dejaba llevar por el pequeño. Alejé el pensamiento sobre mis botas embarradas y aceleré el paso. Haley estaba bajo las ramas de un árbol delgado y Henry estaba en el suelo buscando «los restos de la comida de la serpiente» que según él eran «huesos humanos». No sabía si su imaginación me horrorizaba o me encantaba. Haley, por otra parte, parecía ida. No estaba pendiente de Henry y juraría haberla visto tiritar. Pero en cuanto me acerqué a ella se tensó y dejó de moverse a causa del frío. Si por ella fuera hubiera dejado incluso de respirar.

—¿Has tenido suerte con los huesos? —le pregunté a Henry, y él sacudió la cabeza.

—Seguro que la serpiente no ha dejado ni eso —me respondió, y miró el estanque. Era circular y simétrico. Precioso. Pero también muy profundo.

—Si tiene frío debería volver al interior —dije mirando a Haley de reojo.

—He dado mi palabra a Henry —respondió Haley con firmeza. Mostraba una tranquilidad impropia de ella.

—Hoy está muy rara —dije sin pensar, y ella se volteó para mirarme con los brazos cruzados.

—¿Cree que soy rara? —me preguntó con su lengua viperina.

—Sí. —Metí las manos en los bolsillos del pantalón—. Pero desde esta tarde mucho más.

Haley tragó saliva.

—Si lo dice porque no le he tirado el vino por encima o no le he lanzado unos tacones a la cabeza o no me he tirado desde un primer piso, permítame decirle que no son cosas que suela hacer todos los días.

—Sinceramente, me preocuparía mucho si hiciera esas cosas todos los días. —Elevé las comisuras de mis labios y ella entreabrió la boca para rebatir, pero al final no dijo nada.

Puede que no tuviera nada bueno que decirme. Pero alejé esa idea tan pronto como llegó a mi cabeza. Ella se las apañaba para responder con ingenio y rapidez a cualquier cosa que le dijeran. Quizás…, ¿no tenía ganas de discutir? No. Eso a ella también le daba igual. «¿Qué diablos le pasa?».

«Pero verá, no me encuentro muy bien hoy», le había dicho Haley a mi madre antes de venir a Abbey House. En su momento no la había creído, pero ¿y si de verdad estaba enferma? Su primo George también había mencionado algo acerca de su salud. Me costaba creer que alguien con ese temperamento pudiera enfermar, pero era una persona de carne y hueso, al fin y al cabo.

—¿Puedo preguntar si se encuentra bien? —me atreví a preguntar. Ella volvió a mirarme a los ojos. Había dado en el clavo.

—Ya lo ha preguntado. —Ella dejó escapar el aire que había estado conteniendo—. No, no me encuentro bien.

—Vaya, debe de encontrarse realmente mal para sincerarse conmigo sobre su salud. —Me crucé de brazos y ella se me quedó mirando—. Yo me quedaré con Henry, usted vuelva a la casa.

—He sido sincera, pero eso no le da derecho a pensar que lo he dicho para que se compadeciera. No voy a entrar a la casa, he dado mi palabra.

—¿Es imbécil o qué? —Las palabras brotaron de mis labios con una rapidez despiadada. Ella abrió la boca y después me hizo un gesto obsceno con el dedo—. Si se queda aquí empeorará.

—No creo que pueda empeorar mucho más. Cuando llegue a casa descansaré.

—¿No va ni a rebatirme el insulto? —Alcé una ceja en alto y ella sacudió la cabeza—. ¿Por qué?

—No estoy para trotes. Cuando me encuentro mal, me encuentro mal. Así que déjeme en paz.

Sus ojos azules brillaban con fuerza y, aunque el vestido era de manga larga, pude ver la piel de su escote descubierto. Con lo malpensada que era, seguro que creyó que era un pervertido que le estaba mirado las tetas descaradamente, pero lo que intentaba ver era su piel erizada y reluciente por el sudor. Puede que mis ojos también viajaran un poco a su escote. Pero solo un poco.

—Está sudada y con la piel de gallina. Vuelva a la casa —le ordené, pero ella sacudió la cabeza—. ¿Quiere que la lleve a rastras?

—No se atrevería. —Haley me miró y siseó—. Se atrevería —se corrigió.

—No me ponga a prueba, querida. —Ella volvió a bufar como un gato. No le gustaba ni un pelo que me refiriera a ella con palabras afectuosas. Solté una carcajada y moví la cabeza hacia atrás. Cuando volví la vista hacia ella no vi a Henry en mi campo de visión—. ¿Dónde está Henry?

Haley descruzó sus brazos y buscó con la mirada a Henry. Me temí lo peor. Y Haley también. Corrimos al estanque y busqué como un loco cualquier indicio de movimiento.

—¡Henry! —gritó Haley, metiendo los bajos del vestido en el agua. Avisté una sombra en el centro del estanque y mi corazón se encogió. Me quité la chaqueta y las botas con rapidez. Haley me miró aterrorizada y volvió a gritar con una mueca de dolor—: ¡Henry!

Me zambullí en el estanque. El agua estaba helada y la oscuridad de la noche me impedía ver

nada. Nadé hacia la sombra que antes flotaba en el estanque, pero ya no estaba. Me sumergí en el agua y nadé sin saber si estaba yendo hacia arriba o hacia abajo. No se veía nada. Todo estaba oscuro y lo único que podía saber con claridad era que mi corazón seguía golpeando mi pecho con fuerza. Cuando mis pulmones llegaron a su límite nadé en dirección contraria. Emergí a la superficie y oí gritos infantiles. Era Henry. Un alivio me invadió de dentro hacia fuera. Me quedaba poco para llegar hasta Henry a brazadas. Estaba fuera del estanque, y completamente seco. Suspiré y lo miré fijamente. Se me volvió a encoger el pecho cuando me di cuenta de que Haley no estaba a su lado. Mi corazón se paró abruptamente.

—¡Haley está dentro! —Henry señaló la parte derecha del estanque. No veía nada. La superficie del agua estaba lisa, mansa—. ¡Está dentro!

Volví a sumergirme y me dirigí hacia la parte que señalaba Henry. El corazón me iba a mil y sentí pavor. Volví a emerger y busqué cualquier movimiento que me indicara dónde estaba Haley. Escuché un sonido a mis espaldas, como si alguien estuviera golpeando el agua, y volví a emerger. Logré tocar algo rígido y extenso. Era tela. Me aferré al tejido y tiré de él con fuerza. Toqué un brazo (era Haley), lo agarré y la pegué a mi pecho para emerger. Ella seguía dando manotazos. La cogí por el pecho y salimos a la superficie.

Su primera reacción fue toserme en la cara y aferrarse a mi cuello clavándome los dedos. El vestido pensaba demasiado y la hundía. Con mi ayuda logró llegar a tierra firme. Se dejó caer sobre el césped y empezó a maldecir.

A mí aún me faltaba el aire para poder enfrentarme a ella. Estaba exhausto.

—¿Está bien? —le preguntó Henry a Haley, y ella asintió lentamente con la cabeza.

—¡Se puede saber en qué narices estaba pensando para sumergirse en el lago con ese vestido! —rugí, y ella se incorporó para enfrentarme.

—No te enfades con ella. —Henry la protegió—. Estaba en los arbustos y he venido al estanque cuando he oído a lady Haley gritando mi nombre. Estaba tan preocupada porque no salías que ha entrado a buscarte. ¡Se creía que te estabas ahogando!

Me senté sobre la hierba y la miré con una ceja levantada. Sus labios estaban morados y su piel más pálida que antes. Ya ni siquiera ocultaba su temblor a causa del frío. Le castañeteaban tanto los dientes que temí que se fuera a partir la lengua.

—¿Ha arriesgado su vida para intentar salvarme?

—¿De qué se sorprende? —me preguntó ella mientras intentaba controlar el frío que estaba sintiendo.

Me levanté con rapidez y esta vez no le ofrecí mi mano. Sabía que se iba a negar rotundamente a que la ayudase a levantarse, así que me agazapé junto a ella, deslicé mi brazo por debajo de sus piernas y el otro por detrás de su espalda. La levanté sin que le diera tiempo a rechistar. Creí que me obligaría a dejarla en el suelo. Sin embargo, debía de encontrarse muy mal

porque ni siquiera se quejó. Y mucho menos opuso resistencia alguna.

Henry cogió mis botas y mi chaqueta y nos siguió al interior de la casa.

Los gritos y las exclamaciones inundaron el vestíbulo y el salón. Mi madre corrió para ver el rostro de Haley, el cual estaba hundido en mi pecho. A través de la tela de la camisa pude apreciar que irradiaba demasiado calor. Estaba ardiendo.

—¿Qué ha ocurrido? —Lady Shefford se llevó las manos a la cabeza—. ¡Están empapados!

—Haley está ardiendo —les dije sin darme cuenta de que la había llamado por su nombre—. Lleva enferma todo el día y lo ha estado ocultando.

Mi madre se llevó las manos a la cabeza y se giró hacia lady Shefford.

—Le pondremos ropa seca de Alice inmediatamente. El conde le dejará algo a usted, marqués —dijo lady Shefford.

El conde se acercó a mí y me quitó a Haley de entre los brazos para llevarla la habitación de Alice. Yo aproveché para ponerme algo de ropa seca del conde que me prestó lady Shefford. Cuando regresé al salón, mi madre vino hacia mí. Ya estaba lista para salir de Abbey House, solo estaba esperando a que cambiaran a Haley de ropa.

—Llevaremos a lady Haley a su casa e informaremos al marqués de lo que ha ocurrido. —Mi madre se dirigió a la puerta y llamó al cochero—. Solo espero que no sea nada grave.

«Yo también».

Cuando el coche paró frente a la entrada, mi madre subió y yo me quedé en la puerta esperando a Haley. La vi bajando las escaleras con los ojos vidriosos y los labios descoloridos. Lady Shefford la acompañó hasta asegurarse de que llegaba hasta mí. No quiso mi ayuda en ningún momento. No le gustaba parecer débil. Se subió al coche y se quedó en silencio. Yo me senté a su lado y toqué su frente sudorosa. Ella se quedó inmóvil. Era más que evidente que se sentía fatal.

—Envíen una carta en cuanto sepan algo —dijo lady Alice asomándose a la ventana, y mi madre asintió con la cabeza.

El coche se movió y Haley se mantuvo rígida. Su espalda ni siquiera rozaba el respaldo del coche y tenía los ojos clavados al frente.

—¿Le duele el cuerpo? —inquirió mi madre, mirándola. Ella también se había dado cuenta.

—Sí, pero solo es un resfriado. No es nada de lo que debáis preocuparos —dijo Haley.

—¿Quieres dejar de restarle importancia a estas cosas? —le pregunté, furioso, y ella no me respondió.

La casa de Haley estaba a una hora y media en coche. Cuando llegamos, uno de los sirvientes nos recibió. No éramos los únicos invitados. Los pretendientes seguían ahí, hablando y riendo con George y Elisabeth. Estaban reunidos en el salón. Parecía que habían cenado allí. Cuando nos vieron aparecer por el pasillo, todos se levantaron para ver a Haley. Ella volvió a pegarse a mi madre. Era la persona que más cerca estaba de ella. Y entonces lo entendí: era un mecanismo para protegerse cada vez que se encontraba mal. Se acercaba a gente intentando pasar desapercibida.

—Buenas noches, Alexander —dijo George desde la mesa—. Dos veces en un día. ¿Qué haces aquí? —Se inclinó hacia la derecha y vio a Haley y a mi madre—. Vaya, si vienes acompañado. Hola, lady Bramwell… Y hola, querida prima…

—Buenas noches, lady Bramwell —dijo Susannah acercándose por detrás—. Haley, por Dios. ¿Cómo es posible que hayas entrado por la puerta principal si estabas en…? —Susannah se inclinó hacia ella—. ¿Te encuentras bien?

—No, no se encuentra bien —respondí con firmeza.

—Vaya, usted también ha venido, marqués. —Susannah levantó la vista para mirarme—. ¿Qué hace Haley con ustedes?

—Es una larga historia, querida. —Mi madre dejó su chal a un sirviente y volvió la vista a Susannah—. ¿Dónde está el marqués?

—Ha ido al White —dijo Susannah, y yo tensé la mandíbula. Allí era donde debería estar yo. Haley levantó la cabeza y nuestras miradas se cruzaron. Ella también sabía que mi plan era ir al club de caballeros—. ¿Qué ha ocurrido?

—Haley se encuentra muy mal. —Mi madre miró a Haley, y Susannah palideció—. Debería llamar al médico de inmediato.

—Llévenla a su cuarto, yo me encargo de llamar al médico —dijo Susannah, y se fue del pasillo.

—Lady Haley —dijo una voz masculina que provenía del comedor. Era el vizconde—. ¿Se encuentra mal? Si lo desea puedo ayudarla a subir… —se ofreció, pero Haley sacudió la cabeza —. No es ninguna molestia.

Fruncí el ceño. Lo único que hacían era estorbar. Me acerqué al comedor con paso decidido y la mano cerrada en un puño.

—Fuera —dije, sin más, y todos se miraron entre ellos.

—¿Nos pide que nos vayamos? —inquirió el vizconde.

—Veo que hablamos el mismo idioma. —Sentí la mirada de Haley clavada en mi nuca—. Fuera.

El comedor se transformó en un bosque de ceños fruncidos y malas vibraciones. Ninguno estaba dispuesto a irse hasta que oí la voz de Haley diciendo:

—Disculpad por las molestias. Habéis sido muy pacientes al esperarme, pero debo pediros que le hagáis caso al marqués y os marchéis.

Me giré para mirarla y agaché la cabeza al divisar un pelo rubio mojado cerca de mí. Se había separado de mi madre para ponerse a mi lado como un gatito desprotegido ante el peligro. Los pretendientes la miraron y acabaron cediendo. Hasta que el último de ellos no salió por la puerta, Haley no dejó de esbozar su falsa sonrisa.

Ella empezó a caminar hacia las escaleras sin molestar a nadie y subió al piso superior. Yo me senté en el salón azul con mi madre, Susannah, George y Elisabeth. Hablaron sobre los pretendientes de Haley y de que el marqués estaba encantado de tenerla aquí. Ninguno de ellos mencionó el hecho de que estaba postrada en una cama con una fiebre altísima.



El médico llegó al cabo de veinte minutos y subió a la habitación de Haley acompañado de un empleado.

—Ya está aquí el médico —dijo Susannah, y volvió a sentarse en el sofá junto a George—. Ustedes pueden irse cuando lo deseen.

—No nos iremos hasta saber qué le ha dicho el médico, querida. —Mi madre sacudió la cabeza.

—Espero que no le ocurra nada malo a mi prima, es fácil morir de fiebre —dijo George, y su madre lo fulminó con la mirada.

—No hablemos de estos temas —dijo Susannah, y mi madre sacudió la cabeza.

—No se preocupe, señora Breton. Eso fue hace ya algunos años… —Mi madre tragó saliva y yo sentí que se me secaba la boca.

—Alexander, quiero que sepas que estamos muy agradecidos contigo —dijo Elisabeth con una sonrisa—. Has cuidado de la prima de George y eso es admirable.

—No ha sido nada —dije, y me levanté del sofá. Los nervios me impedían estarme quieto.

—Ahora que ya estamos todos reunidos en confianza… —dijo mi madre curvando sus labios rojos—. Haley es una niña encantadora, señora Breton.

—Sí que lo es, pero a veces tiene un carácter endiablado. —Susannah me miró a mí. Ella también había sido testigo de la riña que había mantenido con Haley en el baile de los Anderson.

—Alexander también es muy difícil de llevar. —Mi madre me miró fijamente—. Ambos chocan demasiado. He sido testigo de una de sus riñas esta noche.

—¿Otra? —inquirió Susannah con el ceño fruncido—. Lo siento mucho, lady Bramwell. Hablaré con ella.

—No quiero que haga eso —dijo mi madre—. Ellos dos son muy parecidos y ahora que he visto a Haley me gustaría que…

—No —la interrumpí.

—Haley es perfecta para ti. —Mi madre se acomodó en el sillón y levantó la cabeza para mirarme.

—No. —Tensé la mandíbula.

—Creo que ya veo por dónde va esto… —murmuró George a su esposa en voz baja. Intentó que no lo oyera, pero lo hice.

—Sería una marquesa perfecta. —Mi madre se inclinó un poco hacia delante. Susannah se tensó y nos observó en silencio. Aunque estábamos debatiendo la mano de su sobrina, no se atrevió a opinar.

—Me casaré con otra persona —dije entre dientes.

—¿Con su hermana? —Mi madre sonrió mostrando todos sus dientes—. Aunque no lo creas, ambas son muy parecidas, Alexander. La diferencia es que una se molesta en ocultar cómo es en realidad y la otra no. Lady Haley tiene un carácter fuerte, pero su hermana también. Tú solo ves lo que ella te quiere mostrar.

—No la conoces como yo. —Apreté la mandíbula y miré a mi madre. Ella desvió la mirada hacia el cuadro de Isobel.

—Tuviste el privilegio de conocer a Isobel. —Sentí que se me formaba un nudo en el estómago—. Ella para ti fue como una segunda madre. La admirabas. Su mirada siempre era cálida, tenía una sonrisa deslumbrante, su risa alegraba a cualquiera que la escuchara y su inteligencia superaba a la del marqués y a la de tu padre en todos los ámbitos. Pero Isobel también era terca, impulsiva, temeraria e increíblemente sincera. Solo tenías siete años cuando ella murió y eso te marcó mucho. —Mi madre volvió la vista del cuadro para mirarme—. Sus dos hijas se parecen mucho a ella, pero, como mejor amiga de Isobel, sé con toda seguridad, que la que más se le parece tanto físicamente como mental es Haley. Te guste a ti o no.

—Me casaré con la hija mayor del marqués esta temporada «te guste a ti o no» —resolví.

Mi madre me lanzó una mirada desafiante y yo no aparté la mía de la de ella.

—Bueno… —empezó a decir George con un hilo de voz—. ¿Eso quiere decir que la hermana mayor de Haley vendrá esta temporada?

—Sí —dijo Susannah con sequedad—. Está previsto que la hija mayor del marqués llegue a finales de esta semana de París.

—Si estuvieras tan enamorado como crees que estás no seguirías yendo detrás de las faldas de otras mujeres, querido hijo —comentó mi madre. Los Breton guardaron un silencio sepulcral—. Sé lo de Charlotte, Edwina, Clara y Julieta. Esto es la alta sociedad, Alexander. No lo olvides.

La interrupción del médico en el salón hizo que todos levantásemos la cabeza para mirarlo y

prestar atención a lo que tenía que decir.

Todos se levantaron de inmediato y nos acercamos a él. Luego el médico nos dijo:

—Es enfriamiento. No debería de ser nada grave, pero su fiebre es lo que me preocupa… Esta noche será crucial.

Sentí cómo si me dieran una patada en el estómago.

—Cielo santo… —dijo Susannah con la mirada aprensiva. Acompañó al médico a la puerta y luego dijo—: Tengo que avisar a mi hermano Max.

—Vaya, querida. —Mi madre volvió a sentarse en el sillón y miró el cuadro de la marquesa Isobel—. Alexander, si quieres llévate el coche para ir a Crystal Hall. Yo me quedaré aquí un poco más.

Resoplé y me fui del salón. Algo en mi interior me impedía irme, pero tampoco quería que mi madre supiera que en el fondo (muy en el fondo) estaba un poco preocupado por Haley. Yo tenía parte de culpa de que hubiera acabado en esas condiciones. Había saltado al estanque para intentar salvarme, dejando a un lado el odio que procesaba por mí y su estado de salud.

No se cómo acabé frente a las escaleras de la casa. Miré hacia ambos lados y como no vi a nadie, subí al piso superior. La casa del marqués era más grande que la mía y sus paredes estaban recargadas de ornamentación. Me replanteé buscar a Haley revisando habitación por habitación, pero no me hizo falta. Vi un cuerpo lánguido vestido con un camisón blanco que caminaba con torpeza por el pasillo. «¿Se puede saber qué hace fuera de la cama?». Me acerqué a ella por la espalda y esperé su próximo movimiento. Estaba recostada contra una de las paredes, mirando la que tenía enfrente. Eran cuatro pasos de distancia. Agilicé la marcha cuando descubrí sus intenciones. Puede que no hubiera llegado a tiempo para impedir su caída esa misma mañana, pero estaba dispuesto a cogerla al vuelo en el caso de que fuera necesario. Haley cogió impulso y se separó de la pared como si fuera un cadáver. Nada más soltar la pared perdió el equilibrio y cayó hacia atrás. Yo me agaché detrás de ella y la cogí antes de que pudiera rozar la alfombra.

—¿Y si vuelve a la cama? —le pregunté, sonriendo, pero mi intento de sonrisa desapareció cuando vi que estaba llorando. Ella me miró a través de sus ojos azules y se secó las lagrimas con el dorso de la mano—. ¿Vuelvo a llamar al médico? ¿Está peor?

Haley sacudió la cabeza.

—Necesito meterme en agua fría.

—Acabo de sacarla de un estanque.

—Y no debería haberlo hecho.

—¿Debería haber dejado que se muriera?

—Eso es lo que me pasará como no me baje la fiebre.

Seguía teniendo a Haley entre mis brazos, a unas escasas pulgadas del suelo. No pesaba nada, era tan liviana y pequeña…

—No va a morir.

—Creía que era racional, marqués. —Haley intentó levantarse—. Si la fiebre no me baja me temo que la palmaré en este maldito sitio. Y no me quiero morir aquí. —La agarré con más fuerza para que no se cayera y me incorporé para llevarla al baño—. Como me deje caer, déjeme decirle que si muero lo arrastraré conmigo al infierno.

—No habla como una persona moribunda. —Me sentí aliviado al escuchar sus quejas y amenazas.

Haley clavó sus dedos en mis hombros y dijo:

—Espere. Acabo de recordar algo importante. Volvamos a mi habitación.

—No voy a entrar en su habitación. —Me paré en seco con ella en brazos.

—Si me va a decir que no lo hará porque es un caballero y sería una grosería hacia mí y todos esos rollos… Se los puede ahorrar. —Haley señaló una puerta que había al final del pasillo.

—La dejaré en su cama y me iré.

La habitación de Haley era amplia. Tenía una cama con dosel amarillo junto a la ventana y un tocador con un espejo en la misma pared en la que estaba la puerta. También había un sofá de color marfil y un armario de madera muy grande.

Dejé a Haley sobre el colchón y se tapó con las sábanas. Cuando me di la vuelta para irme, me agarró de la camisa y me miró fijamente.

—¿Qué quiere ahora? —le pregunté con el ceño fruncido, y ella señaló un bolso plateado que había sobre su tocador.

—Quiero eso.

Puse los ojos en blanco y fui a por el maldito bolso.

Se lo tiré a la cama y ella lo abrió con desesperación. De su interior sacó una pequeña cápsula de color blanco y se la metió en la boca.

—No será veneno… —Me crucé de brazos y ella hizo una mueca.

—Es una pastilla antitérmica y analgésica. —Haley se acostó sobre los cojines y se tapó hasta la barbilla—. Con esto sobreviviré.

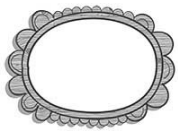
«Ni el diablo la querría en su infierno. Puedo quedarme tranquilo».

Regresé a la puerta y agarré el picaporte. Pero antes de irme le pregunté:

—¿Seguro que sobrevivirá?

—Por desgracia para usted, sí —dijo ella con un tono burlón.

Y a decir verdad… Me alegré.



Adivinanzas y carreras

HALEY

Ya habían pasado cuatro días desde el incidente en el estanque de los condes de Shefford. George y Elisabeth estuvieron conmigo todos los días y prácticamente a todas horas. Eran encantadores y me gustaba mucho pasar tiempo con ellos. Lo que ocurría era que George y Elisabeth no eran los únicos que venían a verme habitualmente.

—La primera vez que te pedí que entrases a mi cuarto no querías hacerlo, y ahora no te saco ni a patadas —dije, señalando el pasillo.

Alexander miró a George y se encogió de hombros.

—Eso es porque él se tira aquí todo el día. —Alexander hizo un ademán con el mentón hacia mi primo.

—Porque él, a diferencia de ti, sabe distinguir a personas de calidad de las que no lo son —repliqué.

—¿Te ha molestado el comentario de Alexander? —me preguntó George.

Dejé de sujetar la puerta para cruzarme de brazos.

—Haley, querida… —empezó a decir Elisabeth con un hilo de voz—. Solo te ha dicho que no piensas antes de actuar.

—Eres una exagerada —bufó Alexander—. Y no he dicho ninguna mentira.

—George, vámonos —dijo Elisabeth moviendo la cabeza en dirección a la puerta, y George se levantó, peinó sus patillas y le sonrió a Alexander.

—Nos vemos luego en la fiesta de los Shefford.

Alexander se levantó del sofá al mismo tiempo que George y asintió con la cabeza. Elisabeth me tocó un brazo al pasar y me dirigió una expresión que significaba: «No te pases con él». George salió detrás de ella, y su cara me decía: «Suerte con él». Exacto, Alexander y yo éramos una bomba a punto de estallar todo el tiempo. Ambos éramos demasiado listos, arrogantes y seguros de nosotros mismos. Por no mencionar que éramos extremadamente orgullosos. Ninguno cedía ante el otro. Éramos más resistentes que los jodidos juncos.

—Fuera —le dije, volviendo a señalar el pasillo.

—No.

—¿No? ¿Cómo que no? —Hice de mis manos un puño y lo enfrenté con la mirada—. ¿Qué significa eso?

—Me iré cuando te calmes.

Mi primo George había dejado de ir al White para estar conmigo mientras estaba enferma en la cama, y, Alexander, en vez de irse al White con el resto de sus amigos, empezó a venir a mi casa para pasar más tiempo con George. Al principio se quedaba en el salón y me veía de vez en cuando porque yo me hartaba de estar sola en la cama. Cuando salía para hablar con mi familia y que me diera el aire, me lo encontraba. Él se enfadaba porque decía que así solo empeoraría y que me fuera directa a la cama, pero como yo no le hacía ni caso, todos empezaron a venirse a mi habitación para estar conmigo. Alexander lo propuso y yo no le vi el problema. Y cuatro días después, así estábamos.

Solté una sonora carcajada y me acerqué a él. Cogí una magdalena que habían servido durante el desayuno en mi habitación y empecé a comérmela. Él me miró como si quisiera matarme.

—Si te he echado no ha sido por el comentario —dije con un tono de voz sosegado.

—¿Entonces?

—Porque voy a cambiarme, idiota. —Alexander me miró con indiferencia, y yo curvé mis labios en una sonrisa malévola—. ¿Qué pasa? ¿Tantas ganas tienes de verme sin ropa?

Él rio y se acercó a mí. Me quitó la magdalena mordida de las manos y le dio un bocado. Yo bajé la mirada desde sus ojos verdes a sus labios carnosos y tragué saliva al mismo tiempo que él se comía mi magdalena.

—Lo primero: no tengo ninguna intención de verte sin ropa. Segundo: tienes que empezar a controlar tu mal carácter. Tercero: es más que evidente que si te has puesto a arrojar fuego por la boca ha sido porque te ha molestado mi comentario sobre tu impulsividad.

Alexander me sonrió y se metió en la boca el último trozo de la magdalena.

—Esa magdalena era mía, imbécil.

—Y cuarto: esta magdalena era mía, no tuya. Me la estaba reservando para el camino.

Alexander se tragó el último trozo y me sonrió con prepotencia. Giró sobre su eje y se fue de mi habitación. Me apresuré en ir hacia la puerta y la cerré de un portazo que se debió de oír en toda la casa. No, en toda la casa no. En todo Londres.

Fui al armario y saqué un vestido de los que me había confeccionado la modista. Era de color verde, del mismo tono que los ojos de Alexander. Un verde intenso y cálido.

Cuando bajé al salón para que todos supieran que ya estaba lista para ir a la fiesta de los Shefford, oí a mi padre y a mi tía hablando. No quería cotillear, pero su conversación se oía desde el pasillo y, para cuando llegué al salón azul, había logrado escuchar buena parte de la conversación.

—La condesa Shefford me contó que Haley estuvo con el duque en el baile de los Anderson —dijo mi tía Susannah en voz baja—. Y que parecía que ya se conocían.

—¿Y la condesa cómo sabe eso? —quiso saber mi padre.

—Su hija Alice fue testigo de la riña. —El silencio reinó durante un instante y yo llegué a

pensar que me habían descubierto, pero supe que no porque mi tía Susannah añadió—: Como esto siga así se repetirá lo que ocurrió hace veinticinco años, Max. Tienes que hablar con Haley.

—No es necesario remover el pasado, ella se irá dentro de tres días a su siglo. Hasta entonces, intentaremos mantenerla alejada del duque.

Aparecí en el salón y ambos giraron la cabeza para dedicarme sonrisas fingidas y grotescas.

—Querida, qué hermosa estás. —Max se acercó a mí—. Se nota que estás totalmente recuperada. Y ese lazo… Ese lazo es nuevo, ¿cierto?

Toqué el lazo verde botella del pelo con los dedos por inercia y asentí con la cabeza. «¿Qué narices fue lo que pasó hace veinticinco años?».

—Si estuviera dispuesta a quedarse aquí y participar en la temporada como mujer casadera, ya estaría comprometida. —Fue un intento de halago por parte de mi tía Susannah—. Bueno, vamos ya a la fiesta de los Shefford o de lo contrario llegaremos tarde.

Abbey House me traía malos recuerdos. Cada vez que miraba el estanque y la fachada de la casa recordaba mi incidente con el agua. Aunque en realidad el lugar parecía otro bajo la luz del sol. Los Shefford habían decorado todo el parque con guirnaldas y jarrones de flores esparcidos por toda la explanada. El estanque se veía hermoso con los patos y los cisnes flotando sobre sus aguas mansas, y había mesas repartidas por el parque con aperitivos y refrigerios.

Giré la cabeza hacia los invitados y me sorprendió ver a tantas personas bien vestidas para estar en el campo tomando el té y jugando a juegos. Los vestidos eran de tonos pastel y coloridos, mientras que los trajes que llevaban los hombres eran un poco más insulsos.

—Lady Haley —me saludó Alice acercándose a mí con una sonrisa de oreja a oreja—. Me alegra ver con mis propios ojos que ya está recuperada.

—Buenos días, lady Alice. —Miré a mi alrededor y curvé los labios—. Esto está precioso.

—Mis padres han sido muy cuidadosos con las decoraciones —dijo lady Alice—. Y dígame, ¿participará en el juego?

—No llevo ropa ni calzado adecuados para jugar —dije esbozando una mueca.

—Tranquila, ninguna vamos bien vestidas para la ocasión. —Elisabeth apareció junto a mí de repente—. Buenos días, lady Alice.

—Buenos días tenga usted también —respondió Alice con amabilidad—. ¿Su esposo no jugará?

—Me temo que mi marido odia todo a lo que al deporte se refiere —dijo Elisabeth. La verdad era que yo era incapaz de imaginarme a mi primo George corriendo o haciendo algo que

requiriera usar la fuerza.

Los invitados empezaron a reunirse frente a la casa de Alice mientras reían y cuchicheaban. El conde, el padre de Alice, se acercó y pidió silencio para poder explicar el juego.

—El juego de este año se basa en la inteligencia y destreza física —dijo el conde elevando la voz—. Les daremos una pista inicial y a partir de ahí deberán encontrar el resto. Para eso serán divididos en equipos de cuatro. Tienen diez minutos para formar equipo.

—¿Iría conmigo, lady Haley? —Alice se giró hacia mí y me cogió de un brazo, emocionada.

—No veo otra opción —reí, y Alice aflojó su agarre.

—Yo también me uno —dijo Elisabeth, y levantó un poco los ojos por encima de los sombreros de los nobles para buscar a alguien sin equipo—. Podríamos decirle a Alexander que se una.

Busqué a Alexander con la mirada y lo vi acompañado de Edwina y dos chicas más. Estaba coqueteando con ellas descaradamente y ni siquiera se percató de que yo lo estaba mirando.

—Ya tiene equipo —dije, con indiferencia, y empecé a buscar a otra persona que estuviera disponible.

—¡El duque! —gritó Alice a mi oreja. Casi me dejó sin audición en el oído derecho.

La gente empezó a arremolinarse alrededor de James. Incluso atrajo la atención de Alexander y las chicas que estaban con él.

—¿Con quién creéis que formará equipo? —inquirió Elisabeth mirando a todas las chicas que se le acercaron como hienas hambrientas.

Crucé los brazos sobre mi pecho y fruncí el ceño. «Como esto siga así se repetirá lo que ocurrió hace veinticinco años», había dicho Susannah. «¿Qué fue lo que ocurrió?», me pregunté a mí misma.

—Formará equipo con nosotras —dije con seguridad, y me solté de Alice para ir hacia James.

Las chicas se apartaron como las aguas del Mar Rojo para dejarme pasar, y James levantó la cabeza y se me quedó mirando tan extrañado como ellas. Percibí su intención de darse la vuelta, así que lo agarré de la manga de su chaqueta lila para impedírselo. Él miró mi mano sobre la tela de su extravagante chaqueta y alzó una ceja. Los invitados empezaron a cuchichear en cuanto me vieron hacer tal gesto.

—Buenos días, duque —le dije sin soltarle. No iba a ceder.

Él miró a su alrededor y se percató de que nos habíamos convertido en el centro de atención.

—Buenos días, lady Haley —me respondió con una sonrisa fingida.

Era evidente que si le preguntaba directamente que formara equipo con nosotras me respondería con una negativa, así que opté por hacer un poco de daño psicológico.

—Duque, ¿sabía que he estado muy enferma estos días? —inquirí mientras batía mis largas pestañas negras de mariposa.

—No, no lo sabía —me dijo con sequedad.

—Pues hoy es el primer día que he salido de casa. —Empecé a soltarle la tela de la chaqueta con lentitud—. El médico dijo que estaba muy grave. La verdad es que lo he pasado muy mal…

—Lo siento mucho, lady Haley. —James frunció ligeramente el ceño; no tenia ni idea de por qué le estaba contando todo eso.

—¿Sabe por qué enfermé? —inquirí haciendo un mohín, y él entreabrió los labios—. Se lo contaré. Fui a casa de alguien a disculparme el día que llovió tanto. Esa persona me dijo que no quería ser mi amigo y dejó que volviera a casa andando bajo la lluvia… —James se tensó.

—Yo… —empezó a decir James, y apretó su mano en un puño—. ¿Es eso cierto?

—Lo juro. —Dejé caer mis brazos a ambos lados del cuerpo—. Puede preguntarle a cualquiera.

—No era mi intención que volviera a su casa andando bajo la lluvia ni que enfermase. —James clavó sus ojos marrones sobre los míos. La gente empezó a cuchichear.

—¿Seguro? —inquirí alzando una ceja.

—No, claro que no, por Dios.

—¿Se arrepiente? —le pregunté entrecerrando los ojos, y él asistió con la cabeza—. Si de verdad se arrepiente, debería demostrarlo.

—Le pido perdón de corazón por lo sucedido…

—No, no quiero su perdón —lo interrumpí—. Quiero pedirle algo a cambio. Los hechos se arreglan con hechos, no con palabras vacías.

Y entonces James entendió lo que pretendía. No se enfadó ni armó un espectáculo digno de ser cubierto por la prensa del futuro, sino que esbozó una sonrisa y mostró todos sus dientes.

—¿Qué quiere que haga?

—Formar equipo conmigo.

—Es que me temo que no participaré en el juego…

—¿Acaba de darme una negativa? —Lo miré con rencor—. Ah, ya veo… No quiere que el resto se entere de lo que ocurrió entre nosotros —dije. James enarcó las cejas y los invitados empezaron a prestar atención como si fuera una película taquillera del cine—. Ya sabe… —levanté un poco de voz—. Siento lo de su impotencia… Debe de ser muy duro… Ups, «duro» no es la palabra adecuada en este… —James me abordó y me tapó la boca con las manos antes de que pudiera seguir hablando. Sus mejillas coloradas contrastaban con su chaqueta lila y su mirada casi consiguió fulminarme. Sonreí con malicia. Aunque nadie pudo ver mi lograda sonrisa porque tenía sus dedos callosos sobre mis labios color cereza.

—¿Está loca? Deje de mentir —dijo James en un susurro, muerto de la vergüenza. Le chupé la mano y él la apartó, más rojo todavía.

—Vaya, ¿qué pensarán los invitados? —Suspiré—. Y encima se atreve a ponerme la mano

sobre los labios…

—Muy bien, formaré equipo, pero deje de inventarse esas cosas. —James miró a los invitados y sonrió—. Es evidente que todo lo que se ha dicho no es cierto. Ella es una dama y yo nunca…

—¿Lo de que eres impotente? —Bajé la voz para que nadie pudiera escuchar lo que le iba a decir—. Podríamos comprobarlo. —Esbocé una sonrisa traviesa y él parecía una manzana con patas. Demasiado rojo y brillante por el sudor que había empezado a empapar su frente. Solté una sonora carcajada y él sacudió la cabeza—. Tranquilícese, dudo que las mujeres que están aquí reunidas sepan lo que significa esa palabra. Y sí, me refiero a «impotente».

—Vale, basta. Juguemos de una vez.

James asintió con la cabeza con lentitud y oí exclamaciones ahogadas y suspiros. Yo era la que había conseguido al duque. Punto para mí. Y como era una persona a la que le encantaba dar la nota, cogí a James de la mano sin su permiso y lo llevé hacia Elisabeth y Alice. De camino me topé con unos ojos verdes que me observaban. Levanté la mano que me quedaba libre a modo de saludo y sonreí a Alexander. Él me devolvió el saludo y volvió la vista a sus chicas.

—El duque completa nuestro grupo —les dije con una sonrisa triunfal.

—Duque… —Alice estaba temblando de los nervios. Ni siquiera le salían las palabras de la boca—. Buenos días tenga…

James sonrió y saludó a Elisabeth y a Alice. Y sí, era la sonrisa con la que a cualquier chica se le caerían las bragas. Incluso a mí.

—No sé cómo lo has hecho —me dijo Elisabeth al oído mientras Alice intentaba hablar con el duque.

—Lo conozco —dije en un susurro, y Elisabeth frunció el ceño.

—Sabes tan bien como yo que estás jugando con fuego. Si tu padre te ve con el duque… —dijo Elisabeth, y yo asentí con la cabeza.

Lo sabía, pero la curiosidad me podía demasiado.

—Creo que —empezó a decir el conde desde uno de los balcones de su casa— ya ha pasado tiempo suficiente. Presten atención porque aquí va la primera pista: se puede pasar por encima y por debajo; se usa para unir, y lo que hay debajo coge dentro de un frasquito y al mismo tiempo no coge dentro de una bañera.

Los invitados empezaron a devanarse los sesos. Resultaba cómico ver a gente de tanto postín pensando en cosas de niños de primaria. Solté un suspiro y miré a James. Él debatía con Alice sobre qué podía ser. Alcé una ceja en alto y crucé los brazos.

—Decidme que discutís para haceros los graciosos —les dije, y ellos me miraron confundidos —. ¿De verdad no sabéis la respuesta?

—¿Usted sí? —inquirió el duque con desconfianza.

Puse los ojos en blanco y sonreí echando la cabeza hacia atrás. Cuando me incorporé para

volver a mirar a James crucé la mirada con Alexander. «¿Por qué mierda me mira tanto?».

—Las bañeras se llenan de líquido —empecé a decir—. Si coge dentro de un frasco es porque puede ser microscópico, muy pequeño. Y si no coge en una bañera es porque se trata de algo inmenso —dije. James frunció el ceño y Elisabeth sacudió la cabeza. Seguían sin verlo—. Eso quiere decir que una gota de agua coge en un frasco, pero al mismo tiempo un lago no coge dentro de una bañera.

—¿Se refiere a que es un lugar con agua? —inquirió Alice con orgullo.

James me miró divertido y yo asentí con la cabeza.

—Además de que debajo hay agua, nos han dicho que se usa para unir dos cosas y que se puede pasar por arriba y por debajo de ello —agregué, y llegué a pensar que ya lo habían pillado, pero cuando ninguno de ellos dijo nada me llevé una mano a la frente y dije—: Es un puente.

Elisabeth entreabrió los labios y asintió.

—Tiene sentido —dijo Alice—. Hay un puente más al norte que cruza el estanque.

—Pues entonces vayamos para comprobar si lady Haley lleva razón —propuso James elevando las comisuras de sus labios. Ya no estaba tan rojo.

El puente que había sobre el estanque no estaba muy lejos del punto de partida, pero sí lo suficiente como para que no se viera desde ahí. Estaba escondido entre los árboles y era de madera roja. En medio del puente había una mesa y, sobre ella, varias cartas numeradas. Alice cogió la carta con el número uno y la abrió. Luego leyó: «Enhorabuena, sois los primeros. Se os compensará con tiempo para la siguiente prueba. Regresen al punto de partida».

—Es algún tipo carrera eliminatoria —supuse.

—Creo que todas las pruebas son eliminatorias —dijo James, y yo lo miré de reojo con una sonrisita irritante.

—No todas. Esta no ha sido eliminatoria, sino para marcar un orden. Si os fijáis bien hay más cartas que equipos, eso quiere decir que no sabían cuántos invitados participarían y por eso hay de más. La siguiente prueba será para reducir el número de equipos; estoy convencida.

—Buena observación —dijo Alexander cogiendo la carta con el número dos—. Debo confesarte que he escuchado tu aclaración sobre la pista. Y aunque yo ya sabía la respuesta, ha sido muy entretenido escucharte.

—¿No me digas? —Crucé los brazos sobre mi pecho y alcé una ceja—. ¿Y entonces por qué habéis llegado los segundos y no los primeros?

Alexander miró a los dos equipos y volvió a posar sus ojos sobre mí. Me hizo un gesto con la mano para que me acercase a él y, cuando lo hice, pegó sus labios a mi oreja y dijo:

—Porque sé que odias perder, cariño.

Me estremecí. Me separé de él en cuanto sentí un cosquilleo yendo desde la oreja que había rozado hasta mis pies. «¿Cariño?».

—No me llames «cariño» —bufé—. ¿Y no será que eres tú el que odia perder y eso es solo una excusa?

Alexander se rio y después se encogió de hombros.

—Te he visto jugar a las cartas con George y enfadarte cada vez que perdías —dijo Alexander —. Pero si de verdad crees eso… Que gane el mejor. —Me tendió una mano y la apreté con una sonrisa coqueta.

Alexander obedeció las indicaciones de la carta y se marchó con el resto de las chicas al punto de partida, pero con paso elegante y decidido, como si estuviera acostumbrado a dar órdenes y no a recibirlas. Mi equipo los siguió.

Al cabo de veinte minutos, todos estaban preparados para hacer la prueba.

El conde se dejó ver desde el balcón y llamó nuestra atención.

—La prueba será eliminatoria —anunció. James me miró con las cejas levantadas. Yo llevaba razón—. Será una carrera de relevos. El primer corredor debe colocarse en la primera línea y, el resto, en las siguientes, por orden de salida.

Me giré hacia ellos y di dos palmadas.

—Vale, ¿quién corre más? —pregunté a nadie en particular.

—Yo no corro desde la niñez —dijo Elisabeth, y Alice la miró como si ambas compartieran algo en común.

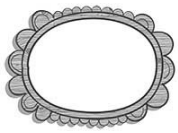
«Alice correrá para impresionar al duque, así que tengo que ponerla de tal manera que James le pase el testigo o viceversa».

—Duque —le dije a James mirándolo fijamente—, usted irá el primero y le pasará el testigo a Alice. Alice, usted le pasará el testigo Elisabeth y ella me lo dará a mí. ¿Qué opinan?

—Vamos a ello —dijo Alice mientras le ponía ojitos al duque.

—No me decepcione, nos vemos en la meta.

Le guiñé un ojo al duque y fijé la vista al frente. Estaba dispuesta a darlo todo.



Yo nunca pierdo

HALEY

Cuando me coloqué en la cuarta línea de salida, miré a ambos lados para saber contra quién iba a correr. Me percaté de que todos eran hombres excepto una muchacha que formaba equipo con tres hombres más, y eso quería decir una cosa: que era una muy buena atleta. La muchacha me sonrió y yo la saludé con otra sonrisa igual de agradable.

—De modo que la cuarta —dijo una voz a mi derecha.

Era Alexander, por supuesto.

—¿Eres el cuarto corredor? —le pregunté de vuelta, y Alexander asintió—. ¿Por qué no el primero?

—Para intentar limpiar los estropicios que hagan Edwina, Julieta y Charlotte. ¿Y tú?

—Pues he pensado que Alice correría mejor con un incentivo. El cual, evidentemente, será el duque, y yo estoy aquí para arreglar los estropicios de Elisabeth.

—¿Has llegado a esa conclusión tú sola? —Alexander elevó las comisuras de los labios.

—El cerebro está para usarlo —le espeté.

—Pues bonito cerebro. —Alexander miró mi vestido—. Aunque con tanta tela tus planteamientos no servirán de nada.

—¿Quién dice que vaya a correr con tanta tela o tacones? —Le guiñé un ojo a Alexander con coquetería y habría jurado que enrojeció.

Me di la vuelta y me percaté de que James ya había empezado a correr. Como habíamos adivinado la pista, los primeros teníamos tres segundos de ventaja; puede parecer poco, pero en las carreras de corta distancia todos los segundos son importantísimos. Alice cogió el testigo y se esforzó para impresionar al duque.

Yo empecé a remangarme el vestido y me quité los tacones con toda la elegancia posible. Los dejé junto a mis pies y volví a mirar Alice. Uno de los chicos la adelantó.

—Deja de mirarme las piernas —le advertí a Alexander sin siquiera mirarlo. Aun así, tenía la certeza de que me estaría mirando con desaprobación y fascinación.

Elisabeth empezó a correr. Dio un traspiés y acabó tragándose la mitad de su carril. Se levantó y siguió corriendo mientras cojeaba. Por el rabillo del ojo, vi que Alexander ya había empezado a correr. La chica del grupo de los chicos también. Era imposible que ganáramos porque todos nos llevaban mucha ventaja, pero si Elisabeth conseguía pasarme el testigo podría alcanzar a varios corredores. Empecé a correr despacio y extendí mi mano. En cuanto sentí el palo de madera, lo

agarré con fuerza y eché a correr. Avancé a la chica y vi de refilón a un chico que intentaba rebasarme. Metí el último *sprint* y me tiré contra la línea de meta dibujada en el suelo.

Sentí mi pecho subiendo y bajando y la bilis trepando por mi garganta. Quería vomitar. Me tumbé sobre la hierba y me centré en no echar el desayuno por la boca. Me ardían las piernas, desnudas, y no sabía cuántas ramas o piedras me había clavado en las plantas de los pies por correr descalza. Pero estaba tan muerta que me daba igual.

—Lady Haley —dijo James. Lo miré desde el suelo y me quedé callada, centrándome en el aire que recorría mis pulmones—. ¿Se encuentra bien?

—Dígame que nos hemos clasificado —dije sin aliento, y él asintió. No pude evitar sonreír mostrando mis dientes blancos.

Elisabeth y Alice entraron en mi campo de visión. Me incorporé con el pelo lleno de hierbajos. La garganta me ardía y sentía que no podía con mi vida. Me giré hacia Elisabeth y la miré.

—¿Te has hecho algo? —le pregunté, y ella dudó en decirme la verdad. Le levanté el vestido un poco y vi sus medias rotas y ensangrentadas desde el suelo.

—Oh, qué horror —se escandalizó Alice, y empezó a abanicarse la cara con las manos—. Podría desmayarme por ver algo así.

—¿Se encuentra bien, lady Alice? —El duque la cogió para estabilizarla. Me resultó cómico.

—Haley —me dijo entonces Alexander—. ¿Podrías cubrirte un poco? Los invitados empiezan a escandalizarse.

—¿Quieres que me cubra? No es lo que suelen decirme cuando me ven con poca ropa. —Le dediqué una media sonrisa, y él apartó la mirada—. Elisabeth, deberías ir a casa de lady Alice para que te curen eso. —Me levanté y me puse bien el vestido—. ¿Puedes caminar?

Elisabeth asintió con la cabeza. No me lo creí. Miré a Alexander, suplicante, y este puso los ojos en blanco.

—¿De verdad? —me preguntó acercándose a mí.

—Es la esposa de tu mejor amigo. —Puse los brazos en jarra—. Por favor, Alexander… ¿Podrías acompañarla?

—¿Tú pidiendo algo «por favor»? —Alexander sonrió con prepotencia—. Debe de tratarse de algo gravísimo entonces.

—Muy gracioso.

—La llevaré. —Alexander cogió a Elisabeth en brazos con una facilidad sorprendente.

Me pregunté si cuando me llevó a mí en brazos también se veía tan bien. Los músculos de sus brazos se tensaron y su cuerpo parecía más grande, más corpulento de lo que ya era. Tensó su prominente mandíbula y empezó a caminar como si Elisabeth no pesara ni una libra.

Caminé junto a él hacia la casa de lady Alice y, cuando llegamos, George nos abordó muy preocupado. Mi tía Susannah también se acercó en cuanto vio a Alexander cargando a Elisabeth

en brazos.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió mi primo George acercándose a Alexander con el ceño fruncido.

—Solo me he caído —dijo Elisabeth intentando no quejarse demasiado.

Alexander la dejó en el suelo con cuidado y George se encargó de su esposa.

—Gracias —dije mientras veía cómo Elisabeth se metía en la casa junto a George y Susannah.

—De nada —dijo Alexander con una sonrisa traviesa. Y qué sonrisa, por Dios.

El equipo de Alexander vino corriendo hacia nosotros. Tenían el ceño fruncido y los brazos cruzados. Alexander y yo nos giramos para verlas y ellas soltaron un sonido de desaprobación.

—Nos hemos esforzado para perder —dijo Edwina, mirándome enfadada.

—¿Por qué? —les pregunté—. Se han clasificado.

—Porque la última prueba es llegar a la colina, que está a una milla y media de distancia, y en la dirección contraria. —Edwina parecía un chihuahua enfadado—. Pero como ha decidido ayudarlas —miró a Alexander—, hemos vuelto al punto de partida y todos los demás han empezado.

—Lo siento mucho —dijo Alexander, y sus ojos centellearon—. Bueno, al final no vamos a ganar ninguno de los dos, Haley.

—Habla por ti —farfullé. El duque y Alice se acercaron a mí con las orejas puestas. Yo me giré hacia ellos y les sonreí con superioridad—. Ya sabes que odio perder. Por eso voy a ganar.

Miré al carruaje que estaba más cerca y vi a los caballos muy tranquilos. Fui hacia ellos y solté a uno de ellos con la ayuda del cochero. Mi poder de persuasión era muy útil. Subí al caballo a pelo y con los pies descalzos. Alexander me miró y alzó las cejas. Cuando me vio sobre el caballo blanco, cogida a su crin trenzada con flores, empezó a reírse. Le lancé una mirada desafiante sentada sobre el caballo y él se humedeció los labios.

—Ha jugado bien, marqués —vacilé, y apreté con mis muslos los costados del caballo para que empezara a galopar.

Los nobles se quitaron de mi camino gritando y oí a mi padre vociferando como un desquiciado, pero no me detuve. De hecho, aumenté la velocidad.

Mientras atravesaba el parque, me fui encontrando equipos que corrían para llegar a la colina. Sentí una presencia acercándose a toda velocidad por mi derecha. Giré un poco la cabeza y vi a Alexander yendo a caballo como yo. No pude evitar reírme para mis adentros. ¡Estaba bueno hasta montando a caballo!

Cuando llegamos al pie de la colina, vimos un pergamino clavado en un árbol. Desmoté antes que Alexander y corrí a por el pergamino. En él había escrito: «Enhorabuena, los ganadores serán los invitados de honor en el próximo baile que se realice en Abbey House y tendrán el privilegio de abrir el baile». Alcé las cejas. «Si yo en estos bailes ando más perdida que un pulpo

en un garaje… ¿Cómo quieren que lo abra? Y encima no estaré aquí». Doblé el pergamino y se lo di a Alexander.

—Toma, has ganado —le dije con una sonrisa cordial, y leyó el mensaje.

—No lo quiero, te lo devuelvo. —Alexander me extendió la mano con el pergamino.

—Insisto. —Aparté su mano con suavidad.

—No, no quiero que insista. Puede que el duque, lady Alice y Elisabeth quieran abrir el baile.

—Y tus amigas también —dije con el ceño fruncido.

—Elisabeth se ha tragado medio parque por conseguir este absurdo papel —me espetó Alexander.

Resoplé. Él llevaba razón. Cogí el papel. Qué más daba; yo no seguiría aquí para abrir ningún baile.

—Habéis hecho trampas —dijo alguien detrás de mí. Era uno de los jugadores.

—En realidad no —dije acercándome a él—. Nadie nos ha dicho que no pudiéramos usar transporte. —El muchacho iba chorreando a sudor y parecía que le iba a dar algo—. Ha tardado demasiado poco en llegar hasta aquí. ¿Ha venido corriendo?

El jugador asintió. Las gotas de sudor caían por su frente. Pensé en darle el premio, pero también quería darle una sorpresa a Elisabeth y a Alice.

—Sí, pero no importa. Han sido más listos. —El hombre se secó las gotas de sudor con la chaqueta—. Ahora tendré que volver —dijo más para sí mismo que para nosotros.

El pobre no podía con su vida.

—Escuche… ¿Sabe montar a caballo? —inquirí.

—Sí.

—Suba y regrese. —Miré mi caballo blanco con manchas grises y dejé caer los brazos —. Cuando llegue, busque al marqués de Conwy y llévelo con él.

—¿De verdad? —me preguntó con una sonrisa esperanzadora.

—Sí —respondí.

—Muchas gracias, de verdad. —El caballero fue hacia mi caballo—. No sé qué hubiera hecho si hubiera tenido que volver, y encima con las manos vacías.

Sentí la mirada de Alexander en la nuca. Me giré para enfrentarlo.

—¿Qué?

—¿Tenías que hacerlo? —me preguntó él con una mirada socarrona.

—Se llama «empatizar». Deberías probarlo de vez en cuando.

—Pues por empatizar, te vas a ir andando.

—Me da igual. Tú preocúpate por ti.

Me crucé de brazos, molesta. Él también.

—Lo haré.

—Si lo he hecho ha sido porque si me hubiera pasado a mí… Ya sabes, correr una milla y media para luego encima perder… Me hubiera dado mucha rabia.

Descrucé los brazos y empecé a caminar en dirección a Abbey House. Oí los pasos de Alexander sobre la hierba, alejándose. Después oí los pasos del caballo.

Se estaba acercando.

—Sube. —Levanté la cabeza para mirar a Alexander con la boca un poco entreabierta. Qué bien le sentaba montar a caballo.

—¿Seguro? Si nos ven llegar montados en el mismo caballo podrían rumorear. A mí los rumores me dan igual, pero a ti…

—Haley, sube. —Le gustaba dar órdenes.

—Si me prometes que no te importan los comentarios subiré, pero si no lo haces prefiero ir andando.

Alexander dejó escapar un suspiro pesaroso y me miró con sus ojos verdes brillando con fuerza. Tragué saliva.

—No me importan —agregó con voz seductora. Me ofreció su mano y yo la agarré. Era más ancha de lo que la recordaba.

Él se echó un poco hacia atrás y me ayudó a subir cogiéndome por el codo con su otra mano y tirando de mí. Me senté delante de él y me tensé. Sentía su pecho rozando mi espalda y su entrepierna tocando mi culo. Desprendía un calor tan intenso que me quemaba incluso con el vestido puesto.

El caballo empezó a andar y yo me movía con cada paso que daba. Los muslos de Alexander rozaban los míos y sentía su respiración en el cuello. Era una tortura.

—Estás muy tensa. —Sentí el aliento mentolado de Alexander golpeando mi oreja. El corazón empezó a latirme más rápido de lo normal.

—Es que intento no rozarte. Así evitaré que «te pongas» nervioso.

—Necesitarías mucho más que un simple rozamiento para que «me pusiera» nervioso, cariño. —La sangre se me agolpó en las orejas.

—No me llames «cariño» —le recordé intentando ocultar mi elevado grado de histeria, e hice chocar mi culo contra su entrepierna adrede.

—Aunque te agradecería que echaras tu trasero un poco más hacia delante.

—¿No decías que «necesitarías más que un simple rozamiento»?

Sonreí con coquetería y me volví a mover un poco. Sentir su entrepierna rozando mi culo me ponía demasiado. Sus manos rodearon mi pequeña cintura y sentí que me abrasaban la piel. Fantaseé con que sus grandes manos pudieran deslizarse hasta un poco más abajo… Pero mi fantasía sexual se hizo añicos cuando me empujó un poco hacia delante.

—No estoy hecho de metal, ¿sabes?

«Yo tampoco», pensé.

—Me bajaré del caballo antes de llegar a Abbey House —le dije, con sus manos aún en mi cintura. Uno de sus dedos se deslizó por encima de la tela del vestido y consiguió tocar mi ombligo.

—Te he dicho que me dan igual los comentarios.

«¡A mí también me dan igual los comentarios, lo que necesito es alejarme de ti!».

—¿Seguro? —Puse mis manos sobre las suyas. Eran grandes y ásperas. Intenté que me soltase, pero se mantuvo firme y apretó un poco más. Mi corazón se desbocó.

—¿Dejarás de moverte si quito las manos? —me preguntó, y yo levanté una mano.

—Lo juro.

Alexander quitó sus manos de mi cintura poco a poco. Un frío insoportable y desagradable se instaló en el mismo lugar donde antes descansaban las manos de Alexander. Sacudí la cabeza.

—Bueno, he perdido mi lazo del pelo y mis tacones —empecé a decir para intentar bajar el calentón—. Y mi padre va a matarme por formar equipo con el duque. Hoy ha sido un día redondo.

—¿El lazo ese verde que llevabas? —preguntó Alexander muy cerca de mi oreja.

—Sí. Era nuevo y me gustaba mucho.

—Seguro que tendrás mil complementos más para ponerte. —El caballo agilizó la marcha—. ¿Y qué pasa con el duque?

—Sinceramente, no lo sé. Pero estoy convencida de que es algo malo. —Me encogí de hombros y acaricié la crin del caballo.

—Pregúntale a tu padre.

—Me lo está ocultando. Él sabe que me quedan tres días contados aquí y según él no merece la pena remover el pasado.

—¿Te vas en tres días? —La voz de Alexander sonó más fuerte de lo normal.

—Sí.

—Mmm.

—¿Vas a echarme de menos? —le pregunté, y lo miré por encima del hombro.

—Claro que no, por fin se respirará algo de paz y tranquilidad. —Alexander apartó la mirada y alzó el mentón—. Y George me acompañará de una vez por todas al White.

Sentí que se me encogía el estómago. «Por fin se respirará algo de paz y tranquilidad».

—Deberían vetarte la entrada al White por imbécil.

—Y a ti deberían vetarte la entrada a Francia.

—Oye, no te pases.

La casa de Alice se veía a lo lejos. Los nobles habían empezado a comer y estaban paseando por el parque desperdigados como ovejas descarriadas que se escapan del rebaño.

—¿Vas a ir mañana al día deportivo que se celebra en la casa de la señora Griffiths? —me preguntó Alexander con curiosidad.

—Nadie me había dicho nada sobre un día deportivo. —Fruncí ligeramente el ceño y giré un poco el cuerpo para mirar a Alexander a los ojos.

—Puede que tu padre no quiera que vayas porque la señora Griffiths es muy amiga del duque. —Alexander me miró fijamente a los ojos, y me sentí tan vulnerable que tuve que centrar mi visión en un árbol que estábamos dejando atrás.

—Tiene sentido, pero yo no me llevo mal con la señora Griffiths. De hecho, la conozco y fue muy buena conmigo.

—Yo aún no he coincidido con ella esta temporada, pero me llegó una invitación hace un par de días.

—¿Crees que James irá? —pregunté, y volví a mirarlo a los ojos.

—¿El duque? ¿Por qué preguntas eso?

—Él sabe por qué nuestras familias son enemigas. Creo que podría arrojar algo de luz. —Alcé una ceja—. Pero a mí no me ha llegado ninguna invitación.

—Ya te lo he dicho, la señora Griffiths es muy amiga del duque. —Alexander esbozó una sonrisa ladeada—. No creo que os invite.

—¿Tú vas a ir?

—Sí. El día deportivo es uno de mis favoritos de la temporada.

—¿Por qué?

Alexander sonrió con suficiencia y me mostró sus dientes blancos.

—Porque las mujeres no participan.

—¿Lo tienen prohibido? —Arrugué la frente.

—No, pero ellas no quieren participar. —Alexander alzó las cejas ante mi mueca—. Son juegos de disparar y cosas así.

—¿Es puntería? —Sonreí—. ¿Tienes acompañante?

—Sí y no. No vas a acompañarme.

—¿Por qué?

—Te aburrirías. Las mujeres se quedan mirando cómo los hombres juegan y a ti esas cosas no te gustan.

—¿Cómo sabes lo que me gusta? —Alexander me lanzó una miradita con la que me hubiera desabrochado hasta el sujetador si me lo hubiera pedido.

—No es muy difícil saber qué es lo que te gusta. Eres muy expresiva. —Me lo llevé por el camino guarro, lo admito—. Estar sentada hablando con mujeres sin participar en las cosas temerarias no es precisamente tu plan de ensueño. Lo que pasa es que quieres ir para hablar con el duque.

—Yo participaría —le dije.

—No lo dudo, pero resulta que la señora Griffiths no quiere que vayas.

—Igual nuestra invitación se perdió.

—Eso sí que lo dudo —respondió Alexander. Hice un mohín y Alexander suspiró—. Si consigues una invitación para ir mañana al día deportivo de la señora Griffiths dejaré que me acompañes para que no te sientas fuera de lugar.

—Te estás volviendo un blandengue conmigo. —Lo miré con suficiencia—. Admítelo, te lo pasarías mejor mañana conmigo que con esa panda de chimpancés sin neuronas. Oh, perdón, acabo de insultar a los chimpancés.

Alexander se rio y su risa traspasó mi piel y llegó a mi estómago.

—Puede que acabe admitiéndolo algún día, pero hoy no.

—¿Te vas a llevar a Edwina, Charlotte o Julia? —pregunté por curiosidad.

—No, no. Edwina y Charlotte se acaban de comprometer y Julia está en plena etapa de noviazgo.

—¿Te gustan las chicas comprometidas? —Alcé las cejas y me reí— Recuerdo que te pillé metiéndole la lengua hasta el esófago a Edwina… ¡Lo sabía! ¡Eres un Golfo con mayúsculas!

—Que yo sepa aún no estoy casado, y no me llames Golfo con mayúsculas.

—Pero es que tú no eres un simple golfo. El «Golfo» con mayúsculas es el que sabe que es un golfo pero que no alardea de sus méritos con las chicas. Así que tengo derecho a llamarte golfo. —Alexander resopló y vi su nuez subir y bajar. Tragué saliva—. ¿Te vas a comprometer esta temporada?

—No te importa.

—Vamos… Que me voy en tres días y no vuelvo… Entretenme hasta entonces, Alexander.

«Entretenme hasta entonces». ¿Lo había dicho con segundas intenciones? Podría ser.

—Eres increíblemente tediosa cuando quieres.

«Y tú estás increíblemente bueno».

—Bueno, dejaré el tema por ahora. Pero te lo pienso sonsacar.

Llegamos a casa de Alice y los invitados nos miraron con un descaro que me revolvió las tripas. La primera a la que vi fue a Alice. Venía corriendo, muy pálida. Me bajé del caballo de un salto y la miré con preocupación. Por culpa de su expresión hasta olvidé que habíamos ganado.

—¿Qué ocurre? —pregunté con el corazón en un puño.

—Su padre está muy enfadado con usted por su numerito.

Dejé escapar un suspiro de alivio y me reí.

—Eso ya me lo esperaba —confesé.

—No entiendo cómo puede estar tan tranquila… Si mi padre estuviera tan enfadado conmigo…

—Tranquila, querida —la tranquilicé. Alexander se bajó del caballo con elegancia y se quedó a mi lado—. Mi padre suele enfadarse, pero es como una montaña rusa. Su enfado sube y baja de golpe.

—¿Una qué?

Solté una carcajada y me sujeté el estómago con las manos.

—No importa, son cosas que decimos en Francia. —Miré a Alice y traté de controlar mi respiración—. Bueno, voy a ir a ver a mi padre.

—Y otra cosa más… —Alice se giró hacia Alexander—. Acaba de llegar la hija mayor del marqués.

Los ojos de Alexander centellearon y esbozó una sonrisa que me atravesó el pecho. Él se fue con su caballo negro hacia la casa de Alice y yo me giré para mirarla.

—¿Quién es la hija mayor del marqués? —pregunté con curiosidad mientras veía cómo Alexander se alejaba.

—¿Que quién es? —Alice alzó una ceja—. Hablo de su hermana mayor.

—¿Mi qué?

Alice frunció el ceño extrañada.

—Su hermana mayor —repitió con su dulce voz.

—Yo no tengo hermanas, Alice. —Miré hacia la casa—. O al menos no que yo sepa.

—¿No conoce a su hermana?

Sacudí la cabeza.

—Ella viene mucho por aquí, pero se supone que vive en París.

—Pues no tenía ni idea. —Cambié el peso de pierna—: ¿Por qué Alexander se ha ido en cuanto ha sabido de ella?

—Porque ellos se conocen desde hace mucho, supongo. Y se tienen mucho aprecio el uno al otro…

—Alexander les tiene aprecio a todas las chicas —murmuré—. En fin, qué se le va a hacer. ¿Vamos a conocerla?

Empecé a caminar hacia la casa con Alice junto a mí. Había un carruaje que reconocí al instante. Era uno de los de mi padre. Estaba frente a la puerta de la casa de Alice. Vi a mi tía Susannah, George y Elisabeth cerca de la mesa donde estaban los aperitivos, bajo la sombra de un árbol. Conforme Alice y yo nos acercábamos podíamos ver a más gente. Vi la espalda ancha y musculosa de Alexander, y el porte larguirucho de mi padre. Alcé un poco la cabeza y conseguí ver la silueta de una mujer. Era un poco más alta que yo y su pelo castaño estaba recogido con varios adornos colocados en un lado de su cabeza. Llevaba un vestido de corte imperio amarillo y en su mano derecha descansaba un abanico cerrado. Ya casi había llegado. Pero antes de poder verle la cara, mi padre giró la cabeza y me vio de lleno. Me quedé quieta,

como si él fuera un meteorito y yo no tuviera escapatoria. Él se acercó a mí con paso firme.

Alice hizo el intento de escabullirse, pero la agarré del brazo para que no me abandonase.

—Hola, papi. —Sonreí, y él me miró con ojos furiosos—. He ganado el juego del conde. ¿Estás orgulloso?

—Has formado equipo con el duque, te has levantado el vestido, has corrido sin tacones, vienes con el pelo suelto y has montado a caballo a horcajadas y sin montura. —Su voz sonó tan tronadora como un transbordador despegando—. ¿Crees que es para estar orgulloso?

—Todo tiene su explicación —me reí.

—Estoy deseando escucharla.

Levanté los dedos para numerar todo lo que tenía que decir.

—He formado equipo con James porque a Alice le gusta y le he hecho un favor. —Alice me miró con la cara rojísima—. Me he levantado el vestido porque no quería perder y eso también incumbe a los tacones. —Levanté el tercer dedo—. He montado a horcajadas sobre el caballo porque creo que no hay otra forma de hacerlo y no tenía montura así que era imposible que no me subiera a pelo. Y todo eso ha sido porque quería ganar.

—Esto no es Francia, Haley.

—Eso ya lo veo. —Antes de que mi padre pudiera calcinarme con los ojos le dije—: Y ya que nos ponemos serios después de casi una semana que llevo aquí, no olvides mencionar lo de mi «hermana mayor». ¿Desde cuando tengo hermanos? ¿Te volviste a casar?

Mi padre frunció el ceño.

—Eso fue por un buen motivo.

—Soy toda oídos. —Me crucé de brazos y esperé.

—¿Haley? —Esa voz hizo que mi corazón se detuviera abruptamente y se me secara la boca —. Oh, no me lo puedo creer…

Giré la cabeza lentamente para mirar la cara a la que le pertenecía esa voz femenina y familiar. «Haley, me da igual. ¡Quiero que te vayas de mi casa!», me dijo mi prima Claudia la noche de la fiesta en su casa. Eso fue lo último que le escuché decir.

—¿Claudia? —Mi prima estaba al lado de Alexander sujetándolo como si temiera que se le fuera a escapar.

—De modo que estabas aquí… —Claudia me sonrió, y yo alcé una ceja en alto.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Tú sabías esto? —Supuse que sí—. ¿Has venido a por mí? —Me acerqué a ella, y ella retrocedió—. ¿Claudia?

—¿Por qué vas tan descuidada? —Claudia frunció el ceño y me miró de pies a cabeza.

—¿Me estás vacilando? —Cogí aire y lo solté—. ¿Eso es todo lo que me vas a decir?

—Hablaremos en casa.

Alexander me miró fijamente.

—Volvamos ya a casa. —La cogí de la mano y ella la apartó.

—¿A qué casa te estás refiriendo?

Miré a nuestro alrededor y vi que Alexander y Alice nos observaban con atención, y entonces comprendí que no podía decir ni una palabra sobre nuestro siglo.

—¿A cuál te estás refiriendo tú? —Junté las cejas.

—A la de padre.

—¿A la del marqués? —pregunté. Claudia me fulminó con la mirada—. ¿Es una broma? Un momento… ¿No has venido a por mí?

—Haley, querida… —dijo mi padre intentando que no estallase como una bomba, y sentí su mano tocando la mía.

Me sentí engañada por mi propia prima, utilizada. Sentí que yo allí en realidad no era nadie, que ninguna de mis dos familias se había molestado en contarme la verdad. En cambio, Claudia lo sabía todo.

—¡No! —Aparté mi mano de la del marqués y volví a mirar a Claudia—. ¡Me habéis engañado todos! Claudia, si yo acabé aquí fue por tu culpa.

Claudia dio un paso hacia delante. Sus ojos azules se volvieron fríos e inhóspitos.

—¿Te importaría comportarte?

Si Claudia estaba allí solo podía significar que ella sabía el secreto de nuestra familia, que yo era la única tonta a la que se lo ocultaban. Y lo peor no era eso, lo peor era que me habían dejado allí y no habían ido a buscarme. Claudia tenía que saber que me había caído en el pozo. No se había sorprendido como debería de haberse sorprendido una persona que acaba de encontrar en el siglo XIX a su prima desaparecida desde hace una semana. Además, ella fue la que me echó de su casa a patadas. Y sabía que no tenía cómo regresar a mi casa. Era de cajón pensar que todos mis familiares sabían que yo en realidad estaba aquí y ninguno se había molestado en venir a buscarme. Mucho menos Claudia. Al fin y al cabo, todos excepto yo sabían que ella vendría esta temporada.

Miré a Alexander. No sabía cómo podía pasar tanto tiempo con una persona como Claudia. Ella tenía maldad. Era mala persona. Todos en el futuro sabíamos cómo era realmente; de lo que yo no tenía ni idea era de cómo se comportaba ella aquí.

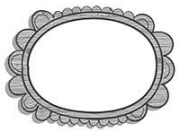
Empecé a sentir mi pecho subiendo y bajando. Me faltaba el aire. Miré el suelo y me concentré en respirar. Sentí una mano rodeando mi brazo y levanté la cabeza.

—¿Estás bien? —Los ojos de Alexander encontraron los míos.

—No te preocupes, Alexander —dijo Claudia poniendo un brazo sobre su hombro—. Ella suele preocuparse por sandeces.

Sentí que se me congelaba el brazo cuando Alexander apartó la mano.

—Necesito aire —dije sin más, me giré y empecé a caminar.



Querida hermana

HALEY

La tía Susannah se alegró mucho cuando le pedí las tijeras de costura, aguja, hilo y un poco de tela. Creía que iba a bordar. ¡A bordar! Sus esperanzas se esfumaron cuando vio que había recortado un trozo de tela ovalada del tamaño de mi cara y le había hecho tres orificios con unas tijeras. Metí la tela en un plato con productos naturales que le había pedido al médico para hidratar y reparar marcas de granitos que me hubieran podido salir por el estrés y me la puse en la cara.

—¡Como si no fuera ya suficiente tenerte con pantalones por la casa para que encima hagas estas cosas! —gritó Susannah mientras me miraba con los brazos en jarra.

—Hay que admitir que los pantalones le hacen buen culo —dijo George entre risas.

—Claro, eso es porque tengo un buen culo —le dije con soberbia.

Subí los pies sobre el sofá y me recosté para que la mascarilla no se moviera ni media pulgada. George estaba jugando al ajedrez con Elisabeth mientras desayunaban. Claudia estaba leyendo un libro en silencio. Ninguna de las dos le dirigió la palabra a la otra en todo el día salvo para asegurarme que mis padres estaban al tanto de que yo estaba bien. Ella me respondió asintiendo con la cabeza y volvió a meterse en su libro.

—Es que Haley no sabe comportarse —dijo Claudia rompiendo el tratado de paz que habíamos impuesto la noche anterior tras la fiesta de los Shefford.

—Al menos yo no dejo a mi propia prima en la estacada.

—¿Sigues con eso? Sabíamos que estabas bien. Y en realidad eres mi hermana, te lo he dicho mil veces. Haz que te entre en esa cabezota tuya.

—¿Cómo sabíais que estaba bien? —La miré de reojo—. Si no podíais verme.

—Por el gen —dijo ella levantando la cabeza del libro para mirarme.

—¿El gen?

—Es lo que te permite viajar en el tiempo. Es ingeniería genética.

—¿Vosotros lo sabíais? —Miré a George y Elisabeth intentando no fruncir el ceño para no mover la mascarilla.

—Culpables, chica —dijo George, y chascó la lengua.

—Es un secreto de familia, claro que lo sabían —dijo Claudia poniendo los ojos en blanco.

—Pues yo no lo sabía.

—Por supuesto que no.

—Me habéis dejado aquí. —Me enervé—. Sin agua caliente, internet, móvil ni tampones. ¿Querías torturarme?

—¡Yo ni siquiera quería que vinieras a este siglo! —Claudia cerró el libro de un golpe—. ¡Allí ya eras la popular, la chica perfecta! ¡Lo tenías todo y tenías que venir aquí para conseguir lo mismo!

—Perdona por… ¡caerme por un pozo!

—¡Eres como un puto grano en el culo!

—Y. TÚ. UNA. ¡HIPÓCRITA!

—¡QUE TE DEN! —Claudia se levantó enfadada y me lanzó una mirada furtiva; respiró lentamente y luego dijo, ya más calmada—: Me voy a leer a otra parte.

—Quiero irme a mi casa —mascullé.

—Solo te quedan dos días —me recordó tía Susannah, y se colocó bien las lentes.

—Mi padre podría haberme llevado al pozo igual que envió un coche para buscar a Claudia ayer. Pero no lo hizo por egoísmo.

La noche anterior, mi padre me pidió perdón por ocultar sus intenciones desde un principio. Me dio tanta pena en el fondo que no había podido negarme a quedarme allí dos días más. Sabiendo que mis padres estaban tranquilos, no estaba tan ansiosa por irme. Quería disfrutar lo que me quedara antes de irme.

—Sabes que lo de no llevarte fue una excusa para teneros a las dos aquí. —Susannah se sentó para bordar unos cojines de su habitación—. Cada vez que tu hermana ha venido, mi hermano le ha preguntado por ti, pero a Claudia no le gusta mucho hablar sobre ti.

—No nos llevamos bien —gruñí—. Me odia.

—Eso ya lo hemos visto —dijo George con una sonrisa aprensiva.

—Bueno, solo me quedan dos días aquí. Y tengo que disfrutarlos. —Me miré las uñas con la manicura hecha y estiré un poco la espalda—. ¿Sabéis si la señora Griffiths nos ha invitado a su día del deporte? —Y se hizo el silencio—. ¿Hola?

Miré a George. Él era el eslabón débil.

—Sí —dijo al fin después de mirarlo fijamente durante un rato.

—¡George! —gritó su madre.

—Madre, tiene derecho a enterarse. —George hizo un jaque—. Ya le habéis ocultado demasiadas cosas.

—La señora Griffiths te invitó a su día del deporte —confesó Susannah, y clavó la aguja en la tela.

—¿Solo a mí?

—Teniendo cuenta que eres una Conwy… Sí, solo a ti.

—Fantástico. —Me quité la mascarilla de la cara y me incorporé—. Ya tengo plan para hoy.

—Susannah miró mi rostro, fascinada, y después miró la mascarilla—. Es un invento maravilloso, eh. Hazte una mascarilla con tela y compartimos el potingue que me ha dado el médico.

—Si vas a ir a la fiesta del deporte deberías vestirte ya —dijo George, y me quitó la mascarilla de las manos para ponérsela él sobre la cara—. Elisabeth y yo también estamos invitados por ser Breton.

—Eso no es muy higiénico. —Hice una mueca—. Y ya estoy vestida. Así que podemos irnos cuando queráis.

—¿Cómo que ya estás vestida? —La pregunta acabó en un grito. Susannah se había pinchado con la aguja.

—Iré así.

George soltó una carcajada.

—¿Tú no decías que no querías casarte? —inquirió Elisabeth.

—Y no quiero.

—¿Sabes a cuántos hombres provocarás si vas con eso? —Elisabeth me miró el pecho descaradamente.

—Pues dos males tienen: provocarse y apaciguarse. —Crucé los brazos sobre mi pecho—. No voy a ir con vestidito para hacer deporte.

George miró mi camiseta blanca ajustada de tirantes anchos y escote redondeado. En realidad, era mi vestido del futuro cortado por abajo para usarlo como camiseta para estar por casa. Los pantalones largos eran de mi padre, pero Susannah me los había arreglado para poder llevarlos casi a diario. Me quedaban ajustados de la cintura y un poco más sueltos por el culo. Tenía que admitir que ese conjunto a lo Lara Croft en *Tomb Raider* me hacía un tipazo.

—¿Y el pelo? —George examinó mi peinado con las cejas en alto—. Llevas una coleta alta. Verán todos tus pendientes.

—Les diré que es la moda en Francia. —Encogí un hombro con indiferencia.

—No vas a ir así —dijo mi tía Susannah mientras dejaba la tela bordada de su cojín sobre el costurero—. Las mujeres llevan vestido.

—Mmm… —Me agaché para atarme las botas marrones y miré a Susannah desde el suelo—. No.

—Pienso llamar a Claudia —me amenazó mi tía. Si por ella fuera, me encadenaría a una silla.

—Te diré algo para que lo sepas, tía Susannah. —Me levanté y la miré con una sonrisa desafiante—. Claudia nunca ha podido contra mí y nunca podrá.

George empezó a reírse y Elisabeth no podía dejar de mirarme el pecho, alto y redondeado, que asomaba por el escote descubierto.

—¡Tienes que comportarte! —insistió Susannah, y yo sacudí la cabeza.

—Yo no pienso adaptarme a este siglo. Este siglo se adaptará a mí.



¿Pantalones o vestido?

ALEXANDER

El día del deporte era el mejor sin duda. La señora Griffiths decoraba buena parte de Hyde Park y llevaba a varios sirvientes para que sirvieran el almuerzo. No había banquete con platos elaborados y tampoco código de vestimenta. Era un día sin normas.

Frente al lago, habían colocado cuatro mesas con un fusil sobre cada una de ellas y, enfrente, a una distancia bastante alejada, dianas de madera con forma de persona. La cabeza era la máxima puntuación. Al otro lado del lago habían creado un círculo de flores perfecto para el juego del cazador. Un caballero sería el cazador y el resto nos tendríamos que esconder de él.

—Buenos días —me saludó Edwina mientras se acercaba a mí con la cabeza alta—. ¿No han llegado ya tus amigos?

—¿Acompañas al coronel? —pregunté mientras escrutaba al hombre de pelo oscuro y ojos negros que estaba comprobando los fusiles.

—Sí, me ha pedido que viniera con él.

—Ah, pues espero que os divirtáis.

—¿No estás celoso? —me preguntó con el ceño fruncido.

—¿Cómo?

—Creía que al verme con otro hombre sentirías algo. —Edwina buscó al coronel con la mirada.

—No soy nada celoso. —Vi a George con Elisabeth por el rabillo del ojo—. Y tengo que irme, lo siento.

Edwina se dirigió a las mesas donde estaban los aperitivos con el resto de las damas que acudían para acompañar a los caballeros que iban a participar en los deportes.

George me saludó con la mano y se sentó en una de las sillas junto a Elisabeth. Empezó a comer pastelitos de chocolate y fresas. Al contrario que el resto de los hombres, que llevaban ropa deportiva, él iba muy bien vestido. Llevaba una chaqueta marrón de terciopelo y un chaleco y unos pantalones de tela rígida color crema. Elisabeth se sentó a su lado con elegancia.

—Veo que este año tampoco participas —le dije a George con una sonrisita, y él puso los ojos en blanco con dramatismo.

—Estas cosas no son lo mío —me dijo mientras se fijaba en el resto de los hombres—. Lo sabes.

—Lo sé. —Levanté la mirada un poco para ver si Haley estaba por allí, pero no la vi.

«¿Haley? Será Claudia a la que buscas».

—¿Buscas a Claudia? —Quiso saber Elisabeth, y levantó una ceja.

—Sí. —Me tensé—. Haley me dijo que iba a intentar que la señora Griffiths los invitase.

George me sonrió.

—Pues lamento decirte que no ha venido —dijo Elisabeth con la voz firme, y George la miró con una sonrisa ladeada—. Alexander, van a empezar. —Elisabeth giró la cabeza hacia los hombres que estaban empezando a prepararse en la zona de tiro.

Me llevé las manos al borde de la camisa y me la quité. George me lanzó un besito al aire y yo le lancé la camisa a la cabeza a modo de respuesta.

—Esos abdominales y ese pecho van a robar corazones —dijo George con los ojos puestos en las mesas donde las mujeres estaban almorzando.

—No seas exagerado —suspiré.

—¿Crees que exagero? —George se llevó la mano al pecho, ofendido—. Si Haley estuviera aquí te diría que eso es para «rallar queso».

—¿«Rallar queso»? —pregunté con una sonrisa ladeada.

—Déjalo. —George agitó la mano—. Es algo que Haley dice mucho cuando ve a hombres sin camiseta que según ella están «buenos». Igual te lo dice.

Fruncí ligeramente el ceño.

—No sé cómo me iba a decir algo así cuando no está aquí.

—Ella estará de camino. —Elisabeth sonrió con malicia. Nunca la había visto sonreír así—. La señora Griffiths la invitó.

Busqué un cabello rubio oscuro ceniza por todas partes.

—Venga, Alexander. —George me señaló la zona de tiro—. Vete ya. Nosotros le indicaremos dónde estás cuando llegue. Es que ha habido un ligero problemilla en casa y llega tarde.

—¿Qué problemilla?

—Ah, ya lo verás…

Gruñí. George se despidió de mí con la mano. Era su manera de echarme.

Fui caminando hasta la zona de tiro. Los hombres se me quedaron mirando y la verdad es que no me gustó la sensación. No era el único con el torso al descubierto, pero aun así todos se me quedaron mirando. Los saludé y apartaron la vista abruptamente. Todos ellos volvieron a lo que estaban haciendo. Se colocaron junto a las mesas con los fusiles, en fila. Yo fui a la última mesa para compartir el fusil con dos hombres más. Uno de ellos era un baronet muy amigo de mi madre.

—Alexander —me dijo el baronet mirando mi pecho, y después subió la mirada hasta mis ojos —. Vas a revolucionar a las masas.

«Otro exagerado».

—Hay más hombres sin camiseta.

—Sí, pero…

—Empecemos a tirar. —Cogí el fusil con la mano y miré al baronet y al hombre que había a su lado—. ¿Anotáis los puntos?

—Yo lo hago —dijo el baronet, y cogió la pluma que había sobre la mesa—. Espero que seáis buenos.

—¿Me estás preguntando eso a mí en serio? —Sonreí con seguridad.

Miré la diana con forma humana que teníamos frente a nosotros, quité el seguro y disparé. En el centro de la cabeza. La máxima puntuación al primer tiro.

—Eso ha sido impresionante. Han alejado la diana hace un momento para que estuviera a una distancia de cuarenta pies. —El baronet anotó mi puntuación.

Empecé a oír exclamaciones ahogadas a mis espaldas. No les pensaba dar importancia, pero el murmullo se hizo insoportable. Cuando me di la vuelta y la vi aparecer en la zona de tiro con esos pantalones y su camiseta ajustada, mi corazón dio un vuelco. «¿Esa es la hija del marqués de Conwy?», preguntó uno de los hombres. Haley me saludó en la distancia y se acercó a mí con paso decidido y su coquetería habitual. Me obligué a mantener los ojos sobre los suyos.

—Buenos días —me saludó con una sonrisa gloriosa—. ¿Estáis practicando tiro?

Me obligué a cerrar la boca, puse el seguro del arma y la dejé sobre la mesa. El baronet se me adelantó y respondió:

—Sí, lady Haley.

Lo miré de reojo. No sabía que la conociera.

—¿Puedo participar? —preguntó ella con su deslumbrante sonrisa.

—Es que son armas —aclaró el baronet. A mí aún no me había vuelto la voz—. Temo que puedan ser demasiado grandes y duras para usted. Podría hacerse daño.

—Me encantan las cosas duras y grandes. —Haley sonrió con malicia. Su comentario hizo que se me tensaran hasta los dedos de los pies.

«Me encantan las cosas duras y grandes». Pff.

—¿Sabe tirar? —El baronet intentó ocultar que estaba tan nervioso o más que yo. Él no podía dejar de mirarla descaradamente, como todos los demás.

—¿Se sorprendería si dijera que sí? —Los ojos de Haley buscaron los míos—. Alexander, ¿es tu fusil? Te he visto disparando hace un rato.

—No —dije con toda la firmeza que pude reunir—. Es de la señora Griffiths. Todos son suyos.

—Ah, ya veo. —Haley miró las dianas y sonrió—. ¿Contáis los puntos?

—Sí. —Señalé las cuatro dianas—. Las dianas van de menos a más. Esta está a cuarenta pies porque es la penúltima. La cuarta está a cincuenta pies. Igual deberías ir a la primera si quieres

jugar; son diez pies.

Haley miró la primera diana y sonrió. Vi su oreja llena de pendientes y su pelo recogido en una coleta que caía sobre su hombro derecho.

—¿Crees que no lo haré bien? —Ella volvió a mirarme, y me sentí increíblemente afortunado porque me estuviera mirando a mí y pasando de los demás.

—Creo que es algo peligroso y que deberías empezar por la que está a menos distancia —le aconsejé—. Si quieres te acompaño a tirar.

Haley miró la tercera diana y entrecerró los ojos.

—Le has dado en el cabeza —me dijo, y yo asentí—. ¿Qué tipo de balas utilizan estos fusiles?

—Los fusiles de la señora Griffiths son nuevos. Las balas de plomo están recubiertas de cobre y… —Al baronet se le quedó la voz por el camino. Haley lo estaba mirando con su sonrisa coqueta.

—No se emocione, baronet. —Crucé los brazos sobre el pecho, y Haley volvió a mirarme—. Le sonríe así a todo el mundo.

—Vamos, Alexander, no sea tan duro con el pobre baronet. —Su comentario me molestó, aunque no se me notó en absoluto.

—¿Te acompaño a la primera diana? —le pregunté.

—¿Crees que seré capaz de darle a la cuarta hoy? —Haley esbozó una sonrisa socarrona.

—No. —Sacudí la cabeza—. Hay que ser muy bueno para poder darle a la cuarta diana.

—¿No me digas? —Haley puso su delicada mano sobre el fusil de madera roja.

—Sí.

—¿Quieres que te enseñe lo buena que soy?

Tragué saliva. Estaba tan tenso que hasta se me agarrotaron los músculos. Era como si ella me tuviera agarrado por la entrepierna.

Haley cogió el fusil como si no pesara nada y se lo llevó a la primera mesa. La fila de hombres se disolvió para dejarla pasar. Querían verla tirar; sentían curiosidad. Ella se puso frente a la mesa y agarró el fusil. Deslizó una mano por el cañón, comprobó su peso y se puso en posición; disparó y su hombro amortiguó el retroceso con naturalidad. Todos los hombres empezaron a gritar al descubrir que había dado al blanco. Y no solo había dado en el blanco, sino en el centro de la cabeza. La miré con las cejas levantadas, pero ni siquiera se percató de mi presencia. Se fue con el fusil a la siguiente mesa y repitió el proceso. Así hasta llegar a mi diana. Mi jodida diana. Apuntó y disparó. Uno de los hombres se acercó corriendo a la figura de madera.

—¡Ha dado en el agujero que ya estaba hecho! —gritó, y yo me estremecí.

Haley se giró para mirarme y me sonrió con superioridad. «Su bala ha pasado por el agujero que yo había hecho», me dije. Estaba alucinando. No me lo podía creer. Y tampoco me podía creer lo mucho que me ponía verla disparando.

—¿Solo me queda la última? —Su voz sonó más provocativa y sensual de lo habitual. Sentí que me tenía totalmente a su merced.

—Sí —dije, con tono hosco.

Haley se encaminó a la última mesa contoneando las caderas. La cabrona sabía que la estaban observando y le encantaba.

La vi disparar como toda una profesional. Los hombres la seguían como si fueran perros, expectantes y maravillados por su colosal presencia. Volvió a acertar el tiro en la cabeza. Cuando terminó, se acercó a mí y elevó las comisuras de sus carnosos labios. Me dio el fusil y miró el blanco.

—¿Lo superarás? —me preguntó, aun sabiendo que eso era imposible.

—Espera aquí, querida. —Suspiré para descargar la tensión. Quité el seguro, apunté y disparé. Dio en el blanco, en el mismo sitio al que ella le había dado.

—No ha estado mal —me dijo con una sonrisa seductora.

—No has perdido, pero tampoco has ganado.

—Admite que no te lo esperabas.

«Joder, claro que no me lo esperaba».

Tenía la respuesta a su pregunta, pero no quería darle el gusto de oírla, así que me di la vuelta y empecé a caminar hacia las mesas. Me estaba volviendo loco y, aún peor: estaba convencido de que ella lo sabía.



El cazador y su presa

ALEXANDER

El juego del cazador estaba a punto de empezar. El duque era el cazador y el resto éramos las presas. Haley se alegró mucho al saber que James estaba en Hyde Park durante el día del deporte, tanto que hasta me extrañó. Ella aseguraba que solo quería verlo para enterarse de una vez por todas de lo que había ocurrido veinticinco años atrás, pero yo estaba convencido de que James le interesaba en un aspecto más íntimo.

—¿Qué ocurrió hace veinticinco años con el duque? —El primer sorprendido por formular aquella pregunta fui yo. Habíamos terminado de comer y seguíamos sentados alrededor de nuestra mesa.

Haley giró la cabeza bruscamente y me fulminó con la mirada.

George no se quedó atrás. También vi el infierno en sus ojos.

—Nada relevante —dijo Elisabeth, cortante.

—¿Y por qué no puedo juntarme con James? —quiso saber Haley.

—¿James? —preguntó George esbozando una mueca—. ¿Lo llamas por su nombre?

Haley asintió con la cabeza. Yo me puse la camisa entreabierta y me recosté en la silla. Luego miré el té que tenía delante como si fuera lo más interesante que hubiera visto en días. Probablemente lo era. Si no contaba a Haley, por supuesto.

—No son cosas para hablarlas aquí —dijo Elisabeth con el ceño fruncido.

—¿Y en casa? —preguntó Haley.

—Menos aún, querida —dijo George, y le dio un sorbo a su té.

—¿Claudia lo sabe? —inquirió Haley.

—Tampoco —respondió George—. Son cosas de las que es mejor no hablar.

—Pero yo quiero hablar —insistió Haley.

—Te vas en un día y medio, déjalo estar. —George dejó su té sobre la mesa y a mí se me formó un nudo en la garganta—. Puedes vivir sin saberlo.

Haley lo atravesó con sus ojos azul cielo y siseó. Algo me decía que ella no se iba a ir sin saber la verdad. Era demasiado cabezota.

—Marqués, vámonos. —Haley se levantó de la silla y empezó a caminar moviendo su perfecto culo hasta la orilla del lago. Yo, como un niño bueno y obediente, la seguí.

—¿Vas a jugar también a esto? —le pregunté mientras me cruzaba de brazos.

Ella me pegó un repaso con la mirada y asintió lentamente. Como si estuviera pensando en

otra cosa que no fuera el juego…

—Sí.

—¿Sí? —Sonreí—. No te has pensado mucho la respuesta. ¿En qué piensas?

—Es que era una respuesta de sí o no, pavo. Y no estaba pensando en nada en particular…

Haley arqueó la espalda hacia delante, pasó las manos por detrás de su cintura y se tocó los codos con las manos. Mis ojos viajaron hacia su pecho un momento. Solo un jodido momento.

—Ya, venga. Vamos a la zona de juego.

Haley se puso junto a mí. Con cada paso, su coleta se movía de un lado a otro. Los mismos caballeros que habían estado en la zona de tiro con nosotros, se encontraban ahora en la zona de juego. Salvo por una última incorporación. El…

—Duque —dijo Haley con su melodiosa voz acercándose a James.

Él la miró de arriba abajo y después sonrió.

—Buenas tardes, lady Haley. Veo que la señora Griffiths al final ha decidido invitarla.

—Sí, pero solo a mí. —Haley le sonrió con coquetería, con esa sonrisa que también me solía poner a mí muy de vez en cuando—. Por cierto, ¿dónde está? No la he visto.

—Está allí. —James señaló hacia una mesa con varias señoras, y Haley se pegó a James para ver dónde estaba señalando exactamente —. Debería venir ya para dar comienzo el juego.

—¿Vas a jugar?

—Sí, seré el cazador.

—Me gusta ver que nos llevamos bien, James.

«¿James?», pensé. «¿Lo acaba de llamar por su nombre?».

—Yo tampoco diría que es eso —dijo el duque con su falsa sonrisa de niño bueno—. No nos matamos.

—James, ¿por qué te cuesta tanto ser mi amigo? —Haley se cruzó de brazos.

—Es complicado.

—Hagamos una cosa. —Ella se inclinó un poco hacia delante y le sonrió—. Tu eres el cazador y yo una presa, ¿no? —Él asintió—. Muy bien, pues si ganas tú te dejaré tranquilo… Pero si te gano yo…, accederás a intentar ser mi amigo.

—¿Es consciente de que no ganará? —La voz de James sonó más grave de lo normal. ¿Por qué cojones estaba agravando la voz?

—¿Eres consciente de que yo siempre gano? —Haley alzó una ceja—. ¿Es que ayer no te hice una buena demostración de hasta dónde soy capaz de llegar?

—Sí, lo hiciste.

—Y hoy también lo haré.

Haley se volteó y caminó hasta mí con una sonrisa triunfal. Me clavó un dedo en las costillas y yo se lo agarré en un acto reflejo.

—Me has estado escuchando —aseguró ella con el ceño fruncido.

—Esto es una zona pública. —No le solté el dedo—. Si no querías que escuchara tus estrategias amorosas habértelo llevado a otra parte más alejada.

—Es que si me lo hubiera llevado para hablar seguro que os habríais pensado que estábamos haciendo algo obsceno.

Le solté el dedo y ella dejó caer el brazo con cierto reparo. Tenía una mano pequeña con las uñas pintadas en un «degradé blanco». Así era como lo llamaba ella, pero para mí eran unas uñas que simulaban una nevada de invierno en plena tarde.

—Yo no lo hubiera pensado —suspiré.

—Porque tú eres «normal».

—¿Eso ha sido un cumplido? —Esbocé una sonrisa socarrona, y ella se tensó.

—Nop. —Juntó los labios para acentuar el sonido de la pe y después miró hacia donde se encontraba la señora Griffiths—. ¿Cuándo empieza esto?

Como si la hubiera escuchado, la señora Griffiths se levantó y vino a la zona de juego mientras mecía su bastón, como si lo llevara solo de adorno. Llevaba el pelo rubio recogido con un sombrero rosa y sus ojos grises recorrieron a Haley en cuanto la vieron.

—Me alegra ver que todos siguen con nosotros dispuestos a continuar con el día del deporte —dijo la señora Griffiths, y le dirigió una mirada fugaz a James—. Os esconderéis de dos en dos y el duque os dará caza. Gana todos los años, así que espero que se lo pongáis difícil esta vez. —La señora Griffiths nos miró a todos y sonrió con calidez—. Como este año es el primero en el que hay entre nosotros una dama, será la primera en elegir pareja. ¿Quién está interesado en ser su pareja?

Todos los hombres levantaron la mano. Todos excepto yo. No porque no quisiera, sino porque no estaba seguro de si ella querría formar equipo conmigo. Haley soltó una risotada que recorrió mi piel.

—No puedo elegir… —murmuró, fingiendo estar avergonzada. Pero era puro teatro; aquella chica no tenía ni un ápice de vergüenza.

—Debe elegir usted, querida —dijo la señora Griffiths mientras nos miraba a todos.

—¿Formas equipo, marqués? —Su voz sonó candente.

Me giré para mirarla; me lo estaba preguntando a mí.

—¿Estás segura? —pregunté, y todos los hombres bajaron sus brazos con muecas de disgusto.

—Has escuchado mi conversación con el duque, ¿no? —susurró, y yo asentí con sinceridad—. Pues habrás escuchado la parte en la que le he dicho que pensaba ganarle. Y solo puedo conseguirlo si me ayudas.

—¿Quieres que te ayude a acercarte al duque? —Me pasé la mano por el cuello y ella miró mi brazo con la boca entreabierta. Tenía una boca… Unos labios… lo tenía todo.

—Sí. —Haley apartó su mirada en cuanto bajé el brazo—. James terminará contándome lo que ocurrió hace veinticinco años.

—¿Por qué tienes tanto interés en saberlo?

—Eso te lo contaré en otro momento con vino de por medio. —Ella me sonrió, y yo sentí que me derretía.

—Muy bien, pues más te vale esforzarte. —Miré a James de reojo—. Seguro que es rápido y astuto. Aunque parezca que es un tonto, creo que solo se lo hace.

Haley me dio un codazo y soltó una carcajada que realizó muy bien su función: estremecerme.

—¡Eres más calculador que yo!

—¿Lo dudabas? —Le devolví la sonrisa—. Yo a ti te doy mil vueltas, cariño.

Sus ojos centellearon. Ese día tenían un brillo peculiar. Sabía que siempre estaba muy guapa y el efecto que causaba en la gente, pero ese día fue distinto. Yo sentía que una parte de aliento se escapaba de mi cuerpo cada vez que la miraba a sus ojos azul cielo.

—Empiecen a esconderse —dijo la señora Griffiths mientras daba varias palmadas estridentes.

Yo no me había dado ni cuenta de que todos los hombres estaban repartidos en grupos de dos y ya habían empezado a correr para ocultarse. Cogí a Haley de la mano y tiré de ella para que empezase a correr. Ella me devolvió el apretón y agilizó la marcha. Esquivamos ramas, árboles, bancos, mesas, sillas y personas. Pensé en un buen lugar para ocultarnos, pero todos los buenos sitios estarían cogidos por esos «chimpancés sin neuronas». Tiré de Haley para que se detuviera y ella se paró de golpe y me miró con los mofletes rosados. Me recosté sobre el tronco de un árbol delgado para recuperar el aliento.

—No deberíamos alejarnos más —le aconsejé—. Si quieres ganar tienes que llegar al círculo de las flores. En el caso de que estés lejos, James tendrá más posibilidades de interceptarte. Tenemos que quedarnos por aquí.

—Muy bien. —Haley puso los brazos en jarras—. ¿Sabes trepar árboles?

—¿Cómo?

—Vamos a trepar este árbol. —Ella miró el tronco rugoso en el que estaba apoyado y lo tocó con la palma de la mano—. ¿Podrás?

—¿Y tú?

—Vamos, ¿quién no ha trepado un árbol alguna vez en su vida?

—Vale. —Las ramas estaban bastante altas—. ¿Cómo piensas subir?

—Tú me ayudarás. —Haley se puso frente al árbol con las manos apoyadas en él y miró la primera rama—. Impúlsame cogiéndome del culo.

—¿Qué?

—Que me impulses cogiéndome del culo o los muslos o de donde quieras.

Bajé un poco la mirada hasta su culo redondo y perfecto. Perfecto para morderlo.

—¿No puedes subir sola o qué?

—No llego, idiota.

Examiné la rama y después sus brazos extendidos. Con cogerla del trasero y levantarla bastaría para hacer que llegara a la rama. Solo era un trasero. Precioso. No me lo pensé más. La agarré por los muslos sin llegar a tocarle las nalgas y la impulsé con fuerza y firmeza hacia arriba. Ella agarró la rama y subió una pierna y luego la otra. A mí no me hizo falta impulso. Podía llegar a la rama e impulsarme con los brazos. Y eso fue lo que hice. Haley se levantó con cuidado y subió a la siguiente rama; yo la seguí. Subimos lo suficiente para que los que pasaban por debajo no pudieran vernos gracias al follaje. Apoyé la espalda contra el tronco y dejé las piernas colgando a lado y lado de la rama en la que estábamos subidos. Haley se sentó sobre sus talones, de frente y muy cerca de mí. Moví las aletas de la nariz. Podía oler su aroma a vainilla.

—¿Crees que el duque tardará mucho en alejarse? —pregunté con curiosidad.

—Empezará a buscar cerca de la zona y después irá recorriendo terreno, así que… sí.

—¿No has pensado en preguntarle directamente y ahorrarte todo esto? —Puse los ojos en blanco—. Es absurdo.

—James no me lo contará si no confía en mí —me dijo convencida.

—¿Cómo estás tan segura?

—Cuando llegué aquí desde Francia tuve un problema y él me ayudó. —Haley se apretó la coleta y agregó—: Claro, entonces él no sabía que soy una Conwy.

—¿Te ayudó?

—Sí, hasta dormí en su casa. —Sentí que un nudo me oprimía la garganta—. Y el día de la ventana fui a su casa.

—¿Ese era el «peligro» al que tenías que enfrentarte?

—Sí, y como pudiste averiguar…, no salió como yo esperaba. Básicamente me dijo que no se fiaba de mí y luego me echó. O yo me fui. El resto de la historia ya la sabes… Me encontré a tu madre y luego a ti.

—Mmm.

Me percaté de que Haley se frotaba los brazos con las manos. Estaba empezando a refrescar y bajo la sombra del árbol el frío era aún más intenso. Resoplé y miré su piel erizada. Me quité la camisa y ella me observó en silencio. Se la ofrecí, pero como no se atrevía a aceptarla, se la metí por la cabeza y ella ya hizo el resto.

—¿No pasarás frío sin camisa? —me preguntó mirando mi pecho descaradamente.

—Tú estás helada.

—Pero entre mi camiseta y la tuya… —Haley dirigió la vista hacia su ropa—. Voy más tapada que tú con diferencia.

—Puedes quitarte las dos si quieres.

No pude evitar reírme al ver su cara enrojecida.

—Eres un cerdo.

—Y tú una descarada. —Me crucé de brazos y eso hizo que ella me mirara con más intensidad —. Deja de mirarme el cuerpo.

—No te miro el cuerpo —dijo. Fruncí ligeramente el ceño y por fin subió los ojos hasta los míos—. Vale, ya paro.

Mi camisa le quedaba mejor a ella que a mí. Aun así, ella seguía teniendo frío. Era como un gatito temblando. Cruzó los brazos y hundió su pequeña nariz dentro de la tela de la camisa. No sé si fue por inercia, pero deslicé mis manos hasta su espalda y tiré de ella hacia mí para pegarla a mi pecho. Cuando se percató de que su mejilla rozaba mi pecho desnudo, apoyó la palma de su mano sobre uno de mis pectorales y se hizo un poco hacia atrás, pero yo no la soltaba de la cintura. Mantuve mis manos sobre su espalda para evitar que se alejase. Ella levantó un poco la cabeza y me miró a los ojos. Los suyos brillaban con fuerza.

—Tienes frío —le dije con un gruñido, y enfrenté su mirada fogosa.

—Y seguro que tú también.

Me embelesé observando las curvas que formaban sus caderas en un explosivo contraste con su estrecha cintura. Sus redondos pechos casi tocando mi abdomen. Deseando que lo rozasen. Miré sus labios color cereza y sus mejillas rosadas. Su respiración acariciaba mis labios de forma tortuosa. La tenía tan cerca. Era tan sencillo inclinarse para besarla…

—¡Corre! —gritó alguien debajo de nosotros, y lo quise matar.

Haley se revolvió un poco con la intención de poner distancia entre nosotros y yo aumenté la fuerza que ejercía sobre ella para que se pegara totalmente a mi cuerpo. Vi su coleta mecerse con el brusco movimiento y después algunos mechones rozaron mis brazos. Sentí sus labios moviéndose en mi pectoral derecho.

—Alexander… —murmuró. Casi fue una queja o un gemido.

—Cállate —le susurré al oído y sentí sus músculos tensarse sobre mi piel—. Tienen que estar cerca. No hagas ningún sonido ni movimiento.

Sus manos, que no se habían a atrevido a tocar aún mi cuerpo, empezaron a explorar cada centímetro de mi piel. Los brazos, la espalda, los pectorales, el abdomen. Sus manos ardían, eran como un hierro hirviendo. No quería que se detuviera; quería que siguiera acariciándome. Un poco más abajo.

—¡No puedo correr más! —gritó alguien más.

Maldije en silencio. Me aparté un poco para intentar mirar el suelo y vi a James pasar corriendo bajo nuestro árbol. Era rápido. Tanto que para que Haley ganase necesitábamos un plan.

Solté su espalda y busqué sus manos. Las cogí y ella levantó la cabeza para mirarme. Su

respiración era suave, pero al mismo tiempo intensa, y sus ojos brillaban incluso más que antes. Me costó no agarrarla de la nuca, atraer sus labios a los míos, lamer cada rincón de su boca…

—Necesitamos un plan —dije mientras apartaba esas apetecibles ideas de mi mente.

Haley se separó de mí como si le acabaran de echar un jarro de agua fría por encima, y volvió a adoptar la misma postura que había adoptado tras subir a la rama.

—¿Correr mucho? —me preguntó con una sonrisa nerviosa.

—Yo saldré primero y atraeré la atención del duque en una dirección opuesta al círculo de flores. —Me incorporé para empezar a bajar del árbol—. Y tú mientras correrás hacia el círculo. —La miré de reojo—. ¿Necesitas que te ayude para bajar?

—No. —La palabra salió tan rápida y enérgica de su boca que me provocó una risa.

—¿Qué pasa? —le pregunté con sorna—. ¿Antes te he puesto nerviosa?

El color rojo de sus mejillas se intensificó. Ella apartó su mirada de la mía con el ceño fruncido y, finalmente, sacudió la cabeza.

—Baja ya —rechistó.

Me reí en silencio y empecé a descender poco a poco. Haley iba detrás de mí a paso lento pero seguro. Me giré un par de veces para cerciorarme de que no necesitaba mi ayuda y ya de paso la recorrí con la mirada y dejé escapar algún que otro suspiro silencioso.

Salté al suelo y miré hacia la derecha y luego a la izquierda. Empecé a correr en busca de James. Me volteé para asegurarme de que Haley no se hacia daño al bajar sola, y cuando la vi de pie junto al árbol me relajé.

—¡Viene por detrás! —gritó alguien entre los arbustos, y me dirigí hacia el sonido.

James estaba al otro lado de los arbustos agarrando del brazo a uno de los caballeros. Le pintó la cara con una especie de polvo naranja y regresó a su búsqueda. Provoqué un sonido, y él se giró abruptamente. Nos miramos unos segundos antes de yo empezar a correr en dirección opuesta a Haley. James mordió el anzuelo. Me persiguió saltando por los arbustos, esquivando los troncos de los árboles, saltó charcos de agua estancada. Pero yo era más rápido. Me paré en seco cuando me percaté de que James no estaba detrás de mí, y entonces lo supe.

—Haley… —me dije en voz alta antes de salir corriendo hacia el círculo de flores.

Vi a Haley casi salvada, le quedaba tan poco para llegar al maldito círculo… Pero entonces James apareció por su derecha, avanzando velozmente hacia ella. Nunca había visto a Haley correr tan rápido. Ni durante el juego de los relevos. Jamás. Su coleta golpeaba el aire como un látigo y sus pies eran ágiles, seguros, veloces. Estaba a cuatro pies del círculo cuando James se lanzó hacia ella, y ella saltó hacia el círculo. Ambos cayeron rodando sobre la hierba, abrazados el uno al otro, y se detuvieron en el interior del círculo. James estaba sobre Haley, cosa no me hizo demasiada gracia.

James se incorporó un poco para permitir que Haley respirase. Ella estaba debajo de él,

sonriendo de oreja a oreja. Había ganado.

—Bien jugado —dijo James mientras la miraba desde arriba.

«¿Te podrías levantar ya?».

—No he ganado sola —dijo ella, y me miró mientras James seguía sobre ella. Odiaba esa imagen.

James giró la cabeza y en cuanto me vio se levantó abruptamente. Yo me acerqué a ellos con el cuerpo sudoroso y la respiración entrecortada por haber corrido tanto. El resto de los jugadores empezó a llegar al círculo para felicitarnos, incluida la señora Griffiths, con su sombrilla rosa en la mano y su bastón en la otra.

—Marqués, ha sido una buena estrategia —dijo el duque con una sonrisa de bobalicón.

—Ya, ha cumplido con su cometido.

Me acerqué a Haley, que seguía tumbada bocarriba en el suelo, y le ofrecí mi mano. Ella aceptó mi ayuda con una sonrisa implacable y se levantó como una diosa.

—Alexander, gracias —me dijo delante de todos. Su voz me palpó los huesos.

Asentí con la cabeza y me fijé en mi camisa blanca sobre su cuerpo. Pensé en regalársela y en pedirle que se la pusiera todos los días.

—Enhorabuena, lady Haley —dijo la señora Griffiths acercándose a ella mientras las faldas de su vestido rosa oscuro ondeaban por el aire—. Ha sido capaz de ganar a mi James.

Los jugadores se fueron para regresar con sus esposas o, simplemente, llegar a casa para descansar.

—Es que Alexander es buen estratega. —Haley miró a la señora Griffiths—. Ha sido un día muy divertido; le estoy muy agradecida por haberme invitado.

—Oh, tranquila. —La señora Griffiths la miró fijamente a sus ojos azules—. Quería asegurarme de que estaba bien aquí en Londres. Es un alivio ver que disfruta tanto de la temporada.

—La verdad es que es más divertida de lo que me imaginaba.

—Todo depende siempre de cómo se aborden las cosas, querida.

—Sí… —Haley miró a James de reojo y volvió la vista a la señora Griffiths—. Por cierto, mi familia da un baile de despedida para mí mañana por la noche. Si quisiera venir, yo la invito en nombre de los Conwy.

Fruncí ligeramente el ceño. Eso era una mala idea.

—¿Se marcha?

—Sí, regreso a Francia con la familia de mi madre.

—¿No me diga? —La señora Griffiths hizo un mohín—. Vaya, eso es una pena… Y es muy amable, querida, pero me temo que no debería asistir. Por respeto a los Norwich.

Haley miró a James con maldad y después sonrió.

—James viene conmigo —dijo con firmeza—. Será mi pareja durante el baile.

Sentí que se me helaba la sangre. Lo que corría por mis venas era hielo.

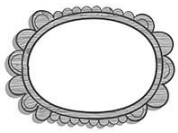
—¿Qué? —inquirió James, y se pasó una mano por su pelo rubio—. No.

—Te he ganado, hemos hecho un trato. —Haley se cruzó de brazos, y la señora Griffiths soltó una risita agradable—. Es mi baile y son mis invitados.

—No quiero problemas con los Conwy. —James suspiró lentamente sin apartar los ojos de ella.

—En realidad, ya los tienes, ¿no? —Haley lo miró por encima del hombro—. Pero entiendo lo que dices y, por eso…, seré la que se enfrente a mi familia. Te doy mi palabra.

James acabó cediendo, y lo entendí; cualquiera cedería ante ella.



Baile de despedida

HALEY

Los preparativos estaban listos. Los Conwy celebraríamos el primer baile de la temporada en mi honor. Una extravagante fiesta de despedida para la hija menor del marqués. El salón azul iba a ser la pista de baile; retiraron los sofás y la mesa del té y colocaron luces de gas por todos los rincones. El pasillo había sido decorado cuidadosamente con guirnaldas de hojas y flores, y el comedor estaba repleto de aperitivos y bebidas alcohólicas. Mi padre fue estricto en cuanto a la decoración. Pidió que llenaran la casa de plumas extravagantes y caras, y que las flores fueran tan coloridas que nos hicieran creer que estábamos en medio de una pradera. Quería excentricidad y lujo.

Yo pasé todo el día arreglándome. Me puse el vestido blanco con adornos dorados y coloqué las horquillas enjoyadas en el medio recogido que me había hecho yo solita.

—No me lo puedo creer —musité cuando vi la sangre en mi ropa interior.

Era la regla. Tan puntual como un reloj.

Me quité la ropa interior sin manchar el vestido y me puse una especie de gasa para la regla que me había dado Susannah la noche anterior. Lo que no sabía era que al final tendría la jodida mala suerte de empezar con el periodo la última noche que me quedaba en el pasado. Gimoteé de la rabia y busqué a Claudia por toda la casa. La encontré en su cuarto. Llevaba un vestido plateado y se había recogido el pelo como si ya fuera una mujer casada.

—¿Qué haces en mi habitación? —me preguntó con una ceja en alto.

—¿Qué haces tú en este lugar cuando te baja la regla? —le pregunté, y ella siseó.

—Me pongo tampones.

—¿Tienes tampones? —Se me iluminó el cielo.

—Primer cajón del tocador —gruñó Claudia, y señaló el cajón de color blanco.

Fui a su tocador, abrí el cajón y cogí un tampón. Era maravilloso.

—Por Dios, menos mal. —Lo miré como si fuera oro—. Gracias, Claudia.

Ella no me respondió. Se echó un poco de perfume y me hizo un gesto con la mano para que me marchara. Ella era dos años mayor que yo y nunca nos habíamos llevado bien. Me resultaba más fácil pedirle un tampón a una desconocida que a mi prima. Aunque en realidad era mi hermana. Ella creció yendo y viniendo a este siglo, y se había adaptado como un militar experimentado.

—Vuelves mañana a casa, ¿no? —me preguntó antes de poder salir de su cuarto.

—Sí. —Me di la vuelta para mirarla; se estaba poniendo los guantes—. Me llevará Max a primera hora.

Claudia me miró por encima del hombro.

—Saluda a mis padres de mi parte si los ves.

—¿Cuándo piensas regresar? —Cambié el peso de una pierna a la otra.

—No pienso regresar hasta que asegure mi matrimonio.

—¿Te piensas casar aquí? —Fruncí ligeramente el ceño—. Pero si te queda nada para terminar la universidad y…

—No quiero seguir con la universidad. —Claudia examinó su imagen reflejada en el espejo—. Me gusta este sitio. Los bailes, la gente, la despreocupación. Aquí no hay exámenes ni solicitudes de trabajo.

—Creía que querías ser enfermera.

—Eso no es nada en comparación a tener un título en este tiempo. Además, aquí también puedo ser enfermera.

—Pero… ¿vivirás aquí? —Me acerqué a ella—. Esto no es vida, Claudia.

—Una chica popular que de lo único de lo que se tiene que preocupar es de cuántos me gusta tiene en Instagram no creo que tenga mucho de lo que hablar. —Claudia me miró de hito en hito y luego se levantó de su silla de madera para acercarse a mí.

—Oye, que yo me estoy sacando la carrera de Derecho y tengo vida, ¿sabes?

—Claro, Haley la perfecta. Guapa, inteligente, extrovertida, rica…

—Pero si tú también eres todas esas cosas.

—Pero parece que nunca seré mejor que tú. —Claudia chasqueó la lengua y sacudió la cabeza más para sí misma que para mí—. Lárgate.

—¿Te has enfadado por algo? —Hice un ademán con la mano hacia mi pecho—. Si quieres comprometerte aquí, casarte y quedarte aquí. Yo lo respeto. Y si alguna vez necesitas… tampones o algo…, a mí no me importaría dejártelo. —Dejé caer las manos a mis costados—. Tú entiendes lo que quiero decir.

—Sí, pero no hará falta.

—Yo no estoy en tu contra. Soy tu prima —dije. Claudia puso los ojos en blanco—. Hermana o lo que sea —rectifiqué.

—Lárgate —repitió, y yo me fui de su cuarto ofuscada.

El baile había llegado a su máximo apogeo y James no estaba por ningún sitio. Me había dado

plantón. A mí.

Fui a la sala de baile, donde habían formado seis filas simétricas y todos bailaban con todos. Alice estaba sentada en una silla, esperando a que alguien la sacara a bailar. Claudia estaba bailando con Alexander. Llevaban tres bailes. Me resultó raro hasta a mí, y eso que yo era del siglo XXI.

—¿No ha venido el duque? —le pregunté a Alice, y ella sacudió la cabeza.

—He oído que lo invitó —dijo Alice mientras miraba a la gente bailar.

—Sí, para intentar que se extinguiera la brecha que hay entre nuestras familias. —Miré a la gente que bailaba sin parar.

—¿No tiene otra pareja? —me preguntó.

—No, ¿tú?

—Tampoco. —Alice miró a Claudia y a la chica que había a su lado. Ambas estaban bailando y pasándoselo en grande.

—¿Te apetece bailar?

—Claro, pero ningún hombre me saca a bailar.

Solté una sonora carcajada y la miré con coquetería. Ella se sonrojó.

—¿Bailas conmigo? —Eché un vistazo a las filas—. Aunque yo no sé bailar eso. Pero podemos improvisar; solo necesitamos un poco de alcohol para que te animes.

Fui a la mesa del ponche y serví dos copas. Una se la di a Alice y otra me la quedé yo. Esa misma tarde había visto a los empleados haciendo el ponche y yo, como tenía una mente brillante, le había echado más alcohol sin que nadie se diera cuenta. Dos copitas y estaríamos bailando sobre la mesa de los aperitivos. Miré a Alice y vi que empezó a beberse la copa como si fuera agua. Le di un sorbo a la mía para comprobar que no se habían dado cuenta de mi travesura y hubieran cambiado el ponche. Hice una mueca cuando el alcohol abrasó mi garganta.

—Está bueno —dijo Alice con una sonrisita, y yo alcé una ceja.

—Está asqueroso. —Dejé la copa sobre una mesa y levanté a Alice de esa silla incómoda—. Vamos a bailar.

—¿Sin un hombre?

—Hoy tienes el privilegio de bailar conmigo. —Le guiñé un ojo con picardía—. Valóralo.

Alice acabó por ceder. Sujetó mi mano y me llevó a el extremo de una fila. Cuando nos colocamos una frente a la otra, me dijo:

—Muy bien, haga lo mismo que yo. —Por su tono, parecía que no le daba importancia a las miradas que nos echaban.

Me fijé en Alice todo lo posible. Cada vez que ella levantaba una mano, yo también lo hacía. Cuando ella giraba, yo también lo hacía. El momento más divertido fue cuando tuve que cogerla por la cintura y ella me cogió a mí del hombro. No podía parar de reírme a carcajadas.

—¡Si haces eso me vas a volver a pisar! —reí, y eché la cabeza hacia atrás.

—¡Es que es el otro pie! —exclamó Alice, sofocando una carcajada.

La gente dejó de bailar y se paró a observarnos. Alice y yo dábamos vueltas sin seguir ningún orden de pasos lógicos. Esos bailes eran demasiado difíciles y elaborados; era imposible pasarlo bien bailando así, con tantas normas y protocolos. Era una mierda. Di un brinco cuando sentí su pie bajo el mío y ella soltó un gritillo; yo no podía parar de reír escandalosamente y le contagié la risa a Alice. No era lo mismo que una discoteca, pero tampoco estaba tan mal. Era divertido hacer el tonto.

—¿Otra copa? —le pregunté por encima de la música, y ella asintió.

Vislumbré a Alexander mirándome con una sonrisa provocadora y deslumbrante. Giré una última vez y me choqué con su perfecto pecho. Él me cogió por los codos y clavó los ojos en mi rostro.

—Buenas noches —me saludó con su voz de seductor.

—¿Sabes qué? —le pregunté.

—¿Qué?

—El maldito duque me ha dado plantón. —Sonreí—. Me han dado plantón a mí. A MÍ.

La sonrisa en la cara de Alexander se esfumó.

—Lo siento —me dijo con expresión preocupada. Sus manos seguían sujetando mis brazos, y permanecieron ahí más tiempo de lo que deberían.

—No es para disculparse.

—Te esforzaste mucho para conseguir que apareciera.

—Bueno, que le den. —Alexander soltó mis brazos y yo le fruncí el ceño—. Intenté que se llevara bien con mi familia, tú lo sabes.

—Eso es absurdo. —La voz de Claudia me sobresaltó. No me había dado cuenta de que estaba detrás de Alexander—. El duque nunca vendría a un baile de los Conwy.

—Es que no entiendo esa manía tan absurda —insistí, y me separé de Alexander.

—Yo tampoco, pero es así.

—Sinceramente, creía que el duque aparecería, pero ya veo que me equivocaba. —Me encogí de hombros—. Perdona por haberte metido en mis complots —le dije a Alexander.

—¿Qué complots? —quiso saber Claudia.

—Alexander me ayudó a intentar hacerme amiga del duque.

—Me habían comentado que se llevaban muy bien. —Claudia nos miró a Alexander y a mí con el ceño fruncido—. Pero nunca imaginé que se llevaran tan bien.

—Ya, depende del día. —Le guiñé un ojo a Alexander.

—Me alegra saber que son tan amiguitos —dijo Claudia con una sonrisa de cortesía. Alexander miró a Claudia fijamente y luego a mí—. Al fin y al cabo, Alexander formará parte de

la familia.

Fruncí ligeramente el ceño.

—¿Se casan nuestros padres? —le pregunté a Alexander haciendo una mueca.

Él no me estaba mirando a mí, sino a Claudia.

—No seas boba. Alexander y yo vamos a comprometernos.

La sinceridad de Claudia casi consiguió perforarme el pecho. Miré a Alexander con el ceño fruncido y él me enfrentó con su mirada penetrante.

—Mmm.

—Es una lástima que no puedas estar aquí para la boda porque te vas a Francia.

Claudia miró a Alexander con los ojos centelleando y a mí casi me dio una arcada.

—Ya, una putada —solté.

—Haley, no hables de esa manera —me reprendió Claudia. Me estaba empezando a tocar las narices.

El problema no era que se estuviera comportando como siempre; lo que ocurría era que solo de imaginarme a mi prima (hermana) besando a Alexander me ponía enferma.

—Es mi última noche, voy a pasármelo bien. —Lo dije más para mí misma que para ellos—. Pero antes necesito otra copa.

Le di la espalda a Claudia y Alexander para ir a por más ponche. Alice estaba bebiendo y me ofreció un vaso en cuanto me vio acercándome. Me lo bebí de un trago. Y lo que me daba más rabia no era irme a mi siglo y que Claudia se fuera a casar con un pedazo de tío súper *hot*. Me daba rabia saber que yo no había conseguido tirarme a ningún hombre del siglo XIX. Ni siquiera había podido catar unos puñeteros labios. Era deprimente.

—Voy a liarme con alguien esta noche —le dije a Alice, y ella simplemente se rio. No tenía ni idea de lo que estaba hablando—. ¿Alguna vez has besado alguien?

—Nunca.

—¿Nunca? —Alcé las cejas.

—Jamás.

—¿Te gustaría hacerlo? —Me acerqué a Alice y señalé un muchacho que no había parado de mirarla durante toda la noche—. ¿O te gusta James?

Alice me miró perpleja.

—No me gusta James, me gusta el duque.

Solté una sonora carcajada.

—Creo que ya te entiendo. —Miré al muchacho pelirrojo que había delante de nosotras—. Pues ese no es duque, pero es barón. Invítalo esta noche a mi cuarto. Es un conocido de George; creo que podríamos divertirnos un rato con él.

—¿Jugando a las cartas?

Volví a reír.

—Estoy con el periodo, así que sí, jugaremos a las cartas. —Le di un empujoncito a Alice—. Ve y habla con él. Intenta hacer amigos.

Alice hizo de sus manos un puño y caminó hacia el muchacho pelirrojo como si se lo fuera a comer. No pude evitar sonreír.

—Haley —la voz de Alexander sonó demasiado cerca—. ¿No estás muy rara?

—Son imaginaciones tuyas, cielo. —Me giré agarrando el vaso de ponche con fuerza—. Por cierto, luego Alice y su nuevo intento de prometido o como lo llaméis aquí… vendrán a mi cuarto. —Alexander me sonrió y a mí se me encogió el estómago—. ¿Os queréis venir?

—Muy bien, puedo preguntarle a Claudia. ¿Pueden venir también Elisabeth y George?

—¡Claro! —exclamé con emoción—. Nos iremos de *after*.

—Te preguntaría qué es eso, pero no quiero parecer un inculto.

Solté una sonora carcajada.

—Tranquilo, es normal que no sepas lo que es.

—¡Es el duque! —gritó Claudia mientras se acercaba a nosotros con pasos ágiles y desenvueltos.

Me puse de puntillas y vi a James entrando al salón de baile.

—Se ve que ha decidido no darme plantón… Chico listo. —Miré a Alexander por encima del hombro—. Tenías razón: se hace el tonto, pero no lo es.

Le di mi vaso de ponche a Alexander y fui hacia James.

—Creía que no vendrías —musité mientras lo recorría con la mirada.

—Pero he venido.

—Y menos mal, porque si me hubieras dado plantón Maximilian Conwy ya no sería tu enemigo más peligroso.

James sonrió y sacudió la cabeza.

—No lo dudo.

Miré la pista de baile y después a él.

—Tengo que confesarte que no sé bailar. Así que si quieres ahorrarte el bochorno, no me pedirás bailar —le advertí. James entreabrió los labios—. Pero podemos hacer otra cosa.

—¿Te apetece salir a dar una vuelta?

No pude evitar reírme escandalosamente. James me miró con el ceño fruncido y los nobles levantaron sus cabezas para mirarme. «Vaya, esa frase sí que es antigua».

—Perdona… —Me sequé las lagrimas—. ¿A qué te refieres con «dar una vuelta»?

—Si necesitas que te dé el aire después de estar aquí durante horas, puedo acompañarte al exterior.

En realidad, me lo estaba poniendo muy fácil. Y no me refería a lo de catar unos labios del

siglo XIX, sino lo de preguntarle por lo que ocurrió hace veinticinco años. No creía que eso a mí me fuera a repercutir en absoluto, pero sentía mucha curiosidad.

—Pues vamos.

Mi padre había decorado el jardín con más plumas que árboles hay en un bosque, y no podía parar de mirarlas con cierta discrepancia.

—¿Te acuerdas el primer día cuando me confundiste con una trabajadora de un burdel? —le pregunté, y James asintió con la cabeza—. Pues hoy parece que vivo en uno.

James soltó una carcajada y empezó a mirar el jardín con otros ojos.

—Tampoco es para tanto —dijo con una voz amable y tranquila.

—Por Dios, ¿a cuántos pavos reales habrá desplumado este hombre?

—Lady Haley —dijo James con un suspiro—, ¿por qué está tan interesada en acercarse a mí?

—¿No te crees que quiera ser tu amiga?

James sacudió la cabeza.

—No soy tan tonto.

—No, si eso ya lo veo.

James me miró por encima del hombro y yo suspiré.

—Es cierto que quería hacerme amiga tuya. Me caíste bien y me ayudaste mucho. —Me detuve frente a la puerta de la casa para que hubiera testigos que pudieran corroborar que no había hecho nada indecente con James, aunque más que por mí lo hice por él—. Pero también quiero saber qué ocurrió hace veinticinco años.

—¿No lo sabe? —James frunció ligeramente el ceño; no confiaba en mí.

—¿Para qué te iba a mentir? —Miré las estrafalarias plumas blancas que colgaban sobre la puerta de la casa—. Aquí me lo ocultan todo.

—Lady Haley, si su familia no quiere que lo sepa, yo no debería contárselo.

—Deja de hablarme así, casi me has visto desnuda y dormí en tu casa. —Crucé los brazos sobre mi pecho—. Llámame Haley, James. Sin formalismos.

Él se sonrojó.

—No es correcto. Una cosa es que usted me trate sin formalismos, pero otra muy distinta es que lo haga yo.

—La vida no es correcta. —Puse los ojos en blanco y después lo cogí de las solapas de la chaqueta—. Vamos, dime una frase sin formalismos.

—No.

—Venga, cede un poco. Pareces un robot sin sentimientos. Siri es más simpática que tú.

—¿Quién? —preguntó extrañado.

—Una amiga. —Lo solté de la chaqueta, rendida—. ¿Así que seguirás hablándome así?

—¿Por qué importa eso tanto?

No quería desnudarme mentalmente frente a James. No creí que fuera el momento de sacar mis heridas internas ni mis mierdas. Así que simplemente le dije:

—No me gustan que me traten con tanto formalismo. Es frío, inhumano. Lo odio. —Hice una mueca al escuchar mis propias palabras en voz alta—. Pensarás que soy una cría llorica.

—No es inhumano.

—Lo es.

—Y no creo que seas una cría llorica, Haley.

Lo miré con la boca abierta. Lo había conseguido. Me acababa de llamar por mi nombre como una persona normal. Y qué bien quedaba mi nombre en sus labios.

—Ya que me voy mañana… Y que al final no te caigo tan mal como yo pensaba… ¿Te vienes a mi cuarto? —Sonó demasiado mal—. O sea, habrá más gente. No me refería a tú y yo solos en mi cuarto —dije, atropelladamente. James dejó escapar una risa angelical—. Porque… no te caigo mal, ¿no?

—No, no me caes mal.

—Entonces… ¿te vienes?

—La señora Griffiths me ha pedido que fuera amable contigo y es una mujer muy inteligente. Supongo que tendrá sus motivos para verte con tan buenos ojos. —James se encogió de hombros —. De modo que… Está bien…

—Oh, acabas de decir que está bien. Eso es un sí en toda regla. —Le dediqué una sonrisa triunfal y me aclaré la garganta—. Y si la señora Griffiths te ha dicho eso significa que tiene muy buen ojo. —Asentí con la cabeza—. Una vez me dijo que le recordaba a su hija, así que supongo que será por eso.

—¿La señora Griffiths te habló de su hija? —James juntó sus cejas castañas.

—Sí, ¿por?

—No, es que ella no la nombra demasiado.

—A mí solo me dijo que se casó, y no parecía muy contenta.

James alzó una ceja.

—¿No te dijo nada más?

—No, ¿por?

—Supongo que no querría hacerte sentir incómoda… Pero la hija de la señora Griffiths murió hace ya muchos años.

—Por Dios, y yo diciéndole que sentía mucho que se hubiera casado. —Me llevé una mano a la frente—. Debería mandarle una carta pidiéndole disculpas por ser tan desconsiderada.

—Fue hace ya mucho, así que tranquila… No creo que le importase tu metedura de pata. Aunque no sé qué le dijiste.

—Pues verás, cuando sacó el tema de su hija, supuse que se había muerto, pero antes de que

llegar a pronunciar la palabra funesta, me dijo que se casó. Y yo le dije que lo sentía mucho porque se hubiera casado. Prácticamente comparé la muerte de su hija con una boda.

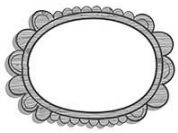
—No fue culpa tuya, no lo sabías.

—¡James, estamos hablando como personas normales! —Lo miré por encima del hombro y le sonreí—. Por cierto, igual esta pregunta te parece absurda, pero ¿cómo se llama la señora Griffiths? Es que nadie dice nunca su nombre.

—Porque es un nombre muy largo y peculiar. —James me miró con una sonrisa y tardó un poco en responder; puede que porque hasta a él le costaba recordar el nombre de la señora Griffiths—. Es Neilaldenaide.

—Por Dios, sí que es raro.

James sonrió como los angelitos y pasó una mano por su cabello dorado. Estaba muy bueno. Cualquiera con un poco de vista podía verlo.



Habitación para ocho

HALEY

Mi habitación nunca había estado tan llena. George y Elisabeth estaban sentados en el suelo junto a la chimenea; se habían traído a un amigo en común que se llamaba Anthony. Alexander y Claudia estaban sentados en el sofá. Alice al final no había invitado al barón. James y yo estábamos sentados sobre mi cama, mirando de frente el sofá. Todos nos sentamos formando un círculo sin quererlo.

No tardé mucho en sacar el alcohol. George ya iba bastante borracho como para beber más y Elisabeth decía que lo odiaba, así que ofrecí a los demás (excepto a Alice, que ya iba muy contentilla). Nadie bebió salvo yo.

—¿No te has atrevido con el barón? —le pregunté a Alice en un susurro.

—No lo he visto necesario —dijo Alice con una sonrisa fingida—. Seguro que lo hubiera atosigado o…

—-Alice, seguro que hubiera aceptado —le dije y suspiré.

—Bueno, probaré otro día. —Alice dejó entrever una inseguridad que no me gustó en absoluto.

—¿Qué tal la noche? —pregunté a nadie en particular.

—Muy divertida —respondió Alice con una sonrisa espléndida. Al menos me alegraba saber que se lo había pasado bien.

—Y ahora va a mejorar. —Miré a Claudia—. Vamos a jugar a un juego muy divertido en honor a mi querida hermana Claudia.

—¿Por qué en mi honor? —preguntó Claudia con el ceño fruncido.

—Porque fue el juego al que estaba jugando cuando decidiste echarme de casa y por el cual acabé aquí —dije con rencor, y ella me fulminó con la mirada.

El problema de Claudia era que intentaba comportarse como una dama paciente, sosegada, reflexiva y sumisa, cuando en realidad era todo lo contrario. Era como un león disfrazado de oveja.

—Casi me destrozas la casa —soltó ella delante de todos, y yo le dediqué una sonrisa.

—No fui yo.

—Fue Scott. —Claudia arqueó una ceja—. Tu ex, tu responsabilidad.

Me encogí de hombros con indiferencia.

—¿Juegas o no?

Claudia miró a los presentes. Todos nos estaban mirando con expresiones confundidas, incluido Alexander.

—Juguemos, cielo. —Claudia se levantó del sofá para sentarse sobre la alfombra blanca. Su chispa se encendía tan rápido como una bengala en medio de un incendio.

—Chicos, este juego se llama «Beso, reto o verdad». —Miré a James para estudiar su reacción. No quería que se asustara y saliese corriendo—. Jugamos por turnos individuales. Uno después de otro. Al que le toque tiene que escoger una de las tres opciones y si no se atreve a cumplirlas, se quita una prenda.

Alice se miró su vestido y la sangre subió a sus mejillas.

—¿Quitarnos prendas? —inquirió Alice con cara de susto.

—No tienes que avergonzarte de nada. —La miré fijamente a sus ojos marrones, y ella volvió a dirigir los ojos a su vestido amarillo limón—. Aquí solo estamos para pasar un buen rato. Y debo deciros que los accesorios se cuentan como una sola prenda, y con eso me refiero a: pendientes, collares, guantes, tocados. —Les di un buen repaso a todos antes de añadir—: Nada de lo que suceda en este cuarto saldrá de aquí. Juradlo.

Todos dieron su palabra como si estuvieran testificando ante el Supremo.

—Esto va a ser sensacional —dijo George mientras miraba a su amigo Anthony.

—Empezaremos con Claudia —dije con voz firme—. Para que veáis cómo va.

Claudia me miró a los ojos, sonrió con suficiencia y asintió.

—Elijo reto —dijo Claudia.

—Atrévete a saltar por la ventana.

—¿Estás loca o qué? —Claudia miró la ventana y sacudió la cabeza—. ¿Quieres matarme y no sabes cómo?

—Yo una vez salté y sigo viva.

Alexander me estaba mirando con una sonrisa ladeada demasiado candente como para poder soportarla.

Ninguno de los dos había mencionado lo que había ocurrido entre nosotros la tarde anterior sobre la rama del árbol. A mí no se me había olvidado, y seguro que a él tampoco. Pero… ¿y si no me había dicho nada porque se arrepentía? Sabía que tenía pensado comprometerse con Claudia y eso solo podía significar que estaba arrepentido. ¡Me daba tanta rabia!

—Me niego —bufó Claudia, y se quitó todos los complementos que llevaba.

—Muy bien… —Miré a Alexander—. Tu turno.

—¿Puedo elegir reto? —me preguntó mientras se inclinaba un poco hacia delante.

—Sí.

—Pues elijo reto —dijo sin más.

—Creo que llevas demasiada ropa, Alexander. —Soné descarada y fogosa, pero me dio igual.

Me quedaban horas con esos bombones; no iba a desaprovechar mi tiempo—. Atrévete a cortarte el pelo —le dije con tono burlón. Él, obviamente, se negó—. Pues ya sabes lo que toca…

Alexander exhaló un suspiro pesaroso. Se quitó la chaqueta de color azul marino y se quedó con el chaleco y la camisa. ¿Por qué llevaba tanta ropa?

—Ahora yo te pregunto a ti —dijo Elisabeth entre risas—. ¿Qué elijes?

—Elijo verdad.

—¿Verdad que te da un poco de pena irte mañana? —Elisabeth entrecerró los ojos.

—Sí, es verdad —dije mientras asentía, y me solté el pelo para quitarme todos los accesorios —. George, tu turno.

—Yo elijo beso —dijo George con su sonrisa arrogante.

—No te creas que elegiré a tu esposa para que la beses. —Esbocé una sonrisa ladeada—. Besa a Anthony o a Alexander.

George soltó una sonora carcajada y miró a Anthony. Creía que se negaría o le daría un beso en la mejilla debido a la mente cerrada que tenían en aquella época, pero George se puso de rodillas y le dio tal morreo a Anthony que hasta me resultó erótico.

—No me lo puedo creer —murmuró Alice, escandalizada, tapándose los ojos con las manos.

Miré al resto pensando que estarían alucinando, pero los únicos que no eran capaces de concebir lo que acababa de ocurrir eran James y Alice.

—George… Ya sé que soy tu prima y todo eso… Pero si quieres puedes darme uno a mí también —reí, y George me miró con soberbia.

—¿A quién le toca? —quiso saber Claudia.

—Mi turno —dijo Elisabeth mientras levantaba una mano—. Elijo reto.

—Atrévete a beber alcohol en el ombligo de Anthony.

Anthony miró a George, como si le estuviera pidiendo permiso, y después volvió la vista a Elisabeth. Finalmente, Anthony se tumbó sobre la alfombra y Elisabeth bebió brandy directamente de su ombligo.

—Duque —dijo Claudia con su voz celestial—, elija.

James me miró de reojo.

—Verdad.

—¿Es verdad que no piensa casarse esta temporada?

—Así es. —James también acabó sin chaqueta.

—Haley, es tu turno. —Claudia me miró con su sonrisa siniestra.

—Beso.

Claudia me miró por encima del hombro.

—Pues besa a Alice.

Miré a Alice de reojo. Me miraba como un cabritillo a punto de ser sacrificado. No me hubiera

importado besarla, pero teniendo en cuenta que era su primer beso y lo reservada que era…

Me quité el vestido a modo de respuesta. No llevaba ropa interior de ese siglo, solo mi tanga y mi sujetador. Claudia soltó una risa malvada, pero a mí no me importaba quedarme en ropa interior. Giré un poco la cabeza y crucé la mirada con Alexander. Él apartó la suya tan rápido que me extrañó.

—Claudia… —dije mirándola desde arriba con la intención de que se sintiera diminuta—. Elige.

—Beso, como tú.

«Si le digo que bese a Alexander lo besará y no quiero verlos dándose un beso».

—Besa al duque.

Claudia arqueó las cejas. Creía que la muy zorra se negaría, pero en vez de eso se levantó y fue hacia James. Él la miró fijamente. Conforme más se acercaba él más se tensaba. Oí al duque tragar saliva, y, cuando Claudia estaba a punto de rozar sus labios, él se negó.

—No es lo correcto, lady Claudia.

Claudia lo miró con el ceño fruncido. Estaba enfadada. Pero supo encubrirlo muy bien.

—Gracias, duque. —Claudia se separó de él y volvió con Alexander—. No quería negarme y acabar sin ropa… Pero ahora usted…

La cara de Claudia era muy expresiva. Seguro que estaría pensando: «¿Quién se cree este para rechazarme? Maldito duque de pacotilla». No tenía pruebas, pero tampoco dudas.

—Tienes que quitarte una prenda por negarte. —Miré a James, y él se quitó su chaleco gris.

—Elisabeth —dije mirándola fijamente—, te toca.

—Pues beso.

—Besa a Haley. —Claudia se me adelantó. La perra quería dejarme sin ropa.

—Muy bien —dijo Elisabeth, y giré la cabeza para mirarla sorprendida.

—¿No te importa? —le pregunté con el ceño fruncido.

—No, ¿y a ti?

Solté una sonora carcajada. ¿A mí? A mí me daba igual.

Me apoyé sobre mis rodillas y fui hacia Elisabeth como un gato. Ella cerró los ojos y pegó sus labios a los míos con suavidad. Una suavidad dulce e inocente. La cogí por el cuello y profundicé el beso; ella lo correspondió.

—Elisabeth, qué sorpresa —le dije mientras separaba mis labios de los suyos—. Cuando quieras lo repetimos —reí, y ella se lo tomó con naturalidad.

Volví a mi sitio y vi a Alexander mirándome fijamente. Sus ojos ardían tanto como sus mejillas. Le encantaba verme en cueros, aunque no lo iba a admitir frente a mí. No pude evitar decirle:

—¿Quieres tú otro?

Alexander se mordió el labio y a mí me faltó tiempo para abalanzarme sobre él y besarlo. No lo hice porque Claudia me estaba fulminando con la mirada. Yo no concebía la idea de ver a Claudia y a Alexander juntos. Me negaba a aceptar la realidad.

—Alice —dijo Claudia con una sonrisa malévola—, es su turno.

—Muy bien… Creo que elijo verdad.

—¿Verdad que le gustaría cambiar su aspecto?

Los ojos de Alice centellearon; no sabía qué responder. No quería responder. Giré la cabeza por instinto y miré a Claudia.

—¿A qué coño ha venido esa pregunta? —le espeté.

—Es solo una pregunta.

—Ha sobrado. —Me crucé de brazos—. Esto es para echarnos unas risas, no quiero malos rollos.

—El juego te expone a este tipo de preguntas también, tú lo sabes. —Claudia miró a Alice con superioridad y yo me levanté con ganas de partirle la cara.

Sentí que alguien me ponía algo sobre los hombros. Era la chaqueta de James, otra vez; el primer día que lo vi también me había dejado su chaqueta.

—Esa pregunta ha sobrado, Claudia —insistí, y vi que Alice se levantaba con una sombra en el rostro.

—No quiero que discutan —dijo Alice con una sonrisa triste—. Seguro que lady Claudia no tenía mala intención. —Alice miró la puerta de la habitación—. No quiero que se preocupe, pero es muy tarde y creo que debería irme ya. —Alice volvió a mirarme a los ojos y me sonrió con sinceridad—. Espero que vuelva pronto a Londres y que tenga muy buen viaje. Ha sido una buena amiga. Gracias por estos días; prometo no olvidarlos. Hasta pronto.

Alice salió de la habitación y yo sentí que se me encogía el estomago. Miré a Claudia como si fuera a matarla y salí de la habitación para ir tras ella.

No la encontré por ninguna parte. Se marchó antes de que pudiera cambiarme de ropa e ir a buscarla. Regresé a mi cuarto (con copa en mano) para impedir que ninguno de los invitados del baile me viese en ropa interior y con la chaqueta de un chico puesta, pero cuando volví me encontré a Alexander esperando en la puerta.

—¿Te ha aflojado Claudia la correa? —inquirí con prepotencia.

—¿Vamos a discutir tu última noche aquí? —Alexander miró mi copa, y yo me la llevé a los labios para beber un poco más.

—No. Tienes razón. No me apetece discutir. —Miré mi bebida y sonreí—. Porque probablemente te tiraría esto sobre la cabeza.

—Te noto un poco irascible —dijo Alexander—. Y lo entiendo. Lo que ha hecho Claudia ha estado fuera de lugar. —Alexander se mordió el labio—. Debería pedirle disculpas a Alice.

—¿Claudia o tú? —Fruncí ligeramente el ceño—. No me digas que eres capaz de pedirle perdón a Alice por algo que ha hecho la zorra de Claudia.

—No es una zorra…

Resoplé.

—Ya. Eso sería insultar a las zorras.

Le di otro trago al vaso.

—No te enfades.

—¡La única amiga que he tenido aquí ha salido huyendo y no volveré a verla! —Apreté el vaso de cristal; no me importaba hacerlo añicos—. ¡Y yo ahora no puedo hacer nada! ¡Tengo todo el derecho del mundo a estar enfadada!

—¿Y podrías no pagarlo conmigo?

—No lo pago contigo, es que tú estás defendiendo lo indefendible.

Alexander puso un mechón de pelo detrás de mi oreja, y yo me estremecí con ese contacto tan insignificante.

—Pues no la defenderé.

«No entiendo nada. Está más rallado que un disco *vintage*».

—¿A qué juegas?

—¿Qué?

Fruncí ligeramente el ceño.

—¡Ayer te faltó tiempo para seguir toqueteándome, y hoy me entero de que tienes pensado casarte con la zorra de Claudia!

La mirada de Alexander se volvió fría como el hielo. Inhóspita. Sus ojos nunca habían sido tan letales. Me arrepentí al segundo de que la palabra «toqueteándome» saliera de mis labios con esa presión venenosa tan dañina. Intenté rectificar, decirle que no era mi intención haber dicho tal cosa…, pero en el fondo era lo que pensaba.

—Ten un buen viaje. —Un músculo se movió en la mandíbula de Alexander.

Quise decirle «lo siento», pero mis labios no se movieron. Seguía pensando que no estaba siendo claro con lo que quería. O que era yo la que estaba confundida. Decidí que lo mejor era dejar que se marchara. Él volvería a su vida de marqués arrogante y yo al siglo XXI. Cada uno en una punta opuesta de un eje cronológico; ahí era donde debíamos estar.



La rueda

ALEXANDER

George fue distinto a los demás niños desde pequeño. Era obediente, sensible, atento y solía empatizar con todo ser viviente. Creció siendo un saco de boxeo. El débil, el «niño de mamá» e, incluso, el niño de seis años que era «peor que una niña». Pero a mí nunca me importó nada de eso. De hecho, me llevé varias palizas por defenderlo; entre ellas, un mordisco en un brazo que tuvieron que coserme. No era la única cicatriz que me dejaron sus abusones como regalito. También me cortaron en el costado con una daga que, según el abusón de John, era «una reliquia familiar». Y cómo olvidar cuando me dieron con una tabla en la cabeza. Una pequeña cicatriz en la parte derecha de la frente era la prueba de aquella batallita dirigida por niños sádicos e imbéciles. Pero mis cicatrices eran físicas; no eran nada en comparación a las heridas internas que le dejaban a George cada vez que le pegaban (además de las físicas). Nuestra amistad se basaba en la confianza mutua. Él sabía que yo siempre estaría allí para ayudarlo, y él estuvo allí cuando la marquesa Isobel falleció. Aunque George era el sobrino de la marquesa, él no sufrió tanto como yo.

Mi madre se volcó en cuidar a mi padre cuando este enfermó y la marquesa, intentando evitar que creciera al cuidado de niñeras, me acogió en su casa y me crio. Así fue como conocí a George; él iba de vez en cuando a la residencia del campo del marqués junto a su madre, la señora Breton.

—Tengo una resaca insoportable —se quejó George, entre sorbo y sorbo de una mezcla de hierbas que uno de sus cocineros le había preparado.

—Te dije que no bebieras tanto —replicó Elisabeth, y me miró de reojo—. ¿Claudia sigue durmiendo?

—Sí —respondí de forma escueta.

—¿Por qué estás aquí tan pronto? —quiso saber George—. Ayer te marchaste tarde y hoy has vuelto muy temprano. No has debido de dormir nada.

—No. —Hice tamborilear los dedos sobre mi muslo—. No he dormido nada.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó George con el ceño fruncido.

—¿Está Haley en casa? —Lo solté sin más.

—Haley se ha ido esta mañana temprano con el marqués —dijo Elisabeth—. Ha desayunado con todos muy temprano y se ha marchado. Por eso nosotros ya estamos despiertos.

Sentí que se me encogía el estomago. «Se ha ido».

—Claudia no ha querido ni bajar a desayunar —informó George.

—¿Anthony se quedó a dormir? —les pregunté—. No lo veo con vosotros.

—Sí —dijo George, y Elisabeth se pasó la mano por el cuello—. Llegó ayer del campo y se quedará aquí para la temporada.

—Os besasteis delante de Haley, James y Alice —dije bajando el tono de voz para asegurarme de que nadie lo escuchara—. Os expusisteis demasiado.

—Lo sé —dijo Elisabeth—. Ayer discutimos los tres sobre el tema.

—Admito que se me fue de las manos —dijo George.

—Para evitar que se extiendan rumores, Anthony alquilará otra casa en Chelsea y no vivirá con nosotros —dijo Elisabeth.

Y ese era el secreto mejor guardado de Elisabeth y George: los dos estaban enamorados de la misma persona. Una persona que ya estaba casada.

—No te preocupes por nosotros —dijo George—. Siempre lo tenemos todo controlado, ya lo sabes.

El matrimonio de George y Elisabeth fue un pacto. No de amor pasional; entre ellos no existía esa clase de amor. Sino un amor de amistad. George tenía fijación por los hombres, y Elisabeth tenía fijación por Anthony. La rueda empezó a girar cuando descubrieron que Anthony mostraba interés por Elisabeth, y luego también por George. La cuestión era que él llevaba un año casado con una mujer rica, y el dinero para algunos lo era todo. Llegaron a la conclusión de que ninguno de los dos conseguiría lo que quería: George no podía estar con hombres porque corría el riesgo de que lo asesinaran y Elisabeth no podía casarse con Anthony porque él ya estaba casado. La solución al problema fue el matrimonio. Elisabeth podría estar con Anthony sin tener que ocultarle a su esposo la infidelidad y George podría hacer lo que le diera la gana porque Elisabeth siempre lo cubría.

—Tened cuidado. —Fruncí el ceño—. A mí no me importa lo que queráis, ambos sois amigos míos y solo quiero vuestra felicidad. Pero…

—Sabía que iba a haber un «pero» —suspiró George.

—Pero hay personas que eso no lo ven bien —agregué.

—Basta de hablar de nosotros. —Elisabeth se acomodó en el sillón—. ¿Solo has venido aquí para despedirte de Haley?

—No. —Me crucé de brazos—. Es que ayer volvimos a discutir y quería hacer las paces antes de que se fuera a Francia.

—¿Puedo preguntar qué ocasionó esa discusión? —preguntó Elisabeth.

—Ya has preguntado —le dije con una mueca—. Claudia.

George soltó una sonora carcajada.

—Era de esperar —suspiró Elisabeth.

—No era de esperar —repliqué—. Yo quería casarme con Claudia.

—¿Querías? —inquirió George con una ceja levantada, y yo no le respondí.

—Ese es tu problema. —Elisabeth entrecerró los ojos—. Tú no querías casarte con Claudia porque la quisieras, solo querías casarte con ella porque su forma de ser te recordaba un poco a la de Isobel. Y es normal; yo no la conocí, pero según todos era una mujer excepcional. Todos vivían enamorados de ella. Pero Claudia, en el fondo, no se parece a Isobel; es solo una cara que se esfuerza en enseñar.

«Aunque no lo creáis, ambas son muy parecidas, Alexander. La diferencia es que una se molesta en ocultar cómo es en realidad y la otra no. Lady Haley tiene un carácter fuerte, pero su hermana también. Tú solo ves lo que ella te quiere mostrar».

—Al final mi madre tenía razón —farfullé.

—Todas las madres llevan siempre la razón —me espetó George.

—Hablaré con Claudia —dije mientras me levantaba del sofá—. No puedo casarme con ella.

—Pero Haley se ha ido a Francia, Alexander. —Elisabeth resopló con rabia—. Te quedarás sin ninguna de las dos.

—Mejor solo que mal acompañado —murmuró George.

—No me importa que Haley se haya marchado —dije con un nudo en el estómago—. Francia era su hogar, ¿no? Este es el mío.

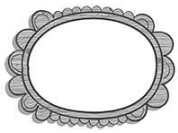
«Deberían vetarte la entrada al White por imbécil».

«Y a ti deberían vetarte la entrada a Francia».

Y esa era la realidad: en el fondo me jodía. «Deberían vetarte la entrada a Francia». Lo dije pensando en que, si no la dejaban entrar a Francia, no se marcharía de Londres.

—Ya… —dijo George.

—La cuestión es que no puedo comprometerme con Claudia.



Medio saco de arena

HALEY

—Ya sabes, compra tierras en Belgravia —le dije a Max.

—Ese lugar no es muy seguro…

—Harán una reforma y se convertirá en uno de los barrios más lujosos de Londres.

—Me cuesta creerlo.

—Ya verás, se llenará de nuevos ricos dentro de nada. —Volví a mirar el bosque a través de la ventana.

No podía dejar de pensar en Alice y Alexander. Me pasé las cinco horas en coche pensando en cómo habíamos acabado tan mal. Me sentía culpable por lo que había ocurrido con Alice y, al mismo tiempo, me arrepentía de haber tratado así a Alexander. «Toqueteándome». Maldito sea el momento en el que pronuncié esa palabra.

—¿Estás emocionada? —preguntó Max.

—Tengo muchas ganas de hablar con mis padres para que me cuenten ellos mismos la verdad —confesé—. Pero al mismo tiempo creo que no…

—¿No?

—Anoche las cosas acabaron bastante mal. —Me acomodé en el asiento—. Yo no quería pelearme con Alexander, pero al final terminé liándosela por una gilipollez. Admito que cuando lo conocí en el baile de los Anderson pensé que era un completo subnormal, pero creo que es la persona a la que más echaré de menos.

—¿Más que a mí?

—¡Si a ti casi no te he visto! —Puse los ojos en blanco—. Te has tirado toda la semana en el White.

—Disculpa haber estado tan distante.

—No te preocupes. —Agité una mano entre nosotros—. He estado bien acompañada. La temporada no ha estado tan mal… Han sido como unas vacaciones pagadas.

—Ahora que has descubierto esto… Puedes regresar cuando quieras.

—Max, ¿qué ocurrió hace veinticinco años? —solté sin pensar con impaciencia.

La cara de Max palideció y comprendí que no debía haber preguntado.

—No creo que debamos hablar de esas cosas ahora.

—¿Entonces cuándo?

—Nunca.

—¡Max! —Me crucé de brazos—. Tengo derecho a saberlo. Todos lo saben.

—Fueron líos de faldas.

—¿Tanto secretismo por líos de faldas?

—Puedes preguntarles a tus padres. —Max miró por la ventana de la portezuela del coche.

—¿Ellos lo saben?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo sé.

—Muy bien, les preguntaré a ellos. —Solté el aire que estaba conteniendo—. Estoy deseando llegar a mi casa.

—Seguro que se alegran de verte —dijo Max con una sonrisa sincera.

—Claro… Lo primero que haré será darme una ducha de agua hirviendo. Y veré a mis amigos.

«Espero que vuelvas pronto a Londres y que tengas muy buen viaje. Has sido una buena amiga. Gracias por estos días; prometo no olvidarlos». Sacudí la cabeza y me centré en cosas más importantes, como en Mia. Ella sí que me necesitaría de vuelta en casa.

—Según Claudia tienes muchos amigos.

—Sí, soy muy popular. —Me toqué el pelo—. Aunque no sé si está bien que diga eso en voz alta…

—Y también me dijo que tenías novio.

—Exacto, «tenía». Pero era subnormal. —Entrecerré los ojos—. Seguro que se alegró de no tener que volver a verme. Tengo un gusto horrible para los hombres.

—Aquí has tenido a muchos para escoger.

—Ya, pero el que a mí me interesa ya está pillado.

—¿Cómo? —Max frunció el ceño.

—Vamos, Max. Piensa un poco. —Golpeteé mi cabeza con el dedo índice—. ¿Quién crees que podría ser mi *crush*?

—¿Tu «*crush*»?

—Algo así como un amor imposible.

Max levantó las cejas muy sorprendido.

—¿Alexander?

—Está muy bueno —afirmé—. Pero bueno, no se puede tener todo en la vida.

—Y yo que creía que os llevabais a matar.

—De vez en cuando.

—¿Y si te quedas un poco más?

Solté una sonora carcajada y sacudí la cabeza.

—En el futuro también hay hombres que están igual de buenos. Y no olvidemos mencionar el

internet, la televisión, el cine, los tampones, los supermercados, los coches a motor y el secador del pelo. Lo siento, pero yo me vuelvo.

—Llevas razón; pertenecéis a mundos distintos. Y encima ayer discutisteis… Aunque podría pedirle disculpas por ti. Igual así te vas más tranquila.

«Ayer te faltó tiempo para seguir toqueteándome, y hoy me entero de que tienes pensado casarte con la zorra de Claudia».

—Más que una discusión, le ladré. Me comporté como una niñata. —Me pasé una mano por el pelo—. Pero no te preocupes, yo estoy muy tranquila.

—¿Segura?

—Claro, con veintiún años no me rallo la cabeza por esas tonterías. Fue un simple comentario. Seguro que a él ya se le ha olvidado.

«Ten un buen viaje», me dijo Alexander. Era más que evidente que el comentario le había molestado y estaba enfadado. Tenía que haberme disculpado con él antes de irme.

—Ya hemos llegado. —El coche se detuvo y yo sentí un nudo atorado en mi garganta.

—Fantástico —dije sin ninguna emoción.

Max salió del coche y yo, tras tomarme mi tiempo, lo seguí. Nos acercamos al pozo y miré al vacío oscuro como si estuviera esperando a que hablara o algo.

—Te deseo un buen viaje, Haley —dijo Max mientras me miraba con una sonrisa. «Ten buen viaje»—. Ya sabes que aquí tienes un hogar por si algún día lo necesitas.

—No será necesario —le dije con un intento de sonrisa—. Muchas gracias por todo.

—Adiós, pues.

Levanté una mano a modo de despedida y volví la vista al pozo.

«Ayer te faltó tiempo para seguir toqueteándome».

«Toqueteándome».

—Menuda. Puta. ¡Mierda!

—¿Estás bien?

Giré la cabeza y sonreí enseñando todos mis dientes.

—Sí, todo bien. —Hice de mis manos un puño y respiré hasta que me dolieron las costillas—. Adiós, Max.

Salté.

Y no fue como la primera vez. No fue como la primera vez porque sentí cómo me estampaba contra el suelo y me tragaba medio saco de arena. Me destrocé las rodillas y las palmas de las manos. Levanté la cabeza y vi la salida del pozo sobre mí.

—¡Haley! —gritó Max desde arriba.

Me levanté con torpeza y miré el fondo del pozo. Estaban los restos de mi disfraz de ángel.

«¿Qué cojones?».

—¡Max! —Me agarré a una raíz y empecé a trepar—. ¡No ha funcionado!

Vi la mano de Max y me sujeté a ella. Me ayudó a subir y cuando por fin estuve en la superficie me asomé para ver el pozo desde arriba. Mis rodillas estaban sangrando y me había clavado varias piedrecitas en las palmas de las manos.

—No es posible —dijo Max confuso.

—Volveré a saltar.

—¡No! —Max me agarró con fuerza para impedírmelo—. ¡Es muy peligroso! ¡Te podrías haber matado!

—¡¿Y entonces qué quieres que haga?!

—Volveremos y le contaremos a Claudia lo sucedido.

—¿Volver?

—Sí.

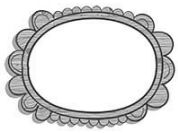
—No, no. —Volví a mirar el pozo—. Tengo que irme a mi siglo. Tengo los exámenes de la universidad a la vuelta de la esquina. Y la universidad no es el instituto. —Me llevé una mano a la frente y gimoteé—. ¡Ahí si crees que has aprobado, suspendes! ¡Y si crees que has suspendido, suspendes igualmente!

Max me cogió de las manos y asintió con la cabeza como si fuera una tonta a la que dar la razón.

—Volverás, pero antes debemos hablar con Claudia. Ella tiene que saber qué está ocurriendo.

Le di una patada al tronco de un árbol y me hice daño en los deditos del pie. Los bajos del vestido estaban sucios y la sangre me chorreaba por las piernas.

—¡Menuda puta mierda de vida!



Me debes un favor

HALEY

El viaje duró diez horas entre la ida y la vuelta. Tenía la espalda tan molida que no podía ni mantenerme erguida. Y para acabar de joderme el día, Claudia se había ido a un absurdo baile de sociedad y no estaba en casa. George y Elisabeth se habían quedado en casa con Anthony, y en cuanto me vieron aparecer por la puerta empezaron a chillar como un grupo de compradores compulsivos en plenas rebajas.

—No estoy aquí por gusto —musité con los brazos cruzados.

—Haley no ha podido volver —anunció Max.

—¿Por qué? —George vino hacia mí.

—No tengo ni la menor idea, pero espero que Claudia pueda responderme esa duda.

—Puedes ir al baile para buscarla, estamos invitados —dijo George.

—Eso pienso hacer.

—Pero que te lleven en el coche y procura ir acompañada. —Elisabeth miró a mi padre—. Anoche encontraron a un hombre asesinado en Hyde Park.

—Dos muertes en una semana —dijo Max.

—Han sido cuatro. —George frunció ligeramente el ceño—. Lo que pasa es que las han ocultado.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba —dije haciendo una mueca.

—Alexander también ha ido al baile. —Elisabeth miró de reojo a George—. Ha ido para acompañar a Claudia.

Sentí que se me formaba un nudo en el estómago. «Ayer te faltó tiempo para seguir toqueteándome, y hoy me entero de que tienes pensado casarte con la zorra de Claudia».

—Bueno, así podré pedirle perdón por… —Cerré el pico. ¿Qué les importaba a ellos mi pelea con Alexander?

Elisabeth arqueó una ceja y George elevó las comisuras de sus labios.

—Yo no iré esta noche a ese baile, pero diré que te preparen el coche. —Max se marchó hacia la puerta principal, y yo fui a ponerme un vestido de fiesta.

El baile fue en casa del barón Collins, uno de los hombres a los que Alice les había echado el ojo, y eso quería decir que era muy probable que Alice estuviera en ese baile.

Me pisé los bajos del vestido azul en varias ocasiones. Iba tan cansada que no miraba ni por dónde pisaba. Cuando me asomé por las escaleras que daban al salón de baile me sorprendió ver

a tanta gente. Por fuera, la casa no parecía muy grande, pero tenía truco, pues era un edificio muy profundo y alargado. Busqué a Claudia como una loca desde lo alto de la escalera, y la localicé junto a James. Me restregué los ojos con los guantes para asegurarme de que no eran imaginaciones mías. Claudia era una Conwy como yo, ¿qué hacía hablando con James? Bajé con paso apresurado para llegar hasta ella y preguntarle cómo narices podía llegar a mi casa. Estaba junto a una chimenea inmensa sobre la que había dos espadas enromes que decoraban la pared en forma de cruz.

—Claudia —la llamé mientras me acercaba a ella, y se dio la vuelta en cuanto oyó mi voz.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó con cara de disgusto.

—Buenas noches, James —dije con una sonrisa espléndida, y él me correspondió el saludo antes de marcharse para poder hablar con Claudia y tener algo de intimidad.

—Eso quería preguntarte. —Me crucé de brazos—. ¡Me he tirado por el pozo y sigo aquí!

—Eso es porque en el fondo no querías irte, Haley. —Claudia entrecerró los ojos, y yo solté una carcajada.

—¿Estás loca? Claro que me quería ir.

—Nosotras somos las llaves del tiempo, Haley. —Claudia frunció el ceño y bajó un poco su tono de voz—. Los pozos son portales creados por ingenieros y lo único que hacemos nosotras es abrirlos. Si no se ha abierto es porque en el fondo no querías irte.

—¿Qué dices? Cuando me caí por el pozo en tu casa no deseaba venir a este siglo y aparecí aquí igualmente.

—Eso es porque deseabas irte del bosque y cuando caíste tenías ese pensamiento en la cabeza. Pero hoy se ve que no querías irte y el portal espacio-tiempo no se ha abierto.

Fruncí ligeramente el ceño.

—¿Lo único que tengo que hacer es desear volver?

Claudia asintió con la cabeza.

—Es muy simple —dijo Claudia, y yo dejé caer los brazos a lado de los costados y suspiré—. Cuando llegues a la zona del pozo, entrarás en el horizonte de los tiempos. Allí oirás voces, diálogos. Cualquier conversación con personas que hayas mantenido en el pasado o que mantendrás en el futuro. Oír esas voces significa que la puerta está abierta.

—Recuerdo que el día que me caí por el pozo oí la voz de Mia llamándome.

—No creo que hubiera sido Mia de verdad. —Claudia resopló como si se estuviera hartando de conversar conmigo—. Eso solo demuestra que abriste la puerta. Querías salir del bosque y abriste el portal sin saberlo. Eres imbécil.

—Perdona por no saber nada sobre lo que me ocultaba nuestra familia.

—Eso se lo dices a tus padres, no a mí.

—¿Se puede saber que te he hecho yo para que estés tan borde? Me pienso ir y puede que no

me veas nunca más.

Claudia se cruzó de brazos.

—Contigo siempre he sido borde.

—Pero últimamente te estás pasando. —Agarré la tela de mi vestido como si fuera una pelota antiestrés—. Yo no te he hecho nada y si he acabado aquí ha sido por un malentendido.

—Haley, eres una persona que necesita que le den amor como un cachorrito penoso todo el tiempo. Siempre intentando contentar a la gente y caerles bien. —Claudia me fulminó con la mirada—. Odio a la gente así.

Me dolió. Dolió como si me hubiera clavado una de las espadas que decoraban la chimenea. Fue una explicación afilada, hiriente y venenosa.

—Yo no hago eso…

—Sí lo haces. Todo el maldito tiempo. Es tan patético. —Los ojos azules de Claudia arrojaban lanzas de hielo a los míos—. Lo mejor es que ni tus propios padres te contaron la verdad. Sabías que nos trataban con frialdad, que nuestra familia era distante y frívola, y en vez de aceptarlo como hice yo tuviste que ir mendigando el amor de otros. ¿Tanto necesitas ese cariño? —No sabía ni qué decir. Me quedé en blanco—. Me resulta tan asquerosa esa manera de actuar tuya. ¿Has pensado que en realidad es por eso por lo que no quieres volver? ¿Porque sabes que la gente que te espera allí en realidad no te quiere? Eso es el siglo XXI y, cuanto antes lo entiendas, mejor.

La gente empezó a arremolinarse a nuestro alrededor. Intenté no pestañear porque mis lágrimas pugnaban por salir. No quería derrumbarme y llorar delante de todos. No quería llorar ante nadie.

—Yo no hago eso… —repetí, más para mí misma que para ella.

Claudia levantó el mentón con superioridad y me miró por encima del hombro.

—Tanto esfuerzo en ser la popular, la niña perfecta… Y dime, ¿de qué te ha servido? Si hasta tu novio te puso los cuernos, Haley. El amor no se mendiga, que te entre en la cabeza. Y lo peor es que estás tan sola que me das hasta pena.

Los invitados empezaron a rumorear y a mirarme. Me sentía expuesta. Tan expuesta que hasta me dio vergüenza. Sentí las lágrimas derramándose sin poder contenerlas. Estaba ahí quieta, mirando a Claudia y llorando en silencio como una cría de diez años. Y lo peor era que cuanto más pensaba en dejar de llorar, más lloraba. Intentaba negar sus palabras, pero… ¿y si ella llevaba razón?

—Adiós, Claudia —sollocé con el alma partida en dos. Su mirada era inescrutable, impasible.

Me giré con la intención de salir por la puerta. Nunca había tenido tantas ganas de volver a mi mundo. Si no era bienvenida en ninguno de los dos siglos por ninguna de mis familias, al menos tenía a Mia. A mi mejor amiga. Ella siempre estaría ahí conmigo. Y yo no mendigaba su amor.

Mia me quería de verdad, éramos amigas desde que teníamos siete años. Y yo estaba segura de que me apreciaba tanto como yo a ella.

Me sequé las lágrimas con torpeza y cuando levanté la vista me topé con unos ojos verdosos cálidos y despampanantes. Lo último que quería era que Alexander me viera llorando. Dando pena. Y seguro que había escuchado el monólogo de su querida y puñetera Claudia. Dios, ¿podía ser más patética?

Eché a correr en dirección a la puerta. Me tropecé varias veces con el vestido, pero no me paré; seguí corriendo incluso después de oír a Alexander gritando mi nombre. Podía escucharlo decir en mi cabeza: «Lo siento, no sabía que en realidad te sentías así de sola. Siento lástima por ti». Aceleré la marcha y abrí la puerta del coche con violencia. Di dos golpes al techo con fuerza y grité:

—¡Al pozo!

Todos los cocheros sabían el camino, y yo no estaba dispuesta a quedarme allí ni un minuto más.

Me desperté al amanecer cuando el cochero se detuvo. Me había quedado dormida hecha un ovillo en el suelo del coche y seguro que me saldrían cardenales por el traqueteo. Salí del coche con la cabeza embotada de tanto llorar y los ojos vidriosos. Me quité el collar de oro que llevaba y se lo di al cochero como muestra de mi gratitud por haberme llevado hasta tan lejos y tan tarde.

—Asegúrese de comprar tierras en Belgravia —le dije con voz sosegada, y él asintió con la cabeza y me miró como si estuviera loca.

—Cuando te deprimes sueles salir a andar para que te dé el aire —dijo una voz detrás de mí—. Si vivieras en Belgravia y salieras porque estas deprimida, te robarían hasta la depresión.

No sabía si reírme o llorar más.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sin darme la vuelta.

—Te he visto mal en el baile y te he seguido.

—¿Me has seguido durante cinco horas?

—A caballo —me dijo él.

Yo empecé a caminar en dirección al pozo y oí sus pasos a través de la hierba, siguiéndome el ritmo.

—Vamos, Hal —dijo entonces otra voz. La voz de Mia. Estaba en el horizonte de los tiempos, y había logrado abrir el portal. Quería regresar a casa de verdad.

—Alexander, vuelve a casa —le dije, y me di la vuelta para enfrentarlo—. Puedes volver en

mi coche.

Tenía el pelo revuelto y los ojos rojos. Tenía mal aspecto. El que tendría cualquier persona que se hubiera tirado toda la noche cabalgando.

—No pienso irme sin ti, Haley. —Alexander empezó a caminar hacia mí y yo retrocedí; su cara palideció—. Esa no es la solución.

Fruncí el ceño y sonreí.

—No he venido hasta aquí para suicidarme, si es lo que crees.

—Pues aléjate del pozo —me dijo él con expresión seria.

—No pienso hacerlo.

—Haley…

—Alexander. —Cambié el peso de pierna—. Pienso saltar.

—¿Pretendes que recoja tus restos?

—Normalmente la dramática de los dos soy yo. —Alexander estaba perdiendo la paciencia—. ¿Pretendes quitarme el papel?

—No uses mis palabras contra mí y ven aquí.

Alcé una ceja en alto.

—¿Me explicas qué haces dándome ordenes? —Me crucé de brazos—. Yo soy como las leyes; una de rango inferior no puede contradecirme, así que a mí no me des órdenes.

—Muy bien, no te lo tomes como una orden. —Alexander dio un pasito hacia delante con las manos en alto, como diciéndome que no iba a hacer nada—. Pero no saltes.

Puse los ojos en blanco y lo enfrenté con la mirada. «Relájate, que luego te arrepientes». Era mi última oportunidad de pedirle perdón antes de irme.

—Alexander, siento mucho lo de ayer —dije en un susurro, muerta de la vergüenza.

—¿Todo esto es por eso? —Alexander dio otro paso al frente.

—No. No es por eso. Pero antes de saltar quería disculparme por el comentario que hice.

—Te perdono si vienes hacia mí.

—Eso no funciona conmigo.

—Me debes un favor, ¿recuerdas?

—¿Un favor? —Elevé las comisuras de mis labios.

—Por el día de la ventana. Te dije que te hacía el favor de no contar nada y no lo he hecho. Ahora reclamo mi favor.

Solté una carcajada y sacudí la cabeza incrédula.

—Lo recuerdo —admití—. Pero no puedo hacerte ese favor.

—No me obligues a saltar detrás de ti.

—¿Confías en mí? —Me llevé una mano al pecho y miré a Alexander con tristeza.

—Más de lo que pensé que haría nunca.

—Pues confía en que no me pasará nada si salto a ese pozo.

—¿Eres una bruja y puedes volar?

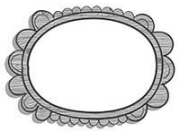
—No.

—Entonces no saltes.

Volví a reír. Estaba viviendo la situación más surrealista de mi vida.

De pronto sentí una brisa. Un viento que venía del interior del pozo. Las voces, los diálogos; todo bailaba en mi cabeza y el volumen se amplificaba. Sentí que mi cuerpo era arrastrado por el pozo, que me reclamaba. Una luz cálida emanó del pozo; era tenue, como si a la luz del sol le hubieran bajado la intensidad. Mi cuerpo cedía y yo no hacía nada por evitarlo. Yo no iba a saltar, el pozo me estaba arrastrando al interior como un imán.

Sentí que mis pies dejaban de tocar el suelo e iba a ser arrastrada al interior del pozo. Miré a Alexander; su cara angulosa se había convertido en una mezcla entre confusión y pánico. No sabía a qué le tenía miedo exactamente, pero su expresión cambió en cuanto se abalanzó sobre mí. Sentí sus manos envolviéndome con la intención de protegerme; me abrazó con fuerza antes de precipitarnos al vacío. No caí sola. Caímos juntos.



Hogar, dulce hogar

HALEY

Año 2019

Recordé la imagen de Alexander corriendo hacia a mí como si estuviera impidiendo que cayera por un precipicio. Antes de abrir los ojos me envolvió un miedo palpitante. No sabía si cuando los abriera Alexander estaría ahí conmigo o no. Y en el caso de estar a mi lado, no sabía si estaría vivo o… Me apresuré en abrir los ojos. Debajo de mí había un pecho amplio y fuerte que se movía. Estaba respirando. Suspiré de alivio y me incorporé para mirarlo. Alexander tenía los ojos cerrados, era como si durmiera profundamente. Me puse sobre mis rodillas y miré hacia la salida. Sentí un alivio descomunal cuando oí pitidos y el sonido que hacían los coches al romper el aire. Volví la vista a Alexander y fruncí el ceño.

—¿Qué hago yo ahora contigo? —me pregunté.

Lo sacudí un poco para despertarlo. No se inmutaba. Le di una pequeña torta. Nada. Exhalé y le arreé un guantazo que resonó en el pozo. Él se despertó de golpe y se incorporó con la mano en la mejilla.

—¿Acabas de pegarme una bofetada? —gruñó Alexander mientras me fulminaba con sus ojos verde claro.

—Creía que estabas en coma o algo —repliqué, y me levanté.

Miré en el interior del pozo y vi que había una escalera de pared puesta en un lado para poder subir. Claudia debía de haberla puesto ahí. En el pozo del siglo XIX era fácil escalar porque había raíces, pero en este no las había y las paredes eran más lisas y desgastadas.

—No me has obedecido y te has acabado tirando —rezongó Alexander.

—Error —dije con retintín—. El pozo me ha arrastrado.

—¿Cómo va a arrastrarte un pozo? —Alexander se pasó una mano por el pelo para sacudirse la tierra—. Busca otra excusa mejor.

—No necesito ninguna excusa para desobedecerte, Alexander.

—Me he tirado por un pozo por ti. —Alexander se levantó y su altura superó a la mía.

—Te pedí que confiaras en mí. Seguimos vivos, ¿no?

—Ha sido un milagro.

Puse una mano sobre uno de los palos de madera de la escalera y empecé a subir. Sentí la brisa

golpeando mi pelo cuando llegué a la superficie. Alexander me siguió muy enfadado y cuando salió del pozo miró a su alrededor. Yo también lo hice. A lo lejos vi las rejas que delimitaban las tierras de mis tíos y un poco más a la derecha divisé el camino de tierra que llevaba hasta a su casa. Había llegado a mi siglo. A mi hogar.

—Alexander, volveremos a tirarnos al pozo —le dije mientras él se daba la vuelta para mirarme.

—¿Estás loca? —Alexander levantó las cejas—. De ninguna manera.

Puse los ojos en blanco.

—¿Tanto te cuesta confiar en mí?

—Acabas de tirarte a un pozo y ahora me estás diciendo que quieres volver a hacerlo. Creo que tengo todo el derecho a no confiar en ti.

—¡Encima que lo digo por ti!

—¿Por mí? —Alexander juntó sus cejas oscuras—. ¡Casi me mato por ti!

—¡Ojalá yo hubiera tenido a alguien cuando me ocurrió eso para que me dijera lo mismo que te estoy diciendo a ti!

—¿Lo de «volveremos a tirarnos por el pozo»?

—¡Sí!

—¡Pues menos mal que no, porque es una sandez!

Alexander se cruzó de brazos. Yo también. Estaba cansada de discutir y sabía que no podía obligarlo a tirarse una segunda vez. Hubiera sido sencillo convencer a cualquier otra persona, pero no a Alexander. Nunca a Alexander. Era imposible. Si no quería hacerme caso, era su problema. Ya le entrarían las prisas por volver a tirarse cuando viera los coches o los aviones surcando el cielo. Empecé a caminar hacia la casa de mi tía, hastiada, y Alexander gruñó:

—¡El camino está por el otro lado!

—¡Bésame el culo!

Sentí como Alexander me fulminaba con la mirada. Lo oía acercándose a mí. Sus pasos eran pesados, firmes. El idiota me quería detener; se pensaba que era él el que llevaba la razón. Aligeré el paso y llegué al camino de tierra que llegaba hasta la casa de Claudia.

Alexander se detuvo cuando vio el camino. No se atrevió a decirme que yo llevaba razón. Caminamos por el sendero hasta llegar a una casa de hormigón y cristal enorme. Había cuatro coches de colores llamativos y de distintos tamaños aparcados frente a la puerta, y el jardinero estaba regando las hortensias rosas de mi tía Grace. Me giré hacia a Alexander y su cara me preocupó. Había palidecido mucho en muy poco tiempo y seguía sin mirarme a la cara. Lo único para lo que tenía ojos en ese momento era la casa moderna y los coches.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Alexander al fin con un hilo de voz.

Me acerqué a él y lo cogí por el mentón para obligarlo a que me mirase a mí.

—Respira —aconsejé—. Yo me desmayé cuando me enteré. No quiero que a ti te pase lo mismo. Así que céntrate en mi voz y respira.

Alexander clavó sus ojos verdes sobre los míos. Su mirada calentó mi rostro.

—¿Me podrías explicar qué es todo esto? —me preguntó, y su respiración se normalizó un poco.

—¿Ves esas cosas alargadas de colores? —Giré la cabeza hacia la fila de vehículos aparcados y él asintió—. Son coches.

—¿Y los caballos? —Alexander frunció el ceño y a mí se me escapó una risita. Nunca lo había visto tan confuso.

—No hay caballos. Bueno, sí, pero no son los que tú te estás imaginando. —Quité mi mano poco a poco de la barbilla de Alexander—. En tu siglo hay una revolución industrial y dentro de poco todo se volverá mecánico. Como el barco de vapor, ¿recuerdas? Estos coches son máquinas, pero mejoradas. ¿Lo entiendes?

—¿En mi siglo? —Alexander se separó de mí y yo me acerqué—. Explica esa parte mejor.

—Esto no es el siglo XIX, Alexander.

Alexander se dio la vuelta y empezó a caminar de forma errática. Sus pasos ya no eran tan firmes y no se atrevía a mirarme a la cara. Se pasó una mano por el pelo y miró al cielo. Después de un largo «necesito un momento», se volteó y me enfrentó. A mí y a la realidad.

—¿En qué siglo estamos?

—El XXI. —Intenté acortar la distancia que nos separaba, pero él ponía tierra de por medio.

—Ha sido el pozo, ¿cierto? —Alexander miró hacia atrás.

—No funcionará contigo —informé—. Si crees que tirándote por él volverás, estás equivocado. Me necesitas a mí.

—¿No querías volver a tirarte? —Alexander hizo un ademán con la cabeza—. Pues estamos tardando.

Me toqué un brazo y fruncí el ceño.

—¿No sientes curiosidad? —pregunté.

—¿Curiosidad? —Alexander entreabrió los labios y sacudió la cabeza.

—Entiendo que yo quisiera irme del siglo XIX, pero tú… Este siglo es mil veces mejor.

—Haley, estar aquí no puede ser bueno. Lo mejor será que regresemos.

—¿Aún no lo entiendes? —le pregunté mientras me cruzaba de brazos—. Tú volverás, pero yo no. Este es mi siglo.

—¿Y Francia? —Alexander estaba para que le diera un ataque.

—Lo de Francia era mentira. Yo vivo aquí.

Alexander soltó una carcajada y sacudió la cabeza. Era como un «me río por no llorar».

—Entonces regresaré yo —dijo Alexander, y la patada de realidad me golpeó en el estómago.

—Sí, regresarás tú.

—Pues vamos. —Alexander se giró para empezar a caminar.

—Pero hoy no. —No me moví del sitio, y Alexander se detuvo abruptamente.

—¿Cómo? —Alexander me miró como si le estuviera gastando una broma, pero no era ninguna broma.

—Estoy con la regla y tengo que cambiarme el tampón —le dije. Alexander abrió la boca para volver a cerrarla—. Además, ni siquiera sé si el cochero seguirá allí cuando volvamos, o tu caballo. En mi familia todo el mundo sabe esto. —Hice un círculo con las manos—. También los empleados. Es probable que mi cochero se haya marchado para informar a Max.

—Esto no puede estar pasándome a mí.

—Pues te está pasando. —Caminé hacia él—. A mí me pasó lo mismo que te está ocurriendo a ti hace una semana y media, y he sobrevivido. Solo te pido un par de días para ducharme, hablar con mis padres y hacerme unos macarrones con queso. —El pecho de Alexander subía y bajaba —. Respira, Alexander. Esto es solo el futuro.

—Como si no te hubiera bastado hacer que me tirara a un pozo para que encima hayamos acabado en otro siglo que no es el mío. ¡Y encima me mentiste!

—Te advertí. Te dije que me dejaras tirarme al pozo.

—¡¿Cómo iba a dejar que te tiraras a un pozo?!

Entrecerré los ojos. Tenía ganas de golpearlo, pero el pobre tenía que estar tan confuso que me compadecí de él. Me acerqué a él y lo cogí del brazo. Esa situación estaba durando demasiado y yo quería llegar a mi casa, comer algo, ducharme y cambiarme el tampón. Tampoco pedía tanto.

—Vamos a llamar a esa casa.

Alexander terminó cediendo. Me siguió sin rechistar, aunque estaba segura de que por dentro estaba pensando que yo solo tenía malas ideas. Me paré frente a la puerta de metal y llamé al timbre.

Una mujer de cabello oscuro y ojos marrones me abrió la puerta con cara de circunstancia. No reparó en Alexander, sino en mí. Mi tía Grace se apartó un poco para que pudiéramos pasar a su casa. Vi el jarrón sobre el mueble del recibidor y recordé la pelea con Scott.

—No hace falta que digas nada, tía Grace. —Me giré para mirarla.

Ella no reparó en mi vestido de corte imperio ni en la chaqueta de terciopelo de Alexander. Me miró elevando las comisuras de sus labios y fue hacia el mueble del recibidor.

—¿Lo has pasado bien? —me preguntó mientras me daba las llaves de un coche.

—¿Estás evitando el tema porque te sientes mal o porque no quieres meterte en el embrollo?

—Ambas cosas. —Mi tía Grace señaló el coche de la esquina de color verde pistacho y me sonrió—. Os he visto por las cámaras y os he preparado una muda de ropa por si no queréis iros de aquí así…

—Tía Grace, no voy a enfadarme contigo por haberme ocultado la verdad —dije, y cogí la bolsa con ropa—. Los que tenían que habérmelo contado todo eran mis padres. Tú decidiste contárselo a Claudia.

—Entonces… ¿No estás enfadada?

—Contigo no.

—Pues menos mal. —Mi tía suspiró de alivio—. ¿Quieres que llame a tus padres y les diga que ya has vuelto?

—No es necesario, prefiero darles la sorpresa. O el disgusto.

—Haley… Si tus padres decidieron ocultártelo fue porque querían que llevases una vida normal.

—Pero ¿y si yo no quería una vida normal? —Hice un ademán hacia el pecho—. Tenían que habérmelo contado todo como hicisteis vosotros con Claudia.

—Tenían sus motivos. —Mi tía miró a Alexander de reojo—. Por cierto, ¿cómo está Claudia?

—Ayer volví a discutir con ella. Pero tranquila, ella está en su salsa. —Miré a Alexander de reojo; no parecía muy contento—. Por cierto, te presento a Alexander, tía Grace.

—Es un placer, Alexander —dijo mi tía sonriendo con amabilidad.

—El placer es mío, señora.

—Qué correcto. —Mi tía Grace se rio, y le eché una miradita a Alexander.

—Solo cuando quiere. —Me giré hacia la puerta y abrí el coche con el mando a distancia—. Bueno, me voy… Gracias por prestarme el coche. Te lo traeré cuando vuelva.

—Pasadlo bien —dijo mi tía Grace—. Y no te comas a tus padres.

—No prometo nada.

Fuimos hacia el coche y abrí la puerta para que Alexander subiera; él me miró con desconfianza.

—No es peligroso —suspiré, y moví un poco la cabeza para indicarle que subiera.

—¿Puedo confiar en ti? —me preguntó con ojos examinadores.

—Puedes poner la mano en el fuego por mí y no te quemas.

Alexander al final subió al asiento. Yo me senté en el asiento del conductor y arranqué el motor con el botón. Me incliné hacia Alexander para ponerle el cinturón de seguridad y él se tensó.

—¿Desde cuándo te pone nervioso tenerme cerca?

—Desde que me he enterado de que eres de otro tiempo, cariño.

Me reí sobre su boca y él me miró fijamente. Bajó los ojos hasta mis labios y no dejó de mirarlos hasta que me aparté de él para coger el volante.

—Te lo estás tomando mucho mejor que yo.

—Porque no exagero tanto las cosas como tú.

—Estás irascible. —Empecé a conducir y Alexander miraba por la ventana como un niño pequeño en Disneyland Paris—. Lo único que tienes que hacer mientras que estemos aquí será obedecerme.

—¿Cómo tú me obedeces a mí? —farfulló Alexander.

—Siempre hay que obedecer a los inteligentes.

—¿Insinúas que eres más lista que yo? —Alexander frunció el ceño.

—Digo que en este siglo yo sé más cosas que tú.

Nos incorporamos a la autopista y Alexander no podía dejar de observar con fascinación a todos los coches que nos adelantaban.

—¿Cuánta velocidad alcanza esto?

—La suficiente como para matarnos si tenemos un accidente.

—Pues ve más lenta.

Aceleré con una sonrisa en mis labios que Alexander no podía dejar de mirar descaradamente.

A medida que nos aproximamos a la ciudad, los rascacielos empezaron a alzarse frente a nosotros y Alexander se inclinó un poco para poder verlos mejor. Vimos el Shard, y Alexander mantuvo el aliento al ver la indecorosa altura del edificio. Más adelante pudimos observar el 30 St Mary Axe, el rascacielos acababa en un pico redondeado y lo apodaban «El Pepinillo». Aunque según Mia, en realidad era un «pene gigante» y «su forma había sido diseñada por un hombre que defendía en el patriarcado». Tras él estaba la Heron Tower, donde solía ir a comer sushi y disfrutar de las vistas. La luz del sol se reflejaba en los cristales de los edificios y les otorgaba un brillo mágico.

Suspiré de satisfacción ante esas vistas tan impresionantes. Era genial estar de vuelta en casa. Volví a mirar a Alexander; la luz del sol también se reflejaba en su piel marmórea y parecía tan concentrado en todo lo que veía que no me atreví a abrir la boca. Al menos no hasta que me dijo:

—¿Dónde se supone que estamos?

—Bienvenido a Londres del 2019.

—Joder…

—Alexander, ¿te he pegado mis palabrotas? —Me empecé a reír con ganas y él resopló.

Iban a ser dos días muy difíciles.

Cuando llegamos a mi piso en Kensington, abrí la puerta con la huella dactilar y Alexander se me quedó mirando fijamente.

—Vamos, pasa —le dije, y le di un empujón para que se quitara de en medio.

Mi piso estaba impoluto. El suelo era de madera clara y los muebles estaban hechos a medida en tonos blancos. Frente a la puerta principal había una pared de cristal con vistas a todo Londres y una escalera para subir al piso superior, donde había dos dormitorios y dos baños. El salón también tenía vistas a la ciudad y había una gran mesa de comedor a la que solo daba uso cuando

invitaba a mis amigos.

Alexander entró y se quedó en medio del pasillo mirando la gran cristalera.

—Es como estar en el cielo —dijo Alexander, sin atreverse a acercarse al cristal.

—Es seguro, tranquilo. —Empecé a subir por la escalera y miré a Alexander con una sonrisa gloriosa—. Ven.

Alexander se lo pensó.

—Creo que no me gustan mucho las alturas… Una pared de cristal no tiene pinta de ser muy estable ni segura.

—Alexander, te prometo que es seguro. —Puse los ojos en blanco y le ofrecí mi mano.

Él se hizo el desinteresado y empezó a subir por las escaleras sin girar la cabeza. No se atrevía a mirar las vistas. Y cuando llegamos al piso superior me fijé en cómo relajaba sus músculos de la espalda.

—¿Cuánto te ha costado esta casa en las alturas? —me preguntó por encima del hombro.

—Es una de las casas de mi abuela, me la dejó para estar aquí mientras estudiaba en la universidad… Así que no tengo ni idea.

—¿Has ido a la universidad? —Alexander alzó las cejas sorprendido.

—Voy a la universidad. —Me crispó su miradita y me crucé de brazos—. Estudio Derecho.

—De modo que Derecho… —Alexander me miró cuando pasé por su lado—. No me extraña, tienes demasiadas leyes.

—Y tú muy pocas luces —bufé.

—¿Qué sentido tiene eso?

Volví a reír.

—Ya irás entendiendo las cosas, pero antes vamos a lo importante. —Abrí la puerta del baño e insté a que Alexander entrara—. Vamos a ducharnos. Este será tu baño. Y tu habitación, la de al lado.

Miró el lavabo blanco, el inodoro y la ducha de cristal. No pudo evitar mirar su imagen en el espejo, y yo tampoco. Me acerqué a la ducha y gradué el agua para que estuviera caliente.

—¿De dónde sale el agua? —Alexander se acercó a la ducha y rozó mi brazo.

—Alexander, mírame. —Señalé los botes que había en el plato de la ducha—. El rosa es para el pelo y el blanco para el cuerpo. Te enjabonas y después te enjuagas. Esa manivela de ahí es para graduar la temperatura. Si la giras a la izquierda se pondrá más caliente y, hacia la derecha, fría. —Cogí una toalla que había detrás de la puerta y se la di—. ¿Puedo confiar en que lo harás bien?

—¿Quieres meterte conmigo y lo compruebas?

Sentí la sangre agolpando en mis orejas. Cuando lo vi sonreír se me cayeron las bragas al suelo.

—¿Qué acabas de decir?

—No te lo he dicho en serio. —No lo maté porque me hubieran metido en la cárcel—. Puedes estar tranquila, lo haré bien.

«Me gustaría comprobar si todo lo haces tan bien como dices».

—Ya… Vale. —Me giré y le di la bolsa de ropa que me había dado mi tía Grace para Alexander—. Camiseta de manga corta, pantalones de deporte y slips. Son de mi primo, el hermano mayor de Claudia. Creo que su ropa te quedará bien.

—¿Claudia tiene un hermano? —me preguntó.

—Sí, pero ya está casado y vive en Cambridge con su esposa.

—Entonces ella también es…

Supe que se estaba refiriendo a Claudia. Asentí con la cabeza. «Ella es del futuro, sí».

—Bueno, disfruta de la ducha.

Salí del baño y cerré la puerta. Estaba deseando darme yo también una buena ducha de agua caliente. POR FIN. Corrí al baño que había en mi habitación; me quité el tampón (que estaba bastante limpio) y lo tiré a la basura. También me deshice del puñetero vestido azul y de las medias. Lo dejé todo hecho un ovillo en el suelo y me metí en la ducha. Sentir el agua ardiendo era demasiado orgásmico. El olor del gel, la mascarilla del pelo, el cepillo de púas, las luces de climatización rosas. No me lo podía creer. Era como un sueño hecho realidad. Maldito siglo XIX de las narices… Tuve que frotarme con la esponja intensamente para quedarme bien limpia y reluciente.

Salí de la ducha como nueva y me enrollé una toalla en el pelo y otra en el cuerpo. Me eché un producto antitérmico en el pelo antes de secarlo con el secador y alisarlo. Me puse la ropa deportiva y me eché crema hidratante en la cara. También me lavé los dientes. Dos veces.

Al salir del baño me golpeó el aire frío del pasillo. Bajé por las escaleras y fui hacia la cocina, pero mis ojos se entretuvieron mirando otra cosa igual de deliciosa.

—Te queda muy bien esa ropa —le dije a Alexander mientras me acercaba a él comiéndomelo con los ojos.

La camiseta de manga corta se ajustaba a sus pectorales y a sus musculosos brazos. En otras circunstancias, en las que no se tratara de Alexander y hubiera otro hombre así de bueno en mi salón, le entraría con un tema bastante candente y me lo terminaría follando sobre el sofá o sobre la alfombra blanca que estaba pisando en ese momento. Pero con Alexander eso no podía ocurrir por dos motivos: a) pertenecía a un siglo distinto en el que iba a comprometerse con mi hermana, y b) lo conocía demasiado como para tirármelo solo una vez. Estaba convencida de que una vez que catara a Alexander, no podría dejar de hacerlo. Me lo imaginaba gimiendo sobre el sofá o encima de mí lamiendo mis pechos con esa lengua juguetona o agarrándome del pelo y…

—¿Cómo has tardado tanto?

—Es que necesitaba una buena ducha —dije con una sonrisa nerviosa, y me alejé de él—. Y puede que dentro de nada me dé otra de agua fría —reí.

—La ducha es fantástica. No me imaginaba que te hiciera sentir tan bien.

«Hay otras cosas que también pueden hacerte sentir igual de bien… o mejor».

—Ya, ya. —Agité una mano entre nosotros y me deslicé hasta la cocina para perderlo de vista —. ¿Te apetece comer algo?

Calenté agua en una cacerola. Le eché unos macarrones y en una sartén calenté un poco de nata para cocinar con queso. Alexander se sentó sobre uno de los taburetes de la cocina y se quedó mirándome. Mi alarma de «peligro» sonó en mi cabeza cuando sentí su brazo rozando mi costado. Cogió el paquete de macarrones y lo miró.

—¿Por qué estás tan cerca? —pregunté con el ceño fruncido.

—Un paquete peculiar.

—Son macarrones y va a ser nuestra comida de hoy. —Le fui a quitar el paquete y él levantó el brazo para que no lo alcanzara.

—Sé lo que son, pero ¿sabrás cocinarlos? —preguntó con curiosidad.

—Pues claro, no estamos en 1810. —Di un brinco y rocé el paquete con mis uñas—. ¿Algo más?

Alexander apoyó su mano sobre la repisa de la cocina y se inclinó hacia mí. Dejó el paquete de macarrones y me sonrió con arrogancia. Dios, era una tortura.

—¿No me digas que te sientes atraída por mí? —me preguntó con una sonrisa ladeada, y yo sentí que mis mejillas se calentaban.

—¿Eres imbécil? —musité, y me aparté de él.

Mi mente volvió a pensar en Alexander poniéndome a cuatro patas y metiéndomela hasta llorar de la satisfacción. En esos labios besando mi cuello y en su voz seductora ronroneándome guarradas. Sentí mis pezones erizados rozando la tela de la camiseta y junté las piernas. Estaba a dos minutos de echar a correr y coger un vibrador.

—¿Miento? —Alexander bajó la mirada hasta mis pezones y se mordió el labio.

«No mientes, joder».

El agua se desbordó de la cacerola y yo aparté a Alexander con un movimiento de caderas para controlar el desbordamiento. Bajé el fuego y removí los macarrones para que no se quedaran pegados a la cacerola. Alexander era como una estufa con patas y estaba a mi lado. No podía concentrarme en cocinar. Así que me giré hacia él y le dije:

—Pon la mesa. —Señalé los cajones—. Saca dos tenedores, dos vasos y dos platos.

Él obedeció al instante. No sabía cómo me había puesto tan cachonda. Desde que sentí sus manos acariciando mi cuerpo el día del deporte no había podido parar de fantasear con él. Y lo peor fue verlo con la ropa deportiva de mi siglo. En ese momento mi cabeza hizo un *clic*. Tenía

que tirármelo. Quería tirármelo.

—Iremos esta tarde a comprarte ropa —le dije mientras ponía la comida en los platos—. Necesitas ropa normal.

—¿A la modista?

—No. Al centro comercial. —Puse mi móvil a cargar en la cocina y me llevé los platos para ponerlos sobre la mesa del comedor—. No puedes salir así a cenar, y quiero que veas este sitio de cabo a rabo.

—¿Centro comercial?

—Ya irás viendo cosas y yo te las iré explicando. De momento solo tienes que saber que el hombre ya ha pisado la luna, existe el internet, los aviones, las casas inteligentes y las fotografías.

Alexander alzó las cejas.

—¿El hombre ha pisado la luna?

Asentí con la cabeza.

—Neil Alden Armstrong. Y no tenemos rey en Inglaterra.

—¿Han acabado con la monarquía?

Me eché a reír.

—Tenemos reina. —Soplé los macarrones—. La reina Isabel II.

—¿Qué ha pasado para que hayan podido ocurrir tantas cosas?

—El tiempo, Alexander. El tiempo.



Semáforos en verde

ALEXANDER

Miré a Haley mientras se ponía los pendientes plateados y se echaba esa cosa negra en las pestañas. «Rímel», lo había llamado. De vez en cuando, me lanzaba alguna que otra miradita y seguía «maquillándose». Íbamos a salir con sus amigos a «pasarlo bien».

Me senté en el sofá, desquiciado. Haley se había empeñado en comprarme mil cosas. Según ella, el dinero estaba dentro de una tarjeta dorada que guardaba en su bolso. Nunca la había visto tan feliz, tan viva. Finalmente oí sus suaves pisadas bajando las escaleras y los ojos se me fueron a sus pantalones acampanados negros y a su «top», tan plateado y brillante como el filo de una espada. Y esos pantalones le hacían un culo… Un culo que no me podía quitar de la cabeza desde que la vi aparecer en la zona de tiro hacía días.

—Alexander, ¿estás bien? —me preguntó curvando sus labios jugosos.

—Solo estaba pensando en que son demasiadas cosas —mentí, y olí su fragancia a vainilla cuando se sentó a mi lado—. Tengo que mirar el semáforo antes de cruzar, los coches circulan por la izquierda así que si cruzo sin semáforo tengo que fijarme para saber por dónde vienen, existen los helados de chocolate, la nevera está fría, Siri no es una persona…

—Y no olvidemos la hostia que te has metido esta tarde —rio ella con maldad.

—Ya, lo de las escaleras en movimiento.

—¡Escaleras mecánicas, Alexander! —Haley me sonrió con coquetería.

—Y el pitido ese infernal que ha sonado en la tienda y que casi me perfora el tímpano.

—¡Eso es porque se creían que estabas robando la camisa!

—Solo había salido de la tienda para buscarte.

—Estaba hablando fuera porque dentro no había cobertura.

—Sigo sin entender qué es eso.

Haley puso los ojos en blanco y sonrió.

—Al menos te ha gustado el helado de chocolate.

—Y la hamburguesa.

Ella volvió a reír, y bendita sonrisa.

—Y no olvidemos cuando has llamado a un hombre «monstruo» solo porque llevaba el cuerpo tatuado.

—¡Y yo qué sabía! —Me crucé de brazos—. ¿Tú llevas tatuajes también?

—Es muy posible.

Descarté los brazos y las piernas. Ya se las había visto y no recordaba haberle visto ninguno. Haley sonrió con arrogancia y miré la parte alta de sus muslos y su pecho voluptuoso… Me tensé.

—¿No quieres una chaqueta? —pregunté para cambiar de tema.

—No me hace falta. Estaré bien. —Sacó su móvil por quincuagésima vez en todo el día y nos hizo una foto—. ¿Cómo vamos tan guapos?

—¿No crees que te puedes poner enferma?

Haley guardó el aparato en su bolso y elevó las comisuras de sus labios.

—Como mucho pillaría un catarro, y no me importa… No es nada grave.

Fruncí el ceño.

—Los resfriados son peligrosos. Puedes empeorar.

—¿Por qué te dan tanto miedo los catarros? —Haley subió los pies al sofá y me tocó el muslo con uno de los dedos del pie. Sus uñas estaban pintadas de un rojo intenso—. Aquí hay medicación.

—Mi padre estaba enfermo —confesé con un nudo en la garganta—. Tenía un tumor y esa enfermedad lo estuvo envenenando por dentro durante años. Todos creímos que acabaría muriendo por ello, pero lo que acabó con su vida no fue eso, sino un simple catarro del que nadie se preocupó. Una «complicación» se lo llevó. Eso fue lo que dijo el médico.

Haley me miró con sus ojos azul cielo centelleando. Y se incorporó sobre sus rodillas para acercarse a mí.

—Alexander, lo siento… No tenía ni idea.

—No es algo que me guste recordar.

—¿Por eso estabas tan pendiente de mí cuando yo enfermé? —Haley se apartó un mechón de pelo y se lo puso detrás de su oreja llena de pendientes—. Viniste todos los días a mi casa para asegurarte de que me quedaba en la cama. Incluso obligaste a George y Elisabeth a que se quedaran en mi habitación en vez de estar en el salón.

—Me dijiste que «sobrevivirías», pero no me quedé muy tranquilo —reconocí, con los ojos clavados en ella. Por primera vez vi que su mirada divagaba. No sabía qué hacer o qué decirme —. ¿Contenta porque no quería que te murieras? —me reí.

Haley me agarró del brazo y tiró de mí. Cayó hacia atrás y se apoyó en un cojín de terciopelo que había en el sofá. Me abrazó y me obligó a apoyarme en su pecho. Podía oír el latir de su corazón inquieto y sus manos sobre mi espalda. Apoyó su mejilla sobre mi cabello negro y suspiró.

—Lo siento —me dijo con un hilo de voz—. Por todo. A veces me he comportado como una gilipollas y una malcriada contigo.

Mis manos la agarraron por los costados y sentí que se estremecía debajo de mí.

—Seamos sinceros. Yo también me he pasado contigo muchas veces.

—Te eché en cara lo de Claudia y te dije lo de «toqueteándome». Soy imbécil y me arrepentí en cuanto te lo dije.

—Creo que estabas en todo tu derecho de decírmelo. El que tuvo la falta fui yo por hacer lo que hice.

—Encima te vas a comprometer con Claudia y yo te he arrastrado a este sitio. He sido una egoísta. Me va a matar, y con razón.

Levanté la cabeza para mirarla.

—No me voy a comprometer con Claudia —dije con el ceño fruncido, y Haley arqueó una ceja castaña.

—¿Cómo?

—Hablé con ella.

Haley echó la cabeza hacia atrás y sonrió. Su pecho rozó la nuez de mi garganta y agaché un poco la cabeza para mirar su escote. Tragué saliva al imaginarme mis labios acariciando su pecho redondo y sus pezones erizados. Los mismos pezones que esa misma mañana me habían enloquecido.

—Por eso estaba tan cabreada conmigo, seguro —dijo Haley, y me obligué a mirarla a la cara.

—Te dijo de todo en la fiesta —musité, y Haley sonrió mostrando todos sus dientes blancos y perfectos.

—Y todo lo que dijo era verdad. Aunque eso no quita que sea una zorra. —Haley subió sus manos hasta mis hombros y sentí que su tacto me quemaba incluso a través de la camisa—. Gracias por seguirme para comprobar que estaba bien.

Volvió a abrazarme con fuerza y yo hundí mi cara en su cuello con olor a vainilla.

Inhalé su fragancia y moví mis manos por sus costados hasta sus caderas. Pegué mis labios a su cuello y lo acaricié con suavidad. Ella se estremeció y movió un poco la cabeza dejando su cuello expuesto a mis labios. Besé su cuello y sentí que se movía debajo de mí. Sofoqué un gemido debajo de su oreja y ella apretó sus muslos contra mis caderas; me estaba pegando a su cuerpo y yo estaba a punto de estallar y hacerla mía.

Haley no sabía la de veces que había imaginado sus dedos alrededor de mi pene o las veces que me la había imaginado en secreto gimiendo y gritando de placer. Se había instalado en mi cabeza con una intensidad que me dejaba temblando. Y estaba deseando averiguar cuánto aguantaba sin suplicarme que me la comiera. Empezando con esos labios tan apetecibles que no podía dejar de mirar…

—¡Tía! —gritó alguien desde la puerta, y me levanté de golpe.

Haley se incorporó y se levantó del sofá. De pronto una chica de tez morena y pelo negro azabache entró al salón corriendo y se abalanzó sobre Haley, que se había puesto de pie. Las dos

cayeron sobre el sofá y Haley me miró de reojo.

—¡Mia! —gritó Haley, y besó su mejilla.

—¿Interrumpimos? —preguntó alguien más desde la puerta. Era otra chica de cabello rubio platino y ojos azul oscuro.

Todas iban ligeritas de ropa. Haley no era la única.

—Os presento a Alexander. —Haley se quitó a la tal Mia de encima y me miró a los ojos.

—Encantada, Alexander. —La chica rubia platino me sonrió.

—¿Te lo has traído de tu viaje a Oxford? —Mia se cruzó de brazos—. Me diste un susto de muerte. ¡Creía que te habías enfadado conmigo, zorra!

—Mis padres me programaron a un viaje sorpresa para ver a mi abuela, amor. Y también me quitaron el móvil. —Haley puso los ojos en blanco—. Claudia contó lo que pasó en su casa con Scott y me castigaron.

—¿Te castigaron a ti? —Mia frunció el ceño—. ¿Con veintiún años? No me jodas, Hal.

—Pues ya ves que sí… Ha sido horrible.

Mia no se lo tragaba. Parecía una mujer muy perspicaz.

—Oh, pobre bebé —dijo Mia haciendo un mohín y abrazándola—. ¿Qué habrá sido de ti sin el móvil?

Igual no era tan perspicaz.

La música se oía por todas partes, pero yo no veía a la gente tocando los instrumentos por ningún sitio. Haley se alejó de Mia para venir junto a mí. Ninguno de los dos había hablado sobre el desliz del sofá. No sabía si era porque quería evitar el hecho de que había ocurrido «algo» entre nosotros o porque no era buen momento.

—¿Por qué no bailas? —inquirió Haley elevando su voz por encima del sonido de la música.

—¿Esto es como en las tiendas de ropa?

—Si te refieres a que la música se oye a través de altavoces, sí. —Haley movió su cadera al compás de la música y yo me quedé mirándola atónito.

Me centré en la música para dejar de mirarla y lo que escuché me pertubó. La letra de las canciones decía cosas como «*a mí me gustan más grandes, que no me quepa en la boca*».

—Alexander —dijo Mia acercándose a mí, y me dio un pequeño empujón para que fuera junto a Haley—. Enséñalo a moverse o nos acabarán echando.

Haley soltó una carcajada y me miró con sus ojos de seductora nata.

—Alexander, vamos a bailar. —Haley me agarró las manos y las puso sobre sus caderas. Mi

primer acto reflejo fue quitarlas porque estábamos delante de mucha gente y no era correcto, pero ella impidió que las apartara poniendo sus manos sobre las mías—. Haz lo que yo te diga —me susurró al oído.

Haley pegó su cuerpo al mío. Rozaba su pecho y ella mi entrepierna. Lo peor fue cuando subió sus manos acariciando mis brazos y empezó a moverse. Me estaba poniendo malo.

—Mueve la cadera así. —Ella me cogió de la cadera y me obligo a moverme contra ella.

Movió su pierna derecha hasta colocarla entre mis piernas y empezó a moverse con una sensualidad que me dejó sin respiración. Sentí su aliento en mi cuello y sus manos viajaron hasta mi espalda. Se despegó un poco de mí y me sonrió. Cogió mis manos y las puso sobre su trasero. Suspiré al sentir la perfección con las manos. Ella intensificó el movimiento y sentía que me tenía agarrado por los huevos. La canción se volvió un poco más lenta y su movimiento también. Lento, pero increíblemente sensual.

Éramos una mezcla de sudor y tensión sexual que se acumulaba con cada roce.

—¿Salimos a que nos de el aire? —me preguntó, y yo accedí porque mis pantalones estaban a punto de reventar.

El aire frío nos golpeó cuando salimos a una terraza. Haley me guio hasta el muro de piedra. Los edificios de la ciudad se alzaban hasta casi tocar el cielo y estaban iluminados. Había luces rojas que según Haley eran de las «grúas» y los «rascacielos», y las ponían para que los «aviones» pudieran verlas. Me apoyé sobre el muro y miré los edificios.

—¿Te gusta mi siglo? —preguntó Haley, y ella también miró el grupo de rascacielos iluminados.

Volví a mirarla a ella, impresionado.

—Sí, la verdad es que estas vistas le quitan el aliento a cualquiera…

Haley me sonrió y se apoyó en el muro. La idiota no pilló la indirecta.

—Ya ves que los bailes son muy distintos a los de tu siglo.

—Ya me he dado cuenta. —Miré a Haley de reojo—. Pero la verdad es que estos me gustan más.

Ella se rio y se acercó a mí.

—Y seguro que la gente también. Aquí todos son muy liberales. O casi todos.

—¿Liberales? —Ella asintió con la cabeza.

—Es fácil catar unos labios o algo más. —Haley miró a un grupo de chicas que había junto a la entrada de la pista de baile—. Yo no pude liarme con nadie de tu siglo, pero igual tú sí puedes. Aquí eso es mucho más fácil.

—Muy bien, aconséjame.

—¿Qué te aconseje yo a ti? —Ella soltó una carcajada—. No eres tonto. Eres muy capaz de ver las señales que te indican que puedes besar a una chica.

Esta vez el que soltó una carcajada fui yo.

—Creía que eras más directa.

—No te confundas, cariño —me dijo curvando sus labios granates.

Me acerqué a ella acortando la distancia que nos separaban y agaché la cabeza. Miré sus labios carnosos y sus ojos de mala. Era la mirada que ponía cada vez que quería afrontar un desafío que sabía que iba a ganar.

—¿Estoy confundido? —pregunté, acariciándole el lóbulo de su oreja.

Ella entreabrió los labios, pero no respondió. Pegué sus labios a los míos y la besé. Sentí sus manos recorriendo mi espalda, sus uñas nevadas aferrándose a mi cuello. Hundí mis dedos en su pelo y profundicé el beso. La pegué a mi cuerpo para sentirla.

—No me lo puedo creer, Haley.

Me separé de ella al oír su nombre y me fijé en que junto a nosotros había un chaval rubio que sostenía una copa en la mano. Haley puso los ojos en blanco y pasó de él para volver a mirarme.

—Siempre te veo con tíos —dijo el imbécil.

—Y yo a ti ladrando —bufó Haley, y le lanzó una miradita furtiva—. Alexander, volvamos dentro.

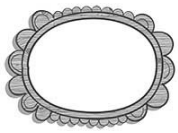
—¿Te hace un trío? —preguntó él.

—¿Te hace un cuarteto con tu novia? —Haley se tensó, y yo le pasé un brazo por encima para intentar que se relajara.

Ella me miró de reojo y sonrió. Empezamos a caminar al interior de la pista de baile y el chico le dijo:

—Ya no estoy con Sarah Evans.

—Me la suda. —Haley puso una mano sobre mi abdomen—. Hasta nunca, Scott.



Proyecto Tempus

HALEY

Alexander no podía parar de besarme una y otra vez. En la pista de baile las cosas se me empezaron a ir de las manos. Sus besos cada vez eran más profundos, más calientes y violentos. Quería llevármelo al baño y acabar con la tortura, pero no lo hice. En vez de eso, cogimos su chaqueta del guardarropa y pillamos un taxi. Sus manos siempre tocaban alguna parte de mi cuerpo, y la zona que más le encantaba era la de mi culo. Para intentar que el ambiente dentro del taxi no fuera a más empecé a cantar la canción que estaba sonando. Alexander me miró divertido y yo hice como si tuviera un micro en las manos y canté a pleno pulmón *Monsoon* de Tokio Hotel. El taxista se unió a mi coro.

—Esta canción me recuerda a ti —le dije a Alexander, y el sonrió.

—¿Por la parte en la que dice «cuando me pierdo pienso en ti»?

Solté una sonora carcajada.

—Creo que toda la letra, pero si tuviera que coger una parte sería más bien cuando dice «más allá del mundo; hasta el final de los tiempos».

Podía sentir cómo Alexander me desnudaba con la mirada, y estaba deseando que lo hiciera por fin con sus manos.

Llegamos al apartamento al amanecer. La luz del sol lo estaba empezando a cubrirlo todo. Las luces de los edificios ya estaban apagadas y desde la pared de cristal se veía el cielo de un color naranja muy intenso.

—¿Te he dicho ya que me encanta este sitio? —Alexander me cogió de la cintura y me obligó a darme la vuelta.

—¿Estás seguro de esto? —Lo miré a los ojos y le pasé la mano por su pelo oscuro.

—Nunca había estado tan seguro de nada en la vida.

Los labios impacientes de Alexander buscaron los míos. Sentí su lengua abriéndose camino con violencia, explorando todos los rincones de mi boca. Mi corazón empezó a latir con fuerza; se había desbocado.

Las manos grandes y cálidas de Alexander viajaron hasta mi trasero; lo agarró con fuerza y me alzó. Rodeé su cintura con las piernas y apreté para sostenerme. Lo agarré de los mofletes y hundí la lengua en su boca con intensidad. Él me devolvió el beso y movió sus manos por mi culo hasta el interior de mis muslos. Me dejó sobre el sofá y me quitó los pantalones con una mirada examinadora que me puso a mil. Lo agarré de la camisa y lo obligué a volver a mis

labios. Necesitaba su boca sobre la mía, sofocando mis gemidos.

Sus manos buscaron el borde de mi top metalizado y me lo quitó dejando que la tela pasara a través de mi cabeza. Después lo lanzó al suelo y una de sus manos buscó uno de mis pechos. Era el derecho. Miró mi tatuaje del costado y sonrió con suficiencia. Era una frase: *Carpe diem*. Su otra mano encontró el encaje de mi tanga y sentí cómo tocaba el punto que se encontraba en el centro de mis muslos. Alexander separó sus labios de los míos y lamió el lóbulo de mi oreja. Se me enroscaron los dedos de los pies cuando sentí sus dedos tocando mi pezón al mismo tiempo que su otra mano se deleitaba con mi encaje.

—Estás muy húmeda —me susurró Alexander al oído, y mordió mi cuello.

—Métemela —ronroneé.

—Aún no. —Alexander empezó a besarme el cuello y bajó sus labios hasta mi pezón—. No sé si me gustan más tus tetas o tu culo.

Juntó sus labios alrededor de mi pezón y lo lamió con la lengua. Dientes, saliva y caricias. Podía sentirlo todo con una intensidad desbordante. Quería que me la metiera hasta el fondo; quería dejarlo seco.

—Alexander… —Bajé mis manos hasta sus pantalones y empecé a desabrocharlos. Sentí el bulto erecto y el calor que desprendía y me impacienté. Lo necesitaba dentro de mí.

Él metió uno de sus dedos por debajo del encaje negro y acarició mi centro con suavidad. Su dedo encontró la entrada y cuando lo sentí en mi interior arqueé la espada. Alexander pasó su lengua por mi abdomen y subió hasta mis pechos para morderlos y lamerlos.

—¿Te gusta así? —ronroneó, y yo no podía responderle sin parar de gemir.

Alexander hizo un movimiento con el que consiguió alcanzar mi punto. Lo agarré del cuello y volví a besarlo con fuerza.

—Métemela… —supliqué, pero Alexander se negó. Siguió moviendo su dedo un poco arqueado para poder tocar mi punto mientras con los otros dedos masajeaba mi clítoris.

Sentí que iba a estallar, no podía más. Moví mi cadera hacia su mano; quería más. Alexander metió un segundo dedo en mi interior e intensificó el movimiento.

—Córrete —me ordenó con voz candente, y yo sentí una sacudida que recorrió todo el cuerpo.

Alexander besó mis labios y yo sofoqué los gritos de placer que acompañaban la sensación desbordante. Sentí que la sacudida recorría mi columna y me llegaba hasta los pies. Le quité a Alexander la camiseta con torpeza porque quería sentirlo dentro de mí de una vez. Y cuando se la quité, se me bajó el calentón de golpe.

—¿Alexander, eso son quemaduras? —Me fijé en las marcas de su torso y él no le dio importancia.

—Podemos preocuparnos por eso en otro momento… —Alexander terminó de desabrocharse los pantalones y yo me levanté del sofá corriendo para ir a por un paño de agua fría.

—¡Estás loco! —grité desde la cocina—. ¿Desde cuando tienes esas quemaduras?

—Desde anoche… —suspiró—. Pero no me duelen.

—¡Alexander, se te pueden infectar! —Busqué medicamentos y pomadas para las quemaduras —. ¿Por qué no me lo has dicho? ¿Dónde coño te has metido para hacerte estas quemaduras?

—El tema se estaba calentando y no quería que parasemos. Podemos terminar lo que hemos empezado y después me curas.

—No, de ninguna manera —dije mientras llevaba una pomada al comedor—. ¿Has visto cómo llevas los brazos? Terminaremos cuando te haya curado.

De repente sonó el timbre y eso sí que no me hizo gracia. Me apresuré a vestirme y cuando abrí la puerta casi me da un soponcio.

—¿Qué hacéis en mi casa tan temprano? —Me crucé de brazos—. Bueno, no, mejor dicho… ¿Qué hacéis en mi casa?

—Hola, cielo —dijo mi madre mientras movía una caja llena de donuts glaseados.

—Son las nueve, no es temprano —farfulló mi padre—. ¿Qué haces así vestida?

Mis padres entraron al salón y se encontraron a Alexander de pie sin camiseta y con el pelo revuelto. Iba a decir que no era lo que parecía, pero era exactamente lo que parecía. Me llevé las manos a la cara y suspiré de la vergüenza.

—Vaya, hola, muchacho —dijo mi madre, y dejó la caja rosa sobre la mesa.

Mi madre llevaba su cabello castaño recogido en una coleta y mi padre aún no se había quitado ni las gafas de sol.

—¿No volviste ayer? —me preguntó mi padre con el ceño fruncido—. No pierdes el tiempo.

—¡William! —exclamó mi madre, y mi padre se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Chaval, soy policía. Y ya de paso diré que le he enseñado a disparar y pegar patadas —dijo mi padre, y Alexander frunció el ceño.

—No es de este tiempo. —Fui hacia Alexander y cogí la pomada para las quemaduras—. ¿Os ha llamado la tía Grace? Mira que le dije que no os dijera nada.

—Hal, ¿este chico es una llave? —quiso saber mi padre.

—¡Vaya, por fin hablamos con sinceridad! —Unté un poco de crema sobre las heridas de Alexander y él hizo una mueca de dolor—. No, no lo es.

—Es normal que estés enfadada, pero lo hicimos por tu bien —dijo mi madre.

—Y un cuerno.

—Muy bien, te contaremos la verdad si es lo que quieres… —dijo mi madre—. Will, cuéntale la verdad a tu hija.

—¿Por qué para lo malo es mi hija? —se quejó mi padre.

—Nuestra hija —rectificó mi madre con una sonrisa mordaz.

—En el año XXII —empezó a decir mi padre— un grupo de científicos inventarán algo llamado el «gen» mientras trabajan en el proyecto Tempus. Es un aparato del tamaño de una tuerca de pendiente que se implanta en la columna vertebral. Esa cosa desprende una sustancia que contamina la sangre y altera la composición genética del organismo donde está implantado. Crearon veinte genes y se los implantaron a varias personas; entre ellas, a una mujer llamada Isobel Grey y a otra llamada Casiopea Sarastro. —Mi padre me ofreció donut de chocolate y yo sacudí la cabeza. Alexander se lo comió por mí—. Una vez creadas las llaves, crearon el puente de Estein-Rosen. La joya de la corona de la ingeniería hasta el momento. El puente te permitía conectar dos puntos a través del espacio y el tiempo. El problema era que nunca se sabía adónde llevaba. Podías atravesarlo y acabar en la cima de un volcán en erupción en el jurásico. Por eso crearon los pozos. Retrocedieron en el tiempo hasta la era paleozoica y crearon pozos en la superficie de Pangea. Se aseguraron de salvaguardar los puentes para que no fueran destruidos y así el problema de acabar en lo alto de un volcán se erradicó. —Mi madre me ayudó a ponerle la crema a Alexander mientras mi padre seguía contando toda la verdad de forma explícita—. Ahora si atraviesas un puente, sabes que sigue estando en funcionamiento en el pasado, porque si no no se activaría.

—Eso explica lo del horizonte de los tiempos. Ahí se sabe si el puente está activo o no —dije con los brazos cruzados—. Pero ¿cómo se sabe el tiempo al que irás a parar?

—Las llaves pueden elegir el tiempo con pensarlo, y, si no, el gen llama al gen.

—¿Eso que quiere decir?

—Que viajarás a una época en la que haya un gen combinado con tu misma sangre.

—Pero a la época a la que yo fui a parar no había ningún gen con mi sangre.

—Sí que lo hay.

—¿Quién lo tiene?

Mi padre se encogió de hombros.

—Hay cosas que nosotros tampoco te podemos contar, Hal —intervino mi madre—. Casiopea te trajo hasta nosotros desde una época distinta a la nuestra.

—¿Qué?

—Que en nuestro tiempo, Haley Beckett, la hija del marqués de Conwy, ya existió, vivió y murió.

Sentí que se me encogía el estómago.

—¿Cómo sabéis eso?

—Porque yo soy el sucesor de la Haley de otra época distinta. —Mi padre se masajeó la sien —. Para que lo entiendas… Yo seré el hijo de tu nieta.

Tuve que sentarme en el sofá para evitar desmayarme.

—A ver si lo he comprendido… ¿Tú eres mi padre y al mismo tiempo eres el hijo de la nieta

de una Haley que ya vivió la vida que yo tengo que vivir?

—Exacto.

—¿Eso quiere decir que tendré hijos? ¿Con quién me casaré?

—Hal, cariño. —Mi padre se acercó a mí—. Céntrate. Eso no es importante.

—En realidad sí, porque si no me caso con quien tenéis previsto… No naceréis la tía Grace y tú, ¿no?

—Si algo hemos aprendido es que ocurra lo que ocurra en el camino, el final siempre es el mismo. —Mi madre arqueó una ceja—. Te casarás con quien te tengas que casar.

—¿Vosotros sabéis el nombre de la persona con la que me casaré?

—Sí —respondió mi madre.

—Oh, qué intriga… —Aclaré mi garganta y me centré en lo importante—. Bueno, entonces, para que Alexander pueda viajar en el tiempo necesito un gen. ¿Yo tengo uno de esos implantado?

Mi madre soltó una carcajada y después pidió disculpas.

—Tú naciste con la sangre contaminada, Hal. —Mi padre cogió un donut amarillo sabor a plátano—. Los únicos con el gen auténtico son las personas que hicieron el primer viaje.

Mi madre se acercó a Alexander y empezó a mirar sus heridas detenidamente.

—Estas quemaduras… No son normales. Oh, Dios… El puente de Estein-Rosen lo reclama. Este chico no debería estar en este tiempo.

—¿Insinúas que las heridas se las está causando el pozo? —Miré a Alexander—. ¿No te las has hecho en la ducha por poner el agua demasiado caliente?

—Claro que no —me dijo él, y yo palidecí.

—¿Y entonces qué coño…?

—El puente está atrayendo su cuerpo —dijo mi madre— hacia su mundo. Acabará hecho pedacitos como no vuelva a su tiempo. —Miré a Alexander fijamente y él tragó saliva—. Las únicas personas capaces de viajar son las llaves. Si él no es una de ellas, no puede viajar. Tienes que hacer que vuelva; por suerte aún tenéis tiempo.

—¿Y cómo podría viajar? —pregunté con un hilo de voz.

—Con el gen. —Mi padre abrió la caja otra vez y cogió un donut rosa—. Pero solo la primera generación lo lleva en la sangre.

—Explicadlo bien, joder. Al grano.

—Haley, relájate —murmuró Alexander.

—Según vosotros hay una persona en el siglo XIX que tiene el gen, ¿no?

—Sí.

—Pero Isobel no es porque murió asesinada. —Resoplé, y Alexander hizo una mueca—. ¿Esto tiene que ver con lo que ocurrió hace veinticinco años?

—Sí, hace veinticinco años llegaron las primeras llaves a distintos tiempos para investigar y tenían prohibido interferir en el flujo de sucesos temporales. El problema fue que…

—Están apareciendo nuevas quemaduras, William —dijo mi madre, y me giré hacia Alexander. El pobre estaba empezando a sudar y aunque sabía que debía dolerle, no se quejó.

—Tenéis que iros —dijo mi padre con voz ronca—. Él no debe estar aquí.

Mis padres nos acompañaron al pozo. Para saltar tenía que coger a Alexander, pero no quería hacerle daño. Me acerqué al pozo y escuché las voces. El puente se había activado.

—Nosotros no entraremos al horizonte de los tiempos —dijo mi madre, y me dio una mochila repleta de medicamentos y comida basura.

—Decidle a Mia que volveré lo antes posible.

—¿Estarás bien? —Quiso saber mi padre, y yo asentí.

—Teníais que haberme dicho la verdad, pero eso lo hablaremos en otro momento. —Me puse la mochila a la espalda y me asomé al pozo—. Lo hablaremos cuando vuelva.

—Ten cuidado —dijo mi madre, y se despidió de nosotros con la mano.

Agarré a Alexander con fuerza y él me devolvió el apretón.

—¿Preparado para saltar?

—Sí.

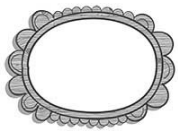
Sentí el viento que provenía del interior del pozo y vi la luz amarillenta. Miré a Alexander y saltamos al interior del pozo. Una luz nos envolvió y después nos quedamos flotando en el aire. Las quemaduras de Alexander se regeneraron conforme más nos acercábamos a su tiempo. Era como si su piel lo hubiera estado esperando allí para cuando volviese. Esa vez acabé de pie en el fondo del pozo. No me caí al sentir los pies tocando el suelo ni perdí el equilibrio. Levanté la camiseta de Alexander y suspiré de alivio al darme cuenta de que su piel había vuelto completamente a la normalidad. Me sacudí la minifalda de cuadros y me até bien las Converse blancas antes de empezar a trepar.

—Perdona por haber tenido que regresar tan rápido —dijo Alexander, y metió las manos en los bolsillos de su pantalón.

—No seas estúpido. Ya volveré cuando me asegure de que estás bien. —Me sujeté a la raíz—. ¡Y yo que quería que vieras *Harry Potter*! Podríamos buscar el gen y así tu también podrías viajar como yo, ¿no te gustaría?

Alexander no me respondió.

Su silencio fue una respuesta muy desalentadora.



¿Bombones o condones?

HALEY

Año 1810

Las cuatro velas colocadas estratégicamente en los extremos del tablero titilaban con cada pequeña brisa de aire que circulaba por la habitación. Las luces de gas del comedor estaban encendidas, por lo que podía ver con exactitud todo lo que ocurría a mi alrededor. Eran altas horas de la madrugada y todos dormían en sus respectivos cuartos, excepto yo. Estiré mi cuello y me destensé para empezar con la sesión. Se me volvieron a agarrotar los músculos de la espalda (que ya tenía bastante tensos por lo que estaba a punto de hacer) cuando oí un grito a mi derecha. Un grito tan escandaloso que temí que hubiera podido despertar a todos los convivientes de la casa.

—¡¿Se puede saber qué coño haces con un tablero *ouija* en el salón?! —Claudia vino hacia la mesa y apagó todas las velas de un soplo—. ¡¿Es que no has visto suficientes películas de terror en las que el mensaje subliminal es que no hagas estas cosas o acabarás asesinado por un demonio?! ¡Puta psicópata!

Claudia cogió el tablero con cuidado (no fuera a ser que la mordiera o algo) y lo arrojó al fuego.

—¡Tienes suerte de que no haya empezado la sesión, si no ahora mismo podría haber un espíritu maligno rondando por la casa!

—¡Y todo habría sido por tu culpa!

Exhalé un suspiro pesaroso y miré a Claudia por encima del hombro. Llevaba unos vaqueros y un jersey de color verde pistacho.

—¿Qué haces con vaqueros? —Fruncí el ceño.

—¿Y tú con falda y Converse?

—He llegado hoy del futuro. —Me levanté de la silla del comedor y me alejé de la mesa para ver cómo el tablero se desintegraba en la chimenea—. Pero aun así yo creía que a ti te encantaban los vestidos.

—¿A quién coño le iba a gustar tanto los vestidos como para llevarlos todo el santo día? —Claudia suspiró y se calmó un poco—. Llevo los vaqueros para estar por casa.

—Ah…

—Haley —dijo Claudia mientras se apoyaba en la mesa del comedor—, siento mucho las cosas que te dije el otro día en el baile del barón. Me pasé veinte pueblos. Estaba enfadada y lo pagué contigo.

—Tranquila, solo estabas siendo sincera.

—Ya lo sé —reconoció—, pero no fueron las formas. Lo que intentaba decirte es que ambas hemos crecido con padres que básicamente pasaban de nosotras. Los míos siempre estaban viajando y los tuyos, trabajando. —Claudia suspiró—. Cuando pasan cosas así los niños solo pueden salir de dos maneras: que sean unos distantes y rancios de la vida como lo soy yo, o que busquen el amor de otras personas ajenas a la familia, como haces tú. No es que me caigas mal ni nada, es que eres mi extremo opuesto.

—Pues podrías haberme dicho eso desde un principio.

—Haley, me enteré esa misma tarde de que Alexander no quería comprometerse conmigo… Y vamos a ver, dos más dos son cuatro. Además, era de cajón que entre vosotros pasaba algo. Desde que llegué no pararon de decirme que estabais muy unidos.

De modo que era eso, Claudia pensaba que Alexander la había rechazado por mí…

—Pero ¿a ti te gusta Alexander?

—Me gusta el dinero de Alexander. Ya sabes que mi plan es quedarme en este siglo y vivir cómodamente. —Claudia se cruzó de brazos—. Pero aquí la herencia de los padres, en el caso de tener hijas, pasa al siguiente varón. Así que mi opción más *top* dentro de mi amplio alcance era Alexander. Encima me pillaste en un momento tenso porque acababa de discutir con James.

Me giré para verla mejor.

—¿Por qué discutiste con James? Yo creía que estabais hablando tan normal.

—No, no. Estábamos discutiendo. —Claudia se hizo un moño estrafalario y se sentó en una de las sillas de la mesa del comedor—. Lo que ocurre es que ese individuo parece que no pierde los nervios ni la compostura en ningún momento. Es como un puto robot.

—Todo es fachada, supongo. —Me acerqué a Claudia y me senté sobre la mesa—. Quién iba a decirme a mí que tú podrías guardar tan bien las apariencias en este siglo con lo fácil que es provocarte. Puede que James sea como tú y no lo sepas. Seguro que él piensa lo mismo de ti.

—Eso espero, porque mira que me cuesta no perder la compostura, por Dios.

Claudia se llevó una mano a la frente con dramatismo.

—¿Ibas a algún sitio?

—A por un vaso de leche. —Claudia me miró a los ojos—. ¿Tú con quién querías contactar del más allá?

—Con Isobel.

—Alto, alto. ¿Querías contactar con nuestra madre muerta?

—Resulta que me he enterado de que hay una manera de que Alexander pueda viajar en el

tiempo. Con el gen.

Claudia arqueó una ceja.

—¿Por qué ibas a querer que Alexander viajara en el tiempo? —Claudia se llevó las manos a la cabeza—. Oh, Dios… ¿Ha ocurrido algo entre vosotros?

—¿Qué? —Fruncí el ceño—. No.

—¿Bombones o condones?

—¿Qué coño dices?

—Creía que tú no eras de las que se enamoran con un polvo.

—Ya, se necesitan por lo menos dos —reí, y puse los ojos en blanco—. Es broma; aun así, no es por eso.

—¿Entonces por qué quieres que Alexander viaje en el tiempo como nosotras?

—Buena pregunta.

—¿Y la respuesta?

—Desconocida.

—Por Dios, Haley. Lo estás volviendo a hacer. Amarras a la gente que te muestra un pelín de cariño. —Claudia apoyó sus codos sobre la mesa—. ¿Has pensado que quizá Alexander no quiera ese gen?

—¿Quién no iba a querer viajar en el tiempo? —Asentí con la cabeza—. Además, a Alexander le gustó mucho nuestro siglo.

—Pero puede que no lo suficiente como para irse. Él tiene una vida aquí.

—Pero el futuro es mucho mejor.

—Es mucho mejor para ti. —Claudia me señaló con el dedo—. ¿Por qué no te quedas tú aquí?

—Claudia, yo no soy ni la protagonista de *Outlander*. Y aunque me encanta la película de *La sirenita*, tampoco soy Ariel.

—Alexander no se irá —aseguró Claudia—. ¿Lo habéis hablado o algo?

Sacudí la cabeza.

—Lo intenté persuadir, pero ahora que lo dices no le vi muy convencido…

—¿Ves? —Claudia se recostó en el respaldo de la silla—. Él no quiere irse.

—Pues yo no pienso quedarme.

—Entonces ya sabes qué tienes que hacer… Pide un coche mañana por la mañana y vuelve a casa.

—¿Me estás echando?

—Acabas de decir que no piensas quedarte aquí y yo te he dicho que Alexander no va a irse a nuestro mundo. ¿Qué más necesitas saber?

—Bueno, pues quiero intentarlo.

—¡Por Dios! —Claudia se incorporó de golpe para enfrentarme—. ¡¿Puedes admitirlo ya?!

Chasqué la lengua y sacudí la cabeza.

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

—Te gusta Alexander.

—¿Y a quién no?

Claudia puso los ojos en blanco.

—Rectifico. Te estás enamorando de Alexander.

—No seas absurda.

—Sigue engañándote si así consigues dormir mejor por las noches o masturbarte con tus consoladores sin tener que pensar en su cuerpo y en su cara. ¡Eres una hipócrita!

—Estás loca.

Claudia se levantó de la silla y se soltó el pelo castaño claro para que no se le quedara la forma del moño, y yo seguía sin querer admitir que Alexander me gustaba un poquito más de la cuenta.

—Muy bien, para poder librarme de ti y que te vayas al siglo XXI necesitas encontrar ese estúpido gen para Alexander. —Claudia se peinó su melena castaña con reflejos dorados y me miró con sus labios curvados—. ¿Y si él lo rechaza?

—Me iré sola.

—¿Prometes irte?

Di un brinco y salté de la mesa.

—Claudia, no hace falta que te prometa nada. Sabes que no podría vivir sin las comodidades del siglo XXI ni mis amigos.

—Por desgracia te conozco lo suficiente como para saber que eso es… No sé si es cierto o no… Pero está bien. —Claudia me cogió la mano derecha y la agitó como si estuviéramos cerrando una especie de pacto, y después esbozó una sonrisa triunfal—. Te ayudaré a encontrar ese absurdo gen que tanto necesitas para que te largues.

—¿Vas a ayudarme?

—En realidad, voy a ayudarme. —Claudia me soltó y volvió a sentarse en la silla de madera —. ¿Qué es lo que sabemos? ¿Pudiste hablar con tus padres?

—Sí. —Me senté en otra silla junto a ella—. Me lo contaron todo. O, bueno, casi todo. Aún tengo que saber qué ocurrió hace veinticinco años. Si descubro eso, descubriré quién tiene el gen en este año.

—Entonces hay una persona que nosotras conocemos y que es del futuro. —Claudia se pasó una mano por el pelo—. Eso sí que no lo sabía.

—Y tampoco sabes qué ocurrió hace veinticinco años, ¿no?

—Pues no. Pero eso es fácil descubrirlo.

—Si esperas a que Max, George, Susannah o Elisabeth nos lo digan… Lo llevas claro. —Me crucé de brazos—. No quieren intervenir.

—Teniendo en cuenta que estamos jugando con el pasado y el futuro… Lo veo razonable. Irán con mil ojos para saber qué es lo que pueden contar y qué no.

—Según mis padres, sea cuál sea el camino, el final siempre es el mismo.

Claudia me lanzó una miradita.

—¿Tú te arriesgarías igualmente aun sabiendo eso? Es como cuando te dicen que los móviles pueden sumergirse hasta dos metros en el agua. Yo aún no lo he querido comprobar.

—Cuando tienes razón…, tienes razón. —Subí los pies a la silla—. Entonces lo único que sabemos es: Norwich *versus* Conwy; una pequeña pista que me dio Max es que fue «un lío de faldas», y también lo que dijeron mis padres, que «las primeras llaves llegaron hace veinticinco años».

—La caza de brujas fue hace veinte.

«¿Se enamoró? De mi padre, supongo».

«No, de otra persona».

—Según la madre de Alexander, nuestra madre se enamoró de otra persona que no era nuestro padre.

—¿Crees que se enamoró de un Norwich? —Claudia frunció el ceño—. Ni la persona más tóxica del mundo le declararía la guerra a una familia entera por algo así. Eso es de estar loco.

—¿Crees que ocurrió algo más grave?

—No tengo ni idea, pero un Norwich debería saberlo…

—Preguntémosle a él. —Miré a Claudia—. A James. Aunque él no va a soltar prenda tan fácilmente.

—¿Y si me acuesto con él y le sonsaco información?

—Claudia, no hace falta que te acuestes con él solo para sonsacarle información.

—Disculpa, creo que no me he explicado bien. —Claudia se aclaró la garganta y me sonrió—. ¿Y si le saco información y después ya de paso me acuesto con él?

—Creía que no os llevabais muy bien.

—Precisamente por eso. A mí no me rechaza ni Dios.

—¿Esto es por el juego de «beso, reto o verdad»? —Solté una carcajada y sacudí la cabeza incrédula—. Vaya, el duque te rechazó y te rompió un poquito el ego.

—Mi ego es irrompible. —Claudia dio un golpe en la mesa—. Pero, independientemente de mi ego, ese chaval no va a rechazarme dos veces. Joder, si soy perfecta.

—Tu autoestima es como una puta montaña rusa.

—Depende del día. —Claudia agitó una mano entre nosotras—. El caso es que ese chico va todos los días al White.

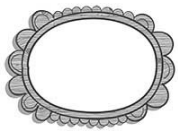
—Es un salón de caballeros, ¿cómo quieres que entremos?

—Eso ya te lo dejo a ti. Pero vamos a ir, y conseguiremos que nos invite a su absurdo baile del

sábado.

—¿Piensas amenazarlo o qué?

—Amenazarlo… Seducirlo… Suele ser lo mismo.



El White

HALEY

—Esto es una mala idea —dijo George con los brazos cruzados.

—No es tan mala idea. —Claudia se levantó las tetas y se acicaló un poco más antes de entrar.

—No pareces una bailarina, pareces una prostituta. —George bajó un poco la falda plateada de Claudia—. Una muy cara.

—Ella cree que así va a llamar la atención del duque —repliqué mientras señalaba su escote y todos los collares de diamantes que llevaba alrededor del cuello—. Eres demasiado de postín.

—Esa es la idea. Los hombres son unos idiotas que quieren lo que no pueden tener. —Claudia acarició sus collares de diamantes y sonrió—. Imaginaos a una bailarina provocativa con más dinero encima de lo que ellos podrían conseguir en cuatro años. Se me van a echar encima.

—Ya, pero lo que nosotras necesitamos es que el duque sea el que se te eche encima —repliqué.

—El duque también es un hombre. Y si no se siente atraído por mí es porque es un alienígena.

—O una persona que no es nada superficial. —George volvió a bajar un poco más la falda de Claudia.

—Lo que vosotros digáis… —Claudia puso los ojos en blanco—. Lo que sigo sin entender es por qué estás aquí.

—No me fio de dejarte sola —reconocí.

—Fuiste tú la que casi inicia una sesión de espiritismo en casa.

—¿Qué? —George giró la cabeza abruptamente para mirarme.

—Estaba desesperada —confesé—. Oye, ahora no es momento de eso. Es momento de preocuparnos por Claudia.

—Mejor vamos a preocuparnos por ti. —Claudia me miró de reojo—. ¿No eres un «hombre» muy bajito?

Me acaricié el bigote de pega y me coloqué bien el sombrero para que no se me desparramase el pelo.

—¡También hay hombres bajitos!

—Y espero que también los haya con un culo tan apetecible como el tuyo —dijo Claudia mientras me alisaba la chaqueta gris.

—Te sorprenderías —murmuró George—. Bueno, ¿entramos?

La entrada al White era exclusiva. Solo las personas más adineradas podían formar parte del

club. George era miembro y me echó un cable para que pudiera entrar. Claudia, por otra parte, usó sus métodos de persuasión con una de las bailarinas y la dejaron formar parte del entretenimiento de la noche. Todas las bailarinas iban vestidas con un corsé de tela de espejo y una falda de flecos plateados. Pero Claudia se había pasado todo el día pegando piedrecitas brillantes a su corsé con la tela de pegamento que vendían en el siglo XXI. Y, para terminar, mandó a un pobre empleado al pozo para buscar mis alas de ángel y mi aureola. Rellenó las alas con las plumas blancas que sobraron de la fiesta que celebró mi padre por mi despedida, y debo reconocer que le quedaron bastante bien.

El interior del White oscuro: las paredes eran de madera negra y los sofás, de cuero. Estaba lleno de hombres que fumaban puros, bebían brandy y chocolate. Sí, chocolate. Era un bien muy valorado al que solo podían acceder los ricos y por eso formaba parte de la carta del White.

George me indicó una mesa para sentarnos y lo obedecí sin rechistar.

Examiné con atención a los hombres; todos ellos iban tan puestos y estaban tan contentos que era imposible que se dieran cuenta de que había una mujer disfrazada de hombre entre ellos.

—Claudia, va a entrar ya —dijo George mirando el grupo de bailarinas que estaba entrando a la sala.

Divisé a James en un sofá con otros dos hombres bebiendo alcohol, fumando y jugando a las cartas. Cuando las bailarinas entraron todos los hombres se levantaron y giraron sus cabezas de serrín para verlas.

—¿Esa no es la hija del marqués Conwy? —preguntó un hombre con una sonrisa resuelta, y la noticia se extendió como la pólvora. Era evidente que la reconocerían.

Eso provocó que todos los hombres prestaran mucha más atención. Todos excepto James.

—Lo lleva claro —dijo George sentándose a mi lado.

—Si su plan no funciona, probaremos con el mío.

—Por Dios, intenta agravar esa voz.

Asentí y volví a mirar a Claudia. No quería estar cerca en el caso de que James la rechazara.

—Claudia está emperrada en ir a ese baile del duque —dije agravando la voz un par de decibelios.

—¿Por qué?

—Conseguir pretendientes. —Puse los ojos en blanco—. El baile del duque se celebrará en la casa de campo de la señora Neilaldenaide Griffiths; teniendo en cuenta lo lejos que está, los invitados podrán quedarse a dormir y eso hace que las invitaciones sean mucho más exclusivas. Solo la gente más elitista tiene invitación.

—La estás viendo como yo ahora mismo. Mañana nuestra casa estará llena de pretendientes como pasó contigo.

—Claudia quiere pretendientes guapos, ricos e inteligentes. No parará hasta conseguirlos. —

Me acomodé en la silla—. Y entre tú y yo: creo que le ha echado el ojo al duque.

—Nooo, calla. ¿De verdad?

—¿Estás usando la ironía conmigo, George? —Me crucé de brazos—. Y se te está empezando a pegar mi forma de hablar.

George soltó una carcajada y se sirvió un vaso de brandy. Claudia había empezado a bailar sobre una mesa y James la miraba de vez en cuando, pero muy de vez en cuando. Juraría que lo vi sonreír.

—El duque tiene que estar alucinando —dijo George.

—Lo que no entiendo es cómo se está rebajando de esta manera.

Y, de repente, Claudia frunció el ceño y dejó de bailar. Hasta ahí había llegado su límite. Bajó de la mesa, se quitó las alas y la aureola y se las dio a un hombre como si fuera un ropero. Claudia fue hacia la mesa del duque, cogió una silla por el camino, la arrastró por el suelo y se sentó frente a él con cara de enfadada.

—¿A qué está jugando? —preguntó Claudia curvando las comisuras de sus labios. Era su sonrisa de hija de puta.

—No juego a nada, lady Claudia —dijo James con la misma sonrisa que ella.

—¿No? —Claudia se inclinó para ver las cartas de su compañero y sonrió—. Vaya, esto sí que es una buena mano. Duque, yo de usted me retiraba.

—¿Le gustan los juegos de azar? —preguntó este.

—Digamos que siempre tengo a la suerte de mi lado, duque.

—¿No me diga? —James alzó las cejas y, con una mano, les indicó a sus compañeros que se retiraran—. Esto es un club solo de caballeros, pero ya que ha bailado tan bien… ¿Quiere jugar una partida?

Claudia soltó una sonora carcajada y mostró sus dientes blancos y perfectos. Lo miró con una ceja enarcada y él tragó saliva.

—Duque, ¿le molestaría que una Conwy le ganara jugando a las cartas?

James se relamió los labios y sonrió con suficiencia. Claudia lo estaba provocando y él lo sabía.

—No me ganará en una partida de cartas.

—Ya le he dicho que la suerte siempre está de mi lado. —Claudia cogió las cartas y se las dio al crupier que estaba a su lado—. ¿Usted puede decir lo mismo?

—Ya lo veremos.

Varios hombres se acercaron a la mesa y la rodearon. George y yo también nos levantamos para ver la partida con nuestros propios ojos. El corazón me iba a mil por hora y no sabía si coger a Claudia del brazo y llevármela o dejarla obrar su magia. Era inteligente y una estratega temible. Si yo fuera James no confiaría en ella ni para jugar a las cartas.

Claudia se cruzó de piernas y miró la mesa. Estaba maquinando algo. Levantó la cabeza y me miró de reojo. Hizo un gesto con el pelo y yo asentí. Era su manera de decirme que lo tenía todo bajo control. La creí, pero era imposible tenerlo todo controlado en un juego de azar.

—Su demencia no tiene límites —me dijo George al oído muy enfadado.

—En el póker no es difícil ganar. —Me crucé de brazos—. Lo único que necesitas es tener mucho más dinero que tu oponente para poder apostar y hacer que se retire. El problema es que no sé cuánto dinero apostará Claudia teniendo en cuenta que James es un duque.

—Cada ficha son dos mil libras —dijo el crupier.

James le mostró las fichas a Claudia. Él tenía tres montones de diez fichas rojas y ella suspiró. Se giró hacia el crupier con una sonrisa arrogante y le dijo:

—Teniendo en cuenta lo que vale mi dote… Quiero diez fichas más que él.

James alzó las cejas y yo me llevé la mano a la cabeza.

—¿Vas a apostarte tu dote? —preguntó James con el ceño fruncido.

—Duque, ya le he dicho que yo siempre confío en mi suerte.

—Yo la mato —susurró George—. Acaba de pedirle cuarenta fichas. Eso son ochenta mil libras.

—Si lo piensas fríamente está haciéndolo bien. —Me crucé de brazos—. En el póker puedes ganar incluso sin tener buenas cartas. El que tenga más dinero juega con ventaja porque puede impresionar al otro y hacer que se retire.

El crupier repartió las cinco cartas y Claudia no mostró ningún indicio de que fueran buenas o no.

—Primero poned la ficha ciega —dijo el crupier, y ambos colocaron una de sus fichas en el centro de la mesa.

—Muy bien, quiero dos cartas. —Claudia puso sobre la mesa una pareja de sietes y a mí me dio un vuelco el corazón.

—¿Por qué coño se acaba de quitar de encima una pareja? —pregunté entre dientes, y George se tapó los ojos.

—¿Te quitas una pareja? —preguntó James con una sonrisita, y Claudia asintió.

El crupier le dio otras dos cartas a Claudia y se giró hacia James.

—Yo quiero otras dos. —James se libró de un ocho y una jota.

—Yo voy. —Claudia puso en el centro de la mesa una columna de diez fichas.

—Y ahí van veinte mil libras… —susurré a George—. ¿Y si va a por un póker?

—No creo que consiga cuatro cartas iguales —murmuró George.

—Si se ha librado de una pareja deberá tener algo como un trío, ¿no? —Sacudí la cabeza—. No, porque sino hubiera tenido un full.

—Yo voy. —James igualó la apuesta.

—El duque no parece estar muy seguro de su mano —susurré—. Tiene dinero para enterrarnos, podría haber apostado más que Claudia.

—Levanten las cartas —dijo el crupier, y ambos obedecieron al instante.

Claudia tenía un póker. Un jodido póker. Y James una pareja de nueves. Menudo alivio.

—Vaya, veo que sí tiene suerte —dijo James, y Claudia sonrió con suficiencia.

—Para ser sincera, yo nunca me salgo del camino seguro. —Claudia cogió las dos montañas de fichas.

El crupier volvió a repartir cinco cartas. Claudia se libró de una carta y James de dos.

—No voy. —Claudia perdió solo su ficha ciega.

—¿No tenía nada? —Quiso saber James.

—No tenía nada bueno, duque. —Claudia sonrió—. Ya le he dicho que suelo tener suerte, pero tampoco sufro de demencia.

—¿Quién lo diría? —bufó George, y yo me reí.

El crupier volvió a repartir. Claudia miró sus cartas y sonrió. James la miró de reojo y se sacudió el pelo. Cada vez había más hombres mirando la partida entre Claudia y James.

—No quiero cambiar ninguna carta —dijo Claudia, y James soltó una carcajada.

—Yo quiero una —dijo James mientras le daba su carta al crupier.

—Apuesto diez fichas —dijo Claudia, y movió dos montones al centro de la mesa.

—Yo todo —dijo James, y Claudia lo miró de soslayo.

—No lo igualo —dijo Claudia mientras sacudía la cabeza para sofocar su risa.

Ambos levantaron las cartas. Claudia tenía una escalera y James un full. Ganó James. Los hombres empezaron a lanzar exclamaciones ahogadas y uno de ellos dijo: «Pobrecita, si quiere dinero yo le dejo». Claudia pasaba totalmente de los comentarios.

—Una escalera no está mal —dijo James mientras recogía sus ganancias.

—Parece que no lo suficiente. —Claudia se cruzó de brazos y suspiró—. Menos mal que no he igualado.

—Ha sido precavida.

—Camino seguro, duque.

El crupier volvió a repartir cinco cartas. James se deshizo de tres y Claudia de dos, y en cuanto ella las miró, dijo:

—Duque, ¿qué le parece si para esta mano apostamos otra cosa además del dinero?

—¿A qué se refiere? —James sonrió mostrando todos sus dientes blancos y perfectos.

—Quiero una invitación de su baile para los Conwy. —Claudia tamborileó la superficie de la mesa con los dedos.

—¿Una invitación? —James se rio.

—Y no solo eso. —Claudia se inclinó un poco hacia él—. Seré su pareja.

La risa de James se esfumó como el humo de un cigarro en el aire. No le había hecho ni puta gracia.

—¿Mi pareja de baile?

—Sí. —Claudia se giró y llamó a un señor que había justo detrás de ella—. Por favor, traigan papel y una pluma. El duque tiene que poner por escrito su apuesta.

Un hombre le dio el papel y la pluma. James se humedeció los labios y miró la hoja en blanco. Se incorporó y escribió: «Invitación al baile del duque de Norwich a la familia Conwy. Lady Claudia será la invitada de honor como pareja del duque». Y firmó.

—¿Y usted? —James miró a Claudia.

—¿Qué quiere que apueste?

—Su ropa.

—Si quiere verme desnuda tiene que trabajárselo un poco más. —Claudia levantó las cejas y chasqueó la lengua.

James dejó escapar una sonora carcajada y echó la cabeza hacia atrás.

—Si pierde se irá desnuda de aquí.

Me giré hacia George con una ceja arqueada.

—¿No sientes un poco de tensión sexual? —le pregunté, y él asintió.

—Eso es demasiado… Si quiere que acepte eso, deberá añadir algo más al papel. —Claudia tocó el papel con su dedo índice—. De modo que ya de paso añada: «Y una confesión».

—¿Una confesión?

—Sí, quiero que me diga algún secreto que guarde.

—¿Cuál?

—Es un secreto por algo… No se lo preguntaré delante de todo el White. —James tensó la mandíbula—. Vamos, duque… Si tiene una buena mano, ¿qué más le dará apostar?

James acabó cediendo y escribió lo que Claudia había pedido en la hoja de papel.

—¿Acepta apostar su ropa?

—Acepto la apuesta. —Claudia se quitó un collar de diamantes y lo puso sobre la mesa—. Y crupier, quiero otras cuarenta fichas. Por la dote de mi hermana.

Abrí la boca de la impresión.

—¿Acaba de apostar tu dote? —preguntó George, histérico.

—Acaba de apostar mi dote —afirmé con voz trémula.

—¿Va a apostarse la dote de su hermana Haley? —inquirió James con el ceño ligeramente fruncido.

—Eso he dicho, sí. —Claudia sonrió—. Vamos, duque. La invitación al centro de la mesa…

James puso la invitación sobre la mesa junto al collar de Claudia.

—Y subo la apuesta. —Claudia puso diez fichas en el centro.

—Yo también voy. —James igualó la apuesta.

Claudia sonrió con suficiencia.

—Subo la apuesta. Otras diez fichas —dijo, y James la miró de reojo—. Venga, duque… Tiene fichas para apostar.

—Voy. —James puso en el centro sus diez fichas. Solo le quedaba una montaña de fichas.

—Lo apuesto todo. —Claudia puso en el centro de la mesa todas sus fichas, y le lanzó una miradita a James—. Podría pedir más fichas como he hecho yo, duque. Iguale mi apuesta.

—No, eso es una locura —dijo James, y fulminó a Claudia con la mirada—. No voy.

—¿Se planta? —Claudia arqueó una ceja.

—Me planto —gruñó.

—Levanten sus cartas… —dijo el crupier, y Claudia sonrió.

Se lo había apostado todo a un mísero trío. James, cuando vio su mano, frunció el ceño.

—¿Ha ido de farol? —preguntó James muy enfadado—. ¿No decía que salirse del camino seguro era de dementes?

—Oh, duque. —Claudia cogió la invitación como si fuera lo más importante de la mesa, incluso más que el dinero—. Apostar dinero, aunque sea una mísera libra, en juegos de azar… Ya es de estar muy loco.

Suspiré de alivio y George empezó a aplaudir. El resto de los hombres también aplaudió para mostrarle su apoyo a Claudia. James sonrió con arrogancia y miró a Claudia con sus ojos marrones.

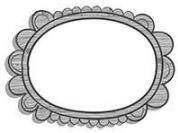
—Tiene todos mis respetos, lady Claudia.

—Siempre los he tenido, duque.

Claudia le guiñó un ojo y se levantó de la mesa como si tal cosa. Pude apreciar cómo James la repasaba de arriba abajo.

—¿Y el secreto? —James se levantó de la mesa, y Claudia se giró hacia él.

—Se lo preguntaré durante el baile al que estoy invitada.



Verdades y mentiras

HALEY

Claudia no podía parar de reírse. Temí que se fuera a mear en las bragas de lo que se estaba riendo. George le había echado la bronca de su vida y ella, en vez de apechugar como cualquiera hubiera hecho, se rio en su cara. George se había cruzado de brazos y sus mofletes estaban rojos. Eran del mismo color que el pintalabios de Claudia.

—James es imbécil —dijo Claudia entre risas—. Ha sido el farol más fácil de toda mi vida. El pavo se ha tragado lo del camino seguro.

—Bajad la voz —rechisté.

—¡Eres una inconsciente! —exclamó George—. ¡Te has apostado la dote de tu hermana!

Claudia soltó una sonora carcajada y eso provocó que George casi arrojara vapor a presión por las orejas.

—De todas formas, no la quiere para nada. —Claudia se secó un par de lágrimas traicioneras —. Volverá al siglo XXI. Y no iba a perder, ¿habéis visto las caras que ponía el hombre que estaba detrás de James? Por Dios…

—Has tenido suerte —replicó George.

—No ha sido suerte. Ha sido estrategia, cielo. —Claudia fue hacia la puerta del White, se giró y nos dijo—: Me vuelvo a casa ya. ¿Venís?

—Llevaos vosotras el coche, yo me quedo —dijo George, e hizo un ademán con la cabeza hacia un muchacho de cabello castaño oscuro que estaba en una de las mesas. Era Anthony.

—Te mandaremos el coche cuando lleguemos a casa —le dije.

Estaba a punto de empezar a caminar hacia la puerta cuando vi a un chico pelirrojo alto y apuesto.

—¿Haley? —inquirió Claudia mientras tiraba de mí para irnos.

—Ese es el barón. —Me giré hacia George—. Es el *crush* de Alice.

—¿Y qué quieres hacer? —Claudia arqueó una ceja—. Podríamos desplumarlo como al duque.

—¿Te recuerdo cómo le hablaste a Alice la última vez? —Fulminé a Claudia con la mirada—. No desplumes al hombre que le gusta.

—Le pedí perdón al día siguiente —se excusó Claudia, y puso los ojos en blanco—. Admito que soy mentirosa, calculadora, hipócrita y a veces mala persona, pero no se me caen los anillos por pedir perdón.

—Señoritas, tengo una idea —dijo George, y se envalentonó para ir hacia el barón.

—Apañaos vosotros, yo me vuelvo a casa —dijo Claudia, y se marchó del White.

Me giré para ver a George. Estaba intentando que el barón se sentase con él. Anthony lo ayudó al ver sus intenciones y los tres acabaron sentados en unos sillones. George me hizo un gesto con la mano, y cuando fui hacia ellos oí a alguien diciendo a mi oído:

—Esos pantalones te favorecen.

—¿Me has reconocido por mi trasero?

Alexander me rebasó y me miró con una sonrisa arrogante.

—Ha sido por tu olor a vainilla y tu altura. Aunque tu culo me ha despejado las dudas. —Alexander acarició mi bigote de pega y se rio—. ¿Qué tramas?

—Yo nada. —Me crucé de brazos—. He venido a vigilar a Claudia.

—Ya, he visto la partida. Se ha apostado vuestras dotes.

—Está como una cabra.

—No conocía esa faceta suya.

—Es la reina del camuflaje. —Miré por encima del hombro a George—. Y ahora tengo algo que hacer, ¿me ayudas?

—Has tenido suerte, no tengo nada mejor que hacer.

Alexander y yo nos dirigimos a la mesa en la que estaban sentados el barón, Anthony y George. Todos estaban envueltos en tal estado de alegría que hasta el Sombrerero Loco sentiría envidia.

—Oh, Alexander —dijo George levantando la mano, y Alexander se acercó.

—Buenas noches, caballeros. —Alexander se sentó en una butaca de cuero marrón y me miró de reojo.

—Collins, te presento al marqués y a mi primo Francis… Beckett —dijo George, y me indicó una silla vacía que había a su lado para que me sentase.

—Alexander y yo ya nos conocemos —dijo el barón, y nos estudió con sus ojos grises como el cielo tormentoso que cubría la ciudad de Londres ese día—. Buenas noches.

—Estábamos hablando de las mujeres de esta temporada —dijo Anthony con una sonrisa agradable—. Lástima que George y yo ya estemos casados. Este año hay cantidad y calidad.

—Es cierto —coincidió el barón, y se echó una copa de brandy.

—¿Te has comprometido ya, Collins? —preguntó George, y el barón lo miró con una sonrisita de «ni de coña».

—No he dado el paso —admitió este.

—¿No va a comprometerse esta temporada? —pregunté intentando agravar la voz, y Alexander y George me miraron de reojo.

—No he pretendido a ninguna mujer —dijo el barón mientras se acomodaba en su sillón—, ¿y

usted?

—¿Yo? —Sacudí la cabeza.

—Si es el primo de George, ¿está emparentado con las hijas del marqués de Conwy? —inquirió el barón, y yo asentí sin hablar—. Le encuentro cierto… parecido.

—Entonces te niegas a casarte esta temporada —intervino Alexander para desviar la atención del barón.

—No me niego, pero admito que no es algo que busque con desesperación notoria, Alexander. —El barón bebió un poco de brandy—. ¿Tú ya está comprometido?

—No.

—Si me permites el atrevimiento, se rumoreaba que estabas muy unido a lady Haley Conwy… ¿Por qué no os comprometisteis?

Miré a Alexander de reojo.

—Admito que lady Haley es… —Alexander se tensó.

—¿Provocativa, perspicaz y hermosa? —El barón sonrió—. Vamos, Alexander…

—Es «complicada». —Alexander elevó las comisuras de los labios, y a mí me costó una fuerza de voluntad imponente no levantarme y gritarle cuatro cosas.

—¿Y qué es lo que buscas entonces? —preguntó el barón entre risas.

—Que me faciliten la vida —respondió Alexander, y yo lo fulminé con la mirada.

El barón se rio.

—Llevas razón, yo también quiero una mujer que me facilite la vida y no que me la complique —dijo el barón.

—Hay muchas mujeres así —dijo George intentando entrar otra vez en la conversación.

—Es cierto —dijo Anthony—, la hija del conde de Shefford es una mujer muy correcta y tranquila. Es su primera temporada y ya se rumorea que no llegará a una segunda porque se comprometerá antes de mayo. Seguro.

—¿La hija del conde? —inquirió el barón—. Los invité a mi baile.

George asintió con la cabeza.

—Lady Alice es una mujer tranquila, está muy bien educada y es bondadosa —dijo Anthony —. Y su dote es una maravilla… Sesenta mil libras.

Fruncí el ceño. Era como si intentaran vender un móvil de segunda mano.

—También es muy inteligente y constante —dije, y George me hizo una seña para que dejase de hablar. Podía ver cómo me decía con la mirada: «A este hombre se la suda lo inteligente que sea».

—¿No me diga? —inquirió el barón, y yo asentí—. ¿Quiere hijos?

—¿Hijos? —pregunté con cara de sorpresa. ¿Qué pregunta era esa?

—Verá, me considero una persona familiar y me gustaría tener hijos. —El barón cruzó sus

piernas y dejó el vaso de brandy sobre la mesa—. Deseo que mis hijos crezcan en un entorno alegre y considero que no hay nada mejor que una mujer bondadosa y dulce. Como bien dice Alexander… Lo mejor es una vida tranquila.

—Acaba de definir a Alice —dijo George, y se llevó la mano al pecho—. La conozco personalmente y es una mujer excepcional.

—¿De verdad? Eso es todo un descubrimiento. Lo que no me gusta de las mujeres casaderas es que se lanzan a por sus presas como leones hambrientos. —El barón resopló con pesadez—. Las conozco a casi todas, pero de lady Alice no he oído hablar… Y eso me gusta. Significa que es una mujer que intenta pasar desapercibida; puede que incluso sea tímida.

—Pues… La verdad es que sí lo es —confesé.

—Mañana podría acompañarte a Abbey House para conocer a lady Alice, Collins —propuso George con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿No crees que es precipitado? —preguntó el barón.

—Si voy contigo todo resultará más informal y cómodo —lo animó George—. No le vas a pedir ya matrimonio, solo es conocerla.

—Vamos, Collins. —Alexander le dio un golpecito en el brazo—. Anímate.

—Que me lo digas tú precisamente… —El barón esbozó una sonrisa ladeada.

—Yo soy más joven que tú.

—¿No estás interesado entonces en ninguna mujer esta temporada?

—Interesado sí. —El corazón empezó a latirme más rápido de lo normal—. Pero no como para amarrarme.

—Claro, porque mi prima es demasiado complicada —me atreví a decir malhumorada—. Menos mal que ella opina lo mismo que usted. Jamás se amarraría a una persona con el ego tan subido.

Alexander me miró con el ceño fruncido.

—Lamento que le haya podido molestar mi sinceridad, señor Beckett. Pero es lo que pienso, y en cuanto a su comentario sobre mi ego, creo que el de lady Haley lo supera por mucho.

—Gracias a Dios que su inteligencia también supera a la suya por mucho.

—No lo suficiente, porque si hubiera sido tan perspicaz como ella cree que es, se hubiera vuelto ya a Francia.

Sentí que se me encogía el estómago y se me calentaban las mejillas de la vergüenza. Creía que Alexander estaría contento porque siguiera en su siglo, pero me acababa de dejar muy claro que lo único que deseaba era que me marchara. No me quería tener allí. Y yo pensando que podría venir conmigo a mi siglo. Yo era gilipollas.

—Eres. Un. ¡Imbécil! —Me levanté de la maldita silla y me fui del White.

Oí los pasos seguros de Alexander detrás de los míos. Me quité el absurdo bigote y lo metí en

el bolsillo de la chaqueta. También me quité el sombrero y dejé mi cabello al aire. Busqué el carruaje de las narices, y dejé de buscar y eché a caminar cuando me acordé de que Claudia se lo había llevado y nos recogerían en coche más tarde. Estaba muy enfadada. Había entendido mal todas las señales y eso me había hecho quedar como una subnormal delante de todos. Sobre todo de Alexander. En ningún momento me había dicho que le interesaba para más que un calentón pasajero, pero, aun así, me había ilusionado como una imbécil. Siempre me pasaba lo mismo. Ilusionarme con tíos que solo me querían para un polvo. Para mí eso era ley de vida.

«El protagonista nunca se queda con la niña popular, rica y guapa… Siempre se queda con la niña dulce y buena que no ha roto un plato en su vida. Nos consiguen como si fuéramos un trofeo y luego nos dejan por otra con la que puedan tener una relación más estable. Las personas son así», me advirtió Mia en una ocasión.

—¿Podrías dejar de andar? —me preguntó Alexander con su tono de voz mandón y cínico.

—¿Podrías dejarme en paz?

Giré la calle y seguí caminando con los brazos cruzados. Estaba empezando a chispear.

—¿No entiendes que caminar sola tan tarde es peligroso?

—Pues te informo de que iré andando a mi casa, así que ya te puedes dar la jodida vuelta. —Me aparté un poco de la calzada para que no me atropellara ningún coche y apreté la marcha.

—No voy a dejarte sola.

—Luego no digas que soy yo la que te complica la vida cuando eres tú solito quien se la complica.

—¿He dicho alguna mentira? —Alexander se estaba acercando—. Eres una persona que pertenece a otro tiempo. Si eso no es jodidamente complicado dime tú qué lo es.

—¡Hay tropecientas mil cosas muchísimo más complicadas que esta! —grité arrojando fuego por la boca—. ¡Pero tranquilo, dejaré de complicarte tu insulsa vida, porque me vuelvo a mi casa ya mismo!

—¡Eso ya lo has dicho!

—¡Me refiero a mi casa del futuro, idiota!

Ninguno de los dos dijo nada más. Oí los pasos de Alexander detrás de mí. Estábamos andando bajo una cortina de fina lluvia como dos idiotas: yo porque me negaba a esperar en el White un coche, y Alexander porque no me quería dejar sola.

Después de una hora y media de reloj caminando, vi mi jardín iluminado por farolas de gas. Alexander me acompañó hasta la mismita puerta sin rechistar ni quejarse, y cuando se aseguró de que un empleado me abría la puerta, se giró con la intención de marcharse a su casa. Me dio tanta rabia que entré a casa y cerré la puerta de un portazo. Pero no me duró mucho, porque a los pocos segundos volví a abrir la puerta y fui tras él.

—¿Puedes dejar de andar? —le pregunté.

—Me temo que no. —Alexander siguió caminando—. Regresa a casa.

—Me has seguido hasta mi casa andando, sabes que soy muy capaz de hacer lo mismo. —Alexander se detuvo abruptamente y se giró para enfrentarme.

—Eres insufrible —dijo entre dientes.

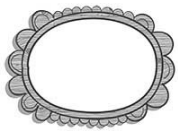
—Ya, sé que soy peor que un grano en el culo. —Cambié el peso de pierna—. Venga, entra en casa. Es muy tarde y está lloviendo. No seas crío.

—Ah, yo soy el crío.

—Alexander, soy una persona a la que no le cuesta pedir perdón si se equivoca; pero ahora mismo no sé quién debería pedir perdón. —Exhalé un suspiro—. Mira, necesito meterme en la cama…

«Y pensar en qué coño me está ocurriendo».

Alexander tensó la mandíbula y me miró con ojos penetrantes. Empezó a caminar hacia mí y yo sentí que perdía hasta el aliento, además de las bragas. Él, en vez de detenerse, siguió caminando hasta rebasarme; me giré para mirarlo y vi que iba directo a la puerta de casa. Por lo menos me había hecho caso.



Buenas noches

HALEY

Miré a Alexander de soslayo. Estaba sentado sobre el filo del colchón secándose el pelo con una toalla. Se había quitado la ropa y solo llevaba puestos unos pantalones que le había quitado a George. Estaba imponente con esos brazos musculosos al descubierto y sus esculpidos abdominales. Sacudí la cabeza y seguí con mis pensamientos amargos.

—Mañana por la mañana pediré que te lleven en coche —dije después de aclararme la garganta. Estaba demasiado inquieta.

—Muy amable, gracias. —Alexander se tapó con las sábanas y miró hacia la pared.

Me había ido al cuarto de invitados para ayudar a Alexander a instalarse. Necesitaba más tiempo de margen para poder iniciar una conversación con él, pero me estaba resultando imposible. Me restregué las manos en el camisón corto rosa, nerviosa, y fui a la puerta.

—Buenas noches —dije con resignación, y él ni me respondió.

Rocé el picaporte de la puerta y dejé caer el brazo a mi costado. Me apoyé en la puerta y me crucé de brazos. Alexander se giró para mirarme con cara de hastío.

—Mira, podría irme por esta puerta y volver a mi habitación para dormir, pero no quiero que nos acostemos enfadados. —Me mordí el labio—. Esas cosas no me gustan.

—Quieres hablar sobre lo que ha pasado en el White, ¿no?

Asentí y Alexander puso los ojos en blanco. Al final se apoyó en el cabecero y golpeó suavemente el lado libre de la cama. Me senté a su lado y abracé un cojín bordado de los que hacía mi tía Susannah.

—Me ha sentado mal que dijeras que soy una persona complicada —admití, y hundí mi barbilla en el cojín.

—Creo que me he percatado. —Alexander tensó su abdomen y yo bajé un poco la mirada. Pero solo un poco—. Pero debes admitir que eres compleja, y la situación que tenemos entre manos no lo hace más sencillo.

«Somos demasiado complejas, y la gente hoy en día no busca complicarse». Mia llevaba razón.

—Sé que soy una persona muy difícil de llevar. Pero no me ha gustado que lo dijeras como si fuera un problema insalvable.

—El problema no es que seas difícil, el problema es ver quién es capaz de llevarte. Es lo que le intentaba decirle al barón.

—Pero tú sabes qué hacer conmigo —confesé, y lo miré fijamente—. No es una confesión. No te emociones. Pero creía que a ti te gustaba mi forma de ser.

Alexander se humedeció los labios y yo los miré.

Los miré durante un buen rato.

—No he dicho que no me guste —dijo Alexander finalmente—. Solo he dicho que eres complicada.

—Y que lo que buscas es que te faciliten la vida —musité.

—Como cualquier persona. —Alexander se cruzó de brazos—. No sé cómo será en tu mundo, pero aquí la paz se valora mucho.

—Y yo no soy una persona pacífica, ¿no?

Alexander frunció el ceño.

—¿Qué es lo que me estás intentando decir?

—Nada.

—Estás actuando de manera extraña.

—Soy así.

—No, no lo eres. —Alexander se incorporó y me quitó el cojín—. Te podía haber molestado el comentario, pero estás teniendo una reacción exagerada, ¿no crees?

«Sí. Yo también me estoy dando cuenta».

—Me ha sentado mal que un «amigo» dijera esas cosas de mí.

—¿Solo es eso? —Alexander esbozó una sonrisa ladeada y yo entrecerré los ojos.

—Sí, solo eso. —Me senté sobre mis talones y me apoyé en el cabecero.

Él me miró fijamente con sus apetecibles labios entreabiertos.

—En ese caso te pido perdón, cariño. —Sentí que sus palabras traspasaban mi piel y alcanzaban mi estómago.

—Perdóname a mí por saltar de esa manera y hacer que te preocuparas por el hecho de venir andando sola, cielo.

Alexander sonrió mostrando sus dientes blancos y perfectos. ¿Quién diría que menos de una semana atrás estábamos a punto de follarnos el uno al otro?

—¿Entonces mañana vuelves a casa? —me preguntó mientras jugaba con un hilo del cojín.

—No lo creo, me quedaré hasta el baile del duque. A Claudia le ha costado horrores conseguir esa invitación y solo quedan unos días para que llegue el sábado. —Me volví hacia Alexander y aparté la mirada cuando sus ojos verdes se clavaron en los míos con una intensidad que me hizo temblar—. ¿Tú irás?

Alexander se recostó en la cama y apoyó la cara en el cojín. No parecía estar muy cómodo.

—Sí, irán varios amigos míos. —Alexander dejó caer los ojos hacia mis piernas y levantó un poco la cabeza para volver a mirarme a los ojos—. Voy todos los años porque a mi madre le

encanta la extravagancia. Supongo que nos veremos allí. Incluso podríamos bailar si quieres.

«¿Has pensado que quizá Alexander no quiera ese gen?».

«¿Quién no iba a querer viajar en el tiempo? Además, a Alexander le gustó mucho nuestro siglo».

«Pero puede que no lo suficiente como para irse. Él tiene una vida aquí».

—Sí, vale.

—¿Estás bien? —Alexander me miró con el ceño ligeramente fruncido—. Acaba de cambiarte la cara.

—Estoy bien —suspiré, y me pasé la mano por el pelo.

No. No estaba bien. Estaba agobiada.

Sentí la mano de Alexander deslizándose hacia mis piernas. Se movió y apoyó su cabeza sobre mi regazo, abrazando mis muslos. Lo miré desde arriba y me envolvió un sentimiento distinto al que me provocaba normalmente. Sentía la chispa que había entre nosotros calentando mi piel, y al mismo tiempo otro sentimiento igual de cálido e intenso me abordó por dentro.

—Espero que aprendas a bailar un poco de aquí al sábado —dijo Alexander—. Nuestros bailes son distintos a los vuestros, ya lo sabes.

—Vuestros bailes son un rollo —rechisté—. ¿Y para qué elegís pareja de baile si al final bailáis con todas las personas de la sala?

—Es más interactivo.

—Es absurdo. —Hundí mi mano en el pelo de Alexander y lo acaricié. Era más sedoso y suave de lo que recordaba—. Dicen que bailar más de dos veces con la misma persona en el mismo baile es prácticamente una declaración de intereses de boda. Entonces, en mi siglo, donde los bailes son más… sensuales, y normalmente bailas varias canciones con la misma persona… ¿Qué? ¿Es una declaración de intereses de querer quedarte embarazada o qué?

La risa de Alexander rozó mis muslos y me estremecí.

—No seas exagerada. —Alexander se rio—. Es que aquí la gente no se relaciona tanto como allí. Sigo sin entender cómo van a cambiar tanto las cosas en solo dos siglos.

—El tiempo es genial y horrible al mismo tiempo, supongo.

—El tiempo es el enemigo del hombre.

—También puede ser un aliado, Alexander.

—Pero entonces, ¿bailarás conmigo el sábado?

Solté una sonora carcajada y Alexander aflojó su agarre. Seguí acariciándole el pelo.

—Sí. Sin embargo, ya sabes que tienen que ser como mucho dos bailes.

—¿Solo dos? Creía que esas reglas no te repercutían. —No le veía la cara, pero estaba convencida de que tendría una sonrisita arrogante en su rostro—. Si te soy sincero, esperaba bailar contigo toda la noche.

Alcé las cejas muy sorprendida y sonreí. Menos mal que él no podía ver mis reacciones.

—¿Solo conmigo? —le pregunté confundida.

—Solo contigo.

—Vaya, y yo que pensaba que eras un Golfo… Y quieres estar toda la noche bailando solo conmigo.

«Hasta el Golfo más golfo deja de ser un Golfo cuando se enamora», le dije en una ocasión a Alice. Sacudí la cabeza y aparté esa idea absurda de mi cabecita perfecta.

—Teniendo en cuenta que será aquí tu última noche, quiero pasar todo el tiempo que pueda contigo.

—¿Eso es una manera acojonantemente indirecta de decir que me echarás de menos?

Alexander se tensó sobre mis muslos, y ejerció un poco más de fuerza al abrazarlos. Aunque fue casi imperceptible, yo lo sentí tanto como sentía mi corazón desbocado.

—¿Y tú a mí?

—En absoluto —mentí—. «Por fin se respirará algo de paz y tranquilidad».

—Aún no sé si esa mente que tienes para ser capaz de retener todo eso es impresionante o acojonante.

—Y la rapidez con la que se te pegan algunas de mis expresiones no sé si es desternillante o vergonzosa —dije. Alexander soltó una risotada—. Pero no sufras demasiado por mi ausencia, puede que venga de vez en cuando para ver a George, Max, Alice, Susannah, Elisabeth y a… —Suspiré antes de nombrarla—. Claudia.

—¿Y a mí no?

—A ti no. —Alexander siseó y yo reí—. Y ya de paso me daré un *tour* para conocer a Jane Austen y comprar la primera edición de *Orgullo y Prejuicio*.

—¿Quién es esa?

—Una escritora muy importante. Aunque esa novela aún no ha sido publicada.

—¿Piensas ir y venir?

—Supongo, pero muy de vez en cuando. Quiero ver más sitios y viajar por todo el mundo. Me gustaría verlo todo. —Acaricié el cuello de Alexander con las yemas de mis dedos—. Ojalá pudieras haber visto Nueva York o Shanghái; me apuesto lo que quieras a que te hubieran encantado cualquiera de los dos sitios.

Alexander se quedó callado un rato y luego dijo:

—¿Sabes lo que me encanta?

—Sorpréndeme.

—Tus piernas. La verdad es que son muy suaves…

Esbocé una sonrisa ladeada y suspiré. No sabía si decirle «gracias» o quedarme callada. Finalmente, me decanté por el silencio.



Tú y yo a través del tiempo

ALEXANDER

Desperté con el olor a vainilla acariciando mi nariz. Abrí los ojos poco a poco y vi el dobladillo del camisón rosa. Levanté la cabeza de los muslos de Haley y me incorporé. Ella se había quedado dormida apoyada en el cabecero de la cama y yo sobre su regazo. Me pasé una mano por el pelo y me levanté sin hacer demasiado ruido. Suspiré al pensar en sus muslos y su camisón rosa.

Había echado mano de un autocontrol que no sabía que tenía para no acariciar ni besar sus muslos. Hubiera sido tan fácil lamerlos, deslizar mis manos por debajo de ese estúpido dobladillo rosa y llegar a su ropa interior de encaje… Acabar lo que habíamos empezado en su siglo.

Me llevé las manos a la cabeza y respiré lentamente para controlar mis instintos. «Piensa en otra cosa, piensa en otra cosa», me ordené. Debían de ser las seis de la mañana.

Cogí a Haley en brazos y la llevé de vuelta a su habitación para que siguiera durmiendo. Cuando la dejé sobre su cama y la tapé con las sábanas emitió un pequeño gruñido. Me fui de su cuarto con la intención de volver a mi casa. No habíamos dormido mucho porque nos habíamos quedado hablando hasta tarde, y lo mejor era dejarla dormir. Además, así aprovecharía para desaparecer sin que se diera cuenta.

—Vaya, ¿una noche complicada? —preguntó Claudia a mis espaldas.

«Y tanto».

—No hemos hecho nada, si es lo que preguntas —respondí, y ella se encogió de hombros.

Caminamos por el pasillo intentando no hacer demasiado ruido.

—¿Qué haces despierto tan temprano? —inquirió mientras bajábamos por las escaleras de mármol.

—Me he despertado de casualidad y voy a irme ya a mi casa.

—No creo que a Haley le haga mucha gracia eso.

—¿Por qué?

Claudia no me respondió de inmediato. Pasó de mí y fue hacia el comedor para desayunar. Dudé unos segundos, pero finalmente la seguí.

—Porque la conozco —dijo Claudia mientras se sentaba a la mesa.

—¿Tú por qué te has levantado tan pronto?

—Tengo que ir a la modista para que le haga unos arreglillos al vestido que me pondré el sábado. —Claudia me señaló una silla.

—No quiero molestar más.

—No seas plasta —refunfuñó ella, y yo levanté las cejas. Nunca la había visto hablar de ese modo—. Y no te sorprendas. Contigo no me hace falta guardar las apariencias; sé que ya lo sabes todo. —Claudia puso los ojos en blanco—. ¿Qué más hicisteis en el White después de que yo me fuera? ¿Funcionó lo de Alice?

Me senté en una silla que había junto a ella.

—Me parece que sí. Y no hicimos mucho más…

Claudia soltó una sonora carcajada y la empleada que estaba sirviéndonos el desayuno la miró con una ceja arqueada.

—Alexander, no mientas. George me contó que anoche Haley y tú discutisteis delante de todo el White.

—Si querías que te contara eso podrías haber sido más directa.

Claudia se sirvió pan con mermelada y un poco de leche.

—No es que quiera a Haley ni mucho menos, pero con todo lo que estamos haciendo por ti, no entiendo cómo puedes discutir con ella, y, encima, hoy piensas irte de nuestra casa sin despedirte.

Fruncí el ceño.

—¿Qué se supone que estáis haciendo por mí?

—¿Qué? —Claudia me miró de reojo mientras untaba mermelada de frambuesa sobre su pan —. ¿No te lo ha dicho?

—¿Qué se supone que tengo qué saber?

—Mierda.

—Claudia, suéltalo.

—Te lo diré, pero si prometes cubrirme.

—Lo prometo.

Claudia dejó su tostada sobre el plato de cerámica y me miró fijamente.

—Haley quiere buscar ese absurdo gen para dártelo y que así puedas viajar en el tiempo como nosotras. —Arqueé una ceja—. Pero sinceramente, lo veo turbio.

—¿Por qué quiere eso?

—¿Tú no quieres? —Claudia frunció el ceño—. Alexander, te conozco desde hace ya muchos años, y sé que si fueras como cualquier hombre de este siglo entendería que rechazaras el gen sin pensarlo dos veces, pero tu educación ha sido muy distinta. Prácticamente te crio nuestra madre y ella te enseñó valores de los que carecen muchas personas que han crecido aquí. Así que no me sorprendería que quisieras aceptar el gen. Lo que ya no sé es qué harás una vez lo tengas en tu poder.

Sentí que se me encogía el estómago y se me quitó el hambre. No quería desayunar.

—Pero tú misma has dicho que es muy difícil encontrar ese gen, ¿no?

—Sí, pero teniendo en cuenta que Haley y yo estamos trabajando codo con codo para conseguirlo, las posibilidades de encontrarlo ascienden a un 99%. Y no digo el 100% por no ir de sobrada. —Claudia subió los pies a la silla y empezó a gesticular con las manos—. Pero, aunque consigamos el gen… Vosotros pertenecéis a mundos distintos.

—Ya, lo sé.

—Ayer George me dijo que la pelea empezó porque básicamente pusiste las cartas sobre la mesa. Y una de esas cartas fue la de «me interesa, pero no como para amarrarme». Y, sinceramente, no quiero que se ilusione para que luego se lleve el chasco.

—Si me estoy distanciando de ella estos días es porque es necesario.

—¿Es necesario?

—Haley es una persona que actúa según sus sensaciones, sus sentimientos. Por mucho que ella se empeñe en parecer superficial, no lo es. —Exhalé un suspiro pesaroso—. No quiero que se enamore de mí porque, aunque diga que no es capaz de dejar sus planchas esas del pelo y vivir aquí, sé que es mentira.

—¿Crees que sería capaz de venirse aquí a vivir?

—Sí. Y no quiero que haga eso porque a la larga ella no sería feliz —dije. Claudia le dio un mordisco a su tostada mientras me escuchaba hablar—. La vida son más cosas. Creo que hay muchos tipos de amor, y en su siglo tiene familia y amigos. Allí es feliz, le gusta ese mundo. Quiere viajar, ir al cine, a restaurantes, quedar con su amiga Mia, visitar a sus abuelos. A ella le encanta su vida, y eso está bien. Yo no quiero interponerme en todo eso.

—Dios mío, te estás distanciando de ella por su propio bien, no por el tuyo. —Claudia pestañeó y dejó su tostada en el plato—. Pero ¿y si conseguimos el gen?

—¿Y si no?

—No te puedo prometer que lo vayamos a encontrar, pero…

—Claudia, escuché a los padres de Haley. Es imposible que encontréis solo un gen con todas las personas que hay.

—¿Por qué eres tan negativo?

—Porque no quiero sufrir otra vez.

—Sé que has perdido a mucha gente, Alexander. —Sentí que se me formaba un nudo en la garganta—. Pero tener esperanza no es malo.

—Cuanto menos tiempo esté cerca de Haley, mejor.

Me levanté de la silla con la intención de irme a mi casa, pero Claudia me hizo un gesto con la mano y me detuve.

—No, deberías pasar todo el tiempo que puedas con ella antes de que se marche. No es que se mude de país, se va a otro siglo.

—Yo también pensaba eso. Pero esta noche me he dado cuenta de que pasar mucho tiempo con ella no es bueno. Así que no lo haré.

—¿Por qué?

—Pues porque no.

Y entonces Claudia se llevó una mano a la boca y yo tensé la mandíbula.

—Dios. Mío. No te estarás…

—Sí, me estoy enamorando de ella.

Claudia centró su vista en otro sitio detrás de mí, y yo me giré. Cuando la vi con su camisón rosa apoyada en el marco de la puerta y con el pelo suelto que le llegaba hasta la cintura, el corazón me dio un vuelco. «Joder, me ha oído», me dije.

No me atrevía a preguntarle cuánto tiempo llevaba ahí escuchando. Miré a Claudia y ella sonrió como diciendo: «Lo siento por no avisarte, pero sí… Ha estado escuchando desde hace un buen rato». Cuando volví la vista, Haley ya no estaba.

Empecé a caminar con paso desenvuelto y decidido hacia su dormitorio. Crucé esa puerta con un miedo desconocido apretándome el pecho y me la encontré de frente. Era como si estuviera con la escopeta cargada, esperando para dispararme.

—¡¿Es una jodida broma?! —gritó, y me lanzó un cojín a la cabeza. Lo cogí al vuelo.

—¿Qué has escuchado?

—¡Casi todo! —Haley me señaló con el dedo—. ¡No tienes derecho a decidir por mí!

—¡No decido por ti! —repliqué, y cerré las manos en un puño.

—¡Lo estás haciendo al decidir que es mejor distanciarte de mí! —Volvió a arrojarme otro cojín y lo esquivé.

—¿No crees que es lo mejor? —Intenté acercarme a ella.

—¡No! —gritó.

—No hace falta que te cabrees de esta manera. —Acorté la distancia que nos separaba y ella se cruzó de brazos.

—Estoy cabreada con la vida por ser tan injusta. —Haley me fulminó con la mirada—. Tenías que haberme dicho la verdad.

—¿Te refieres a lo de que me estoy enamorando de ti? —solté. Haley dejó caer los brazos, como si de pronto se hubiera quedado sin energía. Ya no me gritaba ni intentaba arrojarme cosas a la cabeza—. ¿Por qué ibas a querer saber eso? Solo serviría para complicar las cosas.

—Las cosas ya no pueden complicarse más. —Haley suspiró y me miró fijamente con sus ojos azul cielo centelleando—. Me he enamorado de ti. —Sentí que me dio un vuelco el corazón. Una sensación de alivio y alegría me envolvió de dentro hacia fuera. Pero ella se alejó como si lo que acabara de decir fuera la cosa más mala del mundo—. Lo siento, esto se me ha ido de las manos. Incluso he estado buscando ese gen con Claudia. Le dije que igual te querrías venir a mi siglo,

que puede que estuvieras dispuesto. Y ahora entiendo que es imposible porque al escucharte hablar me he dado cuenta de que tú aquí también tienes una vida y… —Haley se pasó una mano por su larga melena y me miró de reojo—. Yo me he comportado como una egoísta y, tú… Tú solo has mirado por mí y… Agh, qué asco de vida. No quiero que nos distanciemos y vivamos cada uno en una punta del eje cronológico. Quiero atravesar el tiempo. Como si fuera una barrera que pudiéramos romper. Juntos. —Soltó un bufido. La miré atónito, y ella empezó a sonrojarse. Me gustaba mucho ese tono rojizo de sus mejillas—. Di algo o me moriré de la vergüenza.

Sonreí como un imbécil al pensar en lo que acababa de decir. «Me he enamorado de ti». Quería escuchárselo decir una vez tras otra. Quería que se sonrojara, que me tirara cojines, que se enfadara, que riera, lo quería todo de ella. La quería a ella.

Me acerqué con el corazón en un puño, y ella no retrocedió. Se quedó quieta y elevó un poco la cabeza para mirarme a los ojos. Para enfrentarme. Acaricié sus brazos con suavidad y la cogí de la barbilla; sentí cómo se estremecía bajo mi tacto. Me incliné hacia sus labios y sus ojos centellearon antes de cerrarse con delicadeza. Acerqué sus labios a los míos y la besé.

—Me iré contigo —susurré sobre sus labios, y ella alzó las cejas.

—¿Estarías dispuesto?

—Estoy dispuesto a ir a dónde quieras siempre que tú estés conmigo.

Sentí las manos de Haley agarrándome del cuello. Pegó su cuerpo al mío y me besó con fuerza. Sus labios eran tan suaves como imaginaba que lo serían las nubes si fueran tangibles, y sus dedos se hundían en mi cabello deseosos de mantenerme cerca de ella.

No resistí mis ganas de acariciarla y besarla, aunque mi cabeza me dijera que no deberíamos sobrepasar el límite, que hundirme en ella sería como activar un detonante. Estaba dispuesto a detonar la bomba y hacer que arrasara con todo.

Haley sofocó un gemido en mi boca. Su aliento olía a menta y su cabello a vainilla. Me preguntaba si sabría tan bien como el perfume que desprendía. La agarré de esos suaves muslos que tanto había deseado lamer durante la madrugada y la levanté, pegándola a mi torso con fuerza, casi con violencia. Sus jugosos labios buscaron los míos, y me encendieron como si fuera la mecha de un cañón. La llevé a la cama y me puse sobre ella. Era tan pequeña y me pareció tan perfecta que dejé de besarla para mirarla. Se merecía esa admiración.

Extendió un brazo para acariciar mi mejilla, le cogí la mano y besé sus dedos. Besé sus uñas nevadas y seguí mirándola fijamente hasta que se sonrojó. No pude evitar sonreír y ella se incorporó para besarme. Tiró de mí y se puso encima, justo encima de mi polla. La sentía mejor que nunca y quería sentirla aún más.

Sus labios acariciaron mi cuerpo; estaban tan húmedos como yo. Sentí el cosquilleo extendiéndose como un incendio por mi cuello, mis pectorales y mi abdomen. Los dedos de Haley me desabrocharon los pantalones y su expresión de satisfacción se me quedó grabada en la

memoria. Rodeó mi miembro con sus manos y empezó a acariciarlo. Todos mis músculos se tensaron y ella lo debió notar porque subió el ritmo. La agarré de un brazo para que dejara de tocármela y tiré de ella hacía mí.

—¿Buscas que me corra antes de empezar? —ronroneé a su oído.

Le quité el camisón rosa y liberé su pecho. Me hundí en sus tetas antes de enterrarme dentro de ella. Volví a colocarme encima para reclamar todo su cuerpo. No llevaba ropa interior, estaba desnuda y a mi total merced. Rodeé un pezón con mis labios y pellizqué el otro para estimularlo. Ella se retorcía de placer entre caricia y caricia. Éramos un remolino de sensaciones. Mis dedos acariciaron su tatuaje y bajaron hasta el centro de sus muslos. Encontré la entrada; estaba tan húmeda que no pude resistirme a introducir un dedo. Ella rodeó mi cuello con sus brazos y sofocó un gemido en mi piel. Metí un segundo dedo y los moví en su interior hasta sentir cómo se tensaban todos sus músculos.

—Métemela —gimió, y yo saqué los dedos de su interior.

Acaricié su clítoris con la punta de mi miembro erecto y sentí que ella se movía con la intención de que encontrase la entrada. Estaba chorreando placer; la agarré del muslo con fuerza y la envestí. Sofoqué un gemido en su cuello y seguí con el movimiento celestial. Con cada asalto ella gemía más; sus gritos de placer me daban la vida. Haley hundió las uñas en mi espalda mientras se movía debajo de mí con la desenvoltura de una diosa. Sentí que llegaba al clímax, con cada movimiento sentía su jugoso coño envolviéndome la polla.

Ella se agarró a mí con fuerza e intensificó el movimiento. Disminuí el ritmo y masajeé su clítoris con mis dedos. La sentí temblar y supe que había llegado al orgasmo. Sus gemidos golpeando mi boca me lo confirmaron. Le di un beso y salí de su interior; ella se me quedó mirando con una ceja arqueada.

—¿Por qué paras? —me preguntó con la respiración agitada.

Me levanté de la cama y ella miró mi pene erecto como si fuera un dulce.

—Porque que no estamos tomando precauciones y no estamos casados —respondí, y ella se puso de rodillas y se acercó a mí.

—Muy bien, ven aquí —me ordenó, y yo obedecí como un perro.

Ella me acarició los muslos y agarró mi miembro con sus finos dedos. Sus dedos no conseguían rodeármela entera. Empezó a agitar su mano, subiendo y bajando. Se llevó mi pene a los labios y se lo metió en la boca. Su mano subía y bajaba y mis gemidos envolvieron la habitación cuando sentí su lengua chupando mi erección con ganas. Unas ganas que me dejaron sin aliento y con el cuerpo temblando. Su mirada era el reflejo del deseo carnal.

—Me corro —dije, e intenté apartarme, pero ella se aferró a mi polla con fuerza e intensificó la mamada.

Sentí que el placer subía en mi interior hasta desbordarse. Me corrí en su boca y ella no se

apartó hasta que dejé de temblar. Se separó de mí con una sonrisa traviesa y se pasó una mano por el pelo.

—No has estado nada pero que nada mal —me dijo, y me guiñó un ojo. Yo no podía parar de mirarla.

—¿Te lo has tragado?

—Claro —me dijo—. ¿Querías que la escupiera? No seas tiquismiquis.

Me obligué a cerrar la boca. Esa mujer era una diosa del sexo. Se levantó de la cama con su sonrisa de superioridad, totalmente desnuda y chasqueó la lengua. Maravillosa lengua.

—¿Por qué me miras tanto? —inquirí mientras buscaba la camisa.

—Voy a darme un baño y a desayunar. —Haley me dio la espalda y empezó a caminar; no pude evitar mirar su perfecto culo—. Alexander. —Ella se giró y me lanzó una mirada seductora.

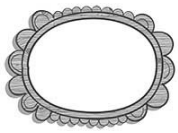
—Dime —conseguí decir.

—Antes me has dicho: «Estoy dispuesto a ir a dónde quieras siempre que tú estés conmigo». —Haley se cruzó de brazos y sus pechos subieron aún más.

—Y era cierto —sonreí mientras me imaginaba tocando esos pechos.

—Pues quiero ir a darme un buen baño. —Me sonrió—. Así que tienes que venir.

¿Cómo iba a decirle que no?



Superficie lunar

HALEY

—Pues te cambias de pasillo —replicó George mientras untaba la mermelada sobre el pan.

—Te estás pasando —le espeté.

—Alexander, me encanta tenerte por aquí. —George sonrió de oreja a oreja—. Pero estoy harto de oír vuestros gemidos diurnos y nocturnos. —George me señaló con el cuchillo y apretó los labios—. Mi habitación está pegada a la tuya. ¡Llevo días sin dormir!

Miré a Alexander, y él se sonrojó.

Después de que yo admitiera mis sentimientos hacía él, Alexander empezó a quedarse más tiempo en casa. Dormía todas las noches conmigo, paseábamos por el parque e íbamos a las reuniones sociales juntos. La gente empezaba a rumorear que estábamos prometidos, aunque no era cierto. Esos chismes provocaron que Max se emocionara y propusiera a Alexander mudarse a Deganwy House después de la temporada; sin embargo, tuvo que rechazar la propuesta teniendo en cuenta mis intereses de volver al futuro.

Alexander ya le había contado a su madre lo que pensaba hacer y ella solo le había pedido que volviera de vez en cuando para ocuparse del marquesado. Ella se encargaría de todos los trámites pertinentes y contrataría a personas expertas en el tema para que hicieran su trabajo mientras él vivía fuera. De momento todo iba como la seda; nuestro único problema era que no teníamos ni idea de quién era el portador del gen.

—Pues céntrate en lo importante y se irán —dijo Claudia señalando el montón de hojas que había clavado en la pared con información relevante—. El baile del duque es esta noche. —Señaló un papel lleno de garabatos—. Tenemos que vigilar a estas personas.

—Esas personas no parecen ser sospechosas. —George clavó el cuchillo en el pan y se cruzó de brazos—. Por Dios, si tienen más modales que la reina Carlota.

—Podría ser un papel —comentó Claudia, y puso los brazos en jarra.

—Estoy con George —dije mientras me levantaba de la silla—. Y si están actuando deberían hacer una audición para la época dorada de Hollywood. Es imposible que esas personas sean del futuro.

—No nos estresemos, es malo para el cutis. —Claudia puso los ojos en blanco y arrancó las hojas de la pared de mala gana—. Cuando el puñetero James me cuente lo que pasó hace veinticinco años sabremos cómo seguir. —Claudia miró a George por encima del hombro—. O podrías ahorrarnos la conversación con el duque y contárnoslo tú.

—No pienso meterme en cosas que tienen algo que ver con el tiempo —dijo George, y Claudia lo fulminó con la mirada.

—Entonces les meteré afrodisiacos en la bebida para que sigan sin dejarte pegar ojo por las noches.

—A estos no les hacen falta los puñeteros afrodisiacos, Claudia —dijo George con los ojos entrecerrados.

—Pues que sea viagra —replicó Claudia.

—¡Claudia! —exclamé con la cara sonrojada, y ella se cruzó de brazos enfadada.

Cuando estaba a punto de exigirles que dejaran de hablar de mis relaciones sexuales con Alexander, Elisabeth irrumpió en el comedor con sudor en la frente y el pelo revuelto. Tenía la respiración entrecortada y su pecho subía y bajaba. George se levantó muy asustado y fue hacia ella, pero Elisabeth lo esquivó y vino hacia nosotras. Luego dijo:

—Han encontrado un cuerpo en Hyde Park.

Fruncí ligeramente el ceño.

—¿Otro? —preguntó George.

—Vaya, es una lástima —dijo Claudia, y se sentó en la silla frente a su desayuno—. ¿Me pasáis la mermelada? —pidió, y cuando la miré con una ceja arqueada, ella se encogió de hombros—. Muere gente todos los días, y más en este siglo.

—A ver, la verdad es que en eso llevas razón —dije asintiendo, y le pasé la mermelada—. Estaría enfermo o…

—Lo han asesinado —dijo Elisabeth.

—Y eso me extraña incluso menos. —Claudia empezó a untar mermelada con tranquilidad—. Igual lo han retado a un absurdo duelo de esos y ha perdido.

—Claudia. —Elisabeth se apoyó sobre la mesa de la cocina—. ¿Podríais dejar de suponer y dejarme hablar?

—Claro, habla. —Claudia se metió el pan con mermelada en la boca y después movió la mano.

—El hombre al que han asesinado llevaba una marca en la piel. —Elisabeth tocó su antebrazo y dijo—: Era un tatuaje. Como los que vosotras lleváis.

Claudia escupió la tostada y me miró con el ceño fruncido.

—¿Lo has visto bien? —preguntó Alexander, y Elisabeth asintió.

—Estaban ocultándolo cuando yo he llegado. Lo han visto varias personas, pero han dicho que «era tinta corriente». —Elisabeth se despejó los mechones sueltos de la cara—. El tatuaje era demasiado fino, perfecto.

—Genial. Nos están masacrando —dije mientras cruzaba las piernas, y Claudia me miró de reojo.

—Igual es una coincidencia.

—Mis padres serán mis bisnietos. —Esbocé una mueca fea—. ¿Sigues pensando en las casualidades en vez de en el destino?

Claudia chascó la lengua y sacudió la cabeza.

—Tenemos que ir con cuidado.

—Tenemos que irnos cuanto antes de aquí —dije, y Claudia arqueó una ceja perfilada.

—No, yo me quedaré, cielo.

—Si es cierto que esto es como una caza de brujas no estamos a salvo aquí, Claudia.

—No sabemos qué está ocurriendo. No llores antes de que te peguen, Haley.

—¿Yo?

—Vamos, no empecéis —suplicó George, y yo me crucé de brazos.

—Esta noche le sacarás al duque todo lo que sabe —dije con voz hastiada—. O lo haces tú o lo hago yo.

Claudia me sonrió con aires de superioridad.

—No me gusta que me digan lo que debo hacer —dijo ella—. Y tranquila, cielo. Estarás en el futuro antes de que termine la semana, teniendo en cuenta que hoy es sábado.

—Me encanta que estemos de acuerdo en algo. —Sonreí.

—¿En que te vayas?

—Sí —respondí, aún sonriendo.

—Sí —repitió Claudia con la misma sonrisita desquiciante que yo le estaba brindando.

Alexander me sujetó por la cintura con fuerza y me abrazó. Sentía su respiración en el cuello y sus manos sobre mi estómago. Me giré para ponerle bien el pañuelo y él me sonrió. Dios, cómo quería George que no gimiera tirándome a tal monumento. Era imposible.

—¿En qué piensas? —preguntó con la voz un par de decibelios más grave, y yo me estremecí.

—En lo mucho que me pones —confesé.

—¿Quieres que George termine de crucificarnos?

Solté una carcajada y Alexander me miró a los ojos con una intensidad que me dejó sin aliento.

—También podríamos no ir a ese absurdo baile —propuse— y quedarnos aquí… Son cinco horas de coche.

—Seguro que lo dices por eso.

—Es evidente que no. —Me separé de Alexander y me recosté en el cristal de la ventana—.

Pero admite que prefieres hacerlo conmigo antes que ir a un baile.

Alexander se acercó a mí y apoyó su mano en el cristal al lado de mi cara. Cogió un mechón de mi pelo y se lo llevó a la nariz mientras me miraba con esos ojos verdes de depredador.

—Admito que me encanta ver cómo te corres, pero también me gustaría bailar contigo públicamente.

No pude evitar sonreír y Alexander soltó mi mechón de pelo.

—Y yo que pensaba que era yo la que se pillaba rápido —dije. Alexander rio y sacudió la cabeza—. Pero está bien, la verdad es que a mí también me gustaría bailar contigo. Pero, por favor, no me pises.

—Cariño, eso tendría que decírtelo yo a ti. —Alexander se mordió el labio y miró por la ventana—. Deberíamos irnos ya o llegaremos muy tarde. Es curioso, aunque sea de día se ve la luna.

Me giré y miré a través de la ventana. La luna se veía con claridad sobre el cielo azul.

—¿Sabías que en el futuro un astronauta grabará las iniciales de su hija en la luna? —comenté —. Y como allí no hay lluvia ni erosión ni viento, las letras nunca se borrarán. Cada vez que esa chica vea la luna sabrá que ahí arriba hay un mensaje para ella.

Miré a Alexander, que seguía mirando la luna brillante con las comisuras de los labios curvadas.

—Cuando consiga ir yo al futuro también iré a la luna y grabaré tus iniciales en la superficie lunar.

Solté una sonora carcajada y le di un golpecito a su hombro.

—Ir al espacio es muy difícil, Alexander. —le dije, y él me miró, ceñudo—. Aunque quién soy yo para decirte que algo es imposible. Podríamos ir a un futuro en el que existan los viajes espaciales y poner un mensaje en la superficie de la luna en vez de en la corteza de un árbol.

—Bueno, quién iba a decirle al primer hombre que pisó la luna que pisaría la luna. —Alexander se pasó una mano por el pelo—. Ya sabes, ese que me dijiste que se llamaba… ¿Strong?

—Neil Alden Armstrong. —Me crucé de brazos y sonreí con suficiencia—. Pero casi aciertas.

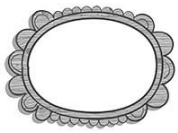
—Exacto. —Alexander volvió a mirar a la luna—. Neil Alden.

Cuando Alexander pronunció ese nombre sentí que se me encogía el pecho. Yo ya había escuchado ese nombre recientemente. «Neil Alden», me dije. Y entonces vi el patrón. Todo empezó a cobrar sentido. Un macabro sentido que me dejó sin aliento.

Miré a Alexander con el corazón latiéndome con fuerza. «Joder, lo he descubierto», pensé. No sabía cómo actuar. Estaba entusiasmada y al mismo tiempo muy confundida.

—Joder —dije, llevándome las manos a la cabeza. Me aparté de la ventana y empecé a caminar hacia la puerta.

—¿Haley? —Alexander me persiguió—. ¿Te ha molestado algo de lo que he dicho?
—No es eso —dije mientras abría la puerta de mi habitación.
—¿Entonces?
Miré a Alexander fijamente a los ojos antes de salir de la habitación.
—Ya sé quién es el portador del gen.



Elige un bando

HALEY

El baile del duque estaba plagado de ricos y aristócratas. Nunca había visto tanta fortuna junta. La señora Griffiths no había reparado en gastos. Había decorado la casa con velas y guirnaldas de flores exóticas. El jardín estaba lleno de carpas independientes con asientos en el interior. Era como un campamento para millonarios. Los coches estaban en la parte de atrás y ocupaban mucho terreno. Eso me daba una ligera idea de la cantidad de invitados.

Claudia y yo nos habíamos pasado las cinco horas que duraba el trayecto hablando sobre nuestro individuo. Habíamos sido unas estúpidas. El portador del gen siempre había estado delante de nuestras narices y no nos habíamos dado cuenta. Aunque teníamos claro quién era, seguíamos sin comprender el porqué de sus acciones. Éramos conscientes de que esa persona sabía perfectamente quiénes éramos nosotras y también que no teníamos ni idea de su paradero. Esa persona lo sabía absolutamente todo y lo había ocultado muy bien. Salvo por un pequeño detalle del que yo me había percatado.

Nada más entrar a la casa, la oleada de invitados hizo que nuestra búsqueda se complicara.

—Teniendo en cuenta que ya sabemos quién es… —dijo Alexander cogiéndome del guante de satén blanco—. Podríamos bailar como teníamos previsto y después tratar este tema.

—¿Y si se escapa? —pregunté.

—No se va a escapar, Haley. —Alexander miró el salón de baile—. Si todo sale bien, esta será nuestra última noche aquí.

Miré a Claudia de reojo y ella se encogió de hombros.

—Alexander lleva razón —dijo Claudia—. Podrías bailar y yo mientras me encargaré del duque y sacarle la información. Os avisaré cuando sepa algo.

Claudia se dio la vuelta y nos topamos con los miembros de la familia Shefford, a los cuales saludamos como era natural. El pequeño Henry no tardó en pegarse a Alexander como una lapa para evitar aburrirse y Alice me habló sobre su compromiso con el barón durante unos diez minutos. Claudia empezó a desesperarse y no tardó en tirarme del vestido como una niña pequeña que quiere que sus padres dejen de hablar con conocidos porque se aburre.

—Me alegro muchísimo, Alice —dije por quincuagésima vez.

—¿Ya te he dicho qué es lo mejor de él? —preguntó Alice con ojos centelleantes.

—Demasiadas veces —musitó Claudia, y volvió a tirarme del vestido plateado con perlas—. Vamos, por Dios…

—Alice, ¿has visto a James? —pregunté, y ella asintió.

—Lo he visto al final de las escaleras hace un rato saludando a los invitados. —Alice señaló las escaleras de madera con su abanico dorado.

Claudia me agarró del brazo y me arrastró hacia el pie de la escalera. Yo cogí a Alexander de rebote y nos acompañó.

—¿Podrás sola? —le pregunté a Claudia, y ella me sonrió.

—Disfrutad del baile.

James estaba en el último peldaño hablando con un grupo de mujeres, y Claudia no dudó en interponerse entre ellas. El duque la examinó de arriba abajo reparando en cada detalle dorado que llevaba su vestido bordado violeta. Sonrió con galantería y Claudia le lanzó una mirada picarona.

—Duque, veo que está bien acompañado —dijo Claudia, y se puso en el mismo peldaño que él.

—Al final ha venido.

—Usted me invitó personalmente —sonrió Claudia, y le guiñó un ojo—. Y ahora vengo a reclamar el resto de mi recompensa. —James se humedeció los labios—. Una confesión.

—Señoritas —dijo James mirando a las damas con una sonrisa deslumbrante—, si me disculpan.

Cuando Claudia y James desaparecieron de mi campo de visión, me giré hacia Alexander, que estaba mirando la pista de baile como si fuera un parque de atracciones. La gente se había separado en dos filas paralelas y bailaban entre ellas. Seguía pensando que esos bailes no tenían sentido.

—¿Bailamos el vals? —me preguntó Alexander sin dejar de observar a la orquesta, y yo asentí.

Iba a hacer el ridículo. Yo lo sabía. Pero recordé que yo no tenía vergüenza y se me pasó.

Cuando los músicos dejaron de tocar, Alexander me asió la mano y me llevó hasta la pista de baile con una elegancia y galantería propias de él. Un hombre arrogante y distinguido que estaba acostumbrado a captar toda la atención que la gente estaba encantada de brindarle. Y resultaba reconfortante, pero también agotador.

Sentí la mano de Alexander acariciando mi espalda y me estremecí. Él me pegó a su cuerpo más de lo que debería y cogió mi otra mano en cuanto empezó a sonar la música. La gente nos observaba y me sentí como si estuviera en el set de una película. Era todo tan surrealista que no podía terminar de creérmelo. Desde que había caído en el pozo sentía como si mi realidad estuviera distorsionada, como si viviera en un sueño del que en el fondo no me quería despertar. A muchas personas se les va la vida pensando en vivir otra, pero a mí me gustaba la vida que me había tocado vivir en aquel siglo. Al principio había creído que era una pesadilla, y, a veces,

cuando me tocaba bañarme, seguía pensando que lo era, pero después llegaban los bailes, los vestidos, los paseos por el parque y los momentos con Alexander junto a la chimenea y sabía que en realidad era un sueño.

Alexander tiró un poco de mí y me guio como si fuera una muñequita. Le había pisado tres veces, pero él no se había quejado. Cada vez que me liaba moviendo los pies, en los pasos más difíciles, él me cogía en volandas y me llevaba, lo que provocaba que los invitados lanzaran exclamaciones al aire por lo indecorosamente cerca que estábamos el uno del otro.

—Mañana podríamos ir a una cafetería a desayunar —propuse, y Alexander me sonrió.

—Podríamos ir a esa que hacía esquina cerca del London Eye. —Dimos una vuelta—. Ya sabes, la «noria» esa gigante.

—Y si quieres también podemos subir.

—¿Y ya has pensado en cómo podría ganarme la vida allí?

—Primero necesitarás documentación. Y después averiguaremos qué es lo que se te da bien.

—A mí se me da todo bien.

—No lo pongo en duda… —Miré a Alexander a los ojos y él me enfrentó—. ¿Estás seguro de querer hacerlo? Será difícil, y puede que acabemos tirándonos algo más duro que unos cojines a la cabeza.

—Mientras no sean los zapatos… —sonrió Alexander, y yo me reí.

—¡Era en defensa propia! —exclamé.

Alexander ralentizó el baile. Nuestros pasos empezaron a ser erráticos, y aún lo parecían más rodeados de toda aquella que gente seguía bailando de forma tan distinguida como precisa.

—Tienes razón, será muy difícil, pero está en nosotros levantarnos cada día con ganas de seguir el uno con el otro. Lo que estoy dispuesto a hacer por ti no lo haría por nadie más, y creo que eso es importante. Has cambiado mi manera de ver las cosas y me gusta; quiero que seas tú la que me enseñe el mundo, y seguir compartiendo cosas contigo. Estoy dispuesto a luchar porque eso no cambie nunca. —Alexander dejó de bailar y acunó mi cara con delicadeza entre sus manos; su mirada cálida me envolvió y sus palabras traspasaron mi piel—. Lo que intento decirte es que me haces feliz; cuando estoy contigo soy feliz —susurró. No pude evitar sonreír y él elevó las comisuras de sus labios. Las personas que seguían bailando se detuvieron para mirarnos y sentí que me ruborizaba—. Quiero verte riéndote, y también enfadándote por cosas tan absurdas que me resulta hasta cómico, quiero verte ganar y estar ahí cuando pierdas, quiero ser motivo de tu sonrisa y tu trapo de lágrimas cuando lo necesites. Lo quiero todo de ti, porque yo… —Alexander se humedeció los labios y yo sentí que el mundo se ralentizaba. Solo estábamos él y yo, y eso era todo lo que necesitaba—. Te quiero.

Alexander deslizó sus manos desde mis mejillas hasta mis brazos y yo sentí que el corazón se me desbocaba. Oía mis latidos con tanta claridad que temí que él también pudiera oír lo nerviosa

que me había puesto. Dejé de pensar en las personas que nos estaban mirando y me centré en él. Estaba tan emocionada que no podía evitar sonreír. Quería decirle a Alexander que yo también lo quería, pero no estaba dispuesta a que sonara como un «yo también te quiero».

Sentía que la sangre se agolpaba en mis orejas bajo la mirada penetrante y sincera de Alexander y no resistí la tentación. Me abalancé sobre él y lo besé en medio de la pista de baile frente a todos los invitados. No quise escuchar los gritos y las exclamaciones, pero sí los vibrantes aplausos que nos dedicaron. Era el broche que había decidido ponerle mi última noche en el siglo XIX.

Lo que no sabía era cuánto iban a torcerse las cosas.

Alexander se quedó con el pequeño Henry mientras yo buscaba a Claudia para poder terminar de solucionar las cosas y marcharme a mi siglo con mi marqués de una vez por todas. Subí al piso superior y busqué habitación por habitación. Me arrepentí de no llamar a la puerta cuando vi a Claudia totalmente desnuda sobre James gimiendo como una descosida. No me lo podía creer. ¡Los había pillado follando! Volví a cerrar la puerta y grité:

—Tranquilos, vosotros terminad.

Claudia abrió la puerta con el vestido a medio abrochar y me cogió del brazo para que entrase. James tenía el pelo tan revuelto como el de un león y se estaba poniendo los pantalones. Centré mi atención en el fuego de la chimenea para no mirarlos.

—Perdón por interrumpir —dije después de aclararme la garganta.

—Solo estábamos hablando —empezó a decir Claudia con rapidez—. Te juro que no sé en qué momento… —Claudia miró a James y se llevó una mano a la cabeza—. Joder, si yo me pensaba que él era virgen.

—Pues ya veo que no… —murmuré, y miré a James de reojo. Se estaba poniendo la camisa.

—Ha sido un lapsus que no se repetirá —dijo James mientras se metía la camisa por dentro del pantalón con brío.

—Pues claro que no —recalcó Claudia.

—Ya, porque yo no quiero —le espetó James.

—Vamos, si te tengo en la palma de la mano —rio Claudia, y James se cruzó de brazos.

—¿Tú a mí? —James se rio y se aclaró la garganta—. «Oh, sí… Justo así» —dijo James intentando poner el tono de voz de una chica. Estaba intentando sonar como Claudia…

—«Como sigas así me corro» —lo imitó Claudia con su sonrisa maligna.

James siseó y ambos se cruzaron de brazos.

—Mirad, no sé cómo habéis podido acabar follando —dije mirándolos a los dos con el ceño fruncido—, pero necesito hablar contigo, James.

—Ya veo, de modo que tú también estás metida en la apuesta —dijo James, y me miró de reojo.

—No, eso fue cosa de Claudia —dije—. Pero ella y yo buscamos lo mismo.

—¿No será lo que me preguntaste en tu supuesto baile de despedida? —James frunció ligeramente el ceño, y yo asentí.

—Queremos saber los trapos sucios de la familia —intervino Claudia, mientras se colocaba bien el vestido.

Puse los ojos en blanco.

—De modo que ni se lo habías preguntado —rechisté.

—Te juro que no sé cómo ha ocurrido… —dijo Claudia pasándose una mano por el pelo para peinarlo un poco.

El pelo rubio de James brillaba bajo la luz de las lámparas de araña que colgaban del techo. Era innegable que su porte era el propio de un duque: elegante, firme, refinado.

Nos encontrábamos en un saloncito donde predominaba el color verde y con chimenea; parecía estar hecho a medida para pasar la tarde leyendo o recibiendo visitas. Y, por lo visto, también podía usarse como picadero….

—James —dijo Claudia con impaciencia—, necesitamos esa verdad. No seas mal perdedor y cumple con lo pactado.

James la fulminó con la mirada.

—Yo siempre cumplo con mi palabra, Claudia —dijo James.

Me sorprendí al oírlo tutearla. Claudia había conseguido que el duque perdiera la paciencia y la compostura. También había conseguido llevárselo a la cama como ella (en el fondo y no tan fondo) quería. Me extrañó que acabaran acostándose, teniendo en cuenta que Claudia le había ganado miles de libras a las cartas, además de una invitación a su propio baile. Eso sin tener en cuenta la terrible humillación púbica.

Claudia le dedicó una sonrisa de superioridad y se sentó en el sillón verde botella con las piernas cruzadas. Yo estaba demasiado nerviosa como para moverme siquiera. Entre James y Claudia, la química era jodidamente palpable y las chispas saltaban por todas partes.

—¿Qué ocurrió entre los Norwich y los Conwy? —pregunté.

—Asuntos del corazón, dicen —respondió James.

—La versión extendida, por favor —suspiró Claudia, y el duque la miró con una sonrisa socarrona.

—Mi madre y la vuestra estaban enamoradas del mismo. —James tensó la mandíbula—. Lo único que sé es que ese triángulo acabó en muerte.

Fruncí ligeramente el ceño. No era lo que esperaba.

—¿Y ya está? —inquirió Claudia—. ¿Tanto jaleo por un lío amoroso?

Sacudí ligeramente la cabeza.

—Tendremos que preguntarle directamente a ella —dije.

—¿Y crees que te lo contará? —preguntó Claudia, y yo alcé un hombro con indiferencia.

—Podríais probar —dijo una voz femenina detrás de mí.

Me giré con el corazón en un puño y la vi. Llevaba su cabello rubio recogido con trenzas; estaba apoyada sobre su bastón de rubíes con elegancia y nos miraba con las comisuras de sus labios rojos elevadas. Claudia se levantó del sillón por inercia y James se acercó a ella.

—¿Cómo sabías que estábamos aquí? —quiso saber Claudia.

—James, ¿podrías dejarme un momento con las hijas del marqués? —preguntó la mujer. El duque la miró y asintió con la cabeza antes de salir por la puerta; se giró y le lanzó una miradita pícara a Claudia que me hizo replantearme la posibilidad de que entre ellos dos ocurriese algo más, tarde o temprano—. Ya veo que venís buscando respuestas. Sabía que este momento llegaría, y debo decir que lo estaba deseando.

La señora Griffiths se sentó en un sofá verde pistacho que había junto a la chimenea y nos indicó que nos sentáramos, pero nosotras estábamos tan nerviosas que no sabíamos cómo actuar.

—¿Sabías que lo descubriríamos hoy? —pregunté, y ella sacudió la cabeza.

—Sabía que hoy sería un día importante, pero mi yo presente aún no lo ha vivido… De modo que podríais empezar contándome cómo lo habéis descubierto.

—Por varias cosas, pero el desencadenante ha sido tu nombre —dije mientras me acercaba a ella—. Neilaldenaide son dos nombres juntos: Neil y Alden. El primer astronauta que pisó la luna. Pero era imposible que una persona como tú tuviera ese nombre teniendo en cuenta que el hombre no llegó a la luna hasta 1969.

—Neilaldenaide será un nombre muy común en el futuro en honor al primer astronauta que pisó la luna. Él fue la primera piedra de la pirámide, y en mi siglo eso será muy importante… No sabía que conocíais mi nombre, casi nadie lo conoce.

«Me lo contó James», pensé. Pero no lo dije porque no quería meterlo en un aprieto.

—Después pensé en las armas de la zona de tiro que usamos en tu día de juegos. Eran demasiado modernas para este siglo, aunque admito que eso no lo hubiera notado si no hubiera averiguado el mensaje que guardaba tu nombre. —La señora Griffiths me miró fijamente y asintió ligeramente con la cabeza—. Y ahora viene el descubrimiento peliagudo. Me contaste que tenías una hija que se parecía mucho a mí, pero no quisiste decirme que tu hija en realidad murió. El increíble parecido entre Isobel y yo y tu manera de reaccionar me ha hecho pensar que tú…

—Debo decir que es cierto lo que estás pensando —dijo la señora Griffiths, y yo tuve que apoyarme en el respaldo del sillón verde botella—. Isobel era mi hija.

—Entonces tú eres… —murmuró Claudia.

—Soy vuestra abuela de sangre —dijo la señora Griffiths.

—Me va a explotar la cabeza —dijo Claudia, y se sentó en el sillón con la cabeza enterrada en sus manos.

—El gen llama al gen que comparte la misma sangre… —empecé a decir, y la señora Griffiths me miró con frialdad—. Eso quiere decir que tu gen está contaminado con nuestra sangre. Pero debería ser el gen de nuestra madre el que nos llamara y no el tuyo. No es que el gen llame al gen. Es que el gen llama a la sangre que ha contaminado. Y si tu gen llama a nuestra sangre… significa que el gen que hay en tu cuerpo en realidad es el de nuestra madre —solté, y sentí que se me erizaba hasta el vello de la nuca.

—No lo niego. Yo estoy gracias aquí porque me implantaron el gen de vuestra madre.

—¿Entonces mataste a tu propia hija para conseguir un gen? —Claudia me miró de reojo—. Nuestro padre nos dijo que hace veinte años nuestra madre murió en una caza de brujas causada por la avaricia de las personas del futuro.

—Eso no fue lo que ocurrió. —La señora Griffiths dio un golpe seco en el suelo con su bastón —. Yo no maté a mi propia hija.

—¿Pues entonces qué fue lo que ocurrió? —pregunté con las manos cerradas en puños.

La señora Griffiths nos miró a Claudia y a mí con sus ojos grisáceos.

—En el siglo XXII, un grupo de científicos descubrirá la manera de poder viajar en el tiempo. Veinte jóvenes, que serán minuciosamente escogidos por ese grupo de científicos, serán enviados a recorrer las distintas épocas para investigar la historia. —La señora Griffiths se acomodó en el sofá—. Mi hija Isobel fue una de las seleccionadas gracias a que yo formaba parte del gobierno y tenía mis contactos. Las órdenes de los científicos eran simples: no interferir en el curso de la historia. El problema vino cuando Nina e Isobel se infiltraron en la alta sociedad. Empezaron a vivir entre lujos, bailes, cotilleos y nobles. Un noble para ser más exactos: el duque de Norwich.

—¿El padre de James? —preguntó Claudia, y la señora Griffiths asintió.

—Nina e Isobel se enamoraron del mismo hombre. Dejaron su deber a un lado y empezaron a disfrutar de los lujos y las excentricidades de las que disponía este siglo. Nina se quedó embarazada y el duque se vio en la obligación de casarse con ella. Podría haber regresado al futuro y criar allí a su hijo sola, pero se enamoró. Al mismo tiempo, Isobel, destrozada, empezó a interesarse por otros nobles. Entre ellos, el marqués de Conwy. Las dos dejaron su deber a un lado por vivir en este lugar. Pasaron los años y el gobierno decidió usar los viajes en el tiempo con la intención de… aprovecharse. Rompiendo con la ley original de los científicos: «No interferir en el curso de la historia». Sus planes contemplaban la idea de salvar a reyes que habían sido decapitados o decidir qué guerras se ganaban o se perdían. Querían cambiar el curso de la historia a lo grande.

—Y tú trabajas para el gobierno —dije.

La señora Griffiths no me respondió de inmediato.

—El gobierno necesitaba los genes, y solo había veinte. Casiopea Sarastro, la inventora de los puentes y el gen, decidió intervenir y salvaguardar a sus compañeros. El gobierno quiso masacrar

a los veinte viajeros y arrebatarles el gen. Varios se cambiaron de bando y se dieron caza los unos a los otros. La única manera que tenían los viajeros de sobrevivir era escapar entre los tiempos. Solo se puede rastrear un gen si no está en contacto con la sangre, así que los viajeros no podían extraérselo y simplemente olvidarse porque el gobierno encontraría el gen. Casiopea avisó a Nina y a Isobel, pero ellas aquí tenían una vida y se negaban a abandonarla. Yo no pude hacer nada para protegerlas de aquella masacre. Mi propia gente intentaba liquidar a mi hija. Yo, evidentemente me negué a ayudar al gobierno y les hice saber que haría lo que fuera por detenerlos. Pensando que los había hecho cambiar de opinión sobre el intento de asesinato de mi hija, dejé que me implantaran un gen para seguir trabajando con ellos. Sin embargo, el gobierno me engañó. Cuando llegué aquí supe que mi Isobel ya estaba muerta. Luego me enteré de que el gen que me habían implantado era el de Isobel y yo… Recuerdo que el día que me di cuenta de aquello intenté arrancarme yo misma el gen a arañazos. No supe cómo quitármelo yo sola y pensé que quizás quitarme la vida sería más sencillo. No lo hice. No porque no quisiera, sino porque me contaron que los marqueses de Conwy tenían dos niñas. —La señora Griffiths nos observó con tristeza—. Y yo supe que eran mis nietas. Las hijas de mi Isobel. Decidí buscaros y protegeros, pero me enteré de que Casiopea…

—Casiopea se te adelantó —dijo Claudia, y la señora Griffiths asintió.

—Muy poco después asesinaron a Nina y también acabaron con su marido por intentar protegerla. Yo, sabiendo que el hijo de Nina se había quedado huérfano, decidí criarlo. Vosotras estabais a salvo, pero James corría peligro. Su sangre está tan contaminada como la vuestra y temí que lo usaran para sus propios beneficios.

—De modo que el odio entre ambas familias en realidad lo impusiste tú —supuse.

—No. Ese odio ya existía antes de que yo llegase a este siglo. La vida de Isobel aquí fue horrible y estoy segura de que seguiría viva si no se hubiera casado con el marqués de Conwy. Esa boda fue su funeral.

«Yo tenía una hija con el pelo tan largo como el suyo. El vestido que lleva era suyo. Me recuerda tanto a usted…».

«Ella…».

«Se casó».

—¿Por qué no la ayudaste? —preguntó Claudia.

—Yo fui la que avisó a Casiopea de todo lo que estaba planeando hacer el gobierno —confesó la señora Griffiths—. Le dije que todos debían huir. Pero yo tampoco podía hacer más; la guerra entre los viajeros y los enviados del gobierno ha durado veinte años, y sigue activa hoy en día. —La señora Griffiths suspiró—. Intenté salvar a mi hija, pero no lo conseguí.

Recordé las personas asesinadas que estaban apareciendo. Esa misma tarde habían descubierto a un hombre con un tatuaje masacrado en Hyde Park. Todo estaba relacionado.

—Los asesinatos… —dije en voz baja—. ¿Las personas que están siendo asesinadas son viajeros?

—Son de ambos bandos, Haley. —La señora Griffiths suspiró—. Los viajeros han contratacado.

—¿Y tú de que bando eres? —pregunté con el ceño fruncido.

—Del de tu descendencia —respondió ella, y consultó el reloj que había en el saloncito.

—¿Cómo?

—No nos queda mucho tiempo, pero debes saber una cosa. —La señora Griffiths nos miró a Claudia y a mí—. Dentro de algunos años, tu nieto será el que acabe con el gobierno. Algunos enviados lo saben y por eso debes saber que intentarán evitar que ese niño nazca. Tu futuro hijo estará en peligro, Haley.

—¿Mi hijo? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Lo único que se sabe con certeza es que elijamos el camino que elijamos el final siempre es el mismo. —La señora Griffiths entrecerró los ojos—. Tu descendencia correrá peligro. Ese bebé será el recipiente de la persona que acabará con más de cincuenta años de conflicto.

—Pues no tendré ningún hijo y así nunca estará en peligro. No tendré hijos.

—Eso es imposible. El destino es caprichoso; puede que incluso ese ser ya esté en tu vientre.

Me llevé las manos a la barriga y sentí que se me encogía el estómago. No, no podía ser posible. Claudia me miró con el ceño fruncido y yo le devolví la mirada, confundida.

El estruendo que sonó en el piso inferior hizo que el suelo retumbara bajo nuestros pies. Miré a la señora Griffiths, que seguía sentada en su sillón verde sin moverse ni un milímetro. Me asomé por la ventana y vi a los invitados saliendo de la casa corriendo y gritando. Corrían en dirección a las carpas; varios las rebasaron y se adentraron en el bosque. Era caótico. La luz que emanaba del interior de la casa se perdía en el bosque y la hierba. Era fuego. Toqué el cristal con los dedos, pensando que debíamos salir de ahí cuanto antes.

—Es fuego —dije, y fui hacia Claudia con rapidez.

—Es el momento —dijo la señora Griffiths con la parsimonia de quien sabe que tiene una situación bajo control, como si supiera qué era lo que iba a ocurrir—. Haley y Claudia, debo daros algo para que lo ocultéis.

Claudia y yo nos miramos entre nosotras y asentimos. No podíamos perder el tiempo. Nos acercamos a la señora Griffiths y ella agitó su bastón. De repente, el rubí que había en el mango se abrió y dejó al descubierto dos tubos cilíndricos de metal. Claudia cogió un cilindro y yo cogí otro. Parecían agujas.

—Esto no será… —murmuró Claudia observando el cilindro.

Alexander irrumpió en la habitación con Henry en brazos, acompañados de una inmensa nube de humo. Henry estaba tosiendo y Alexander me miró con su cara empapada en sudor.

—¡Hay fuego! —gritó, mientras la humareda negra subía hacia el techo.

—Quiero que tengáis el gen de vuestra madre y otro que estaba en manos de un enviado del gobierno —dijo la señora Griffiths, y cuando nos dio el cilindro volvió a sentarse.

—¡Tenemos que salir de aquí! —le grité, y ella sacudió la cabeza.

—Yo ya he cumplido con mi cometido. —La señora Griffiths sonrió con tristeza y sus ojos centellearon—. Ahora es el momento de reunirme con mi hija después de tantos años. Cuidaos los unos a los otros.

Me acerqué a ella y la zarandeé. No quería dejar a nadie atrás. No podía dejar que muriera. Pero la señora Griffiths se mantuvo firme y no se movió. Era como si su mente y sus sentimientos ya no estuvieran en ese mundo y hubieran expirado antes de tiempo. Seguía intentando arrastrarla en vano cuando sentí que una mano más fuerte tiraba de mí. Era Claudia.

—¡Vámonos de aquí! —me gritó a pleno pulmón, y la señora Griffiths asintió ligeramente con la cabeza, como si me estuviera dando permiso para que me fuera.

La miré a sus ojos grises vidriosos y me separé de ella sin querer hacerlo. Cuando oí un ruido estruendoso en el piso inferior supe que el peligro era real. Empecé a correr hacia Alexander y él nos guio por las zonas que el fuego aún no había alcanzado.

De camino a la salida oí gritos provenientes del interior de la casa y entonces comprendí que no eran invitados que se habían quedado encerrados. «Algunos enviados lo saben y por eso debes saber que intentarán evitar que ese niño nazca», había dicho Neilaldenaide. Eran enviados del gobierno apresados por la anciana y esperando a morir calcinados. Era la manera que tenía de proteger a mi descendencia: acabar con los enviados del gobierno que sabían lo de la caída del gobierno. Iban a quemarse vivos.

«¿Es que crees en fantasmas? Según Claudia, esos cadáveres calcinados rondan por la arboleda a altas horas de la madrugada. Pobres, morir en un incendio; qué muerte tan mala y dolorosa», me dijo un chico durante la fiesta de cumpleaños de Claudia. Se me erizó el vello de los brazos al recordarlo.

Salimos de la casa corriendo con el corazón a mil por hora. Nada más pisar el exterior me tiré al suelo para coger aire. Me picaban los pulmones y sentía la boca seca. Vimos cómo la casa se quemaba hasta los cimientos y un recuerdo golpeó mi mente. Me vi a mí misma el día del cumpleaños de Claudia (y el día que caí por el pozo) corriendo para irme de la fiesta. Recordé el instante en el que me apoyé en una tumba creyendo que era piedra. Y también recordé el nombre que había inscrito en ella: «Neilaldenaide Griffiths». Un escalofrío me recorrió la columna vertebral.

Alexander apoyó una mano en mi hombro y yo lo abracé con fuerza. Él me separó para poder coger aire y me miró fijamente a los ojos.

—Tengo tanto que contarte —susurré, y él volvió a abrazarme.

—¿Estás bien? —me susurró al oído.

Lo aparté con delicadeza y le enseñé el cilindro.

—¿Sigues queriéndolo?

Alexander asintió con la cabeza y yo pasé las manos por detrás de su cuello. La casa estaba en llamas y sentía su calor incluso en la lejanía. El fuego iluminaba las facciones marcadas de Alexander y sus ojos reflejaban las llamas vibrantes que habían inundado la mansión.

—¿Sabes cómo hacerlo? —me preguntó.

Antes de responderle, pulsé el botón del extremo. Alexander soltó un gemido de dolor y se llevó la mano al cuello. Me miró con el ceño fruncido.

—Listo —le dije con un hilo de voz.

Intenté sonreír o emocionarme. Quería recordar ese momento con una sonrisa en mi rostro; pero lo que en realidad sentía era angustia, miedo e incertidumbre. No era capaz de sonreír.

—Podrías haberme avisado —me espetó.

—Eso hubiera sido peor.

Alexander me obligó a mirarlo. Él también había oído los gritos de las personas que estaban encerradas en el interior de la casa.

—¿Estaremos bien? —me preguntó con un mano aún en mi barbilla para impedir que me girase hacia a la casa.

—Eso espero —suspiré, y mi cabeza se imaginó cuerpos carbonizados, el fuego llegando hasta los huesos…

—Haley, estaremos bien —me aseguró Alexander, y yo me lo quise creer.

Ambos nos dimos la vuelta al oír un grito ahogado y vimos a Claudia sacudiéndole el pelo a Henry. El niño de cinco años se estaba restregando la nuca con su mano y esbozaba una mueca de dolor.

—Dime que no lo has hecho —dijo Alexander mientras caminaba hacia Henry.

Claudia tiró el cilindro vacío al suelo.

—Los enviados pueden rastrear el gen mientras no esté en contacto con la sangre; yo solo lo he ocultado.

—Claudia, ¿le has inyectado el gen a un niño de cinco años? —pregunté intentando controlar mi ira.

—Me ha dicho que le encantaría viajar en el tiempo. —Claudia sonrió y miró a Henry—. Yo lo instruiré. Con algo tengo que entretenerme mientras no estéis aquí.

—¡Es un niño! —gritó Alexander, furioso, y Claudia se cruzó de brazos.

—Así estará bien oculto —insistió Claudia y enfrentó a Alexander—. Yo cuidaré bien de él y me agradeceréis que ese gen no pueda ser localizado.

Entendí la reacción de Claudia. Ella también había escuchado que «mi hijo correría peligro».

Su actuación se debía a un intento de protegerme. Aunque ella lo negaría si le preguntaba.

—¿Qué piensas decirles a los condes de Shefford? —pregunté con una ceja en alto.

Claudia se llevó un dedo a los labios y miró a Henry. El niño la miró de reojo con curiosidad.

—Henry… De momento será nuestro secreto, ¿verdad?

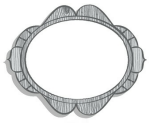
—Verdad —dijo Henry, y Claudia sonrió.

Miré a Alexander y él me devolvió la mirada. Lo sujeté del brazo y se agazapó un poco para examinar el cuello de Henry. Esa imagen hizo que se me encogiera el estómago.

«Pues no tendré ningún hijo y así nunca estará en peligro. No tendré hijos».

«Eso es imposible. El destino es caprichoso; puede que incluso ese ser ya esté en tu vientre».

Sacudí la cabeza. Eso era absolutamente imposible. Mi vida estaba a punto de volver a la normalidad. Regresaría con Alexander a casa, al siglo XXI, y celebraría una gran cena para mi celebrar mi regreso. Estaba deseando dormir en mi cuarto, sobre mi cómoda cama, con la tele encendida y unos cuantos *snacks.* Y Alexander. Alexander estaría a mi lado.



EPÍLOGO

Año 1812

Los preparativos de la mesa de Navidad hacen que me plantee el hecho de llevarme a Claudia a rastras de vuelta a nuestro siglo. La mesa está atravesada por troncos musgosos adornados con muérdago. Para mejorar la presentación de la mesa, en el centro hay un arbolito de Navidad decorado con luces de petaca que deben de ser del futuro y a su alrededor un trenecito que da vueltas sobre unos raíles de juguete echando humo. De vez en cuando, también silba.

—¿No te encanta? —me pregunta Claudia con su tono de voz dulzón. Podría darme una sobredosis de azúcar solo con escucharla hablar.

—No me digas que también te has traído los porros. —La miro con una ceja enarcada y ella hace un ademán hacia su pecho.

—¿Tanto te extraña que esté feliz?

—Teniendo en cuenta que aquí no existe la electricidad ni el internet… Sí.

Claudia frunce el ceño y me saca la lengua.

—Para tu información, me estoy adaptando bien —me dice, y yo levanto las cejas sorprendida —. Mi chico y yo estamos muy contentos de que vengáis a pasar aquí las Navidades.

—Te has traído una locomotora que va con pilas desde nuestro año para decorar la casa —digo mientras cojo un trozo de queso que hay sobre la mesa.

—Y queda muy bien —me dice Claudia, y yo vuelvo a dejar el queso sobre el plato.

Oigo el murmullo que empieza a formarse en el pasillo y me giro para saludar al resto de la familia. La tía Susannah entra con una cesta llena de verduras y la pone sobre la mesa perfectamente decorada de Claudia.

—Eso me rompe la imagen, tía Susannah —replica Claudia, y coge la cesta de verduras para llevarla a la cocina—. Pero muchas gracias.

Susannah pone los ojos en blanco y se acerca a mí.

—Qué alegría tenerte de vuelta por aquí —me dice, y me golpea un brazo con delicadeza.

—¡Haley! —grita George en cuanto me ve.

Elisabeth va colgada de su brazo y ambos están empapados por la lluvia. La empleada coge sus abrigos y se marcha por el pasillo secundario que está junto al comedor principal. La mansión de campo es más grande de lo que imaginaba. Deganwy House es una casa de ladrillo

gris con plantas trepadoras que cubren parte de la fachada principal. Ni más ni menos que treinta y dos sirvientes se encargan de mantener la casa impecable y servir a mi padre, mi hermana y sus quisquillosos invitados. Aunque mi padre no es de las personas con más empleados contratados, pues escuché en una ocasión que James cuenta con sesenta personas que le sirven. ¡Ni en un hotel hay tantos empleados!

—Las Navidades pasadas ibais menos elegantes para cenar —digo con una sonrisa traviesa, y George se acicala como un gato.

—No es cierto, nosotros siempre vamos muy elegantes —dice Elisabeth mientras admira la majestuosidad del comedor.

—¡Por Dios, qué frío hace! —vocifera mi padre, mientras lucha con su abrigo para desprenderse de él—. Lo peor de tener visitas es tener que salir a recibirlas. —Me mira y deja de pelear con su prenda de ropa gris—. Pero ha merecido la pena solo por verte llegar. ¿Qué tal ha ido el viaje?

—Pues ha sido largo, agotador y aburrido —digo encogiéndome de hombros—. Pero al menos no ha nevado.

—De momento —dice Max, y se sienta en la mesa junto a la tía Susannah.

—¿Dónde está el tío Edward? —pregunto con curiosidad.

—No cenará con nosotros… El pobre no se encuentra muy bien. —Mi tía me mira de reojo y se quita las gafas para limpiarlas con la tela de su vestido verde pino—.

George coge el trozo de queso que yo antes había dejado sobre el plato y se lo lleva a la boca. Me mira con una sonrisa de oreja a oreja y se sienta a mi lado.

—¿Qué tal el futuro? —me pregunta con los labios juntitos.

—Pues hemos pasado por una pandemia, han salido a la luz fotos de ovnis, han invadido el Capitolio y mil cosas más.

—Vaya, espero que la cosa mejore…

—Parece que levantamos cabeza.

Oigo la voz de Claudia acercándose por detrás como un misil. Está disgustada, me atrevería a decir que enfadada.

—¿Claudia qué ocurre?

—Han puesto la cubertería equivocada.

—Menudo problema más grande. Seguro que esta noche no dormirás debido a la preocupación —dijo mi tía Susannah.

—¿Es ironía? —Claudia arrugó la nariz.

—Por supuesto que lo es —contestó Susannah—. Deja en paz a los tenedores. Miro a Claudia con una ceja enarcada en cuanto me percato de que a mi lado, sobre la mesa, hay una gran tarta y me levanto de la silla solo para verla. ¿Existían las tartas en esa época o es que Claudia había

vuelto a hacer una de las suyas?

—¿Cómo habéis hecho una tarta? —pregunto, y la miro más de cerca.

—Pues en un horno —dice Claudia con una sonrisa triunfal.

—¿Sin electricidad?

—Sí. En un horno de leña, Haley.

Suelto una risotada y me paso una mano por el pelo.

—Es cierto, qué torpe soy.

Veo de soslayo un cuerpo pequeño que pasa por mi lado. Lo miro atentamente y él me hace una reverencia antes de regresar junto a Claudia. Henry ya tiene siete años y no se despega de Claudia desde hace un par de años.

Desde que le inyectó a Henry el gen, Claudia ha estado con él como si fuera una segunda madre, y soy consciente de lo unidos que están. Es divertido ver cómo Henry sigue a Claudia como un patito todo el rato.

—A ella le haces una reverencia y a mí me das una patada al verme —se queja Alexander. Lleva dos troncos más sobre su hombro derecho y los coloca junto un tronco musgoso que decora la estancia. Los tres troncos apoyados en el suelo en vertical hacen el papel de mesas auxiliares muy fantasiosas. Son un buen soporte para los postres. Seguro que Claudia sacó esa idea de Pinterest.

—Es que él sabe diferenciar lo que es de calidad de lo que no lo es —bromeo, y Alexander sisea.

Alexander, Claudia y yo tomamos asiento para empezar a cenar. No puedo dejar de mirar el trenecito que da vueltas.

—El otro día Henry y yo fuimos al siglo XVI —dice Claudia mientras le sirven un plato de sopa—. Conocimos a Catalina de Aragón y a Enrique VIII.

—Vaya, te lo llevas a conocer al mayor mujeriego de todos los tiempos —le espeto, y ella me señala con la cuchara.

—Enrique VIII no tuvo tantas mujeres.

—Para nada… Solo fueron seis.

—Sigo pensando que no debió separarse de la española —dice mi tía Susannah.

—¿Os imagináis estar casados con seis Haleys? —inquiere Alexander con una sonrisa altanera, y yo lo fulmino con la mirada—. Sería fantástico.

—No sabes qué hacer con una… Imagínate con seis.

Alexander sonríe y me acaricia la mejilla con dulzura.

—También vimos cómo decapitaban a un hombre —dice Henry con voz calmada, y todos miramos a Claudia con la boca abierta.

—¡Es un niño de siete años! —le recuerdo, y ella empieza a reír.

—Os juro que no fue adrede. Estábamos en el lugar equivocado en el momento equivocado. —Claudia agita una mano y le lanza una miradita a Henry—. Él no vio nada; le tapé los ojos.

—Fantástico —dice Alexander con ironía.

—Estoy pensando en instruirlo en temas militares —dice Claudia mientras mira a Henry—. ¿Qué os parece?

—Que deberían ser sus padres los que decidan eso —dice George.

—Ya les he enviado una carta y están a favor. —Claudia remueve el caldo con la cuchara—. Creo que sería bueno para él.

—La verdad es que yo también lo veo bien —comenta Alexander—. Si lo pensáis fríamente será bueno para él. Aprenderá a defenderse solo, y también a defender a otros.

Me acomodo en el asiento y miro al pequeño Henry.

—Bueno, viéndolo de esa manera… —suspiro.

—Será un conde maravilloso —concluye Claudia con orgullo.

—No será que te sientes culpable por haberle inyectado un gen que le permite viajar en el tiempo y que pone en riesgo su vida y por eso estás haciendo todo esto por él, ¿no? —dice George con una ceja en alto.

—Admito que al principio sí, pero ahora le veo potencial —dice Claudia con sinceridad—. Y digamos que el conde Shefford no está pasando por su mejor momento. La condesa Shefford cree que su hijo estará aquí mejor atendido que allí por cómo están las cosas ultimamente, y creo que no se equivoca.

Alexander mira a Claudia de reojo y asiente con la cabeza. Él se siente identificado con Henry, puedo verlo con claridad. El conde ha enfermado y Claudia se está haciendo cargo del pequeño Henry antes de que lo cuiden institutrices desconocidas.

—Nunca pensé que diría algo así pero creo que tiene suerte de tener a Claudia. —Las palabras salen disparadas de mi boca como si fueran balas, y Claudia no puede evitar mirarme con una sonrisita arrogante.

—Vaya, un cumplido —me dice con voz juguetona.

—Es lo que pienso —admito, y empiezo a comerme la sopa—. Pero que no se te suba a la cabeza que te conozco.

Cuando terminamos de cenar, nos sirven las tartas que Claudia se ha ingeniado para cocinar: nata con fresas, chocolate y tarta de queso. Yo me levanto y elevo mi mano con una copa de champan. Todos me miran y se levantan después de mí, elevando sus copas. Alexander me pasa

una mano por encima del hombro y eso provoca que todos se extrañen.

—¿Por qué bridamos esta noche? —me pregunta Claudia.

—Pues vamos a brindar porque Alexander y yo por fin estamos esperando algo muy especial —digo con una sonrisa ladeada, y oigo a George gritando de la emoción.

—¡¿Voy a ser abuelo?! —pregunta Max mirando a Susannah.

—Menos mal que decidisteis casaros a principios de verano —suelta Susannah.

—Se ve que habéis aprovechado la luna de miel… —dice Claudia.

—Brindemos porque Alexander y yo vamos a tener un gatito —les digo, y ellos levantan las cejas sorprendidos. Claudia me mira de reojo y George enarca una ceja. Chocamos nuestras copas y entonces les digo—: Y sí, también porque estoy embarazada.

Mi familia empieza a gritar y la voz de George se me clava en el tímpano como un dardo. Claudia me abraza con fuerza y me da un beso en la mejilla. Mi padre se acerca a Alexander y lo abraza como si fuera un peluche. Es todo tan emocionante que tengo ganas de que la cosa mejore.

—Y hemos decidido que nos enteremos todos juntos del sexo del bebé —dice Alexander, mientras lo miro de reojo.

—Si tú ya sabes que será un barón —me dice Claudia al oído, y yo asiento con la cabeza—. Eso fue lo que te dijo la señora Griffiths.

—Ya, pero he comprado confeti de todos modos.

Alexander saca de una bolsa de viaje varios cañones de confeti y los reparte entre todos. Se le ve tan emocionado imaginando que va a tener un hijo barón.

—Muy bien, todos a la de tres —dice Alexander con una sonrisa de oreja a oreja. Yo y Claudia nos apoyamos en la mesa y me preparo para el momento—. Uno, dos y…

La explosión y el confeti de color rosa inundan la habitación. La cara de Alexander es un cuadro. Me mira haciendo un mohín y yo empiezo a reírme como una loca. Empiezo a dar brincos y a gritar.

—¡Sí! —chillo a pleno pulmón y me tiro sobre los brazos de Alexander—. ¡Toma!

—Nooo —gimotea Alexander mientras me abraza.

—¿Por qué te emocionas tanto si fuiste tú la que ha comprado el confeti rosa? —preguntó Claudia—. Ya sabías que era una niña.

—Sabes que me encantan los escándalos.

—¡Dios! —exclama George—. ¡Sí! ¡Una niña!

Claudia se acerca a nosotros y se encoge de hombros.

—Igual es que Neilaldenaide lo dijo de forma genérica —dice con una sonrisa traviesa—. Bueno, seré tía de una niñita preciosa, Alexander.

—O puede que sea porque tendremos más —dice Alexander mirándome de reojo, y yo le

golpeo el pecho con suavidad.

—Poco a poco —le digo sonriendo, y él me da un beso en la mejilla.

George y Susannah empiezan a discutir entre ellos y Max y Elisabeth se suman a la pelea. Parece que a todos les hace ilusión. Claudia se acerca a Henry y empieza a meterse con él diciendo que mi hija será «su novia»; el niño se pone rojo y se bufa como un gato. George sale en su defensa y se enfrenta a Claudia.

Vuelvo la vista a Alexander y él me abraza con delicadeza.

Este es uno de los momentos en los que me hubiera gustado que se detuviera el tiempo. Aunque eso sé que eso es imposible, en mi cabeza siempre será un instante que se quedará suspendido en el tiempo y el espacio. Una milésima de segundo que se quedará anclada en mi mente con forma de recuerdo.

—Le deseo una Feliz Navidad, marqués —le digo, sonriendo, y me acerco a sus labios.

—Feliz Navidad, marquesa.

Nuestros labios se rozan y antes de sellar nuestro día de Navidad con un beso, le susurro:

—Te quiero. En este tiempo y en todos los que existan.

Agradecimientos

Adoro la parte de los agradecimientos, es la extensión del trabajo que lleva detrás un libro y como buena cotilla que soy siempre me encanta leerlos. Aunque hacerlos está costando más de lo que me imaginaba. Así que bueno, empecemos:

Gracias a mi madre por leer todos mis libros; sobre todo por leer el primero que escribí cuando ni ella misma sabía qué era lo que se iba a encontrar. Eso sí fue valentía, y un poquito de amor de madre también.

A mi familia, en especial a mi padre y mi abuela por alegrarse de todos mis logros por pequeños que sean y ver todo lo que hago con ojos de orgullo. Y también a los que ya no están entre nosotros, porque sé que de estar aquí me mirarían de la misma manera que ellos, y sé que si soy la persona que soy hoy día, también es por ellos.

A mis amigas por proporcionarme un surtido inagotable de ideas que alimentan mi imaginación. Ellas son el claro ejemplo de que la realidad siempre superará a la ficción.

A mi amiga Eva, por leer este libro en un solo día e irradiar entusiasmo mientras lo hacía.

A mi pareja, por la suma paciencia, entre otras cosas. Soy géminis, es lo que hay.

A Laia Soler, por ser mi hada madrina y creer firmemente en que este libro podría llegar a estar en «las estanterías de una librería». Hoy en día todavía no me creo que llevara razón.

A mi editora, por trabajar tan duro porque este libro llegue a la mejor versión de sí mismo. Pero sobre todo por confiar en mí y en esta historia desde la primera página.

A la editorial por cumplir mi mayor deseo y hacer que este manuscrito llegue a las manos de los lectores.

Y por último gracias a ti, querido lector. Por viajar en el tiempo hasta 1810 para darle una oportunidad a la historia de Haley y Alexander y también a mí como escritora.

Índice

Soy la antagonista. Haley
El pozo. Haley
La chica del otro mundo. Haley
El retrato sobre la chimenea. Haley
La temporada. Haley
El puñetero marqués. Haley
Flores y cuchillos. Haley
Lady Haley. Conwy. Alexander
La alta sociedad. Alexander
Adivinanzas y carreras. Haley
Yo nunca pierdo. Haley
Querida hermana. Haley
¿Pantalones o vestido? Alexander
El cazador y su presa. Alexander
Baile de despedida. Haley
Habitación para ocho. Haley
La rueda. Alexander
Medio saco de arena. Haley
Me debes un favor. Haley
Hogar, dulce hogar. Haley
Semáforos en verde. Alexander
Proyecto. Tempus. Haley
¿Bombones o condones? Haley
El White. Haley
Verdades y mentiras. Haley
Buenas noches. Haley
Tú y yo a través del tiempo. Alexander
Superficie lunar. Haley

Elige un bando. Haley
Epílogo
Agradecimientos



¡QUEREMOS SABER
QUÉ TE HA PARECIDO!

Nos puedes escribir a
hola@vreuropa.es
con el título de esta novela en el asunto.

Encuéntranos en:

instagram.com/VReuropa/

twitter.com/VREuropaYA

tiktok.com/@vreuropa

COMPARTE
tu experiencia con
este libro con el hashtag
#Tuyyoatravesdeltiempo

Título original: *Tú y yo a través del tiempo*
Maquetación: Estudio Olifant (@be.olifant)
Diseño de cubierta: Carolina Marando
Conversión a formato digital: Estudio eBook

Edición revisada y adaptada

Primera edición: septiembre de 2023

© 2023, Sissí Catalá
© 2023, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - **www.vreuropa.es**

Todos los derechos reservados.
Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

ISBN: 978-84-19873-75-0

EUROPA

Seguinos

VReuropa


WINK POPPY MIDNIGHT
April Genevieve Tucholke

Wink, Poppy, Midnight

Tucholke, April Genevieve
9788412214857
224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En todas las historias hay un HÉROE.

En todas las historias hay un VILLANO

En todas las historias hay un MISTERIO.

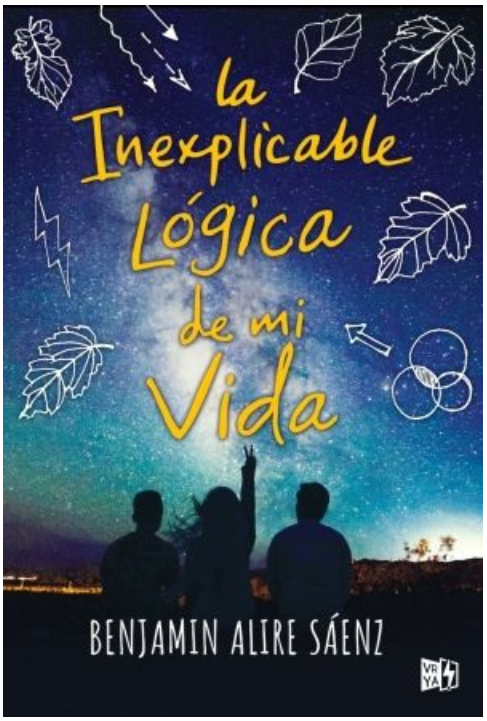
Wink es la chica rara y enigmática del vecindario. La chica que lee demasiado.

Poppy es la rubia arrogante y manipuladora que consigue todo lo que se propone. La chica que se quiere demasiado.

Midnight es el chico dulce y sensible que duda demasiado. Está atrapado entre las dos.

Deja que las voces de los tres protagonistas te sumerjan en una trama que, como todas las historias, gira en torno al amor, la justicia y la venganza. Deja que la tentadora prosa de April Genevieve Tucholke despierte tus sentidos y te acune ahí donde se cruzan verdad, mentira, magia y realidad.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


la Inexplicable Lógica de mi Vida
BENJAMIN ALIRE SÁENZ

La inexplicable lógica de mi vida

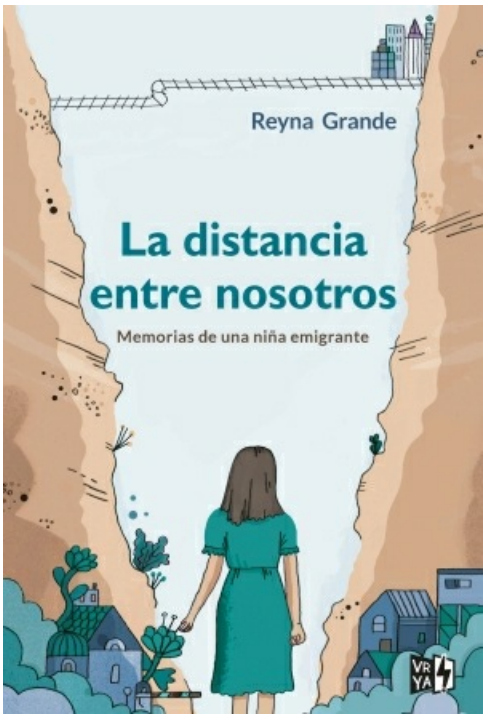
Sáinz, Benjamin Alire
9788412214840
456 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Sáenz explora las relaciones de un estudiante de bachillerato a punto de graduarse, en una historia de aprendizaje y crecimiento llena de calidez y compasión.

Ha llegado el otoño y, con él, el último año de instituto. Según su inseparable Sam, para Salvador y ella empieza la vida. La universidad y la madurez son promesas a punto de cumplirse. Salvador sabe que todo va a cambiar, pero no sospecha hasta qué punto. Ya el primer día de clase se descubre pegando a un chico que ha insultado a su padre. Jamás había sentido esa violencia. ¿Habrán aflorado los genes del desconocido padre biológico?
A golpe de desilusiones, conflictos y pérdidas, el mundo de Salvador y sus amigos se transforma vertiginosamente. Él desea reconstruirlo, en busca de una nueva lógica que explique su vida. En el camino dejará mucho atrás, pero también ganará. Aprenderá a identificar y vencer los miedos, y dará con una reconfortante certeza: el amor incondicional existe.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Reyna Grande
La distancia entre nosotros
Memorias de una niña emigrante
VR YA

La distancia entre nosotros

Grande, Reyna
9788412214826
336 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Hay libros que nos transforman.

Hay libros que ayudan a mejorar el mundo.

Este es uno de ellos.

Reyna tiene cuatro años y vive con su madre y sus dos hermanos en Guerrero, el segundo estado más pobre de México. Ya no recuerda a su padre, que emigró en busca de trabajo a Estados Unidos, El Otro Lado. Un día, su madre decide arriesgarse a cruzar la frontera para reunirse con él. Promete volver pronto con dinero suficiente para construir la casa de sus sueños y deja a los niños con la abuela paterna, una mujer cruel, endurecida por la vida.

Sin embargo, pasan los años y la promesa del regreso no se cumple. ¿Se han olvidado de ellos? ¿Ya no los quieren? La distancia resulta insoportable, hasta que por fin reaparece el padre y logra llevarlos clandestinamente hasta El Otro Lado. Pero ahí las cosas no son como Reyna esperaba: entre ella y su entorno se abre una terrible distancia emocional. Por suerte, halla consuelo en sus hermanos, la literatura y su imaginación.

Con una autenticidad y una fuerza irresistibles, Reyna Grande nos ofrece una extraordinaria historia de superación y da voz a los cientos de miles de niños que, con sus miedos y sus ilusiones, se ven obligados a abandonarlo todo para llegar a su Otro Lado.

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Este libro debería ser de lectura obligatoria en las universidades, o mejor aún, para los miembros del Congreso de Estados Unidos." ***The Washington Independent Review of Books***

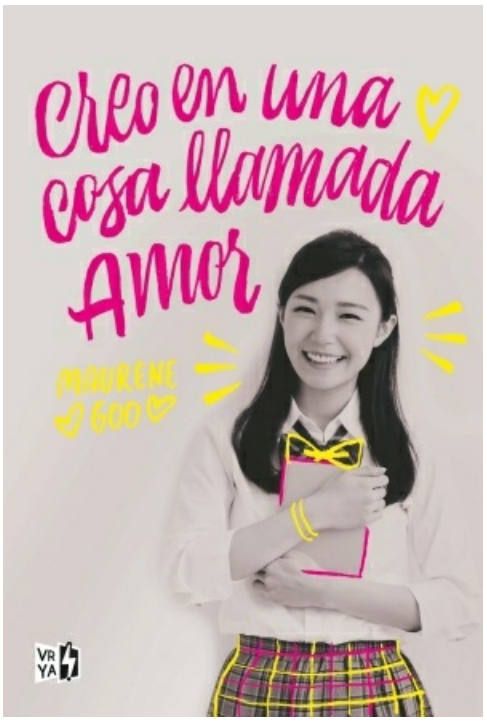
"Una autobiografía cautivadora e inspiradora [...] Cuenta sin victimismo y con elegancia el dolor de una familia golpeada por continuas separaciones y traumas." ***Publishers Weekly,*** reseña destacada

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Una historia profunda que ensalza el poder de la determinación y el amor por los libros." ***Los Angeles Review of Books***

"Un libro de una sinceridad brutal [...] *Las cenizas de Ángela* de la experiencia del inmigrante mexicano." ***Los Angeles Times***

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Creo en una cosa llamada Amor
MAURENE GOO
VR YA

Creo en una cosa llamada amor

Goo, Maurene
9788412095098
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Puedes lograr cualquier cosa si sigues un plan. Incluso enamorarte.

Desi es una chica equilibrada, casi perfecta, un ejemplo a seguir, que sobresale en todos los ámbitos de la vida excepto uno. ¿Lo adivinas? Sí, el amor: ella cree firmemente en él, pero a la práctica es torpe, incluso catastrófica, un eficaz imán para las situaciones humillantes.

Cuando conoce a Luca, siente un flechazo de película. ¿Qué hacer? No podría soportar otro fracaso. Entonces llega la gran revelación: la clave está en las series coreanas que su padre devora. ¡Es una cuestión de método, y ese es su mayor talento! Así, analizado minuciosamente lo que ocurre en los doramas, prepara un plan infalible para conquistar el corazón de su amado. Al fin y al cabo, su poder de organización nunca le ha fallado, y todas las series tienen un final feliz, ¿verdad?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


COLLIDE
Fuera del hielo
BAL KHABRA
VeRa

Collide

Khabra, Bal
9788419873620
444 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Summer Preston lleva años trabajando sin descanso para convertirse en psicóloga deportiva, pero todos sus sueños se tambalean cuando se ve obligada a trabajar con Aiden Crawford, el engreído capitán del equipo de hockey, deporte del que lleva huyendo toda su vida. Aiden Crawford se ha ganado a pulso el puesto de capitán del equipo de hockey, pero una serie de errores amenazan con poner en peligro esta posición. Ahora, si quiere salvar la temporada y, muy posiblemente, su futuro profesional, deberá hacer de conejillo de indias en el proyecto de Summer, y no será fácil. La vida meticulosa de Summer choca con la naturaleza impulsiva de Aiden, las provocaciones estarán a la orden del día, y el problema: ninguno está dispuesto a aceptar la derrota. ¿Puede haber un ganador?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)